87/76

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

PERSPECTIVAS DE LA ECONOMIA MUNDIAL: EL COMIENZO DE UNA NUEVA ERA ECONOMICA

BARCELONA
1976

PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL: EL COMIENZO DE UNA NUEVA ERA ECONÓMICA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

PERSPECTIVAS DE LA ECONOMIA MUNDIAL: EL COMIENZO DE UNA NUEVA ERA ECONOMICA

BARCELONA
1976

La Academia no se hace responsable de las opiniones expuestas en sus propias publicaciones.

(Art. 39 del Reglamento.)

DEPÓSITO LEGAL, B. 11.981 - 1976

Imprenta Clarasó, S. A.; Villarroel. 15-17 - Barcelona-11

ÍNDICE

Págs.

Prólogo-presentación por RICARDO PIQUÉ BATLLE 7

Perspectivas de la Economía Mundial por LUCAS BELTRÁN FLÓREZ . . 29

Del progreso indefinido a la Era de la escasez por ROMÁN PERPIÑÁ GRAU . 32

Hacia unas nuevas estructuras por ANTONIO VERDÚ SANTURDE . . . 45

Relaciones internacionales por MANUEL FUENTES IRUROZQUI 76

La crisis económica internacional: La división internacional del trabajo y el desarrollo de la cuenca del Mediterráneo por ANDRÉS GISPERT LLAVET 87

La agricultura ante la crisis mundial por CARLOS CAVERO BEYARD . . 94

La crisis energética y sus aspectos financieros por FRANCISCO JAVIER RAMOS GASCÓN 100

La Era de la Economía informada por UBALDO NIETO DE ALBA . . . 116

El contexto ideológico en Economía por MARIO PIFARRÉ RIERA . . . 119

Expectativas sobre el ocio por JUAN IGNACIO BERMEJO Y GIRONÉS . . 121

Repercusiones en la Economía del absentismo en el trabajo por LUIS PRAT TORRENT 133

Precisiones sobre la incidencia de la fiscalidad en la redistribución de rentas por MAGÍN PONT MESTRES 143

La formación del empresario: su incidencia en el contexto económico-social futuro por MARIANO CAPELLA SAN AGUSTÍN 151

La función de las empresas multinacionales en el desarrollo y la internacionalización de la Economía por FRANCISCO GRANELL TRÍAS . . . 160

Inflación y las decisiones financieras en la empresa por SANTIAGO GARCÍA ECHEVARRÍA 167

La inflación y la evolución tecnológica en la gestión de la empresa por CARLOS CUBILLO VALVERDE 189

Págs.

La erosión monetaria en la economía de la empresa por RICARDO PIQUÉ BATLLE 200

La revalorización de los intereses en las inversiones antiguas por PEDRO VOLTES BOU 208

La regularización de balances y el Plan general de contabilidad por ANTONIO NOGUERO SALINAS 211

EPÍLOGO

Estrategias ante el futuro por ANTONIO VERDÚ SANTURDE 225

Publicaciones de la Real Academia de Ciencias Económicas y financieras . 249

PRÓLOGO-PRESENTACIÓN

Durante los días 12, 13 y 14 del pasado mes de mayo de 1975, tuvieron lugar en la sede de nuestra Real Corporación unas Jornadas de Estudios sobre la temática general de "Perspectivas de la Economía Mundial: el comienzo de una nueva era económica", en las que intervinieron de consuno un gran número de personalidades del mundo docente, económico y financiero de nuestra Patria con aportaciones de gran interés que merecieron los más cálidos elogios del numeroso auditorio que llenó el salón de sesiones de la Academia, aportaciones que hemos reunido en el presente volumen que ofrecemos hoy a la consideración de todos.

Somos conscientes que la temática general que constituyó la base de nuestras jornadas es tan amplia que, pese a la veintena de trabajos aquí recogidos, tan sólo queda esbozada en sus grandes líneas y que, por tanto, la labor llevada a cabo hasta ahora supone un punto de partida, que habremos de continuar oportunamente, y no una meta alcanzada. Con ella la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras que me honro en presidir, de acuerdo con uno de los objetivos básicos que constituyen la razón de ser de su instituto, ha querido hacer acto de presencia en el análisis y en el estudio de las perspectivas de la quiebra de la estructura de la economía mundial que hoy aflige a la humanidad entera, tratando de aportar ideas que coadyuven a centrar sus justos términos, de una parte, y, de otra, a elevar la conciencia de que las dificultades que en el orden económico y humano se nos plantean puedan tener una adecuada solución, si para ello empleamos todos nuestro saber, esfuerzo y buena voluntad y nos desligamos de insanas apetencias que tienden a dificultar y hacer prácticamente imposible la convivencia humana, que ha de basarse en un más justo aprovechamiento y redistribución de las riquezas de la tierra y en una mayor comprensión entre los hombres, sea cual fuere su origen y raza y sean cuales fueren sus respectivos países de origen — desarrollados, en vías de desarrollo o subdesarrollados —, porque, en definitiva, todos y cada uno de los países que pueblan la faz de la Tierra integran el mundo en

que vivimos, al que todos y cada uno de sus habitantes tenemos proporcional derecho, según el precepto divino.

Sentadas estas consideraciones, permítaseme ahora que presente el contenido del presente volumen en una rápida labor de síntesis de cada uno de los trabajos insertos, de la personalidad de sus respectivos autores y de sus principales características en el contexto de la temática general, que guió a la organización de las mencionadas Jornadas de Estudios.

• Con el título de "Perspectivas de la Economía Mundial", el Académico correspondiente y catedrático doctor Lucas Beltrán Flórez, en un rápido estudio establece las coordenadas que habrán de presidir la economía del futuro en esta nueva etapa surgida como consecuencia del detonante impacto, producida en la misma principalmente por la denominada crisis del petróleo. Estudia el proceso inflacionario que ha erosionado gravemente el valor adquisitivo del actual sistema monetario a lo largo de la última década principalmente y achaca al abandono del respeto a la economía de mercado y a la creciente intervención estatal la causa de la grave enfermedad que sufre el mundo económico de nuestros días.

A corto plazo preconiza la necesidad de una reanimación de la coyuntura a base de una política expansionista cauta y prudente. Y a lo largo, la que combine la economía de mercado con la eliminación total o casi total de la inflación monetaria.

• El ilustre economista doctor Román Perpiñá Grau, Académico Correspondiente y miembro destacado de la permanente del Consejo de Economía Nacional, intitula su aportación a las Jornadas "Del progreso indefinido a la era de la escasez", que divide en tres partes, a saber: *A*) El origen de la crisis; *B*) Las consecuencias cuantitativas, y *C*) Las necesarias ideologías si la humanidad quiere sobrevivir.

Previa la afirmación de que la crisis actual no es una de tantas, sino el principio de una Nueva Era Mundial, el doctor Perpiñá describe a grandes trazos los orígenes de la misma, que remonta a la que sobrevino en 1929-34 como secuela de la Primera Guerra Mundial, afirmando que desde entonces se ha echado en el olvido el principio de que la escasez es radicalmente básico para la ciencia económica, pese a que la escasez es comprobable y comprobada en la propia Naturaleza, lo que demuestra a través de diversos ejemplos altamente convincentes.

Que el porvenir de la Humanidad está en peligro, es obvio para nuestro autor y al efecto recuerda una de las constataciones del primer informe

del Club de Roma que profetiza una posible catástrofe mundial "si la especie humana no solamente quiere sobrevivir, más aún, si puede sobrevivir sin caer en una mísera existencia". Y pregunta: ¿Cómo ha podido llegar la humanidad a encontrarse de sopetón ante un futuro inmediato de escasez de recursos y ante la posibilidad de una catástrofe por imposibilidad de subsistir? Las causas — afirma — son remotas, mediatas y provienen de la dirección del pensamiento y, por ende, de la conducta humana que se manifestó ya claramente desde principios del siglo XVIII, causas que el doctor Perpiñá enumera y comenta adecuadamente, sacando de las mismas consecuencias cuantitativas e ideológicas, estas últimas en el supuesto de que el deseo unánime de la humanidad sea el de sobrevivir a los embates en los que estamos inmersos.

Entre las primeras destaca que el espacio terrestre es limitado y que el ritmo de crecimiento de la población constituye un problema prácticamente insoluble en la mayor parte del mundo, tanto más con las ideologías actuales. Por si ello fuera poco, interroga: ¿habrá alimentos bastantes?, ¿tendrá la tierra suficientes recursos minerales?, ¿habrá suficiente energía? y ¿dispondremos de suficiente capital?

Por último, al afrontar el estudio de las consecuencias ideológicas, se pregunta si en la Nueva Era va a servirnos la ciencia económica y si va a ser posible un progreso creciente e ilimitado cual el desarrollo en las últimas décadas, pregunta que le sugiere la preocupación por la calidad de tal progreso, calidad que intuye como perfección cuya ansia debe ser reintroducida en todos los órdenes del saber y obrar humanos, al lado de un renacimiento espiritual y religioso que haga posible aceptar con alegría y convicción, los riesgos y sacrificios, individuales y colectivos que en el futuro de esta Nueva Era nos aguardan.

• "Hacia unas nuevas estructuras" de la Economía Mundial propende la interesantísima aportación del Académico de Número, Moderador de estas Jornadas, doctor Antonio Verdú Santurde.

Con abundancia de datos y antecedentes centra la actual situación económica en la que la humanidad consciente intuye un violento giro en el continuo devenir de la historia que afecta esencialmente a las estructuras básicas en que se apoya nuestro diario quehacer. Estudia con detención los desequilibrios que han conducido a la actual sicosis y las dispares interpretaciones de la misma aportadas por distintas personalidades y organismos de carácter internacional en su preocupación por el futuro, que al decir de

muchos se presenta con negruras jamás sospechadas. Religión, gustos, convivencia — afirma — todo es provisional, todo está en tela de juicio y nada hay firme; mas contra la difusión de la imagen de un negro porvenir, contra el escepticismo a ultranza debe propugnarse una saludable reacción antes de que sea demasiado tarde, creando al efecto una solidaridad vitalizadora que nos obligue a mirar al mundo físico como un patrimonio común para nuestra común felicidad.

Como ciudadanos del mundo, debemos desechar la simplista y conformista solución de frenar el desarrollo, y como creyentes — añadimos — recordar que el desarrollo es un legado divino contenido en aquellas confortadoras palabras del Génesis (1.28): Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla. Si algo hay que cambiar — prosigue el doctor Verdú — junto con las leyes, es a los hombres, de tal manera que adquieran la aptitud para ser felices en un mundo futuro más complicado y difícil, desde luego, pero también más lleno de posibilidades y matices".

En este orden de ideas el doctor Verdú aporta una larga lista de acusaciones que delatan una serie de males que afligen a la humanidad entera como consecuencia de su propio comportamiento, denunciando el mal uso de los bienes prodigados por el progreso y cuyos beneficios los hastiados, insatisfechos, trastruecan con amargas e intransigentes quejas en una especie de masoquismo que les hace sentir el placer de la frustración, frustración que tan sólo existe en sus mentes calenturientas obcecadas por la insania de alcanzar metas a cada instante más ambiciosas causantes de una continua sensación de fracaso, pese a que en algunos aspectos se hayan alcanzado en las últimas décadas cotas soñadas durante siglos y que, paradójicamente, pueden incluso interpretarse como una maldición ante las circunstancias por las que atravesamos.

Mas el desarrollo tiene sus determinantes que nuestro autor examina amorosa y detenidamente, desbrozando de entre su maraña todos los aspectos impuros o nocivos para destacar aquellos que constituyen su auténtica esencia, la que nunca debió mancillarse y en la que radica la verdadera paz y felicidad futuras.

No obstante, para alcanzar tales logros, es necesario remodelar distintos aspectos del complejo político-económico que es el mundo en que nos movemos. Es indispensable, naturalmente, armonizar las posibilidades y las necesidades inherentes a los países prósperos y a los subdesarrollados. Para los primeros, junto a un reordenamiento del sistema económico, debe

evitarse que el propio sistema produzca un desarrollo desequilibrado como consecuencia de ambiciones malsanas. En este orden de ideas es indispensable evitar no sólo la destrucción del medio ambiente, sino su posible deterioración que, en definitiva, produciría aquélla en perjuicio del propio desarrollo y, por ende, de la paz y prosperidad mundiales.

Por su parte, los segundos deben ser asistidos por los poderosos colaborando decididamente a elevar su nivel de vida. No basta proporcionarles ayudas circunstanciales, sino que es preciso, además, una labor continuada de los primeros en favor de los subdesarrollados que permita fructificar su propio esfuerzo, con lo cual muchos de los problemas en los que se debaten, tales como el equilibrio-población-recursos se verían paulatinamente disminuidos permitiendo soluciones armónicas hoy prácticamente imposibles.

Tras su clara exposición ricamente esmaltada de citas y consideraciones atinadas, proyecta la luz de su estudio en lo que hoy se entiende y debe ser el ente decisorio cara al futuro que se nos avecina y establece un agudo paralelismo de fondo entre capitalismo y comunismo, por ser los pilares fundamentales en que se asienta el devenir económico de nuestros días. Sus conclusiones, en forma interrogativa, son harto significativas y dan en la diana al ser contestadas señalando el camino en que — nos guste o no, como dice el autor — habrán de asentarse las nuevas estructuras de la economía mundial para lograr los objetivos cuya consecución el actual desbarajuste hace prácticamente imposible.

• La importante colaboración aportada por el Académico Correspondiente, Embajador de España y distinguido economista don Manuel Fuentes Irurozqui, esboza con indelebles trazos toda la problemática actual del mundo económico de la etapa histórica en que vivimos, destacando, en primer término, que su característica radica en una serie de condiciones y cualidades de entre las que son más destacables el progreso técnico y la interdependencia de las naciones.

Sobre este amplio cañamazo, nuestro autor traza un sistemático pero acabado estudio de la evolución hasta nuestros días de la denominada Comunidad Económica Mundial, integrada por el conjunto de comunidades económicas nacionales cuyo equilibrio depende, en mucho, de las normativas que rijan el establecimiento y el nivel de las relaciones internacionales, asentadas principalmente en una comprensión y beneficio mutuos. Que privan antagonismos, desgraciadamente es indudable, pero precisamente son estos antagonismos y las desenfrenadas ansias de poder los que han

subsumido a nuestro mundo en la enorme recesión que hoy nos aqueja y que señala un hito en el concierto de las relaciones humanas.

Para el señor Fuentes Irurozqui no cabe duda de que es una realidad palmaria el fracaso total y absoluto de la Economía Liberal, y de su propio fracaso nace la imperiosa necesidad de una política económica a escala mundial que elimine las enormes diferencias existentes entre los países ricos y los países pobres, haciendo posible que el desarrollo no sea un nuevo crecimiento, sino una expansión hacia arriba en todos y cada uno de los órdenes de la vida del hombre, como eje, objeto y sujeto de dicho desarrollo y como portador de valores eternos.

Este planteamiento le lleva a una serie de consideraciones acerca de la vida económica actual de los pueblos afirmando que el Mundo la ha montado en base de una serie de supuestos que han de proseguir, pues cualquier interrupción sería fatal e inaceptable. Lo que va de ayer a hoy es inconmensurable. El mundo de hoy es el mundo de la técnica, de la tecnología y de la energía, siendo el poder económico el que manda, toda vez que los pueblos son grandes en la medida que es grande su potencial económico, potencial compuesto por múltiples elementos entre los que destaca la demografía, la energía, las materias primas, las industrias de base, las manufacturas, los medios de transporte, las comunicaciones, el comercio y las reservas de divisas, elementos desigualmente distribuidos en toda la faz de la tierra.

Acercar la posesión equilibrada de tales elementos para su disfrute en todas y cada una de las áreas económicas del mundo en que vivimos, es la gran tarea de esta nueva era que nace en la que ha de imperar una mayor justicia distributiva que conduzca a la paz, la convivencia y la felicidad del Orbe entero.

• La división internacional del trabajo y el desarrollo de la cuenca del Mediterráneo frente a la crisis económica internacional constituye la base de la aportación del vicesecretario de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Barcelona, el conocido economista don Andrés Gispert Llavet, aportación que el autor califica modestamente de reflexiones entorno al tema de la distribución geográfica de la actividad económica.

En este orden de ideas el señor Gispert intuye el comienzo de una nueva división internacional del trabajo como consecuencia del desarrollo de la industria europea, japonesa y, en menor medida, de la norteamericana, tal como ha tenido lugar después de la Segunda Guerra Mundial, desarrollo

que en los últimos tiempos tiende a desplazarse hacia países subdesarrollados, productores de materias primas, en los que los costes salariales por el momento resultan más bajos, creándose nuevos mercados y diluyéndose en gran parte los problemas de tipo ecológico existentes en los grandes núcleos industriales.

En lo que a la cuenca mediterránea se refiere, destaca nuestro autor la poca importancia que le ha correspondido en este trasvase, si bien intuye que los hechos anteriormente reseñados parecen ofrecer una nueva oportunidad a esta área, y se pregunta: ¿Hasta qué punto tiene sentido hablar de las posibilididades de revigorización importante de la vida económica del Mediterráneo? A lo que arguye seguidamente señalando las posibilidades que para los países de la zona sur se presentan y que podrían ser ventajosamente aprovechados por los de la zona norte en orden a la localización de la actividad productiva y en los flujos de mercancías, todo ello, naturalmente, si la capacidad de organización y gestión, junto con la suficiente fuerza política y económica, les acompaña.

• Rehabilitar la agricultura a la categoría que le corresponde constituye el *leitmotiv* del tema desarrollado por el Académico correspondiente doctor Carlos Cavero Beyard bajo el enunciado de "La agriculutra ante la crisis mundial".

Recuerda que en los países desarrollados, tras una larga etapa de expansión, se ha deteriorado el ambiente socio-económico y monetario con la aparición de altos índices de paro, huelgas, inflación, déficits en sus balanzas de pagos y estancamiento del desarrollo, mientras que en muchos países subdesarrollados la tragedia del hambre ha culminado asimismo en un proceso de erosión progresiva de su propia situación socio-económica.

Las malas cosechas y las variaciones climáticas con sus distintas influencias han contribuido no poco a alterar la distribución de los productos alimenticios, agudizando consumos en sectores relativamente prósperos en perjuicio de los más necesitados. Si a ello se añade que en el momento actual la cuarta parte de la población mundial se encuentra al límite nutritivo de subsistencia y que cada año el censo de nuestro planeta aumenta en 75 millones de seres humanos, que en su mayor parte van a aumentar las filas del mundo subdesarrollado, se comprenderá que las perspectivas del futuro no son ciertamente halagüeñas a menos que se arbitren nuevos y más justos procedimientos de cultivo y redistribución de productos.

Tras un breve pero enjundioso resumen de los antecedentes más remo-

tos de la crisis actual que parten de la revolución industrial del pasado siglo y se centran en la denominada "Gran depresión", expone el fundamento de los desequilibrios reinantes en el campo de la economía y el fracaso en lo monetario para los signatarios de los acuerdos de Bretton Woods de 1944, que tan sólo beneficiaron a los Estados Unidos al convertirse por su obra y gracia en el banquero internacional, lo que les ha permitido ejercer un control económico-político de los países de su área de influencia con los nefastos resultados que hoy contemplamos.

Alude a las reglas establecidas en la posguerra para el juego económico internacional que tanto han contribuido a aumentar el desequilibrio sectorial, y señala el papel que ha correspondido a la agricultura, tan menospreciada y tan poco fomentada por la incomprensión de no pocos.

El mundo — añade — se encuentra en la obligación de restituir a cada bien, a cada servicio, a cada sector y a cada área geográfica, su verdadero valor. Los hechos que contemplamos, los disparados incrementos de precio de los cereales, del azúcar, del aceite, del café, del cacao, etcétera, hacen patente la necesidad y obligación de rehabilitar la agricultura a la categoría que realmente le corresponde, pues éste es el único camino válido para orientar el sistema económico mundial hacia el equilibrio.

• La aportación del economista y antiguo Director General de Política Financiera del Ministerio de Hacienda, don Francisco Javier Ramos Gascón, contempla el aspecto financiero de la crisis energética, que estudia objetivamente dando a conocer su gestación. A su juicio, el impacto producido en la Economía Mundial por el brutal aumento a partir del otoño de 1973 del precio de los recursos energéticos, se debió más que al incremento propiamente dicho a la excesiva dependencia de gran parte del mundo occidental respecto de suministros exteriores, como se demuestra por el hecho de que pese a haberse más que quintuplicado los precios tradicionales, las economías occidentales no han reducido sensiblemente sus consumos ni se han colapsado.

En este mismo orden de cosas, destaca que tal elevación se produjo sorprendentemente en el momento preciso en que la posición norteamericana en el mercado de la energía sufría una inflexión, con lo cual se demuestra que, junto con la falta de preparación adecuada de los países consumidores para afrontar el desafío con nuevos recursos energéticos a precios razonables, debemos reconocer la habilidad estratégica de los países productores al provocar con su posición el estallido de la crisis.

Mas si bien la adjetivación dada a la misma supone que tal hecho constituye el más significativo factor desencadenante, no debe excluirse en modo alguno la existencia de una serie de factores adicionales de entre los que se destacan visiblemente los de índole financiera, caracterizados por una tendencia a la inflación incontenida en las economías internas y por el progresivo deterioro de un sistema monetario internacional necesitado de una profunda reforma.

Nuestro autor afronta a continuación un acabado estudio de las motivaciones que han propendido a la inflación a partir de la década de los sesenta, señalando que ésta se ha visto alentada en primer término por una tendencia expansiva del consumo con exageraciones incontroladas y por las facilidades que a tal respecto brinda el desarrollo de los hábitos financieros. Por otra parte, las economías desarrolladas hubieron de enfrentarse con una presión hacia aumentos salariales por encima de los crecimientos de la productividad, que se tradujo en un germen claro de inflación de costes.

En lo que al sistema monetario internacional se refiere, nuestro autor se detiene en el estudio del que fue adoptado en la Conferencia de Bretton Woods, señalando su falta de contenido técnico y las repercusiones que ha traído consigo a lo largo de los años transcurridos hasta llegar a la reciente quiebra de su base, quiebra que ha incidido y no poco en la situación actual en la que estamos inmersos.

No obstante, a juicio del autor, la crisis que padecemos se diferencia de la de 1929 no sólo por la distinta naturaleza de su origen, sino también porque no se da en ella un desmantelamiento doctrinal comparable, sin que ello suponga — añade — que considere satisfactorio por completo el estado actual del pensamiento económico, puesto que su desarrollo en los últimos años ha adolecido quizá de un exceso de tecnicismo y, al menos en términos relativos, de abandono del cultivo de la vertiente que pudiéramos llamar "filosófica" del mismo. A ello ha conducido probablemente la aparición de la Econometría y la Informática, poderosísimos instrumentos que han producido por el momento mucha seducción y no pocos fracasos, pero que es indudable pensar en una adecuada utilización futura de los mismos que habrá de producir una mayor riqueza creativa en el plano ideológico.

Expuestos los precedentes, causas y significado de la crisis, el señor Ramos dedica el resto de su importante estudio a considerar sus consecuen-

cias para la política económica en general y para la financiera en particular, que enumera exhaustiva y brillantemente llegando a la conclusión de que los problemas de todo orden que aquélla ha planteado van a exigir en los próximos años una respuesta responsable, comprometida e imaginativa. No se trata — prosigue — de crear tan sólo un nuevo orden energético, sino que es preciso el despliegue de unas líneas de acción en las que los Gobiernos, las Sociedades y los individuos vuelquen sus esfuerzos en la defensa, en una multiplicidad de frentes, de unos esquemas de convivencia nacional e internacional cuyas grietas son hoy evidentes. Ello exige un esfuerzo de readaptación de las escalas de valores hoy vigentes, esfuerzo que ha de emprenderse con ilusión y esperanza, pero sobre todo con conciencia de que se juegan bazas decisivas cara a un futuro cuya construcción no podemos diferir y que en realidad empieza cada día.

• El ilustre economista Ubaldo Nieto de Alba, especializado en el estudio de la nueva técnica de la información, en una rápida exposición aporta los antecedentes históricos del momento actual que denomina "La era de la Economía informada", caracterizada por los avances conseguidos en los procesos de automatización, cibernética y de dirección.

Define en rápidos bosquejos la esencia misma de la economía informada, su desarrollo y aplicaciones como instrumento técnico superior universalmente reconocido y que juega ya, en medida progresiva hacia el futuro, uno de los principales papeles en la toma de decisiones, clave del devenir económico universal.

• La breve intervención del catedrático y vicepresidente de esta Real Corporación doctor Mario Pifarré Riera se caracteriza por su toque de alarma contra la demagogia y el sensacionalismo que deforman las decisiones económicas de nuestros días por la presión de grupos animados por ideas imperialistas, nacionalistas o simplemente revolucionarias. Aboga por el restablecimiento de la ciencia y el estudio sereno de los hechos y previsiones económicas relegando definitivamente del contexto ideológico las nefastas influencias de criterios extraeconómicos y de presión política que han subvertido los valores en que se apoyaba el anterior equilibrio internacional, dando paso a una nueva era de paz y prosperidad económicas.

• "Las expectativas sobre el ocio" constituye el tema desarrollado con singular gracejo por el Académico de Número doctor Juan Ignacio Bermejo y Gironés, que en principio puede parecer algo alejado de la temática general que presidió las Jornadas de Estudios; mas cuando el lector se

adentre en la lectura de este importante trabajo, observará enseguida la importancia del ocio en el contexto del desarrollo económico cara al futuro, máxime al darse cuenta que nuestro autor distingue claramente lo que con frase feliz denomina ocio de signo positivo del ocio negativo, entendido este último como imagen de la vida inerte e inútil, como algo vicioso, suplementario y marginal del trabajo, mientras que el primero lo califica de tiempo dedicado a la producción como simple intervalo de descanso destinado a servir de acicate y reacción para la función laboral, única verdaderamente importante y trascendente, definición que hoy empieza a alcanzar un valor absoluto de por sí, explicado y estimado por sus características intrínsecas.

El doctor Bermejo hace historia a continuación de las distintas etapas seguidas en el proceso laboral a partir de la Revolución industrial del pasado siglo. De arranque — dice — el maquinismo y el sistema fabril implicaron una radical separación entre el hogar y el lugar de trabajo, hasta entonces con frecuencia íntimamente entrelazados. Mas como no podía menos de suceder, al convertirse el trabajador industrial en simple engranaje de un mecanismo impersonal, su trabajo se transformaba en una mecánica y deshumanizada labor, y no en vano pudo calificarse el tiempo penosamente invertido en el mismo como tiempo desperdiciado o muerto, que alentaba en sí mismo un deseo liberalizador, la necesidad de un tiempo libre que en compensación diera lugar a un descanso justo y humanamente merecido, y que recibió la calificación de ocio. Fue entonces que el trabajo fue enjuiciado como complementario del ocio, como simple medio de conseguir las posibilidades materiales con las que sufragar el único tiempo que verdaderamente es estimado de vida libre y propia.

Los tiempos cambian y el concepto del ocio o tiempo libre ha ido evolucionando a medida de que gracias a las conquistas laborales, la duración de la jornada de trabajo ha ido disminuyendo paulatinamente, creando un nuevo problema: el de llenar el tiempo libre, combatir el tedio y el hastío en que suele traducirse el ocio para muchos. De los tres ingredientes o tres *D* componentes del tiempo libre (descanso, diversión y desarrollo), el segundo es el que prácticamente agota todas las posibilidades del vulgarizado sentido actual del ocio.

Desgraciadamente y bajo otro prisma, en las condiciones actuales en que se mueve el ocio, a juicio de nuestro autor, aquél puede caer, y de hecho cae con frecuencia, bajo la dependencia y manipulación de toda

clase de intereses económicos o políticos, por lo que se impone, en bien del desarrollo futuro y de la salvaguarda de los valores humanos, una actuación planificadora y vigilante que procure evitar las expresadas interferencias y que intente, además, fomentar y elevar el nivel cultural de aquellas actividades de carácter público propias del tiempo libre.

En este orden de ideas, el doctor Bermejo señala el papel preponderante que para su consecución compete a la Administración Pública y a las Corporaciones Locales, y estudia con algún detalle los medios más idóneos para lograr tan alta finalidad.

• El Académico de Número don Luis Prat Torrent estudia un problema económico social de gran trascendencia y al que hasta ahora no se ha dado mayor importancia pese a incidir sustancialmente en su primera fase en la economía de la empresa y, en defintiva, sobre la Economía Nacional: se trata del absentismo en el trabajo, que el autor define como toda ausencia, sea o no justificada, que representa la diferencia en el tiempo entre la duración del trabajo contratado y el realmente realizado, de lo que podemos inferir la existencia de un absentismo justificado inmerso en otro sin justificación.

Que el absentismo está alcanzando cotas cada día más elevadas es obvio, y que sus efectos fomentan la inflación de costes por incidir en los de las Empresas y, por tanto, en su economía, es archisabido, como son conocidas sus repercusiones en el coste de la Seguridad Social y en el progresivo incremento del precio de los productos para el consumidor.

Se ha dicho que los efectos del absentismo en la economía de la empresa, una de las grandes plagas de la industria actual, son muy superiores a los derivados de las huelgas oficialmente declaradas; pero que por regla general el empresariado, sobre todo aquel que no recurre sistemáticamente a informaciones exhaustivas mediante el análisis adecuado de los distintos elementos integrantes de su negocio, no le presta la atención que realmente merece, pese a sufrir sus consecuencias. Es por ello que el señor Prat Torrent, eminente hombre de empresa, se pregunta: ¿Cómo puede una empresa procurar una eficaz y máxima productividad sin atajar y concluir, asimismo, con el absentismo injustificado?

El tema es abordado por nuestro autor con gran conocimiento de su problemática, que analiza con detención y cuidado, presentando opiniones e índices muy significativos para su cabal comprensión, labor que complementa muy acertadamente con la aportación de los elementos esen-

ciales de un agudo estudio debido a la pluma del conocido economista internacional M. VADE sobre el particular, y que facilita una visión muy completa de los efectos del absentismo y sus consecuencias a través de la presentación de no pocos ejemplos contrastados internacionalmente con las reacciones que han merecido por parte de las empresas protagonistas. De ellas se desprenden una serie de enseñanzas que vale la pena tener muy presentes en cualquier intento de reducir primero y eliminar después los nocivos efectos del absentismo injustificado.

Ocho grandes factores de ausencia injustificada pueden ser determinados y cuya enunciación resulta como sigue: Condiciones de trabajo, monotonía laboral, dimensión de la empresa, remuneración, controles de ausencia, deseo de asuetos complementarios y actitud de gerencia; aspectos que son estudiados con gran realismo y que en sí contienen las directrices necesarias para lograr la erradicación del mal que no es ciertamente imputable en toda su integridad a una sola de las partes actoras, sino que una vez más afecta en mayor o menor grado a todas ellas.

• "Precisiones sobre la incidencia de la fiscalidad en la redistribución de rentas" intitula el Académico de Número y Catedrático, doctor Magín Pont Mestres su importante aportación a las Jornadas de Estudios.

De entrada, denuncia y califica de mito el supuesto generalmente admitido como verdad incontrovertible en el marco de la economía de mercado, de que los tributos, por sí mismos, constituyen siempre un excelente medio para coadyuvar a la redistribución de las rentas. Creer que en la fiscalidad se halla una especie de panacea redistributiva — afirma — puede inducir a error, sobre todo a la vista de los sistemas tributarios hoy vigentes, por lo que no es aconsejable, al pretender su estudio, moverse exclusivamente en el ámbito de la teoría y de la especulación abstracta para alcanzar conclusiones válidas en el terreno de los hechos.

Erigir en dogma el supuesto de que la imposición directa permite alcanzar superiores cotas de redistribución que la indirecta — prosigue — es conclusión arriesgada, desmentida no pocas veces por la realidad, toda vez que el concepto de tributo directo y de indirecto no acaba de perfilarse con la concreción necesaria para que pueda afirmarse, de modo rotundo, que su comportamiento práctico responde al que en estricta teoría se le atribuye, puesto que para nadie es un secreto que, en ocasiones, los tributos directos, conceptualmente así individualizados, tienen de hecho un comportamiento similar a los indirectos como consecuencia de los meca-

nismos económicos que operan en el seno de los sistemas de mercado y, a la inversa, que los considerados indirectos resultan, a su vez, con comportamiento efectivo similar a los directos; de lo que se infiere que la fiscalidad puede constituir, y de hecho constituye en determinados supuestos, un útil instrumento redistribuidor de rentas, que es cosa distinta a dejar sentado que siempre cumple ineluctablemente esta función y cometido.

Todo ello da pie al doctor Pont Mestres para estudiar con cierto detenimiento la propensión a la acumulación de riqueza inmersa en el contexto de los sistemas de economía libre o de mercado, toda vez que bajo la aparente igualdad de oportunidades que preconizan aquéllos, los factores de producción, trabajo y capital no siempre obtienen la retribución que les corresponde según su respectiva función.

Establece acto seguido las premisas necesarias para la elaboración del sistema fiscal y afirma que es sabido que en nuestros días se atribuyen a cualquier sistema fiscal tres funciones específicamente básicas: obtención de ingresos con los que financiar el coste de los servicios públicos indivisibles, medio para el logro de la estabilidad y el desarrollo económico, y redistribución de rentas. Lograrlo no es cosa fácil, de donde se infiere que un sistema tributario no es bueno o malo *per se,* sino que su mayor o menor bondad depende de su propia capacidad para incidir en la realidad sobre la que ha de operar, lo que obliga a un previo y exhaustivo estudio socio-económico a fin de que, consecuentemente, se obtengan en la aplicación de aquél las mínimas garantías exigibles.

Estudia por último la incidencia positiva y negativa que pueden producir determinadas medidas tributarias con fines extrafiscales de equilibrio y desarrollo económico, que enumera con algún detalle para dar fuerza a su argumentación y concluye señalando la conveniencia de que en el comienzo de una nueva era económica, cual la que contemplamos en estos momentos, puede ser de gran utilidad someter la fiscalidad a profunda revisión a fin de que logre cumplir los objetivos propuestos y se alcance en definitiva y prioritariamente una auténtica redistribución de rentas que restablezca el equilibrio perdido.

• El culto economista, doctor Mariano Capella San Agustín trata con visión de futuro la temática de la incidencia en el contexto económico-social futuro de la formación del empresario, al que califica de columna, eje, pivote, motor y célula viva de nuestro mundo socio-económico.

Previo un rápido pero enjundioso estudio de la evolución histórica de la dirección de la empresa cuya articulación señala, destaca que la filosofía última de la labor empresarial radica en el culto al beneficio, porque es precisamente este último el que mide la eficacia, si bien la evolución adoptiva se hace precisa y posible en un contexto dominado por unas condiciones de cierta estabilidad. "No se puede dirigir el pasado — afirma con el profesor JARS — ni tampoco el presente, que es un instante transitorio y fugaz: sólo el porvenir es susceptible de ser dirigido."

En nuestros días, la creatividad y la innovación en el "management" de la empresa se hacen imprescindibles y la utilización de unos medios concebidos estáticamente se torna dinámica, porque los fines determinan los medios y no a la inversa, por lo que se precisa ahora un desenvolvimiento empresarial basado en un aprendizaje planificado que permita concebir en cada momento la mejor estrategia. La dicotomía entre directores y ejecutantes con sus funciones inherentes, a juicio de nuestro autor tiende a ser superada por la mutua asociación a tareas hasta ahora jerárquicamente separadas, poniendo énfasis en los vínculos de información y cooperación más que en los de simple autoridad.

Para el futuro, y en este orden de ideas, la empresa deberá presentar una efectiva capacidad de reacción estratégica, competitiva, eficaz, estructural, de comportamiento, así como de reacción política interna y de reacción ante su imagen frente a la Sociedad, para cuyo logro presenta las conclusiones de la E.F.M.D. y las sugerencias contenidas en el Informe Sudreau al Gobierno francés cara a la nueva tesis de la reforma de la empresa, cerrando su estudio con la afirmación de que la nueva era que ha comenzado nos exige una actualización permanente de los métodos pedagógicos y de las nuevas técnicas de gestión, para lo cual es indispensable el interés, la mentalización y el esfuerzo de todos en el ámbito personal e institucional. Sólo así será posible el desarrollo armónico del futuro.

• El profesor de Economía Internacional de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Barcelona, consultor de las Naciones Unidas y destacado economista al servicio de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Barcelona, doctor Francisco Granell Trías, aborda un tema íntimamente ligado a ese futuro que nuestra Real Corporación ha intuido ante las perspectivas de la Economía Mundial: la función de las empresas multinacionales en el desarrollo y la internacionalización de la Economía. Y el tema, de por sí enjundioso, es tratado por el doctor

Granell con su competencia característica demostrada a través de múltiples ensayos y en particular en el dedicado precisamente a las multinacionales.

De entrada, nuestro autor hace la salvedad de que en su exposición se abstendrá deliberadamente de estudiar los aspectos políticos que hay que considerar en relación a las multinacionales, pese a que sean incluso más importantes que los económicos, objeto de su disertación.

Después de señalar que existen divergencias terminológicas importantes hasta ahora no superadas en la definición sobre la verdadera multinacionalidad o internacionalidad de una firma instalada en distintos países, que expone con algún detalle, señala que en la actualidad las empresas multinacionales constituyen el único fenómeno que comporta una auténtica mezcla de los cuatro aspectos fundamentales en que se ha basado la internacionalización de la economía de los últimos años, a saber: el crecimiento del consumo, el movimiento de personas, los movimientos de capitales y los movimientos de ideas.

Analiza a continuación los factores explicativos de la expansión de las multinacionales a lo largo de los últimos años, en especial hasta la Primera Guerra Mundial en que coadyuvaron preponderantemente al desarrollo de países tales como Estados Unidos o Australia, señalando que poco después de la rotura del patrón oro y abolido el predominio de Gran Bretaña en la esfera mundial, las inversiones internacionales han languidecido hasta el predominio de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

No obstante — añade —, en la actualidad, las multinacionales tienen gran prepotencia económica, lo que ha preocupado y preocupa a los Altos Organismos Internacionales, inmersos ya en la elaboración del primer código de conducta para salir al paso de cualquier posible desafuero, mientras resulta imposible por el momento llegar a un acuerdo global sobre si el impacto de las multinacionales sobre la economía y la sociedad de cada uno de los países afectados es positivo o negativo.

Pesan en el ánimo del doctor Granell las incógnitas que gravitan sobre el peso futuro de las multinacionales en la economía mundial y reconoce la existencia de posturas o criterios diametralmente opuestos que imposibilitan alcanzar una auténtica objetividad en este campo, al igual como ocurre en otros muchos del análisis de las ciencias sociales. Y termina su agudo estudio augurando un gran futuro para esta clase de empre-

sas al margen de las cortapisas, controles e, incluso, socialización que pueda afectarlas mañana mismo porque su papel, su función técnico-económica, es insustituible en el contexto de las relaciones internacionales.

• Bajo el título de "Inflación y las decisiones financieras en la empresa", el catedrático de Economía de la Empresa de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Barcelona, doctor Santiago García Echevarría, presenta todo un abanico de consideraciones conducentes a la búsqueda de un procedimiento que elimine la erosión monetaria derivada de la inflación en todas y cada una de sus distintas facetas. Examina los perniciosos efectos de la inestabilidad monetaria en la economía de la empresa y señala, como módulo corrector, el sistema de índices, sistema que si bien opina no puede estimarse óptimo, contiene algunas virtudes que lo hacen aconsejable para situar los valores de la empresa lo más cerca posible de una realidad operativa.

Claro está que la adopción de índices no siempre es posible por plantearse simultáneamente su incidencia tributaria, únicamente soslayable mediante regularizaciones oficialmente autorizadas cuales las que entre nosotros se otorgaron en 1964 y en 1973, pero ello no invalida, sino que confirma, la bondad del procedimiento preconizado.

Mas para nuestro autor es el aspecto de la liquidez financiera el que estima más preocupante como secuela de la inestabilidad monetaria, y a su estudio dedica una gran parte de su colaboración aportando ideas que pueden ayudar mayormente para solucionar su problemática.

• El ilustre economista, presidente de la Permanente de la Comisión Central de Planificación Contable, Subdirector General de Régimen Contable de las Empresas del Ministerio de Hacienda y Académico correspondiente, don Carlos Cubillo Valverde, aporta a nuestras Jornadas de Estudios un tema de indudable actualidad acerca de "La inflación y la evolución tecnológica en la gestión de la empresa".

Partiendo del hecho indubitable que el modelo clásico o convencional de gestión basado en la estabilidad en los precios y en el lento desarrollo tecnológico ha periclitado como consecuencia del fenómeno de la inestabilidad monetaria, auténtico cáncer de la Economía moderna, de una parte, y, de otra, por la acelerada evolución tecnológica, el señor Cubillo afronta en primer término la problemática de la inflación cuyos efectos en la economía de la empresa son evidentes, puesto que además de incidir en su propia sustancia y afectar a sus actividades de presente, condicionan

sus proyectos futuros, presentando dos vertientes. En una se sitúan las inversiones permanentes, generalmente representadas por equipos cuya vida útil al servicio de la producción comprende por regla general un dilatado tiempo, y en la otra los bienes del circulante sobre el cual se proyectan asimismo los efectos de la inflación.

Aplicar el modelo convencional de gestión en momentos de inestabilidad monetaria origina inevitablemente la llamada deflación de costes con todos sus inconvenientes, en especial una reducción de liquidez que las más de las veces obliga a la empresa a acudir al mercado de capitales pagando por ello precios abusivos o a ampliaciones del propio capital no siempre plenamente rentables, abriéndose, en el mejor de los casos, todo un proceso de descapitalización gravemente nocivo para la propia empresa y para la comunidad nacional.

Desgraciadamente — prosigue nuestro autor — no siempre los empresarios poseen ideas claras sobre el significado de gestionar la empresa bajo un modelo que tome en cuenta los efectos de la inflación y, consecuentemente, es esta última la que sufre en su propia carne los errores y la falta de visión de sus dirigentes, por lo que se impone la necesidad de que nuestros empresarios tomen conciencia de que la gestión del futuro debe prestar especial atención al problema inflacionario tomando las medidas conducentes a paliar en lo posible sus desastrosos efectos. No deben olvidar que la introducción de factores no monetarios en el moderno modelo de gestión, tales como los tecnológicos, ha enriquecido extraordinariamente el campo de investigación y, por ende, el abanico de posibilidades defensivas.

En este orden de ideas y como complemento básico de lo expuesto, en una gestión moderna es indispensable disponer asimismo de toda la información posible, no sólo en el campo de la investigación científica y su correspondiente aplicación tecnológica, sino en el conocimiento claro y preciso de la evolución de la propia empresa. Es hacia esta meta que se dirigen hoy no pocos esfuerzos, tendentes todos ellos a lograr el fin apetecido; pero tales esfuerzos son sólo el comienzo y a juicio del señor Cubillo no basta la sola mentalización del empresario: es preciso asimismo la revisión del marco jurídico en el que se inscribe la empresa, y en este marco se halla inmersa la fiscalidad que en modo alguno debe obstaculizar la aplicación del moderno modelo de gestión propugnado, sino que, por el contrario, ha de impulsar el desarrollo de la empresa, lo que no está cierta-

mente reñido con el rendimiento del sistema impositivo que, a la larga, puede y debe ser mejorado ostensiblemente, incluso con una mejor justicia distributiva.

A tal efecto, el señor Cubillo traza con meridiana concreción las grandes líneas aleccionadoras de lo que debería remozarse de nuestra actual legislación impositiva, en especial en el Impuesto sobre Sociedades, para lograr los objetivos propuestos.

Por último, y como no podía ser menos, dada la personalidad de nuestro autor, contempla la regularización de balances como medida progresiva coadyuvante de la buena gestión. Se muestra partidario de autorizarla de modo permanente y como facultad de las empresas, para ser ejercitada en armonía con la depreciación experimentada por la moneda en cada período de tiempo, y enlaza la regularización con el Plan General de Contabilidad, con objetivos amplios y ambiciosos y cuya aplicación ha de conducirnos indudablemente al perfeccionamiento de nuestra información económica. Con él se ha abierto un camino de colaboración íntima, sin ninguna clase de reservas mentales, entre los hombres de empresa, los expertos a su servicio, los estudiosos y los técnicos de la Administración que puede y debe dar espléndidos frutos.

• "La erosión monetaria en la economía de la empresa" constituye la base de la aportación a las Jornadas por el que suscribe y que forma un a modo de resumen de distintas conferencias y trabajos sobre el tema, publicados a partir de 1929 y que cristalizaron principalmente en mis libros "La ficción de los grandes beneficios" y "Beneficios ficticios y pérdidas supuestas", completados más tarde con otras monografías, a todo lo cual me remito.

Séame permitido, no obstante, constatar que en la colaboración que forma parte del presente volumen he afrontado, en primer término, la problemática de la falta de liquidez y la incidencia de sus secuelas en la economía y en los resultados de la empresa, sugiriendo medidas adecuadas para paliar en gran parte sus efectos, contemplando a continuación el reflejo de la inflación en los activos exigibles, realizables e inmovilizados.

En cuanto a los primeros, destaco que la falta de liquidez trae consigo múltiples aplazamientos de pago que en momentos de inestabilidad monetaria generan auténticas pérdidas por lo regular no detectadas, incluso en el supuesto que los aplazantes carguen con los gastos bancarios e intereses correspondientes, puesto que la erosión monetaria se consume con

el aplazamiento y deteriora siempre la integridad del capital empresario.

Por lo que atañe a los segundos — realizables — recuerdo la influencia que en la determinación de los resultados adquiere la valoración de los inventarios y la conveniencia de adoptar procedimientos modernos de evaluación, tales como el LIFO, a fin de evitar la presencia de beneficios ficticios en los resultados y que inevitablemente se producirían aplicando los métodos tradicionales.

Por último, y en lo tocante a los valores inmovilizados, recuerdo que, evaluados normalmente a coste histórico, sus amortizaciones suponen una auténtica descapitalización, pues aparte de que los costes no reflejan los valores realmente invertidos, la reposición de los elementos amortizados exige una inversión muy superior a la inicial que sirvió de base para la amortización. Como esta anomalía tan sólo es evitable actualizando el valor monetario de las inmovilizaciones y tal actualización fiscalmente tan sólo puede lograrse a través de la regularización de balances cual la establecida en 1964 y reiterada en 1973, señalo la conveniencia de ir a una regularización periódica acorde con la intensidad de la depreciación monetaria, única forma de mantener la integridad patrimonial de nuestras empresas.

• El Académico de Número, Catedrático doctor Pedro Voltes Bou plantea en su breve comunicación el caso de la indispensable revalorización de los intereses de las inversiones antiguas en renta fija, afectadas de erosión por la devaluación monetaria, que atañen principalmente a ahorradores modestos y a entidades cívicas, benéficas y culturales, obligadas estas últimas muchas veces por el propio legislador a invertir sus patrimonios precisamente en valores de renta fija. Su tesis, muy atinada, reclama la corrección del entuerto mediante el arbitrio de medidas económicas que, ya sea por revaluación del capital, ya por el incremento adecuado de la tasa de interés, compense de algún modo el daño que se infiere a quienes de buena fe invirtieron sus ahorros creyendo haber resuelto el problema de su subsistencia en la ancianidad.

• Por último, el Jefe de la Sección de Regularización de Balances de la Dirección General de Impuestos del Ministerio de Hacienda, don Antonio Noguero Salinas, aporta un acabado estudio de la Regularización de Balances y el Plan General de Contabilidad en su incidencia sobre la actualización valorativa de los activos fijos de las empresas españolas, deteriorada de nuevo después de la regularización de 1964, como consecuencia de

la inestabilidad monetaria que ha seguido ejerciendo su nefasto influjo en prácticamente todas las economías mundiales.

Para el señor Noguero, Plan General de Contabilidad y Regularización de Balances constituye una auténtica dicotomía en el camino de la evolución económica de nuestra patria, puesto que las operaciones de la Regularización ha de neutralizar los efectos negativos de la depreciación monetaria y hacer sinceras las contabilidades empresariales que carecieran de esta característica, y la aplicación del Plan General de Contabilidad ha de tecnificar estas últimas y hacer posible una información completa, clara, veraz y sistematizada, que ha de constituir un poderoso auxiliar de la gestión empresarial, permitiéndole la toma de decisiones en el momento oportuno.

No es ajena a la caza de los objetivos propuestos la problemática de la valoración, que nuestro autor estudia desde el método clásico del coste histórico hasta los modernos sistemas de evaluación nacidos al socaire de la inestabilidad monetaria y que intentan paliar en cierto modo los estragos de la erosión que deforman sustancialmente la esencia del patrimonio empresario y su rentabilidad efectiva. Mas al margen de tales sistemas, el señor Noguero detalla exhaustivamente los beneficiosos resultados de todo orden que la aplicación sistematizada y cuidadosa de la Regularización de Balances ha de aportar a la economía de la empresa, y si bien reconoce que la regularización permanente puede ser un ideal perfectamente asequible, saluda con gozo tanto la regularización de 1964 como la actualmente en curso, porque en su concepto constituyen unas experiencias primarias muy importantes, representativas de un primer paso en el tratamiento de una materia que no carece de dificultades y que ha de merecer en un futuro próximo toda la atención tanto de los estudiosos como de la Administración ante la problemática de ese futuro que intuimos y en el que nuestra Patria habrá de asumir un papel importante.

* * *

Cumplida la grata labor de presentación, tan sólo me resta dejar constancia del profundo agredecimiento que siente la Academia y, con ella, su presidente, hacia todos y cada uno de los que con su intervención directa o indirecta, o simplemente con su presencia, hicieron posible la celebración de las Jornadas de Estudios de las que el presente volumen constituye el

producto. Asimismo quiero rendir tributo de agradecimiento a la Prensa, Radio y Televisión, cuya colaboración en la difusión de los actos fue decisiva y, de una manera especial al Académico de Número doctor Antonio Verdú Santurde, moderador de las expresadas Jornadas que, con la máxima entrega y competencia, supo coordinarlas y conducirlas al éxito que todos hoy celebramos.

RICARDO PIQUÉ BATLLE

PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

LUCAS BELTRÁN FLÓREZ

Después de la Segunda Guerra Mundial un gran número de países realizó reformas económicas que aunque difieren mucho en sus detalles, tuvieron cierta semejanza. Pensamos sobre todo en Alemania Occidental, Francia, Italia y Gran Bretaña.

Todos estos países, a partir de 1945, al pasar de la economía de guerra a la economía de paz, establecieron sistemas económicos inspirados en la economía de mercado y en le estabilidad monetaria; el resultado fue un período de prosperidad como el mundo no había conocido nunca. El bienestar general se elevó mucho más de lo que antes de la guerra y durante la misma nadie se hubiese atrevido a esperar.

Las destrucciones bélicas, que en 1945 parecían de reparación larga y difícil, fueron reparadas muy rápidamente y rápidamente olvidadas. Aunque con un cierto retraso, España participó en este progreso. La reforma económica, que tuvo lugar a partir de 1959, se inspiró asimismo en los principios de la economía de mercado y de la estabilidad monetaria y desde la mencionada fecha nuestro país ha tenido un crecimiento económico rápido, uno de los más rápidos del mundo.

En las dos décadas anteriores a 1974 los veinticuatro países, miembros de la O.C.D.E., que son las veinticuatro naciones con economía de mercado más ricas del mundo, tuvieron un crecimiento anual medio del 5,5 %. Esta cifra media cubre naturalmente una cierta dispersión: En general el crecimiento del Japón fue el doble de ella y el de Inglaterra la mitad; dentro de estos veinte años hubo unos de crecimiento mucho más rápido que otros; pero en general estas dos décadas constituyen un período de prosperidad y de aumento del nivel de vida como el mundo no ha conocido otro.

Este proceso se interrumpió el año 1974, en el cual el crecimiento económico se redujo a cifras insignificantes o fue negativo. Todo induce a creer que el año 1975 será asimismo de depresión y que ésta puede ser mayor que la del año anterior.

Sin ánimo de dogmatizar sobre las causas de la presente recesión, observamos que en los últimos diez años, la inflación ha tendido a acentuarse y que en los últimos tiempos el proceso se ha acelerado. Una inflación breve y de poca intensidad puede tener efectos estimulantes del sistema económico. Cuando la inflación dura mucho y se acentúa, estos efectos tienden a desaparecer y si las autoridades monetarias realizan esfuerzos para frenar la inflación producen una depresión. Así hemos llegado en los momentos actuales a tener en muchos países, y singularmente en los Estados Unidos una combinación, poco frecuente en tiempos anteriores, de alza fuerte de precios con paro forzoso y pérdidas de las empresas.

Asimismo, el relativo respeto a la economía de mercado que existió en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se ha ido perdiendo progresivamente, y la intervención del Estado se ha acentuado prácticamente en todos los países.

Finalmente la política monopolista de un grupo de países productores de petróleo ha acabado de perturbar los mecanismos de la economía de mercado en el campo internacional y con ello ha acentuado tanto la inflación como la depresión económica.

Si en el futuro resulta posible practicar una política análoga a la de los años de la posguerra, cabe esperar una nueva etapa de prosperidad. La dislocación del mercado internacional del petróleo ha demostrado la importancia de la economía de mercado.

Con frecuencia se ha descrito el problema del petróleo como una confrontación de los países pobres con los ricos. Esta visión nos parece desenfocada por las siguientes razones. Entre los países productores de petróleo que han elevado su precio figuran algunos como Venezuela, que en modo alguno pueden considerarse como pobres. Además para los países ricos industriales, si bien la elevación del precio del petróleo significa un contratiempo y una carga, éstos no tienen un peso que no puedan soportar. En cambio para los países pobres del mundo que no tienen petróleo, la multiplicación por cuatro del precio de este combustible ha significado una verdadera tragedia.

En la India y en un número de países africanos, la fatal coincidencia

de la elevación del precio del petróleo y de una sequía excepcional ha ocasionado la muerte por hambre de millones de personas. Para muchos de estos países, en los momentos actuales, no existen perspectivas de desarrollo económico.

El problema de la inflación es de tratamiento difícil, porque se combina con la depresión. En los últimos cuarenta años las fórmulas Keynesianas han llegado a ser de conocimiento y aplicación general: En circunstancias de depresión y bajas de precios, se ha practicado una política de expansión monetaria y de déficit presupuestario; en circunstancias de inflación y de ocupación más que total, se ha aplicado una política monetaria restrictiva y se ha procurado liquidar presupuestos con superávit. Pero dadas las peculiaridades de la situación actual, las medidas que traten de frenar la inflación corren el riesgo de acentuar la depresión, y las medidas que intenten estimular la coyuntura pueden acelerar la inflación.

Será necesario proceder con gran cautela y prudencia. A corto plazo probablemente, y sobre todo en los Estados Unidos, parece que lo más urgente es reanimar la coyuntura y para ello será precisa una política expansionista. Pero ésta ha de ser moderada y procurar que la inflación no pase de ciertos límites.

A largo plazo solamente una política que logre combinar la economía de mercado con eliminación total o casi total de la inflación puede dar al mundo un período de paz, de desarrollo económico y de prosperidad.

DEL PROGRESO INDEFINIDO A LA ERA DE LA ESCASEZ

Román Perpiñá y Grau

La amplitud del tema General de estas Conferencias, a las que nos ha invitado, muy oportunamente, nuestro Presidente D. Ricardo como por el tema particular de nuestra participación nos obliga a ser esquemáticos.

Vamos a dividir la argumentación en tres partes:

A) El origen de la crisis: inmediato y mediato, de las ideologías que la indujeron; *B*) Las consecuencias cuantitativas, y *C*) Las necesarias ideologías si la humanidad quiere sobrevivir.

A) Origen de la crisis

1. *Inmediato económico-material.*

Ante todo, afirmemos que la crisis actual no es una de tantas, sino el principio de una Nueva Era Mundial.

La de 1929-34 fue ya, desde luego, un aviso luego de los años de auge, años después de la Primera Guerra Mundial.

A la alegría de las estabilizaciones de monedas, siguió la de la concesión de créditos al consumo hasta provocar el momento de la desconfianza de la Bolsa de Nueva York en el otoño de 1929. Los economistas quedaron aturrullados y la economía de ciclos cayó en el descrédito. No se tenían en cuenta las estructuras y solamente se atendía a las funciones. Después de la II Guerra, el keynesianismo hizo listos a todos los científicos y político-económicos: un poco de inflación es adelantarse y suscitar la producción — algo parecido como los avances crediticios de los años 20, para suscitar el consumo —. Permitidme una anécdota: un amigo conso-

laba a su buen amigo: "Cásate con Isabel; tú la quieres mucho". "¿Cómo voy a casarme, después de mi desengaño?" — responde —. "Cásate, ¿no ves que solamente está un muy poquito embarazada? (un 3 % de inflación, diríamos con Keynes, no hace daño).

a) La escasez, principio radical básico.

Cierto que desde la I Guerra, la técnica tuvo un gran progreso y con ella la productividad, pero los mismos economistas habíamos olvidado la más sencilla definición de la economía: "la ciencia de la administración de bienes escasos". Habíamos olvidado a Gustavo Cassel que en 1917 en su obra *Economía Social Teórica,* establece con razón incontrovertible que el principio de la escasez *(Knappheit)* es el radicalmente básico para la ciencia económica.

b) La escasez comprobada en la Naturaleza.

Ante este raro olvido, no son de extrañar las continuadas y ciegas dilapidaciones de recursos naturales en energía y en materias primas no reproducibles.

Bástenos recordar al Prof. King Hubbert de la Universidad de Standford, geofísico de alto prestigio, que en su obra *Energy Resources* de 1962, argumenta así:

- Los yacimientos metálicos se han originado y formado por fenómenos geológicos de los tres últimos mil millones de años de la era geológica.
- Los combustibles fósiles (carbones, petróleo) son energía almacenada por fotosíntesis en el transcurso de 600 millones de años.

Pues bien, desde fines del siglo anterior y hasta 1914, los principales recursos se explotaron a una tasa acumulativa anual de un 4 %, es decir, que doblaba sucesivamente su producción cada unos 18 años. Pero a partir de 1945 los exponentes se dispararon a tasas que hacían doblar su producción en 12, 10 y hasta solamente siete años.

La consecuencia: un rapidísimo agotamiento de las reservas conocidas con ya áleas muy diversas de nuevos hallazgos de yacimientos.

Se dan varios cómputos, pero lo cierto es que a las altas tasas exponenciales de estos veinte últimos años del petróleo, aluminio, cobre, etc., no les quedan reservas más que para una o dos generaciones y aun me-

nos, p.e. 35 años para el estaño, 29 para el cobre, 23 para el cinc y 19 para el plomo y el mercurio, según Hubbert. Solamente más de un siglo para el hierro (250 años) y el aluminio (570 años).

La utilización de los recursos, empero, se ha ido concentrando fantásticamente en los países más dotados para el desarrollo: el 30 % de la población mundial, dice Hubbert, consume el 90 % de la producción de energía industrial y recursos mineros. En nueve de los principales la relación entre consumo de los países más dotados respecto a los menos dotados — que es como califico a los llamados sub-desarrollados —, es de 20/1, cuando los menos dotados disponen en su suelo del 50 al 80 % de los principales recursos.

Pero lo más importante es esta sencilla y contundente sintética conclusión de Hubbert:

"Cuando las tasas, anuales y acumulativas, de consumo son ya tan altas, el mantenimiento de una tasa de crecimiento de 50 veces más, en un siglo (como las efectivas desde los últimos, digamos, 20 años) no es posible, pues: *En un sistema finito* (como es la Tierra) *es imposible que una cantidad física aumente a un ritmo exponencial constante superior a cero, salvo por muy corto período* (como ha sido el actual)."

Bueno, supongamos hallazgos de yacimientos que tripliquen o quintupliquen los hoy conocidos; entonces, en lugar de durar dos o tres generaciones, podrían durar incluso algunos pocos siglos. El problema es el mismo: los recursos de la Tierra son y serán escasos y algunos escasísimos. Claro que con inaudito y antihumano egoísmo podríamos trasladar a unas pocas generaciones el problema, pero aun así nos quedarían siempre muchos importantes recursos escasos y el problema permanecería.

Hubbert, con razón, termina en la necesidad de una, incluso, brutal reducción del consumo, si la humanidad quiere sobrevivir. Pero además, en estos gráficos que exhibo, demuestra que el desarrollo habido durante los doscientos últimos años por el consumo de recursos no reproductibles y a altas tasas exponenciales, habrá sido "un fenómeno intrínsicamente efímero, en el más amplio cuadro de la historia del hombre". Es decir, que la vida de la humanidad lejos de creer que puede gozar indefinidamente de recursos materiales, está definida esencialmnte por la escasez y, por tanto, fue y será, en su conjunto, estática en lo económico-material.

c) El porvenir de la Humanidad en peligro.

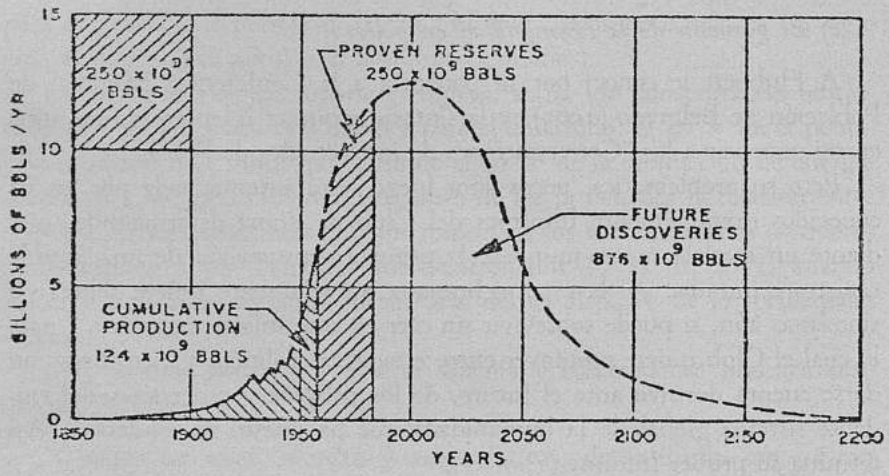
A Hubbert le conocí por su ponencia a la Conferencia Mundial de Población de Belgrado (1965); y la síntesis expuesta la aporté ya en 1966 en mi ponencia a las "Conversaciones de intelectuales de Poblet".

Pero su problemática, pocos años luego, está sistematizada por los ya conocidos mundialmente Informes del Club de Roma desarrollando, mediante un modelo macro-mundial, la primera constatación de una posible catástrofe mundial "si la especie humana no solamente quiere sobrevivir sino, más aún, si puede sobrevivir sin caer en una mísera existencia", para lo cual el Club quiere promover entre estadistas, políticos y científicos, un darse cuenta decisivo ante el futuro, de los peligros y esperanzas del evidente sistema global de la humanidad; que ha puesto en evidencia. Así termina su primer Informe (1).

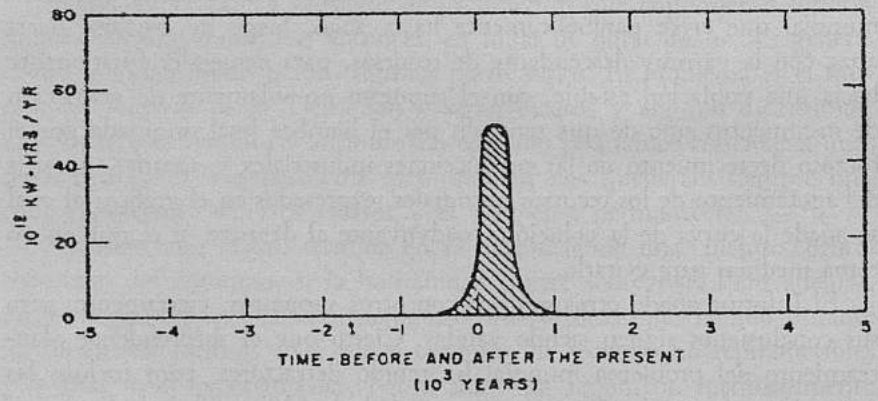
Este sistema global de perspectiva futura de la humanidad se resume en un gráfico, resultado de un modelo macro-mundial, calculado en la computadora gigante del Instituto Tecnológico de Massachusetts en el que el descenso de los recursos mundiales es una curva doble asíntota que parte de la abscisa superior en 1900 y llega a una práctica inexistencia de recursos en el año 2100. Esta curva está cruzada por la de la población mundial que crece parabólicamente hasta 2050, luego de cruzarse hacia 2025 con la ya muy descendente de recursos, para descender fuertemente hacia una población estable, con el supuesto no solamente de restricción de nacimientos sino de que también por el hambre letal originada por el forzoso decrecimiento de las producciones industriales y agrarias, a causa del agotamiento de los recursos mundiales, expresados en el gráfico; al cual se añade la curva de la polución, coadyuvante al desastre, si el mundo no toma medidas para evitarlo.

El Informe añade otros gráficos con otros supuestos, ciertamente, pero sus conclusiones siguen siendo válidas. Cierto que el sorprendente planteamiento del problema mundial ha tenido detractores, pero incluso las más serias críticas científicas como p.e. el de la Universidad de Sussex, a

(1) Meadows, D. H. y D. L.; Randers, J.; Behrens, W. W. *The Limits to Growth. A report for the Club of Rome's project on the predicament for Markind.* Londres (Potomac) 1972, 206 pp.



Ultimate world production of crude oil. KING HUBBERT, M. — *Energy Resources*. Publication 1000-D Washington (D.C.) (National Academy of Sciences — National Research Council), 1962. Fig. 41, pág. 75.



World production of fossil fuels in a time perspective of minus to plus 5,000 years. (Hubbert, 1962. Fig. 54, pág. 91.)

las que el mismo Club ha contestado (2), terminan dando fundamentalmente la razón a la conclusión que, en esencia, es la confirmación global mundial de la de Hubbert, limitada a los recursos.

2. *El origen ideológico mediato de la crisis.*

¿Cómo ha podido llegar la humanidad a encontrarse de sopetón ante un futuro inmediato de escasez de recursos y ante la posibilidad de una catástrofe por imposibilidad de subsistir?

¿Por qué podemos decir que entramos en una Nueva Era y titular así nuestra conferencia?

Las causas son remotas, mediatas y provienen de la dirección del pensamiento y, por ende, de la conducta humana que se manifestó ya clara desde principios del siglo XVIII no precisamente por un gran filósofo, sino por panfletista que ante las acerbas críticas de su tiempo, con agilidad mental aceró su pluma de ave con porfía y reuniendo sus folletos dio a luz un libro que le tengo por el iniciador y propulsor de una nueva era: la de los enciclopedistas, de la filosofía de la acción y del progreso, campeando en radical espíritu de los posteriores economistas, tanto los clásicos británicos cuanto los galos fisiócratas.

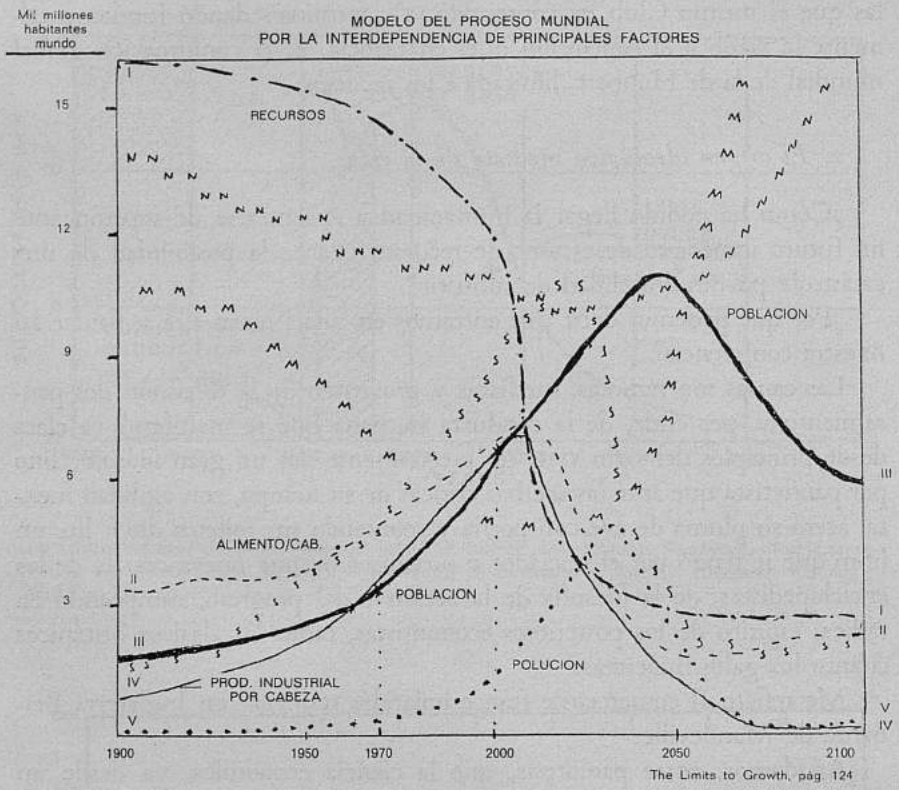
Me refiero al comerciante franco-holandés residente en Inglaterra Bernardo de Mandeville.

Añadamos, entre paréntesis, que la ciencia económica, ya desde un principio, ha registrado la indudable influencia, en su método y planteamiento, de las ideologías filosofantes de su lugar y de su tiempo.

Mandeville fue un sofista como Hippias, malabarista de verdades y ansioso de riqueza. Para él, la conducta pública de un radical liberal le muestra gentil de trato y tolerantemente comprensivo con las ideas y conductas de los demás, mientras no le estorben. En su interior puede o no ser sincero; puede o no tener fortuna material, aunque es más fácil ser

(2) *Quelles limites? Réponses de* D. MEADOWS, *Le Club de Rome,* G. PICHT, *reunies par A. Petitjan.* París (Seuil) 1974. Club de Rome. *Le rapport de Tokyo sur l'Homme et la croissance.* París (Seuil) 1974, 86 pp.

MESAROVIC, M. y PESTEL, E. *La humanidad ante la encrucijada.* Segundo Informe al Club de Roma. Versión en castellano de Guillermo Piera Jiménez. Madrid (Publs. del Inst. de Estds. de Planificación) 1975, 254 pp.



I. RECURSOS no renovables (remanentes de los de 1970). II. ALIMENTOS/CABEZA. III. POBLACIÓN MUNDIAL. IV. PROD. INDRL./CABEZA. V. POLUCIÓN (múltiple de la de 1970). S. SERV./cabeza. N. NATAL. (Tasa bruta). M. MORTLD. (Tasa bruta).

PROCESO

El equipo capital crece aceleradamente y devasta la mayor parte de las RESERVAS disponibles. Al elevarse el coste y precio de los recursos requiere mayor proporción de inversiones para obtenerlos, disminuyendo el destinado al crecimiento. Ya no hay inversión disponible para reponer las depreciaciones del equipo. De ahí *el colapso de la base industrial* acarreando el de los sectores de SERVICIOS Y AGRICULTURA, dependientes de la INDUSTRIA (abonos, pesticidas y, especialmente, equipos para producción de energía).

La situación es grave y crítica, porque la población sigue creciendo pues sus estructuras por edades no se han normalizado. Por fin la población decrece cuando la tasa de mortalidad desciende por la ya gran penuria de alimentos y servicios de higiene y sanidad.

liberal con dinero que sin él. Mandeville apuesta por lo último, decisivamente, si se desea el progreso.

Mandeville, precisamente en época en la que ya era patente un porvenir próspero para Inglaterra, como lo era ya en Francia y los Países Bajos, puso las bases de una, digamos filosofía pragmática radical, de una ideología que formentando un sentido egoísta-individualista, ya propio de su ámbito y tiempo, que justificase plena apertura a la conducta humana en una sociedad, ciertamente aun de grupos oligárquicos, ensalzando al hombre gozador de la vida, sin trabas morales y proclamando — con ayudas dialécticas de fácil convencimiento al unirlas con denuestos y ridiculizaciones de la vida honesta —, la plena libertad del placer y de las pasiones humanas. Fue, lo que hoy llamamos, al terminarse el ciclo que inició, el pionero de la sociedad permisiva.

En apretada y aun moderada síntesis, esto es lo que arguyó y dejó formulado en su primer panfleto de 1704 y en su libro de 1723, cuya edición francesa de 1740, también *best-seller* de aquella época, se tituló *La Fábula de las abejas o los sinvergüenzas transformados en gente respetable* y también: *ou à vices privés bénéfices publics*.

Para tal nueva sociedad le auguraba el Progreso, fenómeno incontrovertible hasta nuestros días, con los calificativos, día a día más acentuados de Progreso indefinido y sin cesar creciente.

He aquí la causa ideológica y la irresistible idea fuerza del olvido de la escasez a la vez que de la ceguera en la continua y creciente dilapidación de los recursos de la Tierra.

Permitidme oponer Aristóteles, filósofo de verdades fundamentales, a Mandeville, absolutizador de medias verdades o sofismas e ideólogo de lo relativo.

Con Mandeville estamos ante la absolutización de dos de los tres géneros de vida analizados por Aristóteles en su moral a Nicómaco: placer-poder-saber. Placer, en cuanto lujo y despreocupado vivir; poder, en ámbito de libertad y riqueza. El saber en Mandeville es solamente de cobertura literaria, no para su final óptimo, la sapiencia o el bien supremo de Aristóteles, pues ya en tal siglo se le tuvo por molesto para tal propugnado vivir o tildado de inaccesible, arrumbándole con ironía de toda metafísica.

La finalidad de riqueza es también un género de vida en Aristóteles quien dice que "quien opera económicamente (el crematístico) no persigue la riqueza como bien útil en sí, sino en tanto en cuanto lo es para otras cosas".

En esta caracterización profunda del *homo oeconomicus* Aristóteles nos viene a esclarecer que en la economía y su ciencia del actuar económico, la riqueza, su objetivo, no es un fin en sí mismo, sino solamente el medio necesario para todos los demás fines humanos que requieran la riqueza para obtenerlos; así pues, la economía no es un absoluto, no tiene su fin en sí sino que es un relativo, lo que sirve y es útil para otros propósitos finales.

Aquí tocamos algo muy importante: la ideología de lo relativo, proveniente de Mandeville. Y pues Aristóteles, en otro lugar, nos esclarece que de lo relativo no puede haber ciencia, nos deja en plena confusión con nuestra llamada y afirmada ciencia económica.

Y, sin embargo, la economía se ha conceptuado como ciencia. Pues bien, si ciertamente asentimos que de lo relativo no puede haber ciencia, la economía ha debido abstraer todo lo variable y relativo de su materia real y formularse unos absolutos o categorías mentales que son cual esencias de una realidad y así operar intelectualmente con tales conceptuaciones.

Pero una de las categorías económicas es su axiomada finalidad de lucro, adjetivada de continuado progreso. Así pues sin la *ideología* de lucro y progreso en un ambiente de plena libertad de trato y mercado no se concibe la "ciencia" económica.

He aquí la confusión entre ideología, conteniendo un presupuesto de lo relativo, y la ciencia. No es pues de extrañar que la ilustre profesora Joan Robinson y en su obra *La filosofía económica* pudo escribir, en 1962, que "la ciencia económica está apoyada con un pie sobre hipótesis no contrastadas y con el otro sobre afirmaciones incontrastables" (añadimos, las necesarias abstracciones de sus categorías), comprendiéndolo porque "*la ideología dominante de nuestra sociedad expresa su propia extrema confusión*".

He aquí el resultado último de las ideologías del Progreso indefinido y en crecimiento exponencial, cuya formulación e imposibilidad tan certeramente expresó Hubbert.

B) Consecuencias

El origen y causas ideológicas de la crisis actual han acarreado crecientes consecuencias no solamente cuantitativas por el ciego olvido del principio de la escasez, mas también cualitativas extraeconómicas por el fundamental olvido o desprecio de los reales y necesarios valores de conducta y vida del hombre y de los pueblos.

1) *Cuantitativas*

Señalémoslas muy esquemáticamente, guiados por la sistemática de nuestra ponencia a las "conversaciones de intelectuales" de Poblet en su reunión de 1966 (3), compulsando, precisamente, las mismas variables interconectadas en el macro-modelo mundial del Informe al Club de Roma en 1972.

a) El espacio terrestre es limitado y de él solamente es utilizable para producciones agrarias poco más de un tercio de la tierra emersa.

b) Si bien la población crece a un ritmo medio (no ciertamente típico es decir, con grandes desviaciones) de un 2,5 % anual acumulativo, las campañas mundiales para su limitación voluntaria o gubernamentalmente propulsada no solamente no han tenido, de lejos, el éxito esperado sino que donde lo han tenido (Occidente y Japón, p.e.) los estudiosos de la población se van dando cuenta que la drástica reducción de las tasas de natalidad provoca ya y provocará irremediablemente, una tal distorsión de las pirámides o estructuras por edades que conducen a otros problemas insoslayables por la disminución progresiva de activos y el crecimiento insoportable — mucho más con el decrecimiento de la natalidad mundial — de la proporción de viejos, provocando, de por sí, las calamidades señaladas ya por Platón, respecto al exceso de nacimientos: guerras o revoluciones, pestes y hambres. Problema, pues, prácticamente insoluble en la mayor parte del mundo, tanto más, con las ideologías actuales.

c) ¿Habrá alimentos bastantes? Yo distinguía hasta el año 2.000 y tiempos posteriores.

Hasta el año 2.000, mis datos de entonces, moderadamente optimistas, suponían, con datos de la F.A.O., que, en cantidades, salvo Iberoamérica con cierto exceso, África y especialmente Asia del sureste, serán las regiones mundiales de mayor penuria, a causa de imposibilidad práctica de comercio exterior y su distribución.

Más allá del 2000, la argumentación de Hubbert preveía la catástrofe, igual como demostró el Club de Roma, posteriormente.

(3) Cf. *El economista ante el problema de la población* "Anales de Economía" 2.ª ép. n.º 13 Madrid (Inst. de Economía "Sancho de Moncada" C.S.I.C.) enero-mayo 1966 (publ. en diciembre) pp. 47-61.

d) ¿Tendrá la Tierra suficientes recursos minerales? Ya anunciábamos la general escasez.

e) ¿Habrá suficiente energía? Teóricamente la tierra posee fuentes de energía inagotables. Pero ni están ni pueden ser captadas, técnicamente, de inmediato, mas lo cierto es que la disponibilidad venidera de energía se augura mucho más cara que hasta el presente; aparte de las ingentes inversiones necesarias, agravadas si persiste la gran depresión mundial.

f) ¿Dispondremos de suficiente capital? He aquí otra muestra de la escasez. La formación de capital, si nunca ha sido suficiente, su precio ha sido elevado precisamente en las zonas menos prósperas porque requieren producir para consumir casi todo el capital que producen. En ellas la proporción de la inversión respectiva a su Renta no suele ser mayor que un 7-10 ó 12 %, lejos pues del 15 % que se tiene por el umbral del desarrollo, a lo cual se añaden sus altas tasas de crecimiento vegetativo que requieren aún elevar esos bajos porcentajes de inversión.

2) *Ideológicas, si queremos sobrevivir.*

En primer lugar preguntémonos: ¿Nos servirá la ciencia económica? No hay duda en cuanto a lo que hoy en día nos ofrecen las técnicas de análisis cual en el modelo del Instituto Tecnológico de Massachussets.

Pero, de otra parte, no podemos pronunciarnos por la radical ideología de un progreso creciente e ilimitado, que hoy campea en la ciencia económica y en su uso práctico y de política económica. Ya hemos hecho referencia, con Joan Robinson, que la economía participa y está influenciada de y por la confusión ideológica de nuestra sociedad; ello no es más que una muestra de varios inteligentes economistas en sus críticas de ideología y método, cual p.e. la de Oskar Morgenstern, quien analiza trece puntos críticos en la teoría económica contemporánea (4). Baste con esta nueva referencia.

Más importante es aún la actual persistencia de la ideología del progreso creciente e indefinido. Esta sinrazón, esta pura utopía está tan en la

(4) MORGENSTERN, Oskar. *Thirteen points in Contemporary Economic Theory*. "Journal of Economic Literature" XII 1972. Su versión en castellano, en *La crisis de la ciencia económica*, publicado en "Información Comercial española", n.º 498, febrero 1975 pp. 67-83.

calle que tardará en desaparecer. Hubbert, como vimos, ya puso claramente de manifiesto su imposibilidad.

El progreso ha sido, ciertamente, la idea fuerza de nuestra civilización desde el renacimiento y especialmente desde el siglo XVIII vestido a lo Mandeville. Pero la filosofía escolástica que entonces se abandonó, incluso con sarcasmos, ya nos había puesto en claro que el progreso, si bien útil, y por ello mismo, es contingente, es decir, que puede ser o no acaecer. El progreso, no es un principio absoluto, como hasta hoy se ha creído más emotivamente que si fuera un dogma, sino que es un relativo pasajero, a tiempos y espacios.

Por el contrario, la perfección — que es la que informa el mejoramiento de la Cultura —, es decir, lo que galanamente llamaba Eugeni D'Ors "l'obra ben feta", sí que es un objetivo y finalidad hacia lo absoluto, engarzado en los tres trascendentales: Verdad, Belleza y Bien. De ello hoy no se habla, porque impide y es contrario a la actual ciega finalidad destructora o descomponedora de la sociedad.

Ahora bien, si el progreso no tiene fin en sí, si es indefinible e indefinido, la perfección es definible pero también es indefinida. La diferencia capital se halla en que el primero jamás puede saber adónde va ni con qué consecuencias, mientras que la segunda sí; tiene puerto, tiene brújula y tiene timón. El primero nada tiene por seguro; la segunda contiene la seguridad misma de una creciente completación de la naturaleza humana y de los pueblos, con el abundamiento de la cultura en todos los órdenes.

Hemos pues de reintroducir la concepción y el ansia de perfección, tanto en lo económico científico y práctico, cuanto en todos los órdenes del saber y obrar humanos.

Solamente la idea de perfección nos conducirá, precisamente en lo humano, a la necesaria convivencia personal y colectiva hoy tan maltrecha y, por ende, a las soluciones reales necesarias para demostrar la grave y profunda crisis actual, de la que hoy notamos sus peligros económicos.

Por encima de nuestro campo, nosotros estamos convencidos que ese domeñar las graves problemáticas actuales, no se puede lograr sin que vaya acompañado de un renacimiento espiritual y religioso. Solamente con él, sabremos aceptar los riesgos y sacrificios, individuales y colectivos, que siempre han ido unidos en toda actividad y vida humanas, hoy creídos posibles de apartar.

Si pues sabemos contenernos en cada circunstancia, de cara al futuro,

¡oh, paradoja! estaremos contentos, en y hacia un porvenir ciertamente no tan locamente dinámico, pero sí más ausente de continuos sobresaltos, más humanamente vivible para los pueblos y la humanidad.

Una vez, ante la gran expresión de los años treinta, hice un elogio de la crisis, porque de su meditación es de donde surgen los mejores optimismos.

Elogiémosla, pues os aseguro que será para bien.

HACIA UNAS NUEVAS ESTRUCTURAS

ANTONIO VERDÚ SANTURDE

PERSPECTIVAS DEL FUTURO

Todos tenemos ahora la impresión de que algo nuevo está pasando, de que el mundo está cambiando, de que nos dirigimos hacia horizontes sinuosos, de que peligros sin precedentes se ciernen sobre la humanidad. Unos con esperanza y otros con temor, todos percibimos un violento giro en el continuo devenir de la historia e intuimos que este giro no será provisional, pues lo que está cambiando no son algunos tipos de ambientes, situaciones o acciones: son las estructuras, las bases en que se apoyan nuestras actitudes o los moldes en que se encaja nuestro quehacer diario.

Paralelamente, a medida que nuestros mayores recursos congnoscitivos nos permiten detectar la acelerada marcha de la humanidad con más detalle, va arraigando en nuestro espíritu la preocupación por el futuro. Dicha toma de conciencia ha sido posible gracias a los modernos sistemas de difusión haciendo llegar a todos los rincones hechos tales como los contenidos en los estudios promovidos por el Club de Roma, en el informe Mansholt, la Conferencia de Estocolmo sobre el medio ambiente, los continuos debates respecto a la escasez de energía o el hambre en el mundo, los proyectos y textos legales sobre contaminación y régimen del suelo, etc. Estas y otras muchas circunstancias son la culminación de un proceso iniciado hace más de un siglo pues, como sabemos, a partir del momento en que por efecto de la industrialización comenzaron a proliferar las aglomeraciones urbanas y a subir las cifras de población secularmente estancadas, se empezaron a dejar oír voces de alarma pronosticando un fatal desenlace si no se frenaba una carrera que conduciría a la hecatombe de la congestión

y la penuria. No sólo el precursor Malthus, también otros pensadores más o menos adictos a su doctrina, han venido insistiendo en el irreparable desequilibrio al que llegaríamos a medida que junto con la expansión demográfica los bosques se fuesen talando, los mejores yacimientos se agotasen, las tierras se erosionaran y los ríos y la atmósfera se contaminasen. No obstante, aunque cada día iban siendo más notorios los efectos de la saturación, el deterioro del paisaje y la esquilmación de los recursos, tampoco el pueblo se preocupó demasiado pues lo cierto era que a pesar de estas tenebrosas tendencias cada año se producía más y se vivía mejor. Recordemos que según algunas estimaciones de hace no más de veinte o treinta años actualmente deberíamos estar a punto de acabar con el petróleo, careciendo de alimentos suficientes y viviendo hacinados. Tales vaticinios no se han cumplido y sin embargo va arraigando ampliamente la idea de que caminamos hacia el desastre. ¿A qué se debe este nuevo giro? Después de tanto decir que viene la hecatombe, ¿será que al fin viene de verdad? ¿O será sencillamente que vamos tomando más conciencia de los problemas a medida que la humanidad progresa culturalmente? Lo cierto es que estamos siendo presa de una creciente angustia y por primera vez todos experimentamos serias inquietudes respecto al futuro, inquietudes que como era de suponer son percibidas con muy distintas tonalidades.

Para los pesimistas, es obligado reconocer que nos encontramos en una siniestra pendiente de expansión a ultranza cuya frenética aceleración impondrá la movilización exhaustiva de las capacidades humanas, buscándose a toda costa procedimientos baratos y rápidos capaces de dar satisfacción a unas insensatas apetencias cada día mayores; resultando luego que tales pretensiones requieren enormes producciones en serie que han de ser vendidas, así como el lanzamiento de artículos siempre renovados que inciten al comprador, con lo que se anticipa prematuramente la obsolescencia del equipo dando lugar a un lamentable derroche de nuestros ya menguados recursos naturales. Por todo ello, y según se puso de manifiesto en el último Simposio sobre Defensa de la Atmósfera, las lógicas aspiraciones a una mejor calidad en la producción y mayor duración de los artículos fabricados, exigen un cambio revolucionario en la política económica y en la estructura empresarial, incluida la reorientación de toda la actividad publicitaria por cuanto ahora incita al consumo masivo e indiscriminado, ofreciendo siempre nuevos modelos que dejan anticuados a los anteriores para mantener una actividad industrial que produce por el solo motivo de que tiene capacidad

para hacerlo, y consigue a través de la publicidad los consumidores necesarios para fomentar artificialmente la espiral producción — consumo — desperdicio.

Compañeros inseparables de este abuso, en incesante auge, son la invasión del paisaje por escombros y desechos, la alteración y envenenamiento del medio natural, la degradación o destrucción ecológica, la expoliación de los recursos y el daño al soporte físico de la humanidad, a nuestro habitat. Lo peor, para los pesimistas, es que la lucha oficialmente organizada contra todas estas amenazas conduciría a la desaparición de nuestra libertad.

Otros autores también pesimistas, más suspicaces aún, después de reconocer los efectos del deterioro del ambiente y la aniquilación de muchas fuentes naturales, opinan que la exagerada importancia que se viene concediendo a estos asuntos es en el fondo una maniobra de los grupos tecnócratas que utilizan la amenaza de próximos desastres como estrategia para alejar la atención de los problemas sociopolíticos y justificar la consagración de una fuerte tecnoestructura. Incluso se llega a sostener que las amenazas ecológicas son fantasmas creados por los ricos para justificar la pobreza de los pobres.

Para los optimistas, por el contrario, no existen motivos para tanta alarma pues la razón de las actuales preocupaciones radica sencillamente en la mayor perfección de los medios de comunicación que permiten a masas crecientes del pueblo conocer la existencia de problemas antes reservados a una minoría. O también que ahora las cuestiones se piensan más y se investigan mejor. O en que va aumentando el sentido de la responsabilidad social, el sentimiento de solidaridad mundial (cosmovisión) sensibilizando a los hombres respecto a las dificultades con que tropieza la especie humana en su eterna lucha por la existencia. Los optimistas admiten que efectivamente los informes en los que se recogen los resultados de estudios y debates en torno a esta cuestión, señalan la presencia de unos peligros que nadie niega; aunque siempre susceptibles de interpretaciones, entre ellas la de que las posibilidades latentes en la naturaleza y la tecnología, potenciadas por una creciente racionalidad humana, serán capaces de superar los contemporáneos obstáculos, no mayores que aquellos que en pasadas ocasiones hubo de arrostrar la humanidad.

Ante tal disparidad de opiniones cabe preguntar: ¿quién está en posesión de la verdad? Sería vano intentar contestar a esta pregunta después

de observar que expectativas de la máxima solvencia calculadas en el pasado no se han cumplido y que análisis prospectivos actuales, realizados por personas y entidades de gran prestigio, no coinciden en sus conclusiones.

Lo que no parece tan difícil es encontrar una justificación a las ya obsesivas preocupaciones que hoy despiertan los problemas consustanciales a un acelerado devenir, y representados por la crisis energética, la contaminación, la despersonalización, el desarraigo o la saturación. La causa esencial de que estas realidades provoquen desmesuradas reacciones podría ser que la humanidad se encuentra en una fase del ciclo histórico que propende al pesimismo. La historia nos enseña que las sociedades están sometidas a unos cambios de *humor* representados por aquella actitud, dominante y contagiosa, que caracteriza a la colectividad en cada momento histórico. Existen unos períodos de optimismo y otros de pesimismo. Los primeros están impregnados de esperanza, de euforia, ilusión y confianza porque se ve un horizonte luminoso y se cree en la posibilidad de alcanzarlo. Los segundos llegan cuando se empieza por dudar y se acaba cayendo en la angustia, la evasión, la decepción y el recelo. Y es evidente que en los últimos años ha prevalecido esta segunda postura. Ahora ser pesimista es tener mentalidad moderna, y al optimismo se le llama despectivamente triunfalismo. Ya no se puede hablar de luchar por elevarse, mejorar, lograr algo o superar a alguien, ni se puede hablar de éxitos, victorias o conquistas: hay que hablar de los fracasos y las corrupciones, de fallos, traumas y errores.

De esta forma se va difundiendo la imagen de un negro porvenir, y este escepticismo puede ocasionar fatales consecuencias si no somos capaces de reaccionar antes de que sea demasiado tarde.

Dando un paso más habremos de preguntarnos ahora: ¿por qué estas fluctuantes fases? En realidad son lógicas pues se autogeneran al igual que todo proceso humano; la confianza lleva el germen de la frustración, y la depresión busca la vía de la esperanza. Ahora estamos en tiempos de desengaño por la inutilidad de los viejos esquemas y la incapacidad para encontrar otros nuevos. Religión, gustos, convivencia, todo es provisional, todo está en tela de juicio y nada hay firme. Lo malo es que como el reloj del acontecer es implacable y la desidia puede causar males profundos, no podemos tumbarnos a esperar que cambie la fase histórica: hay que provocarla convenciendo e incitando hasta conseguir una rebelión contra la apatía, la alienación y la amargura; lo cual no significa caer en el confor-

mismo, sino precisamente todo lo contrario. Hay que crear una solidaridad vitalizadora que nos obligue a mirar al mundo físico como un patrimonio común, para nuestra común felicidad. Hay que dejar de comportarse ante la naturaleza como si cada acción económica fuese singular e independiente, y empezar a considerarla como una parte de la estructura humana, como un sistema de factores interrelacionados cada uno de los cuales repercute en los demás. Esto quiere decir que la lucha por la supervivencia exigirá para el futuro unos cuadros sociales muy perfeccionados, una organización muy compleja, un orden legal bien definido y todo esto, paradójicamente, hay que empezar a tejerlo ahora, cuando se ha perdido el respeto a las normas formales y existe una acusada crisis de autoridad.

Sin embargo, la supervivencia futura depende de estas actitudes sociales, de nuestra capacidad de cooperación, adaptación y participación. La Tierra que habitamos está limitada en sus recursos y nada externo recibe excepto la preciosa energía del sol; pero las posibilidades del hombre para controlarse a sí mismo y para dominar las enormes potencias que nuestro mundo encierra, ésas son ilimitadas. Por ello no dejan de ser sorprendentes las recientes propuestas de cortar el crecimiento renunciando a todo nuevo desarrollo. Si los que mantienen esta posición se refieren a zonas específicas (las superdesarrolladas), estaremos de acuerdo. Pero tratándose del mundo en general tal actitud es inadmisible mientras quede alguna oportunidad de aprovechar el ingenio del hombre para explotar las inmensas fuerzas naturales en el logro de un nivel de vida más equilibrado; y ello implica inexcusablemente mayores medios, más bienes y servicios, porque dígase lo que se quiera cantidad y calidad no marchan independientes y aunque sean distintas mantienen entre sí cierto grado de correlación.

No se trata, pues, de renunciar a la evolución y frenar el desarrollo, como solución simplista y conformista, sino de humanizarlo encauzándolo hacia los sectores socialmente prioritarios y condicionándolo a la elevación del nivel de vida, concebido en un amplio sentido como algo más que el lujo del mobiliario, la variedad de nuestros trajes o el aroma de un manjar; es decir, concebido como algo compuesto de bienestar, oportunidades, alegría y libertad para lo que no basta con frenar el espontáneo impulso de crecimiento mediante imposiciones legales. Lo que hay que cambiar, junto con las leyes, es a los hombres, de tal manera que adquieran la aptitud para ser felices en un mundo futuro más complicado y difícil, desde luego, pero también más lleno de posibilidades y matices.

Mentalidad, necesidades y consumo

Vamos pues a parar, forzosamente, a lo que podríamos llamar las estructuras mentales o ideológicas, puesto que en ellas tiene su asiento la posición que el hombre adopte ante su entorno natural y social. Para situar adecuadamente este problema lo primero es acotar el elemento más característico de esta época que, en nuestra opinión, es el desarraigo. Hoy el hombre no se siente vinculado, comprometido, entusiasmado con nada; ni su trabajo, ni su familia, ni la comunidad, ni el honor, ni la religión le proporcionan contenido suficiente para la entrega y el sacrificio. No encuentra objetivos apasionantes a los que consagrar su vida y termina dejándose llevar por la corriente.

Es un hecho comprobado históricamente que el ser humano obtiene lo más y lo mejor de sí mismo cuando se enfrenta con dificultades, cuando individual o colectivamente tiene que vencer serios obstáculos que impiden la supervivencia o el progreso. Por ello ha podido sostenerse, como un lugar común, que el hombre no aprecia lo que tiene si lo ha conseguido sin ningún esfuerzo y, aun más, que es magnífico en la adversidad, pero débil en el bienestar, en la abundancia y en la seguridad. La vida fácil produce distensión y, consecuentemente, épocas de gran bienestar han engendrado épocas de gran desmoralización. Por eso quizá en nuestra sociedad de hoy, a la que algunos tratadistas han calificado como sociedad del hastío, está proliferando el fenómeno del nihilismo, la rebeldía, la contracultura. El hombre actual se halla constreñido, consciente o inconscientemente, por el peso de la frustración; se siente vacío en un mundo lleno de cosas y personas, vive artificialmente en una sociedad de abundancia que le condiciona y manipula incluso dentro de su propia casa, cuando está trabajando y también cuando está consumiendo pues ahora el consumo, se ha dicho, no es prometeico, es hedonista y regresivo. Su proceso ya no es un proceso de trabajo y de superación, es un proceso de absorción por los signos. Se caracteriza, según Marcuse, por el fin de la trascendencia. Dentro del proceso general de consumo ya no hay alma, aspiraciones, conciencia. Como apunta Jean Baudrillard "no hay ya contradicción del ser, ni problemática entre el ser y la apariencia. No hay más que emisión y recepción de signos, y el ser individual desaparece de esta combinatoria y ese cálculo de signos. El hombre del consumo no

se enfrenta jamás a sus propias necesidades. Basta de trascendencia, de finalidad, de objetivos: lo que caracteriza a esa sociedad es la ausencia de reflexión, de perspectiva sobre sí". Envuelto en aquella red de influjos, artificios y presiones el instinto humano pugna por encontrar una salida apelando a tres recursos tan difundidos que nos relevan de todo comentario: 1) depresión (hastío, neurosis, angustia); 2) evasión (huida, rechazo, alienación); 3) agresividad (violencia, subversión, destrucción).

Resultado de todo ello es la aparición de insuperables contradicciones y dificultades que han engendrado un ambiente de frustración, el cual a su vez está provocando un efecto lamentable, típico de nuestra época. Veamos: ahora en los países más avanzados se ha desatado un escepticismo colectivo dando lugar a lo que pudiéramos llamar sociedad masoquista que se compadece de sí misma, necesita la angustia y el dolor, busca con saña las corrupciones y envilecimientos para pregonarlos, no puede vivir sin la protesta y el desprecio degradándolo todo y degradándose a sí misma, ansía la autodestrucción, disfruta con el vértigo y la tragedia; parece como si inconscientemente gozara con su propio sufrimiento. Cuando pasaba hambre le bastaba conseguir alimento para sentirse feliz; cuando se acostumbró a comer todos los días quiso tener calefacción, tocadiscos, refrigerador; cuando lo consiguió quiso viajar, hacer fotos, ver espectáculos; y cuando tuvo también esto se sintió muy desgraciada porque pensó que consumía en exceso mientras la personalidad humana se iba esfumando ahogada entre una masa de acomodados cuyas vidas automatizadas estaban condicionadas por una compleja organización social que penetraba en todas las esferas. Y como reacción nos hemos refugiado en la protesta amarga e intransigente que nos hace sentir el placer de la frustración alentado por una creciente distancia entre las metas ideales y la realidad efectiva, en razón de que la excesiva confianza en nuestro acumulativo poder para dominar el mundo nos lleva a mirar a cimas demasiado ambiciosas causantes de una continua sensación de fracaso, aun cuando en algunos aspectos se hayan alcanzado cotas soñadas durante siglos las cuales, paradójicamente, incluso pueden ser interpretadas como una maldición. En efecto, se ha venido abusando últimamente del tópico de lamentarnos que tenemos demasiadas cosas, que consumimos más de lo necesario, que sobran automóviles y televisores. Y esto es sorprendente: después de tanto compadecer la pobreza de los países atrasados resulta absurdo compadecer también la opulencia de los avanzados pues, en última instancia, es obvio

que nada es más fácil de eliminar que la abundancia. Lo difícil es dejar de ser pobre, no dejar de ser rico: esto lo tiene cualquiera al alcance de su mano.

Comentando la paradójica situación de la llamada sociedad de consumo decía un periodista francés: "podemos preguntarnos hasta qué punto hay que retroceder para escapar al pecado de la productividad: ¿hasta la época en que la jornada laboral era de quince horas y la duración media de la vida humana de treinta años? Y quienes consideran enajenantes las lavanderías automáticas, ¿desean aquellos miles de mujeres de rodillas al borde de los lavaderos con las manos en el agua fría? A la protesta de "no queremos un mundo en que la felicidad se mida por el número de lavadoras" podemos oponer: "lo encuentro a usted bastante neurótico si es que una lavadora basta para hacerle desgraciado".

Nuestro actual masoquismo, nuestra sociedad masoquista es pues un subproducto del progresivo bienestar material, consecuencia a su vez de la sociedad superindustrial. ¿Qué habremos de hacer entonces? ¿Dar marcha atrás? ¿Destruir nuestras fábricas, aviones, tractores y volver a la fragua, la diligencia y la azada? Aunque existen propuestas para todos los gustos empecemos por ser sinceros con nosotros mismos; dejémonos de demagogias o utopías espectaculares y reconozcamos de una vez que ninguna de las muchas soluciones apuntadas por los doctrinarios proporcionará la felicidad al hombre, sencillamente porque siempre sentirá cierta insatisfacción, tenga lo que tenga. La insatisfacción es consustancial a la condición humana; cuando desaparece una inquietud es sustituida por otra. Por eso bien está el afán de ir eliminando paulatinamente las imperfecciones; pero sin agobios ni recelos, sin odios ni congojas, sin torturarnos torturando a los demás, y también sin aferrarnos a la fanática idea de que nuestro propio programa es la única panacea para todos los males.

Además, en el fondo, la paz y felicidad absoluta que todos anhelamos no es asunto social: está al alcance de cualquier persona pobre o rica, culta o ignorante, siempre que haya encontrado ante sí misma una verdad lo suficientemente sólida como para llenar su vida. La cuestión social es sólo (nada menos que) construir unas estructuras, sistemas e instituciones lo suficientemente justas y flexibles para que pueda ser feliz el que posea la necesaria capacidad interior para serlo. La sociedad no nos puede hacer felices; sólo puede ofrecernos el marco para que lo seamos, y desde luego nunca lo seremos si nos colocamos en la actitud, por desgracia muy fre-

cuente, que describe J. Revel: "¿el obrero no tiene medios para pagarse algo? Es explotado. ¿Tiene los medios de pagárselo? Está enajenado. ¿Está mal alojado? Es víctima del capitalismo. ¿Su empresa lo aloja gratuitamente? Es recuperado por el sistema. De seguir esta dialéctica marcusiana, la historia del movimiento obrero es un lento descenso a los infiernos. Cada victoria en la lucha de clases es causa de una esclavitud complementaria. Toda mejora de la suerte de la población obrera es una verdadera catástrofe puesto que le ayuda a aguantar esa suerte".

Afortunadamente las cosas no van por ahí. La suerte de la inmensa mayoría de los seres humanos ha mejorado social y jurídicamente, y la elevación del nivel de vida — aunque indudablemente mal orientada como veremos más adelante — ha elevado también el bienestar en términos generales y a él se aferran todos, como lo ha puesto de manifiesto el hecho comprobado de que cuando la sociedad industrial empieza a hacer crisis y sobre los países se cierne la amenaza de la escasez, la inflación, el paro y la recesión, las gentes tiemblan ante la posibilidad de verse obligados a reducir sus niveles de consumo.

Para un asceta o moralista, esto podría ser hasta un bien: puesto que la escala de valores socialmente vigente es absurda, habida cuenta la enorme demanda de objetos superfluos, la única consecuencia de una reducción en el consumo será que dejarán de adquirirse cosas realmente innecesarias, sin merma de la calidad de vida. Si la escala de valores hubiese sido más racional los bienes marginales a que habría de renunciarse serían los más elevados o culturales, y esto lesionaría la categoría humana de las gentes; pero como las preferencias no están en esta línea, la reducción afectará al número de artefactos comprados, muchos de los cuales ni son necesarios para subsistir, ni mejoran la condición humana en absoluto.

Ahora bien, desde el prisma económico estricto, y dejando a un lado si lo que las gentes consideran necesidades lo son efectivamente o no, la austera actitud de reducir el volumen de consumo trae como consecuencia inmediata una contracción de la demanda, conducente a una disminución de la producción cuya secuela es el paro, la depresión, la crisis.

Entonces, se preguntarán las gentes sensatas, ¿tenemos que seguir comprando más y más cosas aunque no mejoren realmente nuestro bienestar? La contestación es que, dentro del actual sistema, sí.

Fácil es de ver que este problema sólo se resolvería cambiando las mentalidades, y esto no es posible a corto plazo porque no hay manera de

convencer al pueblo soberano para que deje de pensar como piensa y adopte otras actitudes. No es posible seguir siempre el camino lógico, como lo prueba el siguiente hecho vivido recientemente por muchos países. Cuando disminuye el producto nacional ya sea por mayor coste de las importaciones, caída de las exportaciones u otras dificultades económicas, en pura lógica deberían reducirse los niveles de rentas (del capital, de la empresa, del trabajo), pero esta medida produciría tal irritación que ningún gobernante se atreve a propugnarla. Resultado: la puesta en movimiento de la espiral inflacionista causante de las perturbaciones económicas que todos conocemos.

En fin, la economía está plagada de subterfugios, paradojas y contradicciones porque no somos consecuentes en nuestras acciones, ni toleramos que se haga lo que en puridad se debería hacer. De igual manera, estamos perdiendo la costumbre de reaccionar con criterio propio juzgando y decidiendo por nosotros mismos, dentro del marco de una organización económica que ofrezca las garantías indispensables para la convivencia e imponga el debido respeto a la libre elección de los ciudadanos, protegiéndoles del exceso de ingerencias y garantizando la veracidad de las informaciones ante la lesión a la personalidad que ha supuesto el nuevo giro tomado por la estructura de las relaciones comerciales, cuyo grado de sofisticación adquiere pleno relieve cuando recurriendo a las comparaciones observamos cómo hace ya tiempo pasaron a la historia aquellos mercados puros donde los granjeros o agricultores iban a vender sus productos directamente a las amas de casa, o aquellos talleres de artesanos (herreros, ebanistas, reposteros, sastres, etc.) que hacían al gusto de cada persona aquello que se les encargaba. Hoy nada es natural, todo se hace en serie con la participación de multitud de especialistas a través de una larga cadena empresarial. Esto quiere decir que hemos de conformarmos con lo ya fabricado, tal cual está, sin haberse tenido en cuenta la opinión de los consumidores, ni sus preferencias personales.

La principal vía de conexión entre productor y consumidor es ahora la publicidad, convertida en instrumento de convicción para presionar sobre el consumidor induciéndole a comprar determinada cosa ya prevista y elaborada cuando los anuncios empiezan a martillear sobre nuestros sentidos y nuestras mentes.

En favor de los consumidores es justo reconocer la existencia de una enorme variedad de productos, la que si bien ensancha el horizonte de las

opciones, también aumenta la incertidumbre respecto a la elección. A esta variedad hay que agregar el mayor tecnicismo o complicación de muchos de los objetos (preparados, utensilios, aparatos) cuya composición o mecanismo es incomprensible para el ciudadano normal. Y aun queda la manipulación, necesaria o provocada, de multitud de artículos que cuando llegan al mercado en nada se parecen a la materia originaria que al ser envasada, mezclada, conservada, aromatizada o coloreada, se ha convertido en algo totalmente distinto.

Como todo es artificial quedamos condenados a vivir pendientes de la presunta buena fe de innumerables fabricantes cuyas operaciones son impenetrables. Y como esta buena fe ha presentado abundantes fallos, era de esperar la reacción de los consumidores para unirse en la defensa del derecho a que se les garantice la calidad de los productos que adquieren. El ejemplo de RALPH NADER en Norteamérica se ha extendido a otros países y son ya muchos los que cuentan con organizaciones defensoras de una severa legislación protectora que garantice la veracidad y la bondad de la oferta de los bienes comprados por el pueblo.

Una muestra de esta preocupación es el estudio de la MORGAN GUARANTY en el que se pone de manifiesto la excesiva frecuencia con que se dan hechos lamentables entre los que enumeran: las reparaciones de automóviles que tienen un precio alto y un valor casi nulo; garantías de todo tipo que ofrecen en la letra grande lo que quitan en la pequeña; computadoras que mandan facturas falsas; cartas de queja que son despreciadas y dependientes hoscos y mal informados que no ayudan nada al cliente. Además de estas quejas — dice el mencionado estudio — hay otra causa de descontento más profunda y digna de preocupación: la sensación de que algunas veces se ha aplicado la tecnología a los productos de consumo sin una comprensión adecuada del peligro que podía tener en último término para los consumidores.

Son tantas las posibilidades de engaño o perjuicio al consumidor que a falta de una enumeración exhaustiva podemos hacer una esquematización comprimida de ellos.

— Falta de autenticidad, cuando los productos han perdido sus cualidades primarias por haber sido sometidos a operaciones para prolongar su conservación o mejorar su aspecto o contextura, como es el caso de frutas, carnes, pescados, etc.

— Adulteraciones, cuando se altera la composición mediante mezclas o sustitución de unos productos por otros, como puede suceder con los tejidos, aceites, leche, etc.

— Diferencias de calidad, cuando se vende un determinado producto simple cuya calidad es inferior a la pretendida; tal es el caso de diversos materiales de construcción, tabacos, vinos, etc.

— Defectos de fabricación, cuando bien sea por la clase de elementos empleados o por inperfección de montaje, un mecanismo no funciona adecuadamente, como electrodomésticos, automóviles, relojes, etc.

— Incumplimientos, cuando se trata de servicios o prestaciones en las que no se recibe lo que es usual o estaba convenido, como en los casos de enseñanza, reparaciones, transportes, etc.

— Nocividad, cuando se ocultan los efectos perjudiciales de algunos artículos que pueden causar lesiones o perturbaciones al organismo humano, según sucede con los insecticidas, cosméticas, conservas, etc.

Todos estos peligros han promovido un movimiento hacia el reconocimiento de los llamados "derechos del consumidor", entre los que se citan el de información, el de opción, el de reclamación, el de reparación y el de seguridad. Quizás habrá de transcurrir mucho tiempo antes de que tales derechos sean legalmente reconocidos por entrar en conflicto con el derecho de la empresa a producir libremente lo que le sea demandado por el consumidor, quien a su vez puede considerar una intromisión el excesivo reglamentarismo. Lo único cierto es que la economía se ha complicado hasta tal punto que la producción en variedad y calidad ha alcanzado una proliferación capaz de ser manejada por los más desaprensivos en su provecho, y que la salvaguardia de los intereses colectivos exige el establecimiento de unas garantías generales análogas a las ya existentes para los productos farmacéuticos que hasta hace unos lustros han sido considerados los únicos susceptibles de atentar al bienestar personal.

Los determinantes del desarrollo

La obsesión del crecimiento como meta primordial e indiscutida de todos los países, ha perdido buena parte de su soberanía al comprobarse las disparidades, desfases y desajustes que entraña la persecución simple

de este fin. Al someterse a debate los resultados del crecimiento han surgido conclusiones como la de que crecer o no crecer es una cuestión inconcreta y confusa, hasta tanto no se definan la localización, el sentido y el objeto del crecimiento, y también el propio proceso a través del cual se crece.

La causa originante de este nuevo planteamiento hemos de buscarla en una reciente toma de conciencia generalizada, pues cuando las tremendas distancias entre el nivel de vida de los países se van acentuando y son mejor conocidas, es insoslayable la pregunta ¿cuál es la causa de esta situación?

Esto significa enfrentarse con el problema del porqué o el hacia dónde de las diversas estructuras: ¿por qué tal estructura es como es y tal otra de distinta forma?; ¿cuáles son las causas de que ésta se mueve de tal manera y aquélla de manera diferente? En definitiva, ¿cuáles y cómo son los condicionantes estructurales? Así nos situamos ante la debatida cuestión del determinismo que en su planteamiento más simple surge al formular la pregunta: ¿existe una relación directa y precisa de causa a efecto que nos permita establecer una exacta correspondencia entre la situación de un país y ciertas condiciones específicas? La doctrina determinista contesta afirmativamente y, en consecuencia, concibe la realidad como un correlativo devenir en el que causas y efectos están encadenados formando una secuencia determinada o determinable. La variedad más radical es el determinismo monista que admite una sola causa dominante ante la cual todas las demás quedan postergadas a un plano accesorio; representa la supervivencia del principio de causalidad en toda su pureza. Otra variedad más flexible es el determinismo pluralista que admite la concurrencia de varias causas prioritarias limitadas y susceptibles de especificación. El último escalón corresponde al probabilismo para el cual no cabe la admisión de un nexo causal, por cuanto todos los fenómenos son el resultado de una conjunción de fuerzas cuyos papeles o grados de influencia son variables y que, además, actúan tanto como causantes cuanto como causadas; esta doctrina es el resultado de la aceptación del principio de relatividad.

La primera y más simple manifestación del condicionamiento estructural es, como ya se ha indicado, el monismo que atribuye a una sola causa las formas y transformaciones de una estructura, como por ejemplo a la raza, la religión, el clima, la cultura, la técnica o el régimen político. Todas las teorías monistas cometen el error de olvidar la verdadera naturaleza de los fenómenos económicos como complejos de elementos diversos

dominados por relaciones de interdependencia donde se pierden de vista los vínculos simples y unilaterales de causa a efecto. Toda causa ha sido a su vez causada y produce multitud de efectos que actúan como nuevas causas, con lo que se cierra un círculo de recíprocas relaciones en el que no existe principio ni fin.

Entre las doctrinas deterministas — que existen para todos los gustos — destaca el determinismo racial defendido por gran número de autores singularmente GOBINEAU, y que ha caído en descrédito por ser además de demasiado parcial, contrario a una concepción humanista de la sociedad mundial. Otras manifestaciones son el determinismo tecnológico defendido, entre otros, por FOURASTIÉ; el centrado en el papel decisivo del empresario innovador preconizado por SCHUMPETER, etc. Todas estas teorías, tomadas en su acepción simplista, pueden conducir a error por cuanto no se puede pensar en un factor determinante como algo puro y directo, sino como el resultado de la acción conjunta y persistente de múltiples fuerzas culturales, sociológicas, históricas, etc. No se puede fijar la atención sólo en los factores aislados, sino también en lo que implican o hay tras ellos.

Merece especial consideración la tesis del determinismo geográfico que atribuye el origen o fundamento de las formas adoptadas por la economía a los factores naturales constitutivos del medio físico en que el hombre vive: el clima, la situación, el relieve, la composición del suelo, etc. Según dice MAURICE DUVERGER, "la influencia de los factores geográficos sobre la vida social ha interesado en todas las épocas. PLATÓN la cita y ARISTÓTELES habla de ella con mayor amplitud. MALEBRANCHE considera que la viva imaginación de los gascones proviene de la calidad del aire; MONTESQUIEU desarrolla la idea de una relación entre los regímenes políticos y los climas y la fertilidad de la Tierra; TAINE cree que el medio ejerce una influencia capital sobre la formación del espíritu". En esta misma línea se han situado infinidad de autores que han optado por la fácil solución de justificar las diferencias de cultura y civilización por motivos geográficos.

El más genuino representante del determinismo geográfico fue FEDERICO RATZEL, quien sostenía que la "aparente libertad del hombre parece como anulada por la acción de la Tierra", que "toda la vida del Estado tiene sus raíces en la tierra"; que la tierra "dirige el destino de los pueblos con una ciega brutalidad". RATZEL marcó un jalón decisivo en la geografía humana, que dejó de ser a partir de él un mero repertorio de hechos y observaciones pintorescas para convertirse en una explicación sistemática

de la distribución de los hombres en la superficie de la Tierra en relación con las características físicas; sin embargo cometió la parcialidad, que se aprecia en sus afirmaciones, de caer en un excesivo fatalismo geográfico, más tarde suavizado por BRUNHES quien lo reduce a un probabalismo matizado, al admitir que el hombre no está totalmente dominado por la naturaleza ya que por medio de su actividad convierte los recursos naturales en herramientas.

En suma, como resultado de la evolución que se ha operado en la influencia atribuida al factor geográfico en la economía, podemos llegar a la conclusión de que las correlaciones entre los factores naturales y las estructuras económicas no presentan en absoluto un carácter decididamente imperativo, por lo que sólo existe un cierto condicionamiento siempre relativo. Así, del antiguo determinismo geográfico, se ha pasado a un elástico posibilismo cuando se ha comprendido que el medio natural es incapaz de explicar por sí solo la forma y ritmo adoptados por la economía. Una prueba irrefutable la encontramos en el hecho de que países carentes de abundantes y básicos recursos naturales, como Holanda, Italia o Japón, han alcanzado puestos destacados en la escala del progreso.

Consecuentemente, el problema de las desigualdades estructurales se cifra ahora en conseguir una meta cuya viabilidad ya no se pone en duda: que los países más atrasados salgan de su retraso y se incorporen al concierto mundial para lograr un crecimiento, no igualitario — esto sería imposible — sino armonizado, concebido como un proceso auténticamente orgánico, o sea como aquel que en contraste con el del pasado conlleve una articulación discriminadora, lo cual significa admitir que los diversos grupos de la estructura orgánica presentan diferencias funcionales específicas modeladas de acuerdo con el proceso de desarrollo del total organismo.

Hay que comprender que el desproporcionado crecimiento alcanzado en unas partes de la Tierra a costa de otras compromete el equilibrio social y ecológico, moral y económico de toda la humanidad.

Ahora bien, este acoplamiento coordinado a nivel mundial no es sólo cuestión de unos retoques políticos o unas ayudas financieras. Hunde sus raíces en lo más sustantivo del hombre: su carácter y comportamiento, su temperamento y cultura, sus costumbres y formas de vida. No podemos dejar de reconocer que detrás de la situación económica, del grado de desarrollo, del nivel de vida se mueven unos gérmenes humanos y

sociales que son el verdadero motor de ese esfuerzo consciente, aglutinado y sistemático a cuya cristalización la llamamos desarrollo. Es por ello indispensable revisar los motivos que subyacen bajo cualquier tipo de estructura concreta; hoy es más necesario que nunca plantearse el problema de cómo cambian y evolucionan las estructuras de la sociedad, qué factores son los que contribuyen a su formación y desarrollo y en qué medida lo hacen. Es importante saber si las formas sociales están subordinadas a la influencia de un solo aspecto o, por el contrario, de varias fuerzas simultánea o sucesivamente.

Este problema adquirió gran preponderacia como consecuencia de la prioridad otorgada por las doctrinas materialistas a las relaciones de producción en cuanto explicativas del contenido y transformaciones de la sociedad. Donde surgieron después las discrepancias fue al pasarse a la delimitación de los distintos fenómenos que se trataba de explicar y al señalamiento de los factores concretos determinantes; situación muy análoga a la que se da en la historia cuando se pretende atribuir la causa de algún acontecimiento trascendente — la caída del Imperio Romano, por ejemplo — a algún factor decisivo exclusivamente.

Aun reconociéndoles un fondo de verdad y una justificación política, aquellas tesis materialistas que establecen el dominio de lo económico en la esfera estructural, ignorando o desdeñando la decisiva acción que en el juego de las interdependencias sociales ejercen los factores extraeconómicos, no se ajustan a los principios de la lógica ni a la evidencia de los hechos, pues como sostiene André Marchal es indudable que las condiciones geográficas particulares y los impulsos biológicos del hombre se anteponen a los factores económicos. En las sociedades primitivas y en las actuales áreas deprimidas los fines ideales, como las creencias religiosas, los tabús y las tradiciones, actuaron mucho antes que las condiciones económicas. El factor económico no es, por lo tanto, el primario en la serie de las causas.

Incluso en el orden tecnológico, hemos de aceptar el argumento de Roland Nitsche cuando dice que la revolución industrial rebasó la frontera técnico-económica para englobar en su área de influencia al conjunto de la vida social e intelectual integrando todos los conceptos morales, escalas de valores, sistemas filosóficos y planteamientos científicos, mediante una subversión en todos los órdenes de la vida y sus relaciones intelectivas. En análogo sentido el autor soviético G. Sorokin aclara que

las relaciones entre los fenómenos sociales se nos muestra tan compleja que es imposible la existencia de ningún proceso social cuya naturaleza, variación movimiento o cambio puedan ser explicados exclusivamente por razones económicas, pues si el factor económico fuese siempre el motor primario, resultaría imposible explicar a través de qué milagro puede modificarse este factor si no es admitiendo que se mueve impulsado por una fuerza autogenerada, hipótesis que equivale a una especie de misticismo en virtud del cual el repetido factor económico se convertiría en un modo de dios. No podemos, por lo tanto, considerar que los propios fenómenos económicos sean los únicos que condicionen a los demás fenómenos, sino que se ven igualmente condicionados por ellos. Sus relaciones no son de dependencia unilateral, sino de interdependencia mutua.

Por eso hoy ya no se estudia el futuro de la humanidad — ni siquiera el futuro de la economía — en base a unos planteamientos exclusivamente económicos. Cuando son abordados los espinosos problemas del hambre en el mundo, de la supervivencia de la especie humana o del bienestar material, lejos de circunscribirse a las cuestiones de costes, mercados o financiación, aparecen recomendaciones como las siguientes recogidas del último informe del famoso Club de Roma:

Si a sabiendas consumiéramos menos energía; si, deliberadamente, poseyéramos menos bienes; si, de manera consciente, simplificáramos — aunque sólo fuera un poco — nuestras vidas, de tal manera que otros pudieran tener sencillamente las cantidades mínimas de alimentos y de bienes para seguir viviendo ¿qué le pasaría realmente a nuestro nivel de vida? ¿no se elevaría — en lo moral — dicho nivel?... Por vez primera desde que el hombre vive sobre la Tierra se le pide que se abstenga de hacer cosas que está en su mano hacer; se le pide que ponga freno a su avance económico y tecnológico o, cuando menos, que lo dirija de modo diferente a como antes lo hacía; se le pide — y se lo piden todas las generaciones que en el futuro han de poblar la Tierra — que comparta su buena fortuna con los que carecen de ella, y esto no dentro de un espíritu de caridad, sino dentro de un espíritu de necesidad. Se le pide que se concentre ahora en el crecimiento orgánico del sistema mundial como un todo. ¿Puede el hombre, en conciencia, decir que no?

Ecología y población

Entre los muchos factores que influyen en la estructura de la economía existen dos que si bien fueron siempre sus pilares básicos, naturaleza y población, están cobrando en la nueva era en la que hemos entrado un relieve tan decisivo, incluso tan angustioso, que los problemas puramente económicos han sido relegados a un segundo plano, sin perder por ello la fundamental importancia que les corresponde a la hora de buscar los procedimientos para obtener rendimientos óptimos de los recursos disponibles.

Analizaremos, pues, la situación de los dichos factores cuyo definitivo papel es una consecuencia del dinamismo que hoy caracteriza a todos los elementos componentes de la vida social, haciendo que nos encontremos asediados por incesantes dificultades, ya existentes en épocas anteriores, pero que ahora brotan con una virulencia abrumadora. Tal es el caso del equilibrio población-recursos que desde las lejanas épocas de Malthus (hace más de 170 años) viene siendo tema preocupante, habiendo alcanzado su punto de máxima atención en los últimos tiempos. Por ese motivo el pasado año fue declarado Año Mundial de la Población, siendo su más destacado exponente la Conferencia que a nivel mundial tuvo lugar en Bucarest con gran expectación, dado que en torno al problema de la población — aparte de su importancia intrínseca — gravita una constelación de cuestiones biológicas, morales, económicas, políticas y tecnológicas que le convierten en excelente punto de partida para cualquier planteamiento en el ámbito internacional.

En principio, para ponernos en situación, veamos cómo uno de los mayores dramas que se ciernen sobre el mundo tienen su origen en el hecho de que cada día somos doscientas mil personas más que el día anterior. Las tasas de crecimiento han dado fuertes saltos y si se dejan las cosas a su caer, la población mundial se habrá duplicado en treinta años. Las previsiones a más largo plazo son verdaderamente aterradoras en el caso de que continúe disminuyendo la mortalidad infantil y prolongándose la duración de la vida humana, sin adoptarse paralelamente otras medidas compensatorias que restrinjan los índices de natalidad. Bien entendido que aún en el caso de lograrse reducir inmediatamente dicho índice, no por eso dejaría de crecer la población en los países infradesarrollados, pues debido al gran porcentaje de jóvenes próximos a la pubertad y a la disminu-

ción del índice de mortalidad, la población seguiría aumentando durante varios años.

En el lado de la producción, los avances de la técnica a partir de los descubrimientos científicos, han permitido hasta ahora mitigar los lúgubres pronósticos del pasado. Y si próximamente fuésemos capaces de dominar toda la energía que encierra nuestro mundo podría vivir holgadamente una población no ya doble, sino tres o cuatro veces mayor que la actual.

Pero es el caso que no se vislumbra aquella posibilidad y ya hoy, pese a los enormes progresos alcanzados en la productividad, más de dos mil millones de seres humanos carecen del mínimo vital suficiente, cifra ésta que sube sin cesar, pues, como se ha venido señalando, por cada niño que nace en una zona desarrollada, cinco van a engrosar la población de las subdesarrolladas. Y si bien hay una minoría disfrutando por el momento de altos niveles de vida, en definitiva las mejores tierras ya están explotadas, las mejores minas agotadas, las mejores aguas contaminadas y los mejores espacios congestionados. Muchos recursos empiezan a dar síntomas de extinción y la polución amenaza con crear insuperables dificultades.

Pues bien, a pesar de que estas evidentes realidades deberían haber provocado la aglutinación de todos los países en la búsqueda de soluciones comunes a problemas concernientes a todos, fue nota definidora de la mencionada Conferencia la discrepancia entre países avanzados y países atrasados. Para unos es preciso un control demográfico restrictivo como condición en el logro del desarrollo socioeconómico y el equilibrio mundial. Para otros lo único importante es la justicia distributiva mediante un nuevo orden económico y, en consecuencia, relegan a un plano secundario la política demográfica a la que consideran como un pretexto para apartar la atención del problema de las irritantes desigualdades internacionales. Es decir, diversos países de las áreas en proceso de desarrollo desviaron los debates hacia el problema del reparto de recursos o riquezas, cuestión de innegable urgencia, pero que en honor a la verdad no resuelve la angustiosa explosición demográfica que puede hundir a la humanidad en una trágica situación dentro de pocas décadas.

Para comprender la relatividad de muchos de los argumentos empleados tomaremos algunas muestras. Se ha dicho, por ejemplo:

— La población es la garantía del desarrollo, porque a mayor población debe corresponder mayor desarrollo. (Basta hojear un manual de Geografía para comprobar que esta afirmación es evidentemente discutible.)

— Los países ricos deben reducir su consumo de recursos naturales a favor de los menos desarrollados, en nombre de la equidad internacional. (Muy hermoso postulado, aunque utópico en las condiciones actuales.)

— El poder creador del pueblo no conoce límites y el pesimismo de las grandes potencias carece de justificación. (El análisis objetivo del devenir no parece confirmar estas hipótesis.)

— Primero hay que elevar el nivel de vida hasta el límite, y después restringir el crecimiento de la población. (Lo malo es que estos objetivos aparentemente sencillos no se resuelven tan fácilmente.)

— El ser humano es, en primer lugar, un productor, y sólo después un consumidor. (¿Y no será al revés?)

Dejando a un lado la polémica y limitándonos al terreno de las realidades, es forzoso reconocer que los países más atrasados tienen humano derecho a recibir la ayuda de los más adelantados para aliviar su pobreza. Pero también es cierto que aquéllos deben empezar por ayudarse a sí mismos, y una manera obvia de hacerlo consiste en procurar reducir sus altísimas tasas de crecimiento demográfico, que es uno de los motivos de su precaria situación. Además, la explosión demográfica significa un excedente de mano de obra barata en beneficio de los desarrollados y provoca una mayor demanda potencial de importaciones que se traduce en una mayor dependencia del exterior. Por ello parece inexplicable que países subdesarrollados y superpoblados contemplen impasibles el veloz aumento de su población causante de una fatal disminución de su nivel de vida, de carestías y hacinamientos. Hay que buscar, al margen de demagógicos prejuicios, una solución racional porque no se puede esperar — como lamentablemente sucedía en épocas pasadas — la acción depuradora de los llamados frenos naturales (guerras, hambre, enfermedades, epidemias, plagas, inundaciones, etc.) para restablecer el equilibrio entre las necesidades efectivas y las capacidades productivas.

Como puede apreciarse, se han mezclado (tal vez innecesariamente) demasiados problemas, pues aunque en el fondo todos los fenómenos sociales estén más o menos entrelazados, una cosa es la explosión demográfica y otra la ayuda para el desarrollo. En medio de tanta discusión

lo que no parece haber quedado claro (por haberse adoptado posturas generalizantes) es que hay dos problemas todo lo relacionados que se quiera, pero socialmente diferenciados: Por un lado el crecimiento desorbitado de la población y, por otro, una intolerable desigualdad entre los niveles de vida en el mundo. Los países ricos eluden admitir que la desigualdad económica es un azote tan peligroso como la explosión demográfica, en tanto los países pobres se niegan a reconocer que sin frenar el enorme crecimiento de su población, serán irremediablemente cada día más pobres.

Y mientras unos y otros se cierren en sus posturas y no quieran ver más que un lado de la cuestión, difícilmente se llegará a soluciones comunes, tan necesarias en el conflictivo mundo de hoy.

Análoga falta de acuerdos y políticas comunes hallamos al analizar la situación porque atraviesa ese otro factor que junto con la población constituye el basamento de la armazón económica: las condiciones naturales, hoy polarizadas en torno a la problemática de la ecología cuya relevante significación es debida a un convencimiento cada día más difundido de que hasta tanto se logre cambiar radicalmente la mentalidad de los humanos, existe un peligro en ciernes al que debemos anticiparnos para garantizar la subsistencia de las nuevas generaciones: la amenaza ecológica. Hoy va siendo un lugar común que cuanto sucede en el mundo natural es mera transformación pues de igual manera que nada puede eliminarse absolutamente, nada puede ser creado. Como se puso de manifiesto en la Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente, inscrito en los cambios incesantes subyace un hecho común a todo fenómeno vital: la materia y la energía se mueven en círculos cerrados de los que nada se escapa y a los que únicamente se añade el fuego impetuoso del sol. La vida se nutre de sí misma; cada sustancia química elaborada por la vida puede ser destruida por la misma vida que no se lleva nada de la Tierra, ni tampoco añade nada; pero casi todo es utilizado por la vida y vuelto a utilizar de mil modos muy complejos, transmitidos a través de enormes cadenas de plantas y animales hasta llegar de nuevo al principio. Cualquier ruptura de estas cadenas puede perjudicar a la totalidad.

Existe, pues, la presencia de un principio ordenador según el cual las fuerzas naturales se complementan hasta alcanzar un equilibrio en el que es máximo el rendimiento que podríamos llamar vital, porque en el mundo complejo de la biología cada cosa depende de todas las demás, toda la vida es la vida misma, cada efecto es una causa y nada puede suceder por sí mismo.

Pero a los humanos no les basta saber que la materia viva en general sigue unas leyes dadas que hay que respetar para alcanzar un óptimo rendimiento mundial; quieren obtener determinadas materias en particular, las más aptas o propicias para satisfacer sus gustos y necesidades y quieren obtenerlas no cuando y donde a la naturaleza le plazca, sino aquí y ahora.

Las dos tendencias mencionadas, la de la naturaleza a desarrollarse en virtud de unos principios biológicos y la del hombre a obtener las sustancias más apetecidas, deben fatalmente llegar a un compromiso, a una dialéctica que sólo puede consistir en la explotación de la naturaleza por el hombre manteniendo el máximo respeto a las exigencias de aquélla, tanto a corto como a largo plazo. No hay otra salida para la pretensión racionalista de una humanidad cada día más amenazada por la escasez.

Para resumir los peligros ecológicos que tan viva preocupación están despertando últimamente, recogeremos las conclusiones de la Asociación para la Ordenación del Medio Ambiente conteniendo una llamada a la acción ante hechos tales como la agravación de los desequilibrios regionales, la paulatina destrucción de los campos y los recursos pesqueros, la degradación ambiental urbana unida a la contaminación de los ríos y la atmósfera, la aniquilación de la vegetación y la fauna, la dilapidación de la riqueza minera, etc.

Dicha Asociación propone la adopción de medidas en evitación de males irreparables, entre las que figuran:

— La protección del suelo, de las aguas y demás recursos naturales, en cuanto patrimonio colectivo de hoy que transmitiremos a las nuevas generaciones.

— Las limitaciones en la exclusiva explotación y urbanización de zonas naturales, preconizándose la fijación de índices de calidad del medio en función del sano desarrollo de la vida del hombre.

— Frenar la sistemática aniquilación de la flora, la fauna y el paisaje natural.

— Controlar el uso de sustancias nocivas a la conservación del medio, para lograr la racional utilización de los recursos naturales.

— Inventariar el patrimonio común y evaluar las pérdidas potenciales y los costes reales causados por la degradación del medio.

— Velar por el máximo aprovechamiento de la energía y la promoción de nuevas fuentes energéticas.

— Distanciación entre las zonas industriales contaminadas y las residenciales, unida a la prioridad de los transportes colectivos sobre el vehículo privado.

— Creación de zonas verdes, especialmente en las áreas urbanas.

Se pretende, en fin, asegurar las condiciones ambientales idóneas para el desarrollo integral de la persona, su descanso y su estabilidad psíquica.

Como comentario a tan escuetas y certeras declaraciones, sólo podemos hacer votos porque sirvan para sensibilizar a todos, gobernantes y gobernados, para afrontar decididamente un lento pero implacable peligro que se cierne sobre la humanidad en los momentos, precisamente, en que se han logrado espectaculares ascensos en el nivel de vida.

Como conclusión podemos afirmar que el tópico del desarrollo en cuanto moderna meta social, está siendo sometido a discusiones cada día más enconadas a medida que se van agravando los efectos negativos de la industrialización y la hipertrofia urbana. En opinión de F. Arasa hemos generado un desarrollo que está estrangulando firmemente las posibilidades de vida, por lo que propone pasar urgentemente del pensamiento económico al ecológico. De igual manera, multitud de autores hablan de limitar el crecimiento, de someterlo a severos controles, de reglamentarlo o socializarlo para anticiparse a unos perjuicios inminentes que ya han hecho su aparición en las zonas más avanzadas.

Entre las muchas observaciones que se pueden hacer en torno a este complejo problema se halla su condición de opcional, por presentar posibilidades alternativas sobre las que cabe la adopción de las más diversas actitudes. Con un ponderado criterio ecléctico se dijo en la inauguración de la Feria Monográfica Internacional "Ambiente 73" que entre un crecimiento desordenado que haga caso omiso de la deterioración del medio y una total renuncia al progreso en aras de la preservación de los recursos naturales, hay soluciones intermedias técnicamente posibles y suficientemente económicas que permiten conjugar las dos finalidades en conflicto, gracias a los modernos avances de la ciencia y la tecnología cuyas ilimitadas perspectivas hacen que sea en el camino de la investigación donde podrán encontrarse fórmulas satisfactorias. En efecto, "el diseño de procesos de fabricación que no emitan prácticamente vertidos nocivos, la utilización de combustibles limpios, la introducción de técnicas de recuperación de las emisiones que pueden evitarse, el tratamiento de residuos sólidos, etc., marcan caminos ya iniciados,

por supuesto, pero cuya profundidad y posibilidades hoy son imprevisibles".

No obstante, queda en pie el problema de los límites y preferencias de elección entre medios y fines, entre los objetivos a conseguir y los sacrificios para conseguirlos. Y ésta es una cuestión de filosofía social que desborda el área de los planteamientos puramente económicos y a la que se calificó en la ocasión mencionada de incógnita que cada país debe resolver, de una parte, en función del orden de prioridad que conceda al desarrollo y a la conservación del medio y, de otra, en función del coste de cada alternativa. No contaminar tiene un coste que crece muy rápidamente a medida que los límites exigidos se hacen más severos. No contaminar significa otras veces renunciar a unos beneficios. Hay, en definitiva, un planteamiento económico detrás de los planteamientos ambientales y, al final, una opción política en la medida en que entran en juego valoraciones sociales.

Nos encontramos así enfrentados con una problemática que si bien ya existía hace muchos años planteada en el seno de la normativa jurídica, ha ido ascendiendo a los primeros planos de las preocupaciones políticas, figurando hoy entre los más debatidos puntos de todo programa de acción social pues, dada su magnitud, las soluciones sólo pueden alcanzarse por medio de la colaboración sistemática y simultánea de todos los órganos participantes en el proceso productivo, con la particularidad, además, de que únicamente serán satisfactorios, eficaces y duraderos aquellos sistemas operativos que engloben al conjunto de los países, ya que las fronteras son líneas meramente convencionales que en nada afectan a la ineluctable unidad física del planeta en cuanto asentamiento y fuente de subsistencia de los seres que lo pueblan.

La moderna toma de decisiones

Uno de los más claros síntomas del nacimiento de una nueva era económica nos lo ofrece la radical transformación experimentada por la dirección de la economía, por la toma de decisiones. Desde aquel empresario de hace no más de 50 años con facultades omnímodas y un poder casi feudal sobre su empresa, a la que manejaba a su antojo despidiendo o admitiendo personal con la retribución que él decidía, comprando y vendiendo lo que quería y al precio que podía, fabricando cuando y como

mejor le parecía, hemos pasado a una empresa considerada como célula social sometida por arriba a una normativa fiscal, comercial, industrial y financiera que reglamenta casi todas sus operaciones y, por abajo, a unos condicionamientos laborales, a unas participaciones y compromisos sociales, que han acabado con el empresario-dueño omnipotente para pasarse al empresario-gerente que dirige la empresa coordinando los distintos factores productivos de acuerdo con las limitaciones impuestas por los poderes públicos, de un lado, y los trabajadores, de otro; y dispuesto siempre a la coalición, la agrupación e incluso la fusión con otros entes económicos cuando está en peligro la subsistencia de la propia empresa, lo cual, en la cambiante economía actual, puede surgir en cualquier momento.

Esta mutación en el gobierno de las empresas es trascendental por cuanto a la empresa constituye en la economía moderna no sólo el órgano productor, por definición, sino además el centro creador de preferencias y necesidades por arte y gracia de la publicidad.

Ahora bien, como ceñir a la esfera empresarial el complejo tema de las decisiones económicas podría considerarse un prejuicio, al partirse de una economía libre capitalista, ampliaremos la perspectiva situando el problema en el plano más general de la política económica una de cuyas facetas más destacadas es la toma de decisiones, hasta el punto de que no falta quien la considere su pieza clave. En una primera aproximación global se trata simplemente de despejar estas incógnitas: ¿quién decide en materia de economía? ¿el pueblo consumidor? ¿los empresarios capitalistas? ¿los ejecutivos o gerentes? ¿la burocracia estatal? ¿los líderes políticos?

Como el proceso económico puede seguir muy distintos derroteros, alguien tiene que resolver cuál de ellos deberá elegirse en cada ocasión. Deteniéndonos un poco en tan delicada alternativa veremos que la toma de decisiones presenta cuatro vertientes:

— Qué se debe producir, estableciendo la gradación de los sectores a que se asignarán los recursos, o selecciones inversoras resultantes de las preferencias consumistas y de la actitud ante el futuro.

— Cuánto habrá de producirse, mediante fijación de los volúmenes de producción total y por actividades, o lo que es igual, magnitud del esfuerzo así como velocidad de renovación y de crecimiento.

— Cómo se producirá, seleccionando los procedimientos técnicos, lo que implica determinación de dimensiones, calidades y coordinación interempresarial.

— Para quién será lo producido, es decir, establecer de qué manera se distribuirá el valor de lo obtenido entre los distintos sectores o sujetos que han colaborado funcionalmente en el proceso de producción.

En realidad cualquier camino que cojamos nos lleva al problema de la estructura del poder, sobre el cual existe una gran ignorancia pues a la hora de concretar somos incapaces de contestar a estas preguntas: ¿quién manda de verdad en la empresa capitalista? ¿quién manda en la economía socialista? No se puede responder con exactitud. Lo que sí es cierto es que en ambos casos existe una élite de gerentes, directivos y funcionarios, que no son capitalistas ni proletarios en el sentido estricto, y que de hecho controlan el proceso económico. Todo lo demás son conjeturas porque aún no se ha encontrado la forma de expresar cuantitativamente la distribución del poder real, muy distinto del poder nominal resultante de equiparar la propiedad jurídica de los medios de producción al dominio efectivo.

Una de las manifestaciones más acusadas de esta escisión es la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, pues además de no haberse hallado la fórmula idónea, puede suscitar serias dudas de justicia; porque puestos a anteponer los intereses sociales sobre los particulares cabe preguntar ¿y por qué el control han de llevarlo los productores y no los consumidores que son quienes sufren las consecuencias de las deficiencias en la producción? ¿Acaso no cabe el peligro de coalición de un sector de trabajadores (sobre todo si es horizontal) que distorsione toda la cadena productiva e imponga ventajas en su favor? ¿Es que se puede rechazar una posible confabulación entre los sindicatos más fuertes y las empresas más potentes en perjuicio de las otras empresas, los otros trabajadores y el consumidor en general? A. G. PAPANDREU piensa que el mecanismo del mercado está convirtiéndose en un instrumento de ordenación difusa en manos de una élite reducida. El soberano no es el consumidor, sino el poder empresarial que participa en un gigantesco juego con el sindical y el gubernamental. La asignación de recursos se lleva a cabo *a través* del mercado, sin que ello signifique que sea realizada *por* el mercado. En este orden de ideas se pregunta dicho autor: "¿Constituye el modelo soviético de socialismo una alternativa deseable frente al capitalismo pa-

ternalista? Incluso un examen superficial revela que también aquél es paternalista, y que sólo es socialismo en el sentido más o menos superficial de hallarse la riqueza productiva bajo la propiedad y control de un Estado que, a su vez, es controlado por una nueva clase, la burocracia del Partido".

El problema de la participación social no se resuelve, por tanto, diciendo que los medios de producción deben ser una propiedad colectiva; porque ¿quién es la colectividad?: un conjunto de millones de cabezas con millones de opiniones. Lo importante no es quién tenga la propiedad sino quién tenga el poder decisorio, la facultad de controlar y mandar, y conseguir que lo use para bien de la comunidad, en beneficio de la colectividad. Y esto a veces se logra de la manera más inesperada como en cierto modo tiende a suceder con la moderna gran empresa capitalista para quien, pese a pretender la obtención de beneficios, el objetivo directo (y por consiguiente el destino de los excedentes) es primordialmente reforzar el crecimiento, la expansión, la capacidad y resistencia del organismo, más que retirada de numerario en efectivo para gastos inmediatos de los partícipes. A la aparición de esta tendencia ha contribuido decisivamente la nueva estructura económica. Cuando el capitalismo financiero prevalece sobre el capitalismo comercial, cuando lo importante es disponer de recursos cada vez más voluminosos, el centro de gravedad de la economía se desplaza hacia los polos financieros que absorben grandes masas de ahorro y lo canalizan hacia la producción. De esta forma el anonimato del inversionista se hace mayor y paralelamente aumenta su desvinculación de la empresa productora, agigantándose por consiguiente la significación de los trabajadores. Así se ha podido decir que si alguien puede estar al margen del proceso de producción será el capitalista pero nunca el trabajador, según lo prueba el hecho de que los accionistas están siendo marginados por los técnicos pues aquéllos se contentan con la cotización bursátil y el dividendo, en tanto los trabajadores no pueden desentenderse de la empresa en que viven, para la que trabajan y de la que dependen; como tampoco es indiferente a los resultados el pueblo consumidor.

La otra posibilidad, la de una economía socializada, dirigida, centralizada que supere las deficiencias del sistema competitivo liberal, es un camino que tal vez en el futuro ofrezca las mejores soluciones. Sin embargo, conviene destacar que la programación o planificación socializante sólo será legítima, de acuerdo con la nueva mentalidad, cuando:

— Sea compatible con las iniciativas particulares de individuos y grupos.
— Tenga flexibilidad de adaptación y elasticidad.
— No perturbe ninguno de los factores fundamentales del contexto humano.

Recordemos que en este sentido ha arraigado la oposición a las jerarquías formalizadas, a la burocracia de la socialización, aunque por otro lado se considera absurdo dejar que la producción esté proyectada sobre la base de los caprichosos deseos de los individuos, en lugar de estarlo sobre las auténticas necesidades humanas. Apoya la defensa de una distribución según las necesidades, el argumento de que el hombre es una animal social y cada productor directo ha sido ayudado indirectamente por la estructura global, incluida su propia educación, por todo lo cual no es lógico que reclame un derecho de propiedad sobre su producto; y menos en las nuevas condiciones de la era cibernética.

Frente a este razonamiento está el hecho evidente de que por desgracia los humanos no poseen aún el suficiente grado de altruismo para esforzarse en las tareas productivas sabiendo que no existe correlación entre su trabajo y su bienestar, que tienen asegurada de antemano la satisfacción de sus efectivas necesidades. Pero aún admitiendo una utópica transformación radical de los hombres que eliminase este obstáculo, todavía quedaría por resolver el gran problema: ¿y cuáles son las efectivas o auténticas necesidades? ¿son las mismas para todos? ¿quién las seleccionará? ¿es admisible una autoridad que fije cuál ha de ser el consumo de cada uno? Sí así sucediese parece bastaría tener información sobre los procesos de producción para completar la planificación de todo el mecanismo de la economía; no obstante, tampoco esto sería una solución definitiva pues lo observación de las realidades pasadas ha permitido que se haya podido afirmar, respecto a la compatibilización entre las relaciones dentro del engranaje económico, que el esfuerzo para lograr dicha compatibilización ha postergado por completo las intenciones de conseguir una asignación de recursos eficiente y aceptablemente óptima, así como su calidad. Aparte de que siempre subsistirá la dualidad representada por la contradicción existente en el logro de dos objetivos con frecuencia incompatibles: eficiencia y justicia.

En cualquier caso, los dos tradicionales sistemas contrapuestos son inaceptables en toda su pureza y por ello se viene observando, según bien

destaca Toynbee que "comunismo y capitalismo se están remodelando bajo la presión de una misma fuerza irresistible, esto es, la tecnología moderna". Vaticinando que se operará un cambio en la línea divisoria entre el sector público y el privado de ambos. "Cuando esto ocurra el comunismo y el capitalismo se habrán identificado mutuamente incluso aunque continúen vistiendo las actuales etiquetas distintas... Ambos necesitan descubrir cómo hacer tolerable la vida en el nuevo ambiente artificial que hemos puesto en lugar de nuestro medio ambiente natural. Los problemas de urbanismo, polución, desorientación psicológica y estallidos de violencia irracional son hoy día comunes a toda la humanidad y rebasan las diferencias tradicionales entre las ideologías." Por esto otros autores piensan que el problema del futuro no radica en la opción entre comunismo o capitalismo, sino en la elección entre bienes materiales e inmateriales, en la dosis de humanismo que deba poseer la nueva sociedad.

Como puede deducirse de este breve repaso, las modernas corrientes, apoyadas por las actuales realidades, se oponen simultáneamente a los dos sistemas clásicos de política económica. Esta doble denuncia de ambos sistemas prueba que ninguno de ellos es perfecto y que la salida habrá que buscarla en una combinación, variable para cada pueblo, cada país, cada civilización, aunque bajo el denominador común de una socialización con la participación colectiva, estimulada por una racional competencia.

Si ahora buscamos lo que hay de común en todos los sistemas, y dejando a un lado la cuestión de procedimientos nos remontamos al fin último o razón de ser de la economía, es obvio que el objetivo económico de una sociedad no puede ser más simple: conseguir el máximo bienestar, y si este bienestar está garantizado y va en aumento, tanto mejor.

Lo malo es que cuando empezamos a concretar van apareciendo más y más dudas porque, bien pensado, ¿en qué consiste el bienestar? ¿En comer mucho y sin preocupaciones? ¿En tener una buena biblioteca o en conocer mundo, aunque sea incómodamente? ¿En poseer un potente coche, aun con privaciones? ¿En ir a los toros o al fútbol? ¿En escuchar un buen concierto o en admirar grandes obras de arte? Para cada uno el bienestar es una cosa distinta y no cabe la posibilidad de establecer de antemano qué es lo que deberá proporcionar el aparato productivo o, dicho en otros términos, cuáles serán las apetencias de los ciudadanos.

Supongamos, no obstante, que esto fuera factible. Entonces nos encontraríamos todavía que unos prefieren vivir con poco, siempre que esté

asegurado; otros, viven al día despreocupados del futuro; algunos se conforman con mantener su habitual ritmo de vida y otros no conciben la vida sin un constante mejoramiento. Y aun queda por añadir la enorme duda de cómo distribuir equitativamente la masa de bienes y servicios producidos, cualesquiera que éstos sean, entre los millones de personas que han participado en su consecución.

Por ello, todo problema económico entraña una serie de opciones: qué se produce, cuánto, cómo, para quién. Nos pasamos la vida optando, si bien la mayor parte de las opciones (o las de mayor resonancia social) las toman por nosotros los gobernantes, constituidos en intérpretes o ejecutores de los intereses de la comunidad.

¿Y cuáles son esos intereses? Cabe preguntar. Es imposible dar una contestación exacta porque su dispersa magnitud convierte a esta cuestión en algo verdaderamente inaprehensible. Además, el cambio incesante de la vida hace que cada momento traiga sus propias inquietudes planteando, en consecuencia, sus propias opciones. Hoy, por ejemplo, las principales que tenemos a la vista son:

¿Qué es más importante como objetivo económico, la cantidad o la la calidad?

¿Debemos seguir incrementando nuestra producción sacrificando, si es preciso, la estabilidad?

¿Será mejor forzar la inversión de hoy a costa de un mayor consumo futuro?

¿Qué debe tener prioridad, el bienestar material o la tranquilidad y el sosiego?

¿Se debe llegar a una distribución igualitaria de la renta aunque ello mate los estímulos de los más activos?

¿Son deseables unos altos impuestos para ampliar y mejorar los servicios públicos?

¿Es preferible la libertad empresarial o la socialización de las empresas?

¿Sería más eficaz la rígida centralización de la organización económica que la descentralización ramificada?

¿Debe favorecerse la autonomía nacional o la integración internacional?

Sería muy cómodo recurrir al demagógico expediente de declarar que las respuestas a estos interrogantes debe darlas el pueblo. La multitud hete-

rogénea que compone el pueblo no puede, ni podrá jamás, encontrar una solución para cada uno de los innumerables problemas que se plantean en la compleja sociedad moderna. Las decisiones, nos guste o no, han de tomarlas unos pocos, los gobernantes. Lo que sí se puede exigir es, primero, que estos gobernantes sean unos auténticos representantes de la colectividad y, segundo, que cuenten en cada momento con la opinión de los especialistas (técnicos, científicos, intelectuales) que estando desligados de compromisos políticos o prejuicios ideológicos, puedan ofrecer fórmulas sólidas e imparciales para superar las dificultades de una sociedad sobrada de parcialidades extremistas y necesitada de un racional equilibrio.

BIBLIOGRAFÍA

BAUDRILLARD, Jean: *La sociedad de consumo,* Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1974.

EINSENSTADT, S. N.: *Ensayos sobre el cambio social y la modernización,* Ed. Tecnos, Madrid, 1970.

Friends of the Earth, ONU — Sólo una Tierra —, Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1972.

GABOR, Dennis: *La sociedad madura,* Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1974.

HUXLEY, Aldous: *Nueva visita a un mundo feliz,* Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1973.

MESAROVIC, Milhajlo y PESTEL, Eduard: *La Humanidad ante la Encrucijada,* Ed. Instituto Estudios Planificación, Madrid, 1975.

NITSCHE, Roland: *La sociedad del hastío,* Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1973.

RONCERO, Octavio: *Desperdicio y desarrollo,* Ed. Librería Técnica Bellisco, Madrid, 1974.

SAINT MARC, Philippe: *Socialización de la naturaleza,* Ed. Guadiana, Madrid, 1972.

THEOBALD, Robert: *Alternativas para el futuro,* Ed. Kairós, Barcelona, 1972.

TOYNBEE, Arnold: *El desafío del futuro,* Ed. Guadiana, Madrid, 1973.

URBAN, G. R.: *¿Sobreviviremos a nuestro futuro?,* Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1973.

Varios autores: *La vía del desarrollo,* Ed. Tecnos, Madrid, 1972.

Varios autores: *La invención del futuro,* Ed. Guadiana, Madrid, 1972.

WARD, Bárbara y DUBOS, René: *Una sola Tierra,* Ed. Fondo Cultura Económica, México, 1972.

RELACIONES INTERNACIONALES

MANUEL FUENTES IRUROZQUI

La etapa histórica en que nos ha tocado vivir, se caracteriza por una serie de condiciones y cualidades de entre las que son las más destacables el progreso técnico y la interdependencia de las naciones.

Sobre todo la interdependencia: no es posible hoy en día aislar la más mínima parcela de la tierra de las actitudes o problemas que se originen en cualquier otra. Vencidas las distancias, sus consecuencias favorables se ven, en contrapartida, mermadas por las servidumbres que ellas mismas imponen. Esto que abarca a cualquier actitud vital (política, cultural, sociológica...) se deja notar con mayor intensidad en el terreno de la economía, en el campo económico, ya que, quiérase o no, los países — todos ellos sin excepción — constituyen hoy en día la denominada Comunidad Económica Mundial.

Esta Comunidad Económica está integrada por el conjunto de comunidades económicas nacionales y su equilibrio depende, en mucho, de las normativas que rijan el establecimiento y el nivel de las relaciones internacionales. Desde que "entre el individuo y la Humanidad" surge o aparece la nación, como señaló FEDERICO LISTZ en el pasado siglo, los nacionalismos económicos han venido siendo causas primordiales de conflictos y manzana de la discordia entre los pueblos deseosos de anticiparse a los demás en riqueza y poderío.

El mundo es uno, pero la geografía es varia y junto a ella la geología, la ecología, la fitología, la zoología, la mineralogía, etc. Ello origina la existencia de zonas ricas y zonas pobres, de regiones bien dotadas y regiones olvidadas de la mano de Dios, de naciones y países poderosos y naciones y países miserables. Todo ello influido por los hombres y sus habi-

lidades, su tecnología y un factor, de su invención, independiente del área geográfica, que es el dinero.

El incremento de la producción, del comercio y del consumo en los últimos cincuenta años ha sido tan notable que la sola fuerza del número y de los valores ha bastado para evolucionar las formas de vida de manera tal que no es descabellado suponer nos encontramos ante una nueva concepción de las cosas y una reestructuración de conceptos superados que han de dar lugar a un orden también nuevo, más realista y de más perfecta armonía en la convivencia de los hombres y de los pueblos del mundo.

La facilidad de las comunicaciones, la información y los transportes y la interdependencia de los diferentes sectores y grupos humanos dan por resultado el más profundo contacto y la repercusión en todas las áreas del Orbe de cualquier acontecimiento cultural, técnico, bélico o sociológico que se origine no importa dónde, cuándo, ni de qué manera.

El comercio, que tradicionalmente, se originaba sobre un corto número de bienes y que en el orden internacional quedaba limitado a escasos artículos de pequeño volumen y gran precio o valor (metales preciosos, especies, sederías...) abarca hoy en día a toda clase de productos y se basa no sólo en términos de intercambio y en una división internacional del trabajo sino en razones de absoluta necesidad tanto para los que venden cuanto para los que compran, saldando unas con otras hasta obtener un balance definitivo cada vez más elevado el que a su vez amplía y consolida la interdependencia de los pueblos en camino de una auténtica Comunidad Económica Mundial.

Este predominio de los temas económicos en la regulación de las relaciones no sólo entre los seres humanos sino también entre sus grupos o colectividades políticas — las naciones — ha comportado un cambio profundo en las motivaciones de la vida misma. Hoy no se concebiría una confrontación bélica por razones religiosas, ni culturales, ni mucho menos dinásticas, pero en cambio todo el mundo considera más o menos posible una guerra para el control de las producciones petrolíferas, la obtención de materias primas o la penetración en mercados para colocación de bienes especialmente productos de la industria y del trabajo de un país en beneficio de que sus intereses desplacen a otros de la competencia.

Es más, las dos grandes guerras de este siglo, adoptando como pretexto circunstancias de poca entidad, tuvieron como base el antagonismo econó-

mico, la lucha por el liderazgo de zonas del mundo enemistados a consecuencia de la confrontación de intereses de sus respectivas economías. Y otras guerras de menor extensión o la propia guerra fría, tan duradera, fundamentan su existencia en fricciones, enfrentadas de criterios socieconómicos que constituyen la más acerada pugna ideológico-materialista de la Historia.

Y ¡cómo ha cambiado el mundo en un par de siglos, o incluso en el último medio centenar de años! Cualitativa y cuantitativamente.

La Europa de 1975 nada o casi nada tiene de parecido a la Europa de 1914. Rusia se ha convertido en el gran monstruo de la Unión Soviética con fronteras desde el Vístula al mar de Behring y zonas de influencia en Centroeuropa, el Báltico y los Balkanes; Turquía ha perdido el Oriente Medio y el Nordeste de África quedando constreñida a una pequeña zona en Europa y la Anatolia del Asia Menor. Rumania, Polonia, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Alemania Oriental y ni que decir de Estonia Letonia y Lituania, giran en la órbita de Moscú. Se aleja, pero también de Europa, Albania, desaparece Montenegro y los eslavos del sur se agrupan en una Yugoslavia comunista, aunque no moscovita. Desapareció el Imperio Central, especie de colchón entre el Este y el Oeste y con él la Monarquía austrohúngara. En Asia se emancipan las dependencias del Imperio Otomano y crean nuevas nacionalidades. Ya en baja el colonialismo y el mosaico africano surge con la pujanza de treinta países nuevos e independientes pasando de Etiopía y Liberia a tantas nuevas nacionalidades como antiguas colonias y a veces dando lugar a más de una. En América central, las Antillas, van convirtiéndose en nuevos Estados y en Oceanía surgen Indonesia y varios Estados más, amén de la pujanza de los dominios — ya independientes — de Nueva Zelanda y Australia. Asimismo, el Canadá y desde luego Sudáfrica pasan a ocupar plano de primeras potencias en el concierto del Mundo occidental. La hegemonía europea pasa a Norteamérica y surge un Japón vigoroso y una China de enormes dimensiones y populosa demografía que introduce un factor nuevo y un tanto incógnito — junto a la India — en Oriente.

Toda esta complejidad política — aumentada por lazos sutiles que vinculan o enfrentan unos países con otros — queda subordinada a la más dinámica y explosiva actividad económica mundial. El progreso de la técnica, la rapidez de las comunicaciones, los muchos inventos utilizados en el confort diario, la tecnología en la alimentación, las mejoras en el campo

de la salud pública, la sanidad, la enseñanza, la cultura y la educación, constituyen otras tantas piezas a tomar en consideración a la hora de intentar conocer el panorama del mundo en que vivimos. De este mundo en ebullición, o por lo menos en efervescencia, en el que nos ha tocado vivir.

Dominando todo este abigarrado y variopinto paisaje, con sus problemas raciales, sociales y políticos, como música de fondo, aparece el Tema Económico: el primum vivere y el vivir cada vez mejor y con mayores exigencias y necesidades a cubrir. Se descubre la Economía del bienestar, consecuencia de una economía de consumo en la que se sumerge el mundo occidental. Y decimos el mundo occidental porque existe otro mundo, un tercer mundo, como se ha venido a denominar a los países subdesarrollados y en vías de desarrollo, al que las ventajas del progreso no le han alcanzado como no sea para hacer más patentes e irritantes las diferencias con los demás, irritación aprovechada para sembrar la semilla del odio y la discordia que se entremezcla con aquella denominada música de fondo de las luchas clasistas y raciales dando como resultado concierto o un desconcierto al que inútilmente quiere ponerse término con paños calientes y paliativos difícilmente aceptables cuando el cine, la televisión y la dinámica viajera patentiza ante el desvalido la brillantez y pujanza de los mejor dotados. El hambre, la miseria y la enfermedad se adueñan de dos tercios del planeta y mientras el hombre llega a la Luna no alcanza conseguir una vida en un mínimo digna y decorosa para dos tercios de sus semejantes. Éste es el grave problema que afrontamos a favor del siglo XX. Éste es el pavoroso espectáculo a que asistimos en estas fechas en que forzoso ha de ser evolucionar a nuevos sistemas de vida pues de lo contrario el rencor y el resentimiento pueden llevarnos tan lejos como ni siquiera somos capaces de preverlo.

De lo que no creemos pueda caber demasiada duda es de una realidad palmaria que todos contemplamos: el fracaso total y absoluto de la Economía Liberal. Del dejar hacer, dejar pasar, del abandonar a las fuerzas naturales el resultado del encaje de las cosas por propia y natural inercia. Y como consecuencia de la necesidad de una política económica a escala mundial.

Generalizando, el mundo se divide en dos sectores: el de los países ricos y el de los países pobres. Así dicho en una sola frase parece fácil establecer una frontera que delimite ambas posturas. La medida se obtiene en la renta nacional y sobre todo en la renta per cápita. La renta per

cápita superior a los 3.000 dólares al año, se pueden considerar países ricos y países con menos de 3.000 dólares por cabeza y año países pobres. Claro que al fijarse los niveles cifrándolos en una unidad monetaria de medida hoy, puede haber tantas posturas como desniveles monetarios existan: 3.000 dólares, 3.800 dólares, 2.000 dólares, 1.500 dólares, 450 dólares, etc. Pero al tener que hacer agrupaciones generalizadas nos vale, y como ejemplo, lo de los 3.000 dólares y lo de menos de 3.000 dólares. Ahora bien en esta última categoría es donde hay también muchos y muy importantes escalones porque no es lo mismo 2.500 dólares, por ejemplo, que 150 dólares. Así que en realidad los países pueden ser ricos, pobres y ni pobres ni ricos.

Pero además esta clasificación en países ricos, menos ricos y pobres hoy en día se está quedando poco representativa, por cuanto pueden haber — y de hecho hay — naciones ricas y pueblos ricos, naciones ricas y pueblos pobres e incluso miserables y naciones y pueblos pobres. Para una mejor clasificación habrá que atender más que a la riqueza globalmente considerada a la distribución equitativa y proporcional, al bienestar general, a los niveles no sólo de renta, sino de cultura, de poderío y de confort. En una palabra el desarrollo, que no consiste en un mero crecimiento, sino en una expansión hacia arrriba en todos y cada uno de los órdenes de la vida del hombre como eje de dicho desarrollo, como objeto y sujeto del desarrollo y como portador de valores eternos.

Clasifiquemos por tanto los países en desarrollo — y superdesarrollados — en vías de desarrollo y subdesarrollados. Y estaremos más cerca de la realidad. Con motivo del encarecimiento del petróleo un buen número de países se han convertido de la noche a la mañana en países ricos. Pero así y todo siguen siendo o subdesarrollados o aprovechando su inusitada e inesperada riqueza aplicada al propio desarrollo futuro se convierten en países en vías de desarrollo, al que pueden o no llegar según lo que después suceda.

La clasificación final, por tanto, exige una serie de matizaciones que conceden diferentes aspectos del vivir, puntuando cada uno en términos de diferente evaluación para llegar a una cifra que concede una u otra calificación final.

Lo cierto es que con países ricos, menos ricos y pobres y naciones superdesarrolladas, desarrolladas, en desarrollo o subdesarrolladas el mundo sigue adelante y va creciendo en términos casi inconcebibles puesto que

la población mundial asciende ya a 4.000 millones de seres humanos y para el año 2.000 se espera llegar a 7 mil millones duplicándose hasta cerca de 12.000 millones — que se estima "punto de saturación" — para los primeros 20 años del siglo XXI, y para duplicar o más que duplicar los medios de vida, las habitaciones, la infrastructura viaria y urbana, los medios de comunicación y de transporte, los artículos alimenticios, etc., habrá que trabajar de firme y aplicar toda la tecnología y toda la ciencia al servicio de un progreso que no puede ir a la zaga de la progresión demográfica.

Es por esta razón por la que no debe dudarse que nos encontramos ante una nueva Era económica, ante la necesidad de llevar a cabo nuevos planteamientos de la actividad económica nacional e internacional y ante un inexorable nuevo orden que de no llegar originaría, como consecuencia de los cada vez más irritantes abismos entre una y otra clase de países, una situación catastrófica de exasperación y profundo malestar.

El Mundo además ha montado su estructura económica actual en base de una serie de supuestos que han de proseguir pues cualquier interrupción sería fatal e inaceptable. El mundo de hoy es el mundo de la técnica, de la tecnología y de la energía. Queda enormemente distante no sólo de las formas de vida histórica sino incluso de las de apenas hace un siglo. La progresión en que crece la población, el consumo, la interdependencia de la sociedad y la influencia de lo que sucede en cualquier lugar del planeta en relación con los otros lugares del mismo, por distantes que sean, hacen que deban contemplarse los problemas económicos con óptica totalmente diferente, completamente nueva y en absoluto adecuada a las modernas circunstancias de lugar y tiempo.

Precisamente en razón de esta interdependencia de unos pueblos con otros, de unos hombres con otros, se hacen notar también con mayor fuerza las disparidades económicas internacionales. Del mismo modo que son más irritantes las diferencias cuanto más próximas se produzcan también en un mundo con distancias reducidas por la técnica se ponen más de relieve todavía los desniveles entre los países. Y la presencia de países ricos y pobres encona un problema que era de menor cuantía cuando la lejanía y la falta de información lo paliaban o reducían.

El cine, la televisión, el automóvil, la aviación, el telégrafo, el teléfono, la comunicación vía satélite, permiten ver con perfecta claridad, conocer con absoluta diligencia y llegar con toda rapidez de un lugar a otro de

la tierra: desde Mannhatan hasta Bangladesh, desde París hasta Nueva Guinea o Tanzania. Lo que ocurre en cualquier zona del planeta, repercute de inmediato en las demás y a un mundo supertecnificado no lo es ni le puede ser extraño cuanto ocurra en un punto cualquiera de la Tierra.

La hegemonía (palabra griega que designa el dominio) de algunos países sobre otros es producto principalmente de la etapa histórica en que ellos alcanzaron el poder y el prestigio. Los primeros llegados a cimas económicas llevan, en principio, ventaja sobre los demás y no se resignan a perderla. La revolución industrial que tuvo como principal escenario a Europa, dio a Inglaterra, Francia, Alemania y naciones colindantes y de similar "standard" una posición privilegiada en el concierto mundial. Éstos países disponían además de zonas de colonias para proveer de materias primas y servir de vastos mercados a las producciones metropolitanas. La situación inició un cambio al término de la primera guerra mundial apareciendo como grandes potencias, Estados Unidos y el Japón, iniciándose una descolonización y la conciencia nacional de vastas zonas del mundo sobre todo en África y Oceanía. Tras la segunda guerra mundial el panorama todavía ha cambiado mucho más: quedan como grandes potencias los Estados Unidos y la Unión Soviética y le siguen el Japón, Francia, Alemania (reducida en sus fronteras) Inglaterra y alguna otra nación europea más al Canadá, Australia, Nueva Zelanda y en ciertos aspectos (sobre todo demográficos) China y la India.

El poder económico es el que manda. La hegemonía política ha de ir acompañada del poderío económico. Los pueblos son grandes en la medida que es grande su potencial económico. Y éste está compuesto por múltiples elementos entre los que hay que señalar: 1.° La demografía, 2.° la energía, 3.° las materias primas, 4.° las industrias de base, 5.° las manufacturas, 6.° los medios de transporte, 7.° las comunicaciones y el comercio, y 8.° las reservas de divisas.

Por estas razones la pujanza económica de los pueblos es vulnerable en muy variados frentes: en el de su población (con la salud y la cultura), en la tenencia o carestía de productos energéticos y materias primas a precios asequibles, en la producción industrial (en sus mercados, en sus conflictos laborales) en la balanza de pagos, en la fluidez de las transferencias, en los intercambios...

Un pueblo, para ser totalmente potencia mundial, tiene que disponer, sin traba, de los elementos necesarios para llevar adelante y en alto grado

de desarrollo su economía. Y en un mercado propio, dentro de propias fronteras, ha de disponer de cuantos elementos precise para continuar manteniendo su posición de privilegio.

Grandes mercados, grandes espacios económicos con posibilidad de autarquía, hay pocos. Tal vez en términos absolutos, ninguno, pero sí en términos relativos como sucede con la URSS y los Estados Unidos y puede suceder con China. Los demás países para consolidar una posición de fuerza han de buscar las alianzas, la unión y crear a su vez amplios espacios mediante Comunidades Económicas de tipo convenido.

Y se han ido creando. En Europa la Comunidad Económica Europea o Mercado Común, inicialmente constituido por Alemania Occidental, Francia, Italia, Bélgica y Holanda, con Luxemburgo y más tarde ampliado de seis a nueve con la incorporación de Inglaterra, Dinamarca y Noruega. Por el lado Oriental el COMECON o unión de los países socialistas con la URSS, Polonia, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Hungría y Alemania Oriental. Con África la Unidad Africana, en América, los Estados Americanos... Diferentes cada Comunidad presentan todas notables características de colaboración económica, buscando ampliación territorial de mercados y bases más sólidas y firmes en orden a las riquezas disponibles en cada caso.

En realidad el Mundo queda escindido en "clases sociales". Países ricos y países pobres. Acaso la manera de salir de la pobreza sea ampliando la base y componiendo vastos espacios económicos. Y así Europa cuenta en principio por sí misma y más aún si se consigue una Europa unida que signifique un poder económico de parecido porte al de los Estados Unidos o al de la Unión Soviética.

La Renta Nacional de la USA pasa de un billón y cuarto de dólares y de 5.500 dólares "per cápita" contando con 220 millones de habitantes. La Renta de Inglaterra es de 52 millones de libras esterlinas o 950 libras "per cápita" sobre 56 millones de habitantes. La de Francia de 900 mil millones de francos o 18 mil francos por persona y año sobre 52 millones de habitantes. La de Alemania federal de 750 mil millones de marcos o de 12 mil marcos "per cápita" sobre 62 millones de habitantes... Junto a estas cifras países de tipo medio como el México tienen 300 mil millones de pesos de renta, Perú 210 mil millones de soles, Chile, 110 mil millones de escudos... y otros infradesarrollados cantidades irrisorias que significan menos de 100 dólares por habitante y año.

Normalmente los países ricos suelen ser los que van también a la cabeza en educación, cultura y bienestar. Y asimismo los que en un orden castrense están mejor preparados, disponen de más fuerzas armadas y están mejor organizados y dotados. Así la riqueza material supone hegemonía política y potencia bélica. Las mismas Naciones Unidas aceptan esta hegemonía al conceder a un reducido número de sus miembros — en principio en plan de igualdad de un país un voto — el derecho de voto en materias de extrema delicadeza y alto interés. La igualdad, por esta razón, recibe duro golpe incluso en el medio ambiente de mayor categoría internacional.

A su vez el Comercio Mundial, que alcanzó en 1972 la cifra de 22.167.000.000.000 de pesetas para las importaciones y 21.477.000.000.000 pesetas para las exportaciones con un crecimiento del 213 por 100 sobre las cifras de 1963, consolida las posiciones de privilegio de los "países grandes" con graves desfases en las valoraciones de los productos del intercambio a favor de los artículos industriales y en detrimento de la producción alimenticia, las materias primas y los bienes energéticos. El mismo GATT (Acuerdo general sobre Aranceles y Comercio) es un Club de Naciones en las que llevan la voz cantante las poderosas, con perjuicio de las menos dotadas. La Conferencia de Comercio y Empleo, de las Naciones Unidas que intentó a través de la UNCTAD favorecer al tercer mundo frente al crecimiento geométrico de las riquezas de las Naciones más industrializadas ha conseguido muy escasos resultados de orden práctico.

Toda esta estructura, que podemos llamar tradicional, está tambaleándose ahora. Ha sufrido un rudo golpe ante la actitud de los países productores de petróleo, que conscientes de la gran importancia de sus recursos energéticos, han decidido valorizarlos, con precios muy elevados que desequilibran la economía de consumo del resto del mundo y en especial del Mundo Occidental y sobre todo de Europa, Estados Unidos y el Japón.

La medida del aumento del precio del petróleo y sus derivados en un mundo que gira gracias a la energía ha de dar lugar a un cierto trasvase de la riqueza y las reservas dinerarias en poder de unos pocos hacia otros horizontes. Pero el hecho de que los países petrolíferos tengan más dinero no quiere decir ni que sean más ricos — entendiéndose por riqueza un conjunto de bienestar que va desde el nivel de consumo hasta la cultura — ni que sus habitantes superen la posición de pobreza en que están sumidos, aunque normalmente de forma progresiva y paulatina, contando con una

adecuada política de distribución de rentas podrán ir mejorándolo y alcanzando mayores niveles en todos los órdenes de la vida.

El factor cultural y educacional que siempre fue importante, es en el mundo de hoy, cara al de mañana, fundamental. La evolución de la vida, el progreso tecnológico, la abundancia de los medios de difusión obligan a que en todos los estamentos sociales y en todos y cada uno de los hombres exista mayor número de conocimientos, mejor educación y más amplia cultura. Constituye, con las riquezas naturales y con la riqueza demográfica, el standard cultural uno de los medios — y a su vez uno de los fines — del progreso económico. Y tal vez el más adecuado para superar la diferencia entre países ricos, menos ricos y pobres, con habitantes más cultos, medianamente cultos, e insuficientemente cultos.

Hemos hablado, acabamos de referirnos a la riqueza demográfica que es otra de las circunstancias que alinean a los pueblos a un lado y otro de la frontera del desarrollo. La demografía en efecto es un factor principal de lo económico ya que la Economía sirve al hombre y tiene como sujeto y objeto todos y cada uno de los hombres. La población influye extraordinariamente en el progreso de los pueblos actuando a veces como motor y a veces como peso muerto, como rémora. Depende del momento económico, del estadio de desarrollo y del entorno, es decir, que el hombre sigue sin ser él solo sino que hay que considerar al hombre y su circunstancia como diría ORTEGA. Una población excesiva y una paralela carencia de recursos o una mala distribución de los mismos conduce a la miseria o a la revolución o a ambas posturas. Un país en progreso carente de hombres, deficitario en brazos o en cerebros no alcanzará sus metas plenamente. Una densa demografía en un país con recursos es en sí misma — la demografía — una riqueza más y tal vez la más importante.

Si la población es, además, culta y educada y está preparada para trabajar en la industria o para tomar inteligentemente (?) las armas, la demografía influye mucho en la clasificación del país en cuestión, y la tragedia de la "masa" en zonas pobres o mal explotadas se convierte en privilegio y prestigio de las naciones con suficientes habitantes, en crescendo al paso y la medida del crecimiento de la riqueza y de la necesidad de recursos humanos para él mismo.

Ni grandes zonas vacías, ni extensas áreas densamente pobladas por poblaciones sin esperanza de futuro ni posibilidades de presente. Un término medio de virtud es siempre lo mejor. Una combinación adecuada de

demografía, con geografía, de recursos naturales, industrialización, cultura y recursos humanos sería lo más conveniente; es, lo más conveniente y zonas relativamente densas y relativamente ricas son las que ostentaron ayer, detentan hoy y mantendrán mañana, el cetro de la civilización de cada momento y, como hemos dicho, la hegemonía internacional o mundial.

Parece lógico y deseable una mayor justicia entre los pueblos como es deseable y lógica la justicia social entre los hombres. Cuando estos supuestos se produzcan habremos entrado en una nueva Era económica en cuyo umbral nos parece ya encontrarnos. Que así sea, si así es bien de los más.

LA CRISIS ECONÓMICA INTERNACIONAL: LA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO Y EL DESARROLLO DE LA CUENCA DEL MEDITERRÁNEO

ANDRÉS GISPERT LLAVET

La presente comunicación constituye únicamente unas reflexiones entorno al tema de la distribución geográfica de la actividad económica. Hechos nuevos, especialmente la crisis energética, los efectos que de ellos se han derivado y las reacciones que en distintos órdenes han surgido, unidas a tendencias ya detectadas con anterioridad a la actual crisis internacional, han roto el equilibrio económico mundial y parece que pueden modificar las situaciones relativas de diversas partes del mundo en la medida en que están alterando el peso de los distintos factores de localización de la actividad económica. El tema se ha centrado de forma específica en el área mediterránea, no sólo porque en ella está situada nuestra economía sino porque es una de las zonas que puede verse más directamente afectada por las modificaciones que se apuntan. No se ha pretendido llegar a conclusiones concretas, pues, ni la situación económica internacional y su evolución futura están claramente definidas y, aunque lo estuviesen, para llegar a ellas serían necesarios estudios mucho más profundos. Se trata únicamente de identificar unos hechos y unas tendencias que pueden alterar comportamientos tradicionales, en materia de localización industrial a escala mundial, que están en la base de muchas de las grandes concentraciones industriales creadas después de la Segunda Guerra Mundial.

1. *¿Una nueva división internacional del trabajo?*

El desarrollo de la industria europea, japonesa y, en menor medida, también la norteamericana, tal como ha tenido lugar después de la Segunda

Guerra Mundial, ha estado basada en la transformación de materias primas importadas de países subdesarrollados. La preocupación por la eliminación o la reducción del elevado coste de la ruptura de carga y del coste del transporte terrestre ha dado origen a las grandes zonas industrial-portuarias, donde estos países han venido realizando la primera transformación de las materias primas.

Por otra parte estos países han dispuesto de una mano de obra, dado su superior nivel tecnológico, a un coste suficiente para no forzarles a localizaciones distintas. En los países europeos, cuando el trasvase de población de unos sectores a otros, dentro de los propios países, ha ido agotando sus posibilidades, la mano de obra proveniente de los países del Sur o bien de África ha cubierto esas necesidades.

Pero en la parte final de este largo período de desarrollo industrial ya se registra un cierto movimiento que tiende a localizar en países subdesarrollados una parte del proceso de producción de algunas ramas industriales, incluso en casos en que la mayor parte del mercado de esos productos continúa estando en los países industrializados. Los mecanismos que han dado origen a este movimiento son muy distintos. Parecen plenamente definidos los siguientes:

a) Costes salariales más bajos:

Cuando los avances tecnológicos han ido siendo más lentos e insuficientes para compensar las diferencias de costes de la mano de obra entre países más industrializados y países subdesarrollados y, a la vez, el grado de cualificación de la mano de obra que requería el proceso productivo no era muy elevado, los países industrializados han ido a la localización de plantas industriales en los subdesarrollados, en busca de esos costes salariales más bajos. El movimiento se inicia con ciertas ramas y/o calidades de la industria textil y el ejemplo más reciente es el de la industria electrónica de gran público en sus producciones en serie.

b) Búsqueda de mercados en expansión:

Al entrar algunos países en el proceso de desarrollo industrial se ha creado un mercado interior nuevo para ciertos productos, especialmente de consumo, mercado que generalmente se ha intentado reservar para la industria naciente. El interés de estos mercados expansivos y la necesidad de salvar unas barreras proteccionistas han ayudado a abrir algunas fisuras

a esos comportamientos tradicionales de los países industrializados. Las mismas industrias citadas anteriormente son un ejemplo, como lo son las industrias del automóvil, de la alimentación, etc. Algunos países de Sudamérica son una clara muestra de este movimiento y, sin ir tan lejos, los quince últimos años de nuestro país también.

c) Exportación de "problemas" y polución.

A raíz del despertar del mundo industrializado por los problemas de la ecología y del medio ambiente, problemática que rápidamente ha hallado eco y actitud en la población de la sociedad industrializada, se ha empezado a asistir a un cierto movimiento de intento de traslado de estos problemas a los países subdesarrollados. Nuevas industrias productoras de pasta de papel, de amianto, de ciertos productos químicos, etc., se han instalado en los países productores de materias primas. El clamor por la ecología y el medio ambiente se ha atenuado algo a raíz de la contracción general que todos los países sufren desde el pasado año, pero no parece que pueda ser acallado, antes bien debe surgir con mayor fuerza tan pronto empiece a superarse a la actual fase contractiva.

d) Factores de localización en favor del rompimiento de los procesos de producción.

En otras ramas productivas han intervenido factores más específicos en el rompimiento del comportamiento tradicional. El proceso de producción siderúrgica y de primera transformación de minerales metálicos no férricos ha tendido a romperse, ya sea por un problema de optimización de costes, básicamente de transporte, por aprovechamiento de otros recursos naturales en los propios países productores de las materias primas o por voluntad política de estos propios países.

Si esta serie de factores podían detectarse con claridad en los primeros años de la presente década e incluso a finales de los años sesenta, el alza del precio del petróleo y en general de las materias primas y la crisis económica internacional con sus reacciones y efectos han venido a reforzar la importancia de algunas de las tendencias anteriores a la crisis y, sobre todo, han añadido factores nuevos que parece deben ayudar al proceso de pérdida de importancia de los factores tradicionales de localización y que pueden dar origen a una nueva división internacional del trabajo.

a) *El aumento del coste de la energía.* El incremento del coste de la energía obliga a un replanteamiento de la optimización múltiple del equilibrio de los costes del transporte y las economías de escala. El coste de la ruptura de carga pierde importancia frente al coste del transporte, lo que altera la función tradicional. Al propio tiempo quedan revalorizados los recursos hidroeléctricos de algunas zonas, por ejemplo de África, lo que debe favorecer la instalación en estos países de industrias de primera transformación que consumen mucha electricidad, por ejemplo las del aluminio.

b) *El poder económico de los países productores de petróleo.* La actual crisis ha proporcionado recursos económicos y poder político a nuevos países, lo que crea una situación de hecho que hace más viable la creación en algunos de estos países de procesos productivos hasta ahora realizados en los países industrializados. Parece que los sectores más afectados deben ser los del refino del petróleo y los de la producción petroquímica. Pero también otras actividades se verán afectadas en la medida en que estos nuevos recursos hacen viables políticas intensas de industrialización, no en todos los países, pero sí, en algunos de ellos, como de hecho ya está sucediendo en Irán y Argelia. En realidad se están creando nuevos mercados expansivos. El peso de este hecho en el proceso de creación de una nueva división internacional del trabajo, se ve apoyado, además, por la propia necesidad de los países industrializados de exportar equipos productivos. Se está creando incluso nuevas plazas financieras, basadas, no sólo en la función tradicional de circuito financiero, sino en la propia riqueza.

c) *La reacción europea en relación con la inmigración.* Desde hace años se habían levantado voces contrarias a la utilización masiva de mano de obra extranjera en los países industriales europeos. Cuando la contracción económica se inició, varios países reaccionaron rápidamente impidiendo o limitando la entrada de inmigrantes. Es posible que esta reacción sea básicamente coyuntural, pero de hecho apoya las actitudes contrarias anteriores y puede dar lugar a una actitud más limitativa que en años anteriores lo que eliminaría uno de los factores que han hecho posible la actual concentración industrial europea.

Si todas estas tendencias no se ven alteradas en los próximos años, en un futuro mediato crearán una nueva geografía mundial industrial cuyas principales características serían las siguientes:

a) Localización de países productores de las materias primas de los primeros procesos de transformación. Esto parece que debe afectar principalmente a la industria siderúrgica — concentración y reducción de minerales, altos hornos y acerías en los países productores del mineral y laminación en los países actualmente industrializados y consumidores de estos productos —, industria de derivados del petróleo — refino y primeros procesos petroquímicos en países productores de petróleo —, pasta de papel, ciertos productos químicos inorgánicos de base, etc.

b) Entrada en el mundo industrial de nuevos países situados en áreas actualmente sólo productoras de materias primas.

c) Mayor especialización del antiguo mundo industrial en productos finales y de elevada tecnología.

Esta nueva división internacional del trabajo tiene evidentemente efectos importantes sobre la estructura industrial de los actuales países industrializados, que les obligará a una nueva estrategia industrial, y sobre todo tiene efectos profundos sobre la naturaleza de los flujos de transporte creando problemas de adaptación importantes.

a) El contenido de las actuales concentraciones industrial-portuarias de los países europeos. Los efectos sobre las concentraciones muy consolidadas es posible que puedan ser digeridos sin dificultades por estas concentraciones, pero será bastante más difícil para aquellas áreas, cuyo proceso es mucho más moderno, fruto en algunos casos de una actitud voluntarista y mimética. Su contenido tradicional entra en crisis y estas áreas se verán obligadas a buscar nuevos procesos de producción capaces de localizar en las zonas industrial-portuarias europeas.

b) Los nuevos flujos de transporte. A los flujos tradicionales de minerales entre el tercer mundo y los países industrializados y a los intercambios de productos acabados por contenedores, se añadirá el flujo creciente de productos intermedios entre continentes, con posible estancamiento del flujo de minerales y materias primas. El incremento del tráfico de productos intermedios puede dar lugar al desarrollo de técnicas nuevas de transporte, especialmente en materia de naves y de su manutención. El desarrollo de técnicas nuevas puede llevar consigo modificaciones en la elección

de las cabezas de línea europeas en función del equipamiento de los puertos y de la naturaleza de sus hinterlands.

c) *Otras consecuencias previsibles.* El desarrollo de procesos de producción menos integrados exigirá un papel creciente de la informática y de las telecomunicaciones en la medida en que la transmisión de información masiva, rápida, segura y a reducido coste es un auxiliar indispensable para la gestión de un conjunto productivo desconcentrado entre distintos componentes y de un sistema de transporte que une los distintos componentes. Al propio tiempo para los nuevos flujos la competitividad del transporte aéreo se acrecienta.

2) *La cuenca mediterránea*

En la moderna división internadional del trabajo a la cuenca del Mediterráneo no le ha correspondido un papel excesivamente importante. Los países de la orilla norte son los menos industrializados de Europa y sólo en los años más recientes han entrado en un proceso de industrialización importante. Esta zona ha proporcionado básicamente durante muchos años mano de obra y productos alimenticios a la Europa del Norte y ha sido un mercado para los productos producidos en las orillas del Atlántico. Los países de la cuenca sur han formado parte del mundo subdesarrollado que sólo han podido dar materias primas y mano de obra. Deberíamos remontarnos muy atrás de la historia para encontrar que la cuenca del Mediterráneo constituía la zona más importante de la actividad económica.

Los hechos y tendencias reseñadas anteriormente parecen ofrecer una nueva oportunidad a esta área. Las concentraciones industriales del Mediterráneo no son en general de las características de las grandes concentraciones industrial portuarias; sólo en algún caso se han intentado desarrollar ejemplos semejantes. Génova y su hinterland, Milán y Barcelona y el conjunto industrial barcelonés no deben verse afectadas tan negativamente como otras áreas.

Por otra parte varios de los países del tercer mundo que parece deben verse beneficiados por las futuras tendencias de localización se hallan situados en la cuenca mediterránea o bien en su zona de influencia, por ejemplo, los países del Golfo Pérsico, si, como se espera la reapertura del Canal de Suez es un hecho firme y estable próximamente. Algunos de estos países

por su dimensión, población, etc., difícilmente pueden asumir funciones importantes en la producción mundial, pero otros efectivamente tienen una oportunidad evidente.

¿Hasta qué punto tiene sentido hablar de las posibilidades de revigorización importante de la vida económica del Mediterráneo? Ciertamente parece que las posibilidades para los países de la zona sur son importantes y que los países de la zona norte podrían aprovechar positivamente las nuevas tendencias en la localización de la actividad productiva y en los flujos de mercancías. Para estos últimos el problema parece centrarse en su capacidad de equipamiento para la atracción de las nuevas actividades y del tráfico de mercancías frente al norte de Europa y, además, en su capacidad de creación de nexos de unión e interdependencia con los países de la zona sur y su área de influencia. Para los países de la zona sur el problema parece centrarse en si tendrán la suficiente fuerza política y económica y la necesaria capacidad de organización y gestión para crear en un corto espacio de tiempo las actividades que dejen en muy segundo orden el petróleo, ya que es posible que en un plazo no demasiado largo los países productores de petróleo habrán perdido su posición actual de poder a causa del agotamiento progresivo de sus reservas y del desarrollo de nuevas fuentes energéticas.

LA AGRICULTURA ANTE LA CRISIS MUNDIAL

Carlos Cavero Beyard

El mundo entero se encuentra actualmente en estado de alarma y ansiedad. En los países desarrollados, tras una larga etapa de expansión y pleno empleo, se ha deteriorado el ambiente socio-económico y monetario, con la aparición de altos índices de paro, huelgas, inflación, déficits en sus balanzas de pagos y estancamiento del desarrollo. En muchos países subdesarrollados la tragedia del hambre, que alcanzó su más alta cota el año 1973 con cientos de miles de muertos, culminó un proceso de erosión progresiva de la situación socio-económica, debida a que el crecimiento de la población presenta una tasa más alta que el crecimiento de la producción.

En el momento actual un 25 % de la población mundial — cerca de 1.000 millones de habitantes — se encuentran al límite nutritivo de subsistencia, y cada año aumenta el censo de nuestro planeta en 75 millones más de personas que, en su mayor parte, van a aumentar las filas del mundo subdesarrollado, agudizando la crisis.

Los antecedentes próximos de la crisis son los siguientes:

A partir del año 1945 se inició un gran cambio climático en nuestro planeta, iniciándose un descenso brusco de temperatura, con incidencia progresiva sobre el sistema de vientos periódicos; y sobre las grandes corrientes marinas. Hace varios años que destacados científicos dieron la voz de alarma, pudiendo resumirse sus opiniones con la frase de Reid Bryson de la Universidad de Wisconsin: "Está en marcha un cambio climático muy importante que afectará a toda la humanidad y, más directamente, a mil millones de personas hambrientas".

El año 1970 se inicia una devastadora sequía mundial, que afecta fundamentalmente la franja del ecuador climático, con gran intensidad en

África (sobre todo en Etiopía) y el Sudeste de Asia, y con menores efectos en Hispanoamérica y el resto de la zona. El año 1973 se dieron cifras de cientos de miles de personas muertas por hambre, si bien la real magnitud de esta catástrofe mundial no se ha podido cuantificar por falta de datos fiables.

Las malas cosechas de cereales en la Unión Soviética y en China provocaron a partir de 1972, compras masivas por parte de estos nuevos demandantes del mercado internacional. La primera consecuencia fue que el precio del mercado internacional del trigo se triplicó entre 1972 y 1974, y el efecto derivado fue el descenso de los suministros de alimentos a los países más necesitados, conforme subían los precios.

Las variaciones climáticas, a las que nos hemos referido anteriormente, en su influencia sobre las grandes corrientes marinas, tuvieron por consecuencia el drástico descenso de la anchoveta de las costas peruanas. Debido a ello se redujo en más de un 50 % la producción de harina de pescado, que se destinaba fundamentalmente a la exportación y cubría más de 1/3 de las necesidades proteicas de las ganaderías porcinas y avícolas de los países industrializados. La producción del año 1972 no alcanzó las 900.000 toneladas. Esto provocó una transferencia de la demanda hacia las tortas de soja y, en tal momento, aparece en el mercado mundial la URSS como nuevo gran comprador de este producto. La consecuencia fue que el año 1973 el precio de la soja fue cuatro veces el de 1971, y el año 1974 — récord de producción de soja — ha sido del 200 % del precio de 1971.

El año 1973 estalla la llamada crisis del petróleo. La consecuencia directa ha sido, que el precio de este producto básico se ha cuadruplicado en 1974, con respecto al año anterior, y que esto ha provocado una elevación de costos de todos los procesos productivos que utilizan tal materia prima. Los efectos derivados son múltiples, ya que todas las zonas y sectores han sido afectados, pero pueden resumirse en los siguientes grandes grupos:

— Aceleración del proceso inflacionista mundial.
— Agudización de la inestabilidad monetaria y financiera.
— Mayor especulación en los mercados mundiales de materias primas y alimentos.
— Freno a los procesos de desarrollo.

* * *

Los antecedentes más remotos de la crisis actual parten de la revolución industrial, cuando el mundo inició un nuevo sistema económico, basado en procesos productivos con tecnología y valor añadido creciente, en tanto se mantenía frenada la evolución de los precios de las materias primas, lo cual dio lugar a nuevas formas de vida desde el punto de vista moral, social y económico.

A finales de los años veinte, la inadecuación de los antiguos sistemas monetario y financiero internacional a la nueva realidad económica, alcanzó en sus tensiones el punto crítico, incidiendo gravemente en el comercio internacional, de donde se derivaron importantes desequilibrios en las economías más desarrolladas, que son conocidos bajo el nombre genérico de "Gran Depresión".

Con falta de visión histórica se pensó que aquello se debía a inadecuación de los instrumentos (fallo de los sistemas monetario y financiero), y no se quiso ver como una primera crisis del cuerpo social, sometido a tensión creciente desde el siglo anterior. Pues las leyes económicas, al igual que las de la naturaleza y las del universo, tienen por fin último el equilibrio general del sistema y la ruptura de tal equilibrio no puede conducir más que al caos.

Tranquilizadas las aguas, tras la marea de la última guerra mundial, la crisis del sistema, que había estado latente durante los años treinta, vuelve a salir a la superficie y, para tratarla, el año 1944, en Bretton Woods, se le puso una cataplasma al cuerpo social a la que pomposamente se le llamó "nuevo orden económico, monetario y financiero".

Los acuerdos de Bretton Woods se basaban en la confianza del mundo no comunista, en los países victoriosos y poderosos y, fundamentalmente, en los Estados Unidos que pasó a ser banquero internacional; con facultades de banco central o banco emisor de divisas internacionales, lo cual le ha permitido obtener grandes beneficios y conseguir un importante y progresivo grado de control económico-político de los países de su área de influencia.

En el mundo de los países comunistas el proceso ha sido similar, ocupando la Unión Soviética el puesto que en el resto del mundo le correspondía en suerte a los Estados Unidos.

Las reglas establecidas en la posguerra, para el juego económico internacional, ignoraban los problemas básicos (que no eran de falta de instrumentos, sino de fallo de equilibrio), y llevaban una potente semilla para aumentar el desequilibrio sectorial, espacial y general, que dio sus frutos directos conocidos por los nombres de: inflación mundial e inestabilidad monetaria, de donde se derivó una actividad especulativa que ha servido para fortalecer aquéllas, y que ha provocado — en el momento en que se han dado las condiciones coyunturales idóneas — una brusca subida de los precios internacionales de las materias primas y alimentos.

Para comprender el papel que ha correspondido a la agricultura en el paulatino proceso de desequilibrio sectorial y espacial a que se ha visto sometido el sistema, debe tenerse en cuenta que la agricultura no es sólo un recurso, sino también un elemento básico para el equilibrio sociológico y humano, y un factor de dinamismo económico.

Los pueblos no industrializados, cuando quieren iniciar el despegue hacia el desarrollo económico y se encuentran como único recurso básico con el agrícola, se enfrentan a la elección de producir alimentos para el mercado interior, o dedicar una parte de sus tierras a obtener cosechas convertibles en divisas. La oferta alimenticia del mercado interior debe ser creciente, incluso para mantener tan sólo el nivel de consumo, debido a que los países menos desarrollados son los que tienen mayor índice de crecimiento demográfico. Por ello si se elige el camino de sacrificar la alimentación de los nacionales (caso típico son los países de monocultivo para la exportación), se producen graves desajustes sociales y, además, la historia económica del último siglo nos muestra cómo aumenta la diferencia, en el mercado internacional, entre los precios de venta de los productos agrícolas y los de los industriales, lo cual obligaba a vender una cantidad cada vez mayor de alimentos, para adquirir la misma cantidad de bienes industriales.

Si se hace un mayor esfuerzo en la producción de alimentos para el mercado interior, con disminución de las exportaciones agrícolas, esto conducirá al déficit de divisas, restricción de la importación de bienes de equipo y materias primas, y estancamiento en el índice de crecimiento, con el lógico desempleo y baja de salarios en las zonas urbanas, lo cual produciría hambre entre la población desocupada, por falta de poder adquisitivo, por mucho que se aumentara la producción de alimentos.

De lo expuesto deducimos que la causa básica del creciente desequili-

brio espacial, a partir de la Revolución Industrial, se ha debido al desnivel creciente entre precios y salarios en el sector agrícola y en el industrial (por razón de ser estos bienes más escasos) causa que también es aplicable al desequilibrio sectorial dentro de un mismo país.

Sobre la base expuesta debemos pensar que el fuerte crecimiento de los precios de las materias primas y alimentos, que se han producido en los dos últimos años, provocando una situación de crisis en el sistema económico vigente, no se debe a causas coyunturales, sino que tiene unas raíces mucho más profundas, generadas y alimentadas por un desequilibrio creciente en la relación real de intercambio, expresada en el sentido clásico de términos del intercambio factoriales (cantidades físicas de bienes extranjeros obtenidos por unidad de coste expresado en cantidades de factores de producción). Y esta crisis permanecerá latente hasta que se reoriente el sistema socio-económico mundial, tanto con criterio espacial como sectorial, hacia un retorno al equilibrio.

Desde la aurora de la ciencia económica, hace cerca de dos siglos, QUESNAY y los fisiócratas supieron ver que el cuerpo económico, al igual que el humano, no es estático sino dinámico y variable, que vive y se transforma en el tiempo, y que todos los hechos se interrelacionan con los demás. Posteriormente esta teoría fue olvidada hasta que CARLOS MARX y SCHUMPETER volvieron a sacarla a la luz. WALRAS y PARETO formularon su "equilibrio general económico" en el que analizan los fenómenos de precios e intercambios de disponibilidades en su conjunto, abandonando la idea del equilibrio parcial y llegando a determinar máximos colectivos de utilidad, que se definen no como el máximo de la suma de utilidades individuales, sino por su característica fundamental de que: "cualquier desviación de la situación de equilibrio, perjudica a alguno de los entes que intervienen en el cambio".

El año 1941, LEONTIEV, modernizando las ideas fisiocráticas sobre los circuitos económicos, y aplicando los principios del equilibrio general de WALRAS presenta, mediante un modelo matemático, su análisis de las interdependencias estructurales, en el que pueden observarse las interconexiones entre los sectores y las áreas económicas más diversas.

Las recientes investigaciones de prospectiva económica, realizadas bajo el patrocinio del Club de Roma, se sirven de modelos a escala internacional y mundial, que muestran con claridad un próximo futuro muy difícil, generado por un desequilibrio que crece en progresión geométrica, si no

se adoptan las medidas necesarias para reorientar el sistema socio-económico mundial hacia posiciones de equilibrio.

Pablo VI, hablando a la Conferencia Mundial de la FAO celebrada hace pocos meses en Roma, expresó la obligación en que se encuentra el mundo de restituir a cada bien, a cada servicio, a cada sector y a cada área geográfica su verdadero valor. Si el petróleo barato fue causante del cierre de las minas de carbón, retrasó la puesta en servicio de la energía nuclear, e impidió la puesta en explotación de importantes yacimientos de más elevado coste, se evidencia que no se pagaba su verdadero precio. Igualmente la reciente subida de los precios de los cereales, del azúcar, del aceite, del café, del cacao, etc., hacen patente el mismo fenómeno. Ante ello, el Papa expuso como necesidad y obligación la "rehabilitación de la agricultura".

Y éste es el único camino válido para reorientar el sistema económico mundial hacia el equilibrio.

LA CRISIS ENERGÉTICA Y SUS ASPECTOS FINANCIEROS

Francisco Javier Ramos Gascón

La elección de título para una comunicación, conferencia o cualquier clase de participación en unas Jornadas como éstas plantea frecuentemente un problema de adecuación con su contenido, a menos de que se empleen enunciados tan analíticos como los que en chistes y comentarios jocosos se achacan — y hay que reconocer que muchas veces sin caer en flagrante exageración — a las obras de los autores alemanes. Y tales problemas de adecuación hacen convenientes unas consideraciones previas acerca del título elegido, a modo de pretendida justificación del mismo.

Las vicisitudes por las que de unos meses a esta parte está atravesando la economía mundial, su generalidad y hondura, permiten, sin duda, hablar de crisis al enunciar y enjuiciar la situación actual.

Ahora bien, el adjetivar la crisis económica como energética implica una cierta dosis de simplificación en cuanto que, como después expondré, en mi opinión los males que aquejan a la economía universal y concretamente el acusado proceso de inflación que padece no se pueden imputar con carácter exclusivo a la elevación de los precios del petróleo, ni siquiera en el sentido de elemento original desencadenante de otros movimientos derivados.

Entiendo, sin embargo, que tal simplificación es válida, toda vez que la elevación de los precios del petróleo, no sólo constituye, con mucho, el factor más importante de la crisis, sino que además ha operado como catalizador de los demás que pudieran existir con anterioridad. Puede discutirse si antes del otoño de 1973 existían fermentos que por sí solos hubieran sido capaces de generar una convulsión en el mundo económico, pero en todo caso, me parece que sus proporciones y su signo no hubieran sido

suficientes para provocar, *a corto plazo,* una conmoción que pudiera recibir con propiedad el nombre de crisis. Y es que no sólo los ámbitos de incidencia hubieran sido diferentes, por más reducidos, sino también lo hubieran sido sus dimensiones, lo que tiene siempre que comportar una diferenciación esencial, si es que se acepta aquella certera observación de SELIGMAN según la cual en el campo de las ciencias sociales — y concretamente en Economía — las diferencias cuantitativas (ha de entenderse que cuando son suficientemente acusadas) entrañan siempre diferencias de orden cualitativo.

Es preciso subrayar que las aseveraciones anteriores no implican una toma de posición respecto de la controversia en torno a la tesis llamada del "iceberg", postulada por quienes ven en la elevación de los precios de los crudos una simple manifestación de un conjunto mucho más amplio de problemas subyacentes. Los defensores de esta tesis, entre los cuales probablemente los que han alcanzado un mayor grado de audiencia colectiva sean los redactores del Segundo Informe al Club de Roma, MESAROVIC y PESTEL, sostienen que el carácter históricamente inorgánico del crecimiento y las bases sobre las que éste se ha fundamentado habían de conducir necesariamente a una gravísima crisis, uno de cuyos aspectos visibles, posiblemente no el peor en su criterio, ha hecho aparición como consecuencia de las decisiones de la O.P.E.P.

No se pretende aquí, sin embargo, entrar en una discusión a fondo sobre este o análogos planteamientos, y la subsiguiente polémica, pero parece claro, en cualquier caso, que sólo un horizonte de amplitud temporal mucho más dilatada y un enfoque considerablemente más comprensivo que los que son objeto de esta comunicación, pueden permitir sostener posiciones como las del referido Informe y que condiciones similares cabe exigir también para su contradicción y aun para el mero enjuiciamiento crítico de las mismas.

Para concluir esta disquisición preliminar, conviene examinar hasta qué punto pueden destacarse de alguna manera los aspectos de carácter financiero que la crisis indudablemente presenta. Para mí es obvio que sus consecuencias en este orden son de suma importancia, tanto directa como mediata. A tratar de ellas se dedicará la última parte de esta exposición. Pero ¿cabe atribuir alguna significación especial a los aspectos financieros en la génesis de la crisis?

Como se ha dicho al comienzo, la adjetivación dada a la crisis no supone

sino una obligada simplificación que destaca el que se ha considerado como el más significativo factor desencadenante de la misma, sin que ello excluya en modo alguno la existencia de una serie de factores adicionales, a los que, sin embargo, no cabe asignar, en mi opinión, fuerza suficiente para haber generado a corto plazo, abstracción hecha del componente específicamente energético, una convulsión de proporciones y significado como la que a partir del otoño de 1973 ha experimentado la economía mundial. Ahora bien, ello no priva en absoluto de interés al análisis de dichos factores adicionales y concretamente de los de tipo financiero.

Estos factores, algunos de los cuales pueden mostrar caracteres de interrelación, son de gran amplitud y de muy diverso orden.

En el plano que los acontecimientos hicieron más visible, el de las fuentes de energía, la situación venía definida por una excesiva dependencia de gran parte de los países del llamado convencionalmente "mundo occidental" respecto de suministros exteriores de recursos energéticos y por una baratura del precio de éstos, en lo que en buena medida se apoyaba la configuración estructural de su apartado productivo, que, por tanto, quedaba condicionada de alguna manera por el precio de tales recursos. La calificación de éstos como baratos no puede venir dada, sin embargo, por una consideración simplista que ha tenido cierta difusión: la de que la mejor prueba de que lo era estriba en que habiéndose más que quintuplicado sus precios, las economías occidentales no han reducido sensiblemente sus consumos de estos productos y, en todo caso, no se han colapsado. Pero esto no es en modo alguno concluyente puesto que, por una parte, la inercia y la rigidez impuesta por las inversiones ya realizadas para su utilización como fuentes energéticas no hubieran permitido su readaptación en pocos meses; por otra, porque es evidente que los países productores de petróleo y de otros hidrocarburos han actuado siguiendo una política inequívocamente monopolística. Por tanto, el reconocimiento de la anterior situación de baratura de aquéllos no significa que la misma pueda cifrarse sin más en la diferencia entre los precios anteriores a octubre de 1973 y posteriores a enero de 1974.

En este mismo orden de cosas, destaca otro hecho que creo que no ha sido tratado con suficiente detenimiento pese al caudal de literatura que, a todos los niveles, ha desatado la elevación del precio de los crudos. Me refiero a que tal elevación tuvo lugar precisamente en el momento en que debía producirse el cambio en la posición norteamericana en cuanto a la

energía, posición tradicionalmente excedentaria pero llamada a trocarse en deficitaria de una manera inmediata, lo cual, en ausencia de otros acontecimientos, habría de tener un impacto sensible en el mercado de la energía. Por todo ello, la estrategia de los países productores de petróleo puede estimarse como óptima, tanto desde el punto de vista del momento elegido para provocar la elevación, como desde el de la cuantía de la misma. En cuanto al momento, al aprovechar, por una parte, la tensión política derivada de la Guerra del Jon-Kippur y, por otra, la inflexión en la posición norteamericana en el mercado de la energía. En cuanto al precio señalado, por utilizar al máximo las posibilidades de la función de demanda mundial de productos energéticos.

Desde el punto de vista socioeconómico, las bases de partida se caracterizaban por el acceso de las economías europeas y japonesa al estadio del consumo de masas, en el que, junto a innegables aspectos positivos en orden al bienestar material de la población, hicieron aparición o se acentuaron otros de signo contrario. Entre ellos la sobrevaloración del propio bienestar material, que registró una auténtica escalada en las jerarquías sociales de valores, y la generación de verdaderos círculos viciosos que impulsaban a un despilfarro de recursos reales en el juego de un proceso autoalimentado en virtud del cual el aumento en flecha del consumo venía a ser una condición para el logro de los niveles crecientes de actividad requeridos a su vez por las propias exigencias de aumento de las rentas para financiar la expansión de aquél.

El consumidor quedaba sometido a presiones psico-sociológicas como las que señalan los efectos DUESENBERRY y al bombardeo de una publicidad cada vez más poderosa en sus medios y más eficiente en sus técnicas. La empresa, por su parte — como muy acertadamente expuso GALBRAITH — se veía obligada, para su propia supervivencia dentro de ese juego, a desplazar al consumidor en la titularidad de la soberanía del mercado, condicionando su conducta, a través precisamente de la publicidad, y adecuándola a los programas trazados por aquélla, programas que entrañan fuertes inversiones y exigen dimensiones crecientes hasta el extremo de determinar, también a juicio de GALBRAITH, la necesidad de construir una nueva teoría del mercado en la que el paradigma de la competencia perfecta deje paso al de una estructura oligopolística, contrabalanceada socialmente por el llamado "poder compensador".

La resultante de todo ello presenta su cara y su cruz que pueden re-

sumirse en un grado considerable de progreso tecnológico y de aumento del bienestar material, al precio de un cierto derroche de recursos, una hipervaloración de los aspectos estrictamente materiales y unas crecientes tensiones de tipo social.

En la esfera político-social, además del impacto de esa necesidad de arbitrar mecanismos de contrapeso del poder oligopolístico de las empresas, cuyo funcionamiento ha de generar necesariamente tensiones dentro y fuera del seno de la propia empresa, puede registrarse una tendencia al aumento de la conflictividad social y a la repulsa hacia las fórmulas tradicionales de convivencia inspiradas en Estados Unidos en una filosofía autóctona, la del llamado "american way of life", y en Europa y el Japón es un trasunto de la misma, que constituyó para esos países el arquetipo de la sociedad feliz en las épocas de la reconstrucción subsiguiente a la Guerra Mundial, y el modelo a imitar, una vez superados los primeros años de la posguerra.

A este clima de insatisfacción ha contribuido no poco la recepción a nivel popular de tesis como las marcusianas, respecto de las cuales se ha dado a mi juicio un curioso fenómeno de caracteres paradójicos. El eco de las mismas a través de formulaciones vulgarizadas, difundidas con éxito innegable, en parte merced a mecanismos de tipo análogo a los condenados por las propias teorías, han tenido también un efecto en cierto modo análogo a los que las mismas tratan de combatir. Pudiera decirse que han venido a operar un proceso de "alienación" de sentido inverso, creando en las gentes una auténtica obsesión exacerbada por el rechazo de todo tipo de sacrificios y servidumbres derivados de la sociedad industrial, no sólo — lo que hubiera sido lícito — de los superfluos o evitables, sino incluso de los que son inherentes a la misma y, por tanto, coste, con toda probabilidad, inferior a los de las alternativas contrarias, a pagar por los aspectos positivos que de aquélla se desprenden.

La exposición panorámica de la situación anterior al inicio de la crisis y de las condiciones subyacentes sobre las que vino a incidir el aumento de los precios del petróleo, se completa con una referencia a los aspectos de orden financiero. Situación que se caracteriza, en el ámbito de las economías internas, por una tendencia a la inflación y una dificultad creciente para combatirla de manera efectiva sin provocar movimientos depresivos; en el ámbito de las relaciones financieras internacionales, por el progresivo deterioro de un sistema monetario internacional necesitado de una profunda reforma.

La propensión inflacionista de las economías desarrolladas a partir de los años 60 tiene explicaciones diversas. Por una parte, el influjo de la tendencia expansiva del consumo, inducido, como antes se dijo, por una serie de circunstancias, ajenas algunas de ellas al lógico deseo de satisfacción de auténticas necesidades, y alentado por las facilidades que a tal respecto brinda el desarrollo de los hábitos financieros e incluso el refinamiento de las prácticas en este orden de cosas. Para mí es claro que, junto a las evidentes ventajas que comporta, un sistema financiero evolucionado brinda mayores facilidades para dar satisfacción a las corrientes consumidoras, tanto por la aparición de nuevos instrumentos de financiación del consumo (por ejemplo, las tarjetas de crédito), como por la ruptura de barreras psicológicas que supone el empleo de medios que destierran progresivamente la sensación física del pago, como sucede cuando el cheque o la transferencia bancaria desplazan el uso material del dinero y más aún en el estadio de la llamada "checkless society" de que ya se habla en los Estados Unidos.

Por otra parte, las economías desarrolladas hubieron de enfrentarse con una presión hacia aumentos salariales por encima de los crecimientos de la productividad, que se tradujo en un germen claro de inflación de costes. Este hecho ha sido constatado entre otros por SCOGNAMIGLIO, quien fundamenta en él el nuevo reto con que han de encararse los mercados de capitales y que consiste en llenar el vacío que la disminución relativa de la autofinanciación que del mismo se deriva ha de producir en los esquemas financieros tradicionales de las empresas, precisamente mediante un esfuerzo de captación del ahorro adicional que potencialmente puede generar en las economías familiares ese ritmo de aumento de los salarios. Una explicación sugestiva de este mismo fenómeno es la formulada por el profesor japonés TSURU al referirse a una experiencia particularmente significativa a este respecto, como es la de su país. Según él, el propio dinamismo de un sistema económico provoca la potenciación de la tendencia a la inflación de costes porque los fuertes crecimientos de la productividad en los sectores de punta permiten unas mejoras salariales difíciles de negar por las empresas inscritas en dichos sectores, pero que la fuerza de las organizaciones sindicales hace extrapolar de manera generalizada al resto de los sectores. Para algunos de éstos, ello puede implicar incluso un revulsivo, cuando existe la posibilidad de forzar el ritmo evolutivo de su productividad, pero tal comportamiento no es posible en la

mayor parte de ellos y sobre todo en el sector terciario, cuya dimensión relativa es creciente como consecuencia, entre otras cosas pero destacadamente, del aumento de la demanda de servicios que la dinámica salarial descrita propicia.

Esta alineación intersectorial de los aumentos salariales al nivel de los sectores de producción más progresivos y su interacción, en el sentido indicado, respecto del sector servicios, pueden contribuir a explicar por qué cada vez ha sido más acusado el peso de los elementos que determinan la peculiar conformación de la llamada "curva de Philips" y, consiguientemente, también por qué cada vez ha sido más frecuente la conciliación de tendencias recesivas con presiones inflacionista, hasta obligar al acuñamiento de ese vocablo paradójico y poco eufónico, pero sin duda expresivo, de la "estanflación". Ello ha dificultado progresivamente la política coyuntural — a la que se ha obligado a luchar en dos frentes contradictorios — y ha gravitado de manera especial sobre las posibilidades de los Gobiernos para hacer frente a los primeros momentos de la crisis energética.

En lo concerniente al sistema monetario internacional, su situación crítica desde muchos años atrás es de sobra conocida y, por tanto, parece ocioso extenderse sobre este tema. El sistema adoptado en la Conferencia de Bretton Woods triunfó clarísimamente, no por su contenido técnico, que ya en 1944 se previó como inadecuado, sino por el aplastante poderío de la Delegación que patrocinaba el llamado plan "White". Aparte de la dependencia político-económica que impuso respecto del dólar a los demás países integrados en el sistema, encerró a éste en la trampa de lo que la doctrina conoce con el nombre de la "paradoja de Triffin", esto es, lo hizo oscilar desde situaciones de iliquidez cuando la Balanza de Pagos norteamericana tiene superávit, se equilibra o incluso modera sus déficits de forma que éstos no lleguen a llenar la brecha existente entre necesidades de financiación del aumento del comercio internacional y la incorporación de oro monetario al sistema de reservas y pagos internacionales, hasta situaciones de fomento de las tensiones inflacionarias cuando el déficit de la Balanza de Pagos USA sobrepasa esos niveles. A ello se añadía el estímulo a los movimientos especulativos de capitales implícito en el principio de paridades fijas y el carácter obviamente inestable que todo ello impone al conjunto del sistema monetario internacional. Aunque algunos de estos problemas recibieron paliativos, insuficientes de todo punto, con

la creación de los Derechos Especiales de Giro y los acuerdos en el seno del Grupo de los Diez y del Grupo de los Veinte, la labor de este último quedó prácticamente inconclusa a consecuencia de la crisis del petróleo a la que se dedicaron todas las energías del Grupo a partir de su reunión de Roma en enero de 1974.

De esta forma, la crisis, que llevaba consigo importantes implicaciones respecto del sistema, incidió sobre él mismo en unos momentos en que su debilidad e inestabilidad eran acusadas, y vino además, al menos a corto plazo, a constituir un serio obstáculo para sus problemáticas posibilidades de reforma.

Con todo, empero, la crisis, como al comienzo se anticipó, no ha tenido génesis primordialmente financiera, a diferencia de lo que sucedió en la crisis de 1929, que se ha constituido en inevitable término de comparación. Una de las obras menos espectaculares y menos conocidas de GALBRAITH, pese a ser según confesión propia en el prólogo el libro con cuya redacción más disfrutó el autor, publicada en España bajo el título "El crac de 1929", contiene una interesantísima y aguda interpretación de los acontecimientos en el otoño de 1929 que revela cómo la raíz del subsiguiente desplome de la economía norteamericana y posteriormente de la mundial residió en el final de dos ondas especulativas enlazadas temporalmente, la de los terrenos de Florida y la de la Bolsa de Nueva York. El derrumbamiento de la ilusión utópica del movimiento autosostenido dio paso a una inversión rotunda en las expectativas económicas generales, imposible de explicar en los términos del modelo económico clásico o de la teoría clásica de las fluctuaciones económicas, que llevó en muchos casos o actitudes casi de desesperación nihilista, análogas a las que podrían adoptarse ante catástrofes de origen físico imposibles de entender y por tanto de evitar, e incluso a la adopción de políticas monetarias que la nueva teoría que emergió, la teoría Keynesiana, permitiría conceptuar como contraindicadas diametralmente para hacer frente a los males que trataban de combatir.

La crisis que padecemos se diferencia, a mi juicio, de la de 1929 no sólo por la diferente naturaleza de su origen, al menos en cuanto a los factores más decisivamente determinantes de la misma, sino también porque no se da en ella un desmantelamiento doctrinal comparable al que acabamos de hacer referencia. En este sentido, no me parece afortunado el juicio contenido en la frase que se atribuye a HENRY KISSINGER y en la que se

clama por la necesidad de aparición de un nuevo KEYNES que nos ayude a luchar esta vez no contra la depresión, sino contra la inflación. A mi juicio, la teoría económica generalmente aceptada hoy es capaz de hallar una explicación suficiente de la situación actual, aunque después no sea siempre fácil, ni en ocasiones factible, el llevar en la práctica hasta sus últimas consecuencias las acciones que de ella se desprenden. La incitación, por tanto, más que en el plano de la doctrina económica, se plantea en el campo de la tecnología, que es la que básicamente puede encontrar la respuesta.

No quiero decir con ello, sin embargo, que considere por completo satisfactorio el estado actual del pensamiento económico, ni que estime que debe descargarse al mismo de la tarea de alumbrar nuevas concepciones que ayuden a resolver los problemas suscitados por la crisis, ya que las consecuencias de ésta son amplias y no se limitan por tanto, como simplistamente se ha pretendido, cayendo en el extremo opuesto, a exigir la búsqueda de procedimientos técnicos para el empleo, en condiciones de economicidad, de fuentes alternativas de energía. Mucho menos, si se tienen en cuenta la magnitud e importancia de los problemas preexistentes y de los que no hay más remedio que detectar en el horizonte, aunque no se compartan en toda su extensión e integridad las tesis de lo que algunos han llamado las corrientes del neomalthusianismo, tales como las que laten, por ejemplo en los últimos trabajos de SICCO MANSHOLT o en los célebres informes al Club de Roma, dirigidos por MEADOWS y por MESAROVIC y PESTEL.

Por el contrario, sobre todo en los campos fronterizos con las restantes ciencias sociales, especialmente con la sociología, son necesarios planteamientos innovadores e imaginativos que contribuyan a hallar respuestas válidas a los grandes temas de nuestro tiempo. Porque el desarrollo científico de la Economía en los últimos años ha adolecido quizá de un exceso de tecnicismo y, al menos en términos relativos, de abandono del cultivo de la vertiente que pudiéramos llamar "filosófica" de la misma.

El influjo de las corrientes neopositivistas y empiristas en la epistemología y la metodología científica, al recibirse en el campo económico las doctrinas más relevantes en este orden como las de KARL POPPER y THOMAS KUHN, con interpretaciones que han propendido a veces a exagerar postulados parciales o excesivamente simplificados de las mismas, como pone de relieve el interesante estudio, divulgador de la obra del primero, debido a MAGEE, ha podido ser importante al respecto.

Pero probablemente ha sido la aparición de dos poderosísimos instrumentos, uno específicamente económico — la Econometría —, otro polivalente y del que ésta se ayuda — la Informática — lo que ha debido influir de manera más decisiva en esa tendencia al desarrollo científico inarmónico. No constituye una novedad desde el punto de vista histórico que la seducción ejercida en los primeros momentos por medios o técnicas de reciente descubrimiento haya hecho perder conciencia de su auténtica naturaleza instrumental y haya determinado un cierto grado de dominio del propio instrumento sobre las personas y los fines llamados a servirse de ellos. La excesiva fascinación que las técnicas econométricas han producido dará paso sin duda a una etapa fructífera en la que al dejar de absorber, en la medida que en la última década lo han hecho, las energías de los economistas, recobrarán aquéllas su verdadero sentido de potente apoyatura para un proceso de mayor riqueza creativa en el plano ideológico.

Tras esta exposición de precedentes, causas y significado de la crisis, es necesario considerar ahora sus consecuencias para la política económica en general y para la política financiera.

Es obvio que la elevación de los precios de los crudos dio lugar, no sólo a un encarecimiento de la energía derivada del petróleo, sino también, aunque en menor medida, de las restantes fuentes de energía, cuya demanda aumentó, como es lógico, al producirse inicialmente un abaratamiento relativo del precio de las mismas y al suscitarse una tendencia hacia un aprovechamiento más exhaustivo de las posibles fuentes alternativas, recurriendo incluso a la utilización de las que no eran todavía o habían dejado de ser rentables, lo cual provocó inevitablemente una alineación generalizada de los precios al nivel del de las fuente energéticas situadas en el límite de la economicidad. Como efecto derivado, este movimiento alcista de los precios se transmitió y difundió a todos los demás bienes y servicios en la medida y proporción en la que la energía forma parte de sus "inputs".

Con todo, no obstante, el proceso de sustitución, salvo en los primeros momentos en que se intentó forzar, porque a la elevación de precios se unió, en forma efectiva o de amenaza potencial, el embargo del petróleo por parte de los países árabes productores, se reveló como algo necesariamente lento. Este proceso de sustitución se ha planteado por el momento únicamente en un terreno que pudiéramos llamar "convencional" en cuanto que se ha traducido en el restablecimiento de la importancia del carbón,

la aceleración de los programas de utilización de la energía nuclear, la intensificación de las prospecciones petrolíferas en áreas distintas de las de los países de la O.P.E.P., la reconsideración de la explotación de pizarras bituminosas, etc.

En la lentitud de este proceso sustitutivo han jugado factores diversos: la dificultad material de la sustitución; el requerimiento en muchos casos de inversiones costosas y/o de maduración no inmediata; la explicable cautela ante las posibles distorsiones derivadas de la transferencia de recursos a un sector de muy elevados coeficientes de capital y de intensidad del capital; la imposibilidad de reducir la producción de derivados del petróleo sin afectar a un sector actualmente clave como es el de la petroquímica; y quizá también una cierta esperanza depositada en la posibilidad de reajustes a la baja de los precios de los crudos.

Sin embargo, transcurrido un plazo suficiente para comprobar que la actitud de los países productores no se modificaba al relajarse la tensión política existente cuando se produjeron los acuerdos de elevación de precios y que no existían o no podían emplearse armas políticas o económicas de retorsión que pudieran imponer esa reducción "a fortiori", no parece razonable aspirar a más que a un mantenimiento de los precios absolutos, esto es, a que la O.P.E.P. acepte no resarcirse vía nuevos aumentos de la elevación generalizada de los precios ocasionada por la inflación. Entre otras razones, porque ni siquiera una disminución de la demanda de productos petrolíferos debe provocar una baja de precios, toda vez que la mayor parte de los países productores no sufrirían con ello, antes al contrario paliarían las dificultades que les causa el exceso de sus reservas de divisas, a las que como veremos, a veces no encuentran fácil colocación, y conservarían en sus subsuelos el petróleo inexplotado, que es un bien agotable, garantizándose así más tiempo para desarrollar sus economías y poder afrontar mejor el porvenir.

El proceso de sustitución se revela, pues, como inevitable y a medida que se avance en él será tanto más difícil la reducción de los precios, ya que el coste de las inversiones que requiere la explotación y utilización de fuertes alternativas enervarán el interés por una aproximación a la situación de partida e incluso pueden llegar a crear en algunos países una trama de intereses que resultarían afectados negativamente si ello, hipotéticamente, tuviera lugar.

Por ahora y salvo la invocación al aprovechamiento de la energía solar,

que no ha pasado del plano de las especulaciones futuristas, no ha habido — lo contrario, dado el escaso tiempo transcurrido, hubiera sido demasiada fortuna — el más mínimo atisbo de conquista científica que venga a revolucionar, siquiera sea a nivel de fundada expectativa, el panorama energético. De ahí que, como antes se expuso, quepa esperar aún de la tecnología una respuesta al problema central de la crisis, que no sólo solventaría las dificultades actuales, sino que resolvería las que para el porvenir ofrece el carácter defectible de las fuentes tradicionales de energía. Si la incitación y el reto que la presente situación implican sirviera, como tantas veces ha sucedido con los movimientos críticos a lo largo de la Historia, para imprimir ritmo acelerado al progreso tecnológico, las tribulaciones padecidas hasta el momento pudieran darse por bien empleadas.

En el orden de la política económica y específicamente de la política financiera, el impacto de la elevación de los precios de los crudos situó a los Gobiernos de los países importadores ante una problemática difícil y extraordinariamente compleja.

Había que evitar, en primer término, que la elevación de costes acelerase la dinámica precios-salarios, en unas economías con una situación preexistente notoriamente inclinada a la inflación, sin perder de vista al propio tiempo los efectos recesivos de la detracción de recursos que la misma elevación del precio de los productos petrolíferos importados llevaba consigo, y que llegó a cifrarse potencialmente en el 3 por 100 del Producto Nacional Bruto para el conjunto de países de la O.C.D.E.

En segundo lugar, era preciso actuar frente al problema de Balanza de Pagos que aquélla originaba y a la que en principio teóricamente cabía hacer frente a base de tres líneas de acción: la aceptación del déficit comercial; su compensación mediante entradas por la cuenta de capital; y la compensación en el terreno estrictamente comercial, mediante un aumento de las exportaciones. Todo ello, aparte del estímulo al proceso de sustitución a través de la potenciación del uso de fuentes energéticas autóctonas.

Ninguno de los tres principios enunciados podía ser aplicado con exclusividad en una estrategia inmediata.

La aceptación del déficit sólo podía tener sentido si se consideraba el fenómeno como transitorio, lo que no era el caso. Pero, como amortiguador en los primeros momentos podía tener un papel a jugar en el supuesto de holgura en el nivel precedente de reservas, como sucedía en España, o de buenas perspectivas de la Balanza comercial, como en el caso alemán.

La política compensatoria de endeudamiento, concebida como acción emprendida unilateralmente por los distintos países, habrá de encontrar límites, no demasiado amplios, tanto por el lado del propio crédito de los mismos y de la competencia que supondrían actuaciones paralelas de los demás, como por el de las servidumbres que impondrían las cargas financieras futuras.

Finalmente, la compensación en el terreno comercial, que constituyó la apuesta lanzada a principios de 1974 por GISCARD D'ESTAING, a la sazón todavía Ministro de Finanzas, no podía realizarse en un plazo breve como el que él postuló, porque la propensión a la importación de los países exportadores de petróleo distaba muchísimo de permitirla por el aumento de sus importaciones al resto del mundo y una pretensión generalizada de lograr fuertes aumentos de exportación a los demás países afectados por la crisis hubiera dado lugar a una carrera competitiva cuyas consecuencias hubieran podido ser catastróficas, quizá más incluso que las de la propia crisis.

Este tipo de compensación constituiría, en líneas generales, la solución más aceptable a la situación creada tal como hoy se nos presenta. Sin embargo, sería precisamente la que determinaría que se cumpliera de manera efectiva el diagnóstico de que el alza de los precios de los crudos supone la absorción por parte de los países productores de una fracción del Producto Nacional Bruto de los países importadores.

Por eso, parece claro que el proceso de readaptación ha de ser necesariamente lento y es de confiar a través del período abarcado por el mismo se den circunstancias que modifiquen en parte en sentido favorable las conclusiones que se pueden establecer "ex ante".

En las primeras etapas de dicho proceso los hechos se han desarrollado en este orden con arreglo a una secuencia que puede esquematizarse así:

El aumento de la factura petrolífera pagada por los países consumidores ha supuesto en 1974 unas entradas adicionales para los exportadores que pueden estimarse en una cantidad no inferior a los 80.000 millones de dólares.

Ello ha permitido, por supuesto, un aumento de las importaciones de estos países, pero sus cifras no han podido ser relevantes, como tampoco lo son las generadas por la ayuda que los países árabes han prestado a los países del tercer mundo no productores, a los que la crisis colocó en una situación verdaderamente dramática, ayuda que ha debido ascender a unos

10.000 millones de dólares, pero que no se ha traducido íntegramente en un aumento de importaciones de productos no petrolíferos. Ha de tenerse en cuenta al respecto que sólo algunos países exportadores, Irán, Argelia y en menor medida Venezuela y Libia son capaces de movilizar fuertes cantidades de recursos y, aun así, en programas a largo plazo.

Del resto de los ingresos adicionales, una parte fue utilizada en operaciones compensatorias multilaterales, a las que después se aludirá, otra bastante importante, probablemente cercana a los 20.000 millones de dólares, ha ido a engrosar las reservas del conjunto de países de la O.P.E.P. y por último la partida más fuerte, de 50.000 millones de dólares aproximadamente, ha sido empleada en inversiones y colocaciones financieras. Estas colocaciones en su mayoría se han hecho a corto plazo en la Banca americana e inglesa y las inversiones han incidido fundamentalmente en el sector inmobiliario.

Los países de la O.P.E.P. y especialmente el grupo de países árabes productores, han dado de esta manera un salto gigantesco en su poderío político-económico. Por una parte, han reafirmado su importancia estratégica al mostrar al mundo su fuerza respecto de un producto vital desde todo punto de vista. Por otra, han adquirido una posición clave y casi arbitral en el mundo financiero. Así, el hecho de que hayan impuesto el cambio de fechas de la Asamblea Anual del Fondo Monetario Internacional, que como todos los Organismos Internacionales era muy celoso de sus tradiciones, para evitar la coincidencia con el RAHMADAN, tiene un valor que excede de lo puramente anecdótico.

La consecuencia inmediata de todo ello en el sistema financiero internacional ha sido de una tremenda convulsión en el mismo, puesto que, a la par de una alteración profunda en los circuitos financieros internacionales, se produjo un aumento sensible de la demanda de recursos por parte de los países que veían en el endeudamiento exterior la única forma de llenar la brecha comercial, que difícilmente encontraba adecuación en la oferta de capitales, dada la concentración de las colocaciones procedentes de los países árabes y el carácter a corto plazo de las mismas. Si a esto se une el alto nivel de los tipos de interés — consecuencia, tanto de la tensión que de los anteriores hechos se había de desprender, como del signo restrictivo de las políticas monetarias internas — puede entenderse la situación crecientemente anómala de los mercados financieros a lo largo de 1974, en los que cada vez se hacía más difícil encontrar dinero a plazo medio o

largo, pero en el que, dentro de esa dificultad, el coste de los préstamos concertados a interés fijo se hallaba por debajo de las condiciones inicialmente vigentes para los estipulados en régimen de "floating rate", o sea con un diferencial con respecto al tipo de interés a costo en el mercado interbancario de Londres (L.I.B.O.R.) La normalización del mercado de capitales trató de buscarse por el lado de los países árabes erigiéndose en prestamistas directos mediante la realización de operaciones denominadas en su propia divisa o en una unidad de cuenta referida a un conjunto de monedas árabes, si bien hasta el presente este intento no ha sido demasiado efectivo, dado el fuerte riesgo de revaluación que, aunque no sea más que por razones estrictamente técnicas, presentan dichas monedas, sin contar con que la falta por ahora de cotización regular de las mismas en los mercados de divisas hace que los préstamos así concertados sean casi unos préstamos en especie, a pagar en una mercancía monopolizada por el acreedor.

Más importantes, sin duda, han sido los esfuerzos por parte de los demás países para lograr un procedimiento de "reciclaje" (re-circulación, diríamos en mejor castellano) de los llamados "petrodólares", lo que desde la reunión del Grupo de los Veinte en Roma en enero de 1974 ha venido constituyendo el invariable "leitmotiv" de todas las reuniones financieras internacionales. Los resultados no han sido hasta ahora demasiado espectaculares, aunque tampoco sean desdeñables si se enjuician como lo que realmente han sido, esto es no como pretensiones de arreglar totalmente los problemas, sino modos de contribuir, a nivel multilateral, a paliar los aspectos más graves de la situación creada.

Me refiero a la llamada "oil facility" creada por iniciativa del Director del Fondo Monetario Internacional, Whiteveen, con fondos tomados a préstamo de la O.P.E.P. y con destino a los países en desarrollo afectados por la crisis y el Fondo Kissinger, en el marco de la O.C.D.E., con un alcance geográfico más limitado pero más importante cuantitativamente y de mayor alcance para el establecimiento de actuaciones concertadas, en cuanto que su mecánica imprime un cierto grado de disciplina a la conducta de los países integrados en este sistema.

* * *

Los problemas de todo orden que la crisis ha planteado y los que, enlazados o no con ellos, constituían el telón de fondo de la situación anterior a la misma están exigiendo y van a exigir en los próximos años una res-

puesta responsable, comprometida e imaginativa. No se trata sólo, como se ha dicho en estos últimos tiempos, de crear un nuevo orden energético. Es preciso el despliegue de unas líneas de acción en las que los Gobiernos, las Sociedades y los individuos vuelquen sus esfuerzos en la defensa, en una multiplicidad de frentes, de unos esquemas de conviviencia nacional e internacional, cuyas grietas son hoy evidentes y que, por consiguiente, hay también que reconstruir.

Se trata de una tarea que requiere admitir el principio de la interdependencia y la solidaridad entre los pueblos y los hombres y, en función de él, un sentimiento de la necesidad de una mayor y más eficaz cooperación internacional e integración social. Que impone la aceptación de compromisos y sacrificios, en compatibilidad con la legítima aspiración a un bienestar que no debe cifrarse en exclusiva en un aumento del consumo de bienes materiales. Que exige, por tanto, un esfuerzo de readaptación de las escalas de valores hoy vigentes. Que ha de emprenderse con ilusión y esperanza, pero sobre todo con conciencia de que en ella se juegan bazas decisivas cara a un futuro cuya construcción no podemos diferir a fechas arbitrariamente fijadas en el horizonte temporal, como pueden ser las del comienzo de un decenio o de un siglo, porque en realidad ese futuro empieza cada día.

LA ERA DE LA ECONOMÍA INFORMADA

Ubaldo Nieto de Alba

1. Antecedentes. — Aunque durante milenios se conocieron los procesos de información, sin embargo, solamente en el siglo XX comenzaron a interpretarse teóricamente. Este proceso histórico se caracteriza por la lentitud en el perfeccionamiento técnico que daba lugar a una gran separación entre la emisión de la señal para la acción y la información sobre el resultado. Por el mismo procedimiento que en 1588 se comunicó la noticia de la destrucción de la Armada Invencible (cadenas de hombres y hogueras) habían comunicado los griegos a su patria la toma de Troya. En la época de Napoleón, el tiempo y el espacio separaban a los países de igual manera que durante la época del Imperio Romano.

En el siglo XIX se modifica grandemente el ritmo de este proceso. Así, en 1837, el telégrafo viene a establecer una lazo de unión entre diversos destinos humanos y con el descubrimiento de la radiotelefonía, en 1895, se inaugura la era de la información.

Con la aparición de la Teoría de la probabilidad, se inicia su medida y, posteriormente, se da entrada al coste de su obtención cuando se la liga a la entropía (Maxwell).

Por último, aparece su realización técnica que alcanza su máximo grado en los procesos de *automatización, cibernéticos* y de *dirección.*

2. Economía informada. — Se dice que la misma constituye una superación de la economía *dirigida, planificada, concertada,* etc. Es una *economía* en donde se tiene plena conciencia de los acontecimientos económicos. Y ello tanto a nivel de sector como a nivel nacional o internacional. Al igual que el saber y pensar de cómo se hace la digestión no empeora ésta, tampoco se considera ya peligroso el pensar y reflexionar sobre los fenómenos económicos. Tampoco debemos dejar de mencionar que ello

se relaciona con la libertad en la conducta humana. A mayor libertad se puede proceder con mayor conocimiento de causa.

El *homo economicus* de la economía clásica, ha tenido que ser reemplazado, en la economía moderna, por el *homo estocasticus* el cual tiene que tomar decisiones en un ambiente de riesgo e incertidumbre. Cuando este agente económico tiene que actuar, luchando o cooperando, con otros hombres que persiguen objetivos similares al suyo, nos encontramos con el *homo politicus*.

De aquí lo verdaderamente interesante de la información que viene a destruir esa incertidumbre, a reducir esa especie de desorden que rodea al decisor (entropía). Es decir, su naturaleza antientropía neutralizando esa especie de *ruido* que rodea al hombre y le permite un desarrollo más ordenado de su actividad.

Existe una unidad orgánica entre información y decisión: Para que la información se traduzca en *acción* es necesario el proceso de dirección o decisión. Por otra parte, existe un nexo cualitativo entre la *dirección* y lo *racional*. Precisamente la optimización ofrece una interpretación cuantitativa de este nexo (selección de objetivos con arrreglo a algún criterio que se considere óptimo).

Los procesos económicos se conciben como procesos dinámicos y adaptativos, o sea, gobernados por flujos de información; por tanto, hay que dar entrada a la *tasa de adaptación* del sujeto decisor. Dicha tasa no sólo depende de la información sino, también, del grado de asimilación, capacidad de decisión, mentalidad flexible y poder de adaptación. Es decir, de la *formación* del sujeto decisor o dirigente.

El proceso mediante el cual se va adquiriendo información y reduciendo incertidumbre, constituye un aprendizaje que recibe el nombre de *acomodación informacional*. Este proceso es tanto más rápido cuanto mayor es la tasa de información y como quiera que esta información se obtiene por el conocimiento de sucesos que la proporcionan, resulta que los procesos económicos hay que medirlos en *tiempo de información*. Dado el progreso tecnológico y los avances del ordenador, esos tiempos de entropía se corrresponden, cada vez más, con tiempos o períodos físicos más cortos.

Como la *tasa de información* controla la *tasa de decisión* y, así, indirectamente la *evolución del sistema* resulta que allí donde hay buenos canales de información y decisores bien formados se producirán ciclos económicos con amplitudes y períodos más cortos.

En la era de la *Economía Informada* en donde las decisiones se toman casi en tiempo real, los períodos de depresión, medidos en tiempo de información, se corresponden con dimensiones temporales (años de calendario) mucho más cortos que los que se correspondían con esas ondas, de tipo KONDRATIEFF, en el siglo pasado.

EL CONTEXTO IDEOLÓGICO EN ECONOMÍA

MARIO PIFARRÉ RIERA

La economía mundial pasa en la actualidad un momento de evidente confusionismo. Carestía de materias primas, crisis energética, tensiones en el sistema monetario internacional, dificultades en las balanzas de pagos de los países occidentales, desempleo, inflación, explosión demográfica, etc., son problemas generales con que se enfrentan las diversas naciones. Junto a ellos la inestable situación política mundial, con enfrentamientos bélicos y terrorismo internacional a gran escala, y el avance de la violencia a nivel interno, configuran un clima socioeconómico poco tranquilizante.

Uno de los puntos en que con mayor fuerza se manifiesta el problema económico es, paradójicamente, el contexto ideológico. En efecto, el relativismo axiológico, intelectual y científico, en el que todo obrar es y puede ser criticado, marca muy directamente la vida económica. Desde una postura anárquica por sistema, la demagogia y el sensacionalismo intentan conseguir el pleno derecho a participar en la decisión económica.

En este contexto, y al decir de numerosos filósofos y sociólogos, resulta ciertamente relevante el importante peso específico de la vulgaridad intelectual en el campo de la decisión. Si bien en momentos pretéritos las masas, según valorasen positiva o negativamente la actuación de los políticos prestaban o retiraban su adhesión a los mismos, hoy se creen con capacidad y derecho a oponer sus propios criterios.

Efectivamente, resulta obvio que en la actualidad la decisión sobre cuestiones económicas se mediatiza con demasiada frecuencia por presiones de grupos animados por ideas imperialistas, nacionalistas o simplemente revolucionarias.

Pues bien, esta subrogación en el contexto decisional, es, a mi juicio,

uno de los factores fundamentales condicionantes de la presente crisis económica. En efecto, la asignación de los recursos necesarios para la normal evolución del capitalismo en base a criterios extraeconómicos y de presión política, ha inducido una subversión en los valores sobre los que se apoyaba el anterior equilibrio internacional. Tal vez dicha situación no fuese la más perfecta o la más justa, pero lo que sí parece indudable es que, tampoco en la llamada nueva era económica, los países más deprimidos técnicamente lograrán una mejor posición relativa, y ello por su evidente impotencia para conseguir una rentabilización interna de los beneficios conseguidos. Incluso es muy dudoso que no resulten perjudicados por posibles represalias frente a su actitud intransigente. Sirvan de botón de muestra el continuo proceso de reciclaje de los petrodólares y las suspensiones de envío de material bélico al Extremo Oriente por parte de los países occidentales.

En conclusión, si los teóricamente beneficiados en el nuevo planteamiento siguen su marcha sin lograr evadirse de su atonía económica, y si correlativamente, las naciones industrializadas luchan con ciertas probabilidades de éxito para superar las dificultades surgidas ¿no cabe pensar en que la intervención de criterios políticos y la crítica acientífica de la decisión económica son errores que han influido fundamentalmente en el nacimiento de una nueva, aunque no muy diferente, era económica? Y, todo, ello, quizás por olvidar que el cambio para ser eficaz debe ser algo más que ruptura: en mi opinión, se apoya básicamente en un largo proceso evolutivo en el que, sin duda, debe subyacer una mínima base de intelectualidad y cientificismo.

EXPECTATIVAS SOBRE EL OCIO

JUAN IGNACIO BERMEJO Y GIRONÉS

Vibrante la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras ante el fenómeno universal de la crisis, variable en las distintas Naciones, regiones, comarcas, municipios, pero notoria en todas las zonas del humano vivir, suscita muy oportunamente y solicita cuantas aportaciones del discernimiento, empezando por las de quienes pertenecemos a ella, se ocupen de alguno de los puntos que la convocatoria señala *ad exemplum*, entre los que figura este de que vamos a tratar bajo el título de "Expectativas sobre el ocio. Notas para un ensayo".

No es nuevo el tema ni tampoco está caducado. Como tantos otros cuenta con remotos antecedentes, revela muy diversos significados y entendimientos según las épocas, las circunstancias, las latitudes geográficas y los prismas al través de los cuales se contemple y las miras hacia donde enfoquemos nuestra atención.

Adelantemos que nuestra disposición de ánimo no es la de ver el trabajo como anatema ni el ocio como liberación en el panorama del quehacer de los hombres. Si no puede negarse que el "ganarás el pan con el sudor de tu frente" tenga a partir del Génesis un tono condenatorio, por mucho que queramos ennoblecer el trabajo y "construirle una especie de leyenda hagiográfica", en expresión de ORTEGA Y GASSET, nos parece que cuando estamos pensando en un ocio de signo positivo, más que de contraposiciones debemos hablar de continuidades alternativas conducidas por similares intentos que se deslizan en la misma trayectoria vital.

Sea cual fuere el punto de partida que elijamos en el examen, nuestra andadura habrá de conducirnos a los indicados supuestos.

I

Una de las consecuencias quizá de mayores implicaciones que el proceso de industrialización ha impuesto al mundo moderno es la aceleración del ritmo histórico y cultural y la nueva consideración conceptual y valorativa que la propia dimensión temporal ha sufrido a los ojos humanos. No es mera casualidad que el uso de los relojes comenzase a generalizarse precisamente hacia la segunda mitad del siglo pasado, en plena época de la maquinización y cuando los efectos de la nueva civilización industrial habían empezado ya a hacerse notar en todos los ámbitos de la vida. Lo cierto es que a partir de aquella etapa se halla el hombre moderno sometido a la servidumbre de un sentido del tiempo que domina y cronometra, en un grado hasta entonces desconocido, todas sus actividades, hasta las más íntimas y personales. El tiempo mismo ha llegado a adquirir un valor económico decisivo del que se comenta que hay que utilizarlo y aprovecharlo al máximo y al que corriente y familiarmente se acostumbra incluso a comparar y valorar en términos monetarios.

La operación del tiempo así entendido se manifiesta sobre el individuo al dividir, fragmentar y ordenar su existencia diaria y dentro de esta general e ineludible operación hay precisamente una primaria división social de ese tiempo que impone de modo manifiesto su dominio a toda la sociedad: la dicotomía *trabajo-ocio*. Ofrece tal binomio cierta caracterización proclive a una expectativa definitoria del ocio en términos puramente negativos, según los cuales sería la parcela de tiempo no utilizada directamente para la producción, aquel hueco que el hombre encuentra entre sus ocupaciones laborales, la simple pausa o intervalo en el decurso del trabajo. Con arreglo a este simple criterio, el ocio viene entendido de una manera estrictamente dependiente del factor trabajo y subordinado a él, es, en definitiva, el *tiempo residual*. También desde la perspectiva económica puede parecer fácil en principio una comprensión de las mutuas relaciones entre trabajo y ocio dado que aquél afecta directamente a la producción mientras que éste cae de lleno en el sector del consumo.

Pese a esa avizorada facilidad de arranque, percibimos en seguida, no obstante, algunos problemas conceptuales, pues no todo el tiempo sustraído al trabajo y a la producción debe calificarse, sin más, como ocio. Entre ambos conceptos y a poco que se investigue, es posible apreciar una

difusa zona fronteriza constituida por amplia gama de obligaciones y quehaceres domésticos, educativos y sociales de todo tipo que acaso atendiendo sólo a la valoración psicológica del sujeto que los realiza quepa calificar como *laborales* u *ociosos*. ¿Cómo salvar el escollo? Los sociólogos que han tratado el tema con alguna extensión suelen reservar la estricta denominación de ocio para el tiempo realmente utilizado en la diversión o desenvolvimiento individual, en tanto que para el tiempo empleado en exigencias familiares o de cualquier otro aspecto social afín, cuyo carácter ocioso no queda tan claro, han aplicado expresiones muy diversas y poco precisas, tales como *semi-ocio, no-trabajo* o *tiempo semi-libre*. La misma indecisión que demuestran denominaciones denota la falta de rigor y la carencia todavía en el ámbito sociológico de un tratamiento sistemático de las cuestiones enunciadas, aunque sea cada vez más abundante la biblografía que actualmente se está desarrollando sobre el tema.

Estamos frente a un fenómeno, el del ocio, que, como hecho social de masas, deviene una novedad, algo desconocido en los siglos pasados en los que el tiempo libre era patrimonio de minorías y el trabajo agotaba prácticamente la esfera íntegra de las energías humanas. No sólo se trata de un hecho social nuevo, sino que es además también nueva la valoración que el conjunto de la sociedad otorga a este suceso, antes minoritario y hoy al alcance de todos en las poblaciones industriales, como luego veremos.

Puede decirse, en verdad, que si la filosofía clásica griega tuvo justamente en el ocio uno de sus temas favoritos y lo supervaloró en el entorno de un estado contemplativo y creador, apoyado en realidad sobre una base social y unas características totalmente elitistas, tal concepción produjo luego una larga repercusión en el mundo europeo a través del ideal, tantas veces predicado o aludido en ciertos sectores de la literatura y la sociología, de vida ociosa y retirada, conscientemente alejada del "mundanal ruido" según la frase de Fray Luis de León. La norma en el mundo occidental, decisivamente influido en este punto por la ideología puritana y el desarrollo de la burguesía, ha sido precisamente la del elogio del trabajo y el consiguiente descrédito del ocio. Éste quedaba enjuiciado normalmente como un "no hacer nada de provecho", como mera y vulgar "holgazanería", y de aquí que pasara con facilidad a convertirse en objeto de franco recelo y hasta llegara a despreciarse y condenarse como auténtico vicio social.

No cabe duda de que esa acepción es la que ha imperado de modo

general durante mucho tiempo, hasta el punto de que en lenguaje vulgar se encuentra todavía utilizado el término de ocio como equivalente al de "ociosidad" y suele entenderse ésta, desde un punto de vista exclusivamente crítico, como la más cumplida imagen de vida inerte e inútil, propicia a toda clase de excesos y extravíos morales. El refrán popular de que "la ociosidad es madre de todos los vicios", basta para acusar dicha tendencia. Se trata con ello, en definitiva, de otorgar la máxima calificación ética a la idea de trabajo y de valorar al ocio en sí mismo como vicio. Con el primero el tiempo era empleado en cualquier caso de modo útil y provechoso; con el segundo el tiempo se desperdiciaba y malgastaba. La sola concesión que se hacía era, en último extremo, distinguir de un genérico *ocio negativo* un específico *ocio positivo* en el que el tiempo no dedicado a la producción resultaba justificado, únicamente en cuanto quedaba convertido en simple intervalo de descanso que sirviera de acicate y reacción para la función laboral, única verdaderamente importante y trascendente.

II

La negativa consideración del ocio empezó, sin embargo, a cambiar. Parece, en efecto, que, habiendo llegado a su punto más alto el ascendiente del trabajo y la crítica del ocio, ahora la relación ha comenzado, si no a invertirse claramente, sí al menos a equilibrarse. Es decir, que el ocio, hasta hace poco considerado sólo negativamente como algo suplementario y marginal del trabajo, empieza hoy a alcanzar un valor absoluto de por sí, explicado y estimado por sus características intrínsecas.

A esa situación se ha llegado después de una larga etapa cuyos hitos jalonan el progresivo desenvolvimiento de la llamada civilización industrial. Innegable resulta, que ésta hubo de afrontar en sus comienzos un pesado sacrificio de duras condiciones laborales de todo tipo y que es ahora, una vez consolidada en las zonas ya desarrolladas, cuando todo el tiempo que antes fuera invertido en el establecimiento y fomento de la industria puede recobrarse en forma de tiempo libre de trabajo. Han sido así las propias condiciones objetivas del proceso de industrialización, conjuntamente con las conquistas sociales de las clases trabajadoras, las que han permitido no sólo este aumento del tiempo sustraído al trabajo sino también el cambio radical a que aludimos respecto a la conceptuación y valoración social del ocio.

Se trata de una modificación que está íntimamente ligada a la forma con la que la Revolución industrial vino a afectar al trabajo y a las formas de vida de una cada vez más amplia capa de la población.

El nacimiento de la industria moderna provocó realmente el surgimiento de un innovado orden y, en consecuencia, es lógico imaginar que allí donde esa novedosa forma de trabajo vino a manifestarse de manera más dura y opresiva empezara a desarrollarse también un nuevo esquema valorativo sobre el mismo. De arranque, el maquinismo y el sistema fabril implicaron una radical separación entre el *hogar* y el *lugar* de trabajo, hasta entonces con frecuencia íntimamente entrelazados. Esto naturalmente tuvo su importancia en cuanto contribuyó de manera decisiva a cierta exclusión y aislamiento de la actividad laboral del conjunto de las actividades del trabajador, y vino a imponer una neta diferenciación entre el *ambiente laboral* y la vida *familiar y social* en la que el individuo se mueve el resto de la jornada diaria.

Mayor trascendencia tuvo, empero, la desvinculación entre la persona del trabajador, los medios de producción y el producto de su trabajo. Sin insistir en las características de este fenómeno, se trata únicamente de llamar la atención sobre las consecuencias que esta desconexión entre el trabajador y el resultado de su esfuerzo provocara en cuanto a la valoración del trabajo. Como no podía menos suceder, al convertirse el trabajador industrial en simple engranaje de un mecanismo impersonal, al transformarse su trabajo en una mecánica y deshumanizada labor que apenas dejaba resquicio para la explayación de las cualidades técnicas o artesanas del obrero, el resultado final del trabajo colectivo, esto es, la mercancía o bien producido, acababa por marginarse totalmente de cada uno de los que con sus esfuerzos habían contribuido a su realización y de este modo el trabajo quedó por entero desprovisto del atractivo creador, y sumiso únicamente al incentivo económico.

El resultado había de ser que el trabajador llegara a considerar su oficio nada más que como un simple recurso para la obtención de numerario y al que no tenía, en consecuencia, por qué comprometer afectación sentimental alguna. Por otra parte, el tiempo así consumido en estas ocupaciones, juzgadas penosas aunque inevitables, calificóse como desperdiciado, como una parte de la existencia vivida al margen de las auténticas preocupaciones individuales y entregada, o por mejor decir vendida, a intereses ajenos, es decir, en síntesis, como un *tiempo muerto*...

Frente a esto, el tiempo sobrante, el restado a las ocupaciones profesionales, fue tomando una comprensible estimación positiva, dado que adquirió el papel de *factor liberalizador* al convertirse para cada trabajador en el lapso que podía utilizar a su antojo y que bien podía denominar *tiempo libre*. En oposición al carácter disciplinado y monótono del trabajo, el ocio se presentaba con las peculiares características de actividad privada y autónoma, lo que además contribuía a que entre uno y otro tiempo se impusiesen límites muy precisos que fragmentaban la vida del individuo en compartimientos cerrados y separados entre sí, y ello no sólo en la industria sino también cada vez más en los otros sectores económicos.

Así el ocio se instituyó en una especie de *tiempo compensador* que equilibraba psicológicamente el tiempo muerto del trabajo. En definitiva, la antigua formulación cayó por su base y desde entonces se tiende incluso al vislumbre inverso: el trabajo enjuiciado como complementario del ocio, como simple medio de conseguir las posibilidades materiales con las que sufragar el único tiempo que verdaderamente es estimado de vida libre y propia.

Paralelamente a la implantación de este nuevo sistema de valores, el *progreso técnico* y la *automatización*, de un lado, y las conquistas obtenidas por el movimiento obrero, de otro, provocaron, según indicamos antes, un lento pero irreversible proceso de reducción gradual de la jornada de trabajo. Sólo si comparamos la situación actual de los países desarrollados con las condiciones laborales que regían en esas mismas zonas al comienzo de su industrialización podemos tomar conciencia de la enorme distancia recorrida. La industria moderna exigió en sus albores una dedicación de trabajo diario tan exhaustiva que sin hipérbole se han solido aplicar a aquellas primitivas jornadas laborales el calificativo de *interminables*...

La duración del trabajo venía a oscilar, según las circunstancias, entre las 10 y las 17 horas diarias y con frecuencia incluso se superaba la semana laboral de las 84 horas. Esta cifra fue luego reduciéndose hasta las 48 horas semanales, etapa hoy generalizada en la mayoría de los pueblos industrializados y, simultáneamente, el trabajador conseguía unas vacaciones anuales pagadas y lograba el disfrute del fin de semana. De suerte que la duración del trabajo por día, semana y año ha disminuido de manera ostensible, sin que tal reducción muestre, al menos hasta ahora, trazas de detenerse, sino al contrario, pues en algunos países se ha alcanzado ya el horario semanal de las 40 horas e incluso para ciertas actividades y profesiones ese

tope es aún más bajo. Nótese que no sólo se opera una disminución del tiempo consagrado al trabajo sino que, atendiendo a la actual generalización de las *jornadas continuas* y de los *horarios móviles,* la tendencia es asimismo a la concentración de ese tiempo, todo lo cual redunda naturalmente en una mayor disponibilidad para el ocio.

III

Llegamos en la actualidad a una situación en la que, refiriéndonos siempre a las naciones desarrolladas, la mayor parte del tiempo no parece estar dedicada al trabajo. Nunca hasta ahora ha habido una tan grande concentración urbana ni han sido tantos los que gozaron del ocio. Se trata, repetimos, de un fenómeno social de masas que cobra cada día mayor importancia y que empieza a recibir un tratamiento adecuado en los estudios sociológicos y económicos. Los pronósticos a este respecto son muy numerosos y por lo general optimistas. Diversos autores han conjeturado para un futuro próximo una jornada laboral de 5 horas así como 4 días activos a la semana y 12 semanas de vacaciones anuales y ello incluso durante sólo un período de 33 años hábiles de trabajo para cada individuo. Con semejantes predicciones no es extraño que se hable, a veces de un modo un tanto gratuito, del inminente nacimiento de una nueva civilización postindustrial calificada precisamente como *civilización del ocio* en la que el *homo ludens* impondría su completo ascendiente sobre el *homo faber.*

Aunque estos pronósticos puedan parecer un tanto aventurados, lo que resulta innegable es que el ocio afecta ya hoy día a grandes masas de poblaciones en las que ha llegado a modificar su modo de vida. Justamente el problema es ahora cómo llenar el tiempo libre, combatir el tedio y el hastío en que suele traducirse el ocio para muchos. De los tres ingredientes con los que por lo común se ha solido distribuir el contenido del tiempo libre: *descanso, diversión* y *desarrollo* de la propia individualidad, el segundo es el que prácticamente agota todas las posibilidades del vulgarizado sentido actual del ocio.

Y es que estamos muy lejos de aquel entorno elitista de los griegos o estado contemplativo inclinado a la recreatividad intelectual o al puro goce estético y, corrientemente, de lo que se trata es de colmar el espacio sobrante con pasatiempos y distracciones impersonales e intrascendentes.

Es éste un ocio al que aspiramos por escape o evasión del aburrimiento o de los diarios quehaceres generalmente rutinarios, un ocio utilizado como droga, aunque a menudo suele ocurrir que cae en la mediocridad y tosquedad de miras y se traduce en actividades aún más estandarizadas y masificadas que las mismas ocupaciones laborales. De aquí que sea posible llegar a una situación en apariencia paradójica: la de que habiéndose tendido hacia el ocio como factor liberalizador y compensador de un trabajo alienante y deshumanizado llegue el propio ocio a convertirse en una actividad asimismo alienada.

En efecto, las ocupaciones habituales en las que se emplea el tiempo libre — diversiones multitudinarias, entretenimientos comercializados, vacaciones organizadas, etc. —, son convertidas, cada vez en mayor grado, en tópicos modelos de comportamiento y prácticamente han quedado institucionalizadas a través de las modernas formas de espectáculos y de comunicación masiva. Ha nacido una verdadera industria derivada de ese tiempo, que no sólo se encarga de satisfacer las ya crecidas exigencias que impone la utilización de una obsesiva publicidad, sino que induce, constantemente, a crear otras nuevas.

Cada vez con más intensidad se produce "para" el ocio y éste deviene objeto de un creciente volumen de negocios. Su relevancia económica es, por tanto, innegable y fundamental. Puede decirse que el tiempo libre ha acabado por transformarse en un mero receptáculo de continuos y modificados consumos; tal es la cantidad de bienes o actividades de toda índole, de carácter seriado y la mayoría de las veces superfluo, cuyo uso o disfrute se ha llegado a considerar indispensable. No otra cosa significa las tantas veces referida *sociedad de consumo* a la que, según se dice, han abocado en su proceso de industrialización los países más evolucionados.

IV

Ante el actual incremento del ocio, con todos los problemas que lleva consigo, los poderes públicos no pueden permanecer indiferentes. En el campo jurídico se habla ya desde hace años de un *derecho al tiempo libre* como uno más de los de la personalidad humana, cuya consagración se ha visto, incluso, en la Declaración universal de los Derechos del hombre de las Naciones Unidas, y aunque por lo general todavía no ha recibido una clara y expresa regulación en los sistemas jurídicos nacionales, es in-

negable que ésta es la tendencia de todos los países, cualquiera que sea su régimen económico-político o su ideología, ya que tanto la "democracia" como el "socialismo" occidentales pretenden convertir en la práctica a todo individuo no ya sólo en trabajador sino también en legítimo beneficiario del tiempo libre.

Bajo otro prisma, en las condiciones en las que actualmente se mueve el ocio, según se ha relatado, éste puede caer fácilmente y de hecho cae con frecuencia bajo la dependencia y manipulación de toda clase de intereses económicos o políticos. De aquí la utilidad de una *actuación planificadora* y vigilante que procure evitar estas interferencias y que intente, además, fomentar y elevar el nivel cultural de aquellas actividades de carácter público propias del tiempo libre.

En este punto no cabe duda de que es la *Administración pública* en sus diferentes esferas la que está en las mejores condiciones de cumplir y desarrollar semejantes objetivos y de que en ellos corresponde, precisamente, a las *Corporaciones locales* un evidente papel de protagonistas. De hecho, en muchos países los poderes locales han tomado a su cargo de modo directo la promoción y cuidado del ocio y han establecido los organismos adecuados, y es que una gran mayoría de los servicios propios de la infraestructura del ocio, tales como parques, bibliotecas, museos, teatros, campos de deportes y un largo etcétera, caen perfectamente dentro de la esfera de la *competencia municipal*; y si bien aún no constituyen un sistema propio y diferenciado que los individualice respecto a los servicios locales no es aventurado calcular que en un porvenir inmediato todas esas actividades, hasta ahora dispersas en departamentos diferentes y con regímenes variados, puedan adquirir una sustantividad propia así como un lugar específico y una importancia cada vez más penetrante en los presupuestos municipales.

V

A lo largo de los últimos años los pronósticos sobre el futuro de la sociedad industrial han sido, por lo general, muy optimistas. Ya hemos mencionado algunas de estas profecías que vislumbran un mundo casi por completo liberado del trabajo y nadando en la abundancia del ocio y del consumo. Las denominaciones que suelen barajarse en este aspecto son por sí mismas bastante explícitas: "sociedad de consumo", "estado de bienestar", "civilización del ocio", etc. Hay veces en que este panorama queda

ensombrecido con algunas predicciones sobre los peligros de una *masificación* y las posibilidades de una ulterior *deshumanización* pero, por lo común, estos siniestros presagios no suelen empañar la anterior idílica imagen. Y sin embargo las indicadas conjeturas, aún las más serias y rigurosas, adolecen, por atractivas que parezcan, de evidentes reparos. En principio, se refieren por definición a una sociedad ya desarrollada que no representa sino el tercio escaso de la población global humana. Cualquier intento de hacerlas extensibles a toda la sociedad en su conjunto no dejaría de tener tintes dramáticos cuando mucho más de la mitad de ella se debate dolorosamente entre los problemas del "*subdesarrollo*" y cuando el "hambre" es hoy todavía, para millones de seres humanos, un hecho real y cotidiano. En otra vertiente, incluso la misma economía de los países industrializados está lejos de alcanzar el grado de desarrollo y de estabilidad necesarios para servir de plataforma suficientes a semejantes supuestos. La actual crisis en la que se debate la economía prueba que ni siquiera los países desarrollados se pueden considerar inmunes a los vaivenes de los ciclos y que el estancamiento y hasta la recesión económica es también factible para ellos.

En estas condiciones ambientales, hablar de ocio puede parecer un tanto temerario y hasta paradójico, puesto que tal concepto, según se ha indicado, funciona correlativa y complementariamente al de trabajo y exige, por tanto, la premisa de una ocupación laboral *estable* y *segura*. Como tal fenómeno social, es impensable sin un clima previo de "pleno empleo". Una "sociedad del ocio" implica de modo evidente haber resuelto y superado el problema del desempleo.

Y precisamente uno de los elementos en que de modo más fatídico se manifiesta la actual recesión económica es el del "incremento del paro". La generalizada crisis de la actividad económica ha vuelto a poner sobre el tapete y de nuevo con rasgos calamitosos el problema del *paro* laboral. El porcentaje de desocupados llegaba en los Estados Unidos en febrero de 1975, al 8,2 por 100 de su población activa. En Europa, con estadísticas oficiales quizá menos fiables, el paro supera en casi todos los países el 3 por 100. La situación, por otra parte, parece deteriorarse aún más y no se espera que esta *tendencia negativa* cambie en próximas etapas.

Respecto a España el grado de desempleo es asimismo alarmante. Según datos del Ministerio de Trabajo el paro afectaba a principio del mes de marzo de 1975 a 285.202 trabajadores, esto es, el 2,17 por 100 de la pobla-

ción activa española, pero con arreglo a otras fuentes el paro real debía superar por esas fechas el 4 por 100. De otro lado la situación varía grandemente según las provincias, llegando en alguna de ellas, como en el caso de Málaga, al 8 por 100 de los trabajadores en paro forzoso, según también los datos oficiales aludidos. Aparte de esto, la *emigración* es otro factor preocupante, pues no sólo desciende la salida de trabajadores al extranjero sino que muchos de los emigrados han empezado ya a volver de modo masivo al afectar la crisis a los países recepcionistas y tender éstos, en consecuencia, a cerrar sus fronteras a la mano de obra foránea.

En definitiva, la crisis económica, al provocar un incremento del paro, incide negativamente en la cuestión del ocio tal como ésta ha quedado planteada. Sólo quizá, desde una peculiar perspectiva, y siempre que se trate de una *economía fuerte,* puede la actual recesión repercutir en el tiempo libre de una manera *positiva:* cuando el descenso en la actividad productora se traduce no en el cierre de las empresas sino en la producción ralentizada de la industria, lo que consiguientemente viene a provocar con frecuencia una disminución del horario de trabajo y un aumento correlativo de las horas disponibles para el ocio.

De todos modos, aun contando con este anormal supuesto, no cabe duda de que las críticas condiciones económicas actuales fuerzan a extremar las matizaciones y a desechar toda clase de presagios precipitados sobre el futuro del ocio, aun los que se pensare aventurar a largo plazo.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Nels: *El ocio,* en "Revista de Occidente", Madrid, núms. 8 y 9, diciembre 1963, págs. 259-276.

ARANGUREN, José Luis: *El ocio y la diversión en la ciudad,* en "La juventud europea y otros ensayos", Barcelona, Ed. Seix y Barral, 1961.

COLLIER, John: *La plenitud de la vida a través del ocio,* en "Revista de Occidente", Madrid, núms. 143 y 144, febrero-marzo 1975, págs. 171 a 200.

FERNÁNDEZ-CRUZ, Arturo: *Ocio positivo,* artículo publicado en "ABC", Madrid, 18 de febrero de 1971.

FOURASTIE, Jean: *Las 40.000 horas,* Madrid, Edit. Cid, 1966.

GALBRAITH, John J.: *La sociedad opulenta,* Barcelona, Ed. Aries, 1960.

GONZÁLEZ ESTEFANI, José Mair: *La promoción de las clases trabajadoras y la promoción social y política de las comunidades nacionales,* en "Comentarios a la *Pacem in terris*", Madrid, Instituto social León XIII, Biblioteca de Autores Cristianos, 1963.

González Seara, Luis: *El ocio en la sociedad de masas,* en "Revista de Trabajo", Madrid, núm. 2, 1963, págs. 263 a 282 y "*El mito del ocio y los futuribles del año 2000*", en "Revista de Estudios sociales", Madrid, núm. 1, enero-abril 1971, páginas 67 a 80.

Grazia, Sebastián De: *Tres conceptos antiguos en el mundo moderno: el Trabajo, el Tiempo, el Ocio,* en "Revista de Estudios Políticos", Madrid, núms. 130, páginas 121-149 y 131, págs. 5-18, 1963.

Huizinga, Johan: *Homo ludens,* Barcelona, Ed. Emerce, 1968.

Laín Entralgo, Pedro: *Ocio y trabajo,* en "Revista de Occidente", Madrid, enero 1960, *El libro como fiesta,* en "La aventura de leer", Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1956, págs. 214 a 224.

Marqués y Carbó, Luis: *El Municipio y los "loisirs",* Comunicación al IV Congreso hispano-luso-americano-filipino de Municipios, en la "Crónica del Congreso", vol. I, Madrid, Instituto de Estudios de Administración local, 1968, páginas .....

Munné, Federico: *Del tiempo libre al derecho al tiempo libre,* tesis doctoral inédita, Barcelona, 1972.

Ortega y Gasset, José: *Teoría de Andalucía y otros ensayos, Prólogo a "Veinte años de caza mayor" del Conde de Yebes,* y *La caza y los toros,* recogidas en sus "Obras completas", Madrid, Ed. Revista de Occidente, las dos primeras publicaciones en el t. VI, 1947, y la tercera en el t. IX, 1962.

Portal, Marta: *¿Ocio sí, ocio no?,* artículo publicado en "Diario de Cuenca", 29 de mayo de 1971.

Russell, Bertrand: *Elogio de la ociosidad,* en "Elogio de la ociosidad y otros ensayos", Madrid, Ed. Aguilar, 1953, incluidos en sus "Obras escogidas", Madrid, Ed. Aguilar, 1956.

Sciacca, Michele F.: *La libertad y el tiempo,* Barcelona, Ed. Miracle, 1967.

Sombart, Werner: *Lujo y Capitalismo,* Madrid, Ed. Revista de Occidente, 3.ª edición, 1961.

Touraine, Alain: *Tiempo libre, participación social e innovación cultural,* en "La sociedad postindustrial", Barcelona, Ed. Ariel, 1969, págs. 197-230.

Unamuno, Miguel de: *En defensa de la haraganería,* en "Soliloquios y conversaciones", incluido en "Ensayos", vol. 2.º, Madrid, Ed. Aguilar, 1942.

Uscatescu, Jorge: *Trabajo, ocio, cultura,* artículo publicado en "ABC", Madrid, 8 de julio de 1971.

REPERCUSIONES EN LA ECONOMÍA, DEL ABSENTISMO EN EL TRABAJO

Luis Prat Torrent

El fenómeno actual del absentismo en el trabajo que tanta importancia económica alcanza en los países subdesarrollados y va alcanzando en los desarrollados, es causa de preocupación y profunda reflexión por parte de las personas responsables de las economías de cada nación y de todos aquellos que deploran la continua erosión monetaria producida por la inflación en los respectivos poderes adquisitivos del trabajador y de cada consumidor.

Absentismo es toda ausencia en el trabajo, sea o no justificada, que representa la diferencia cronológica entre el tiempo de trabajo contratado y el realmente realizado.

Estas ausencias pueden ser motivadas por enfermedad, accidente, permiso, licencia, maternidad, huelga, además de otras accesorias.

El absentismo en el trabajo está alcanzando niveles alarmantes que inciden en los costos de las Empresas y en su economía; en los costos de la Seguridad Social; en el progresivo incremento del precio de los productos para el consumidor y, por tanto, en toda la Economía.

Para ponderar adecuadamente este hecho irreversible de ausencia en el trabajo, interesa conocer todas las circunstancias: actividades y tamaños de las empresas, sexo del trabajador y edades, condiciones familiares, motivos del abentismo, duración de las ausencias, localización y tantos otros datos que pueden darnos una más real y orientadora opinión sobre la problemática del absentismo en todos sus aspectos.

Cuando un trabajador tiene un absentismo por enfermedad elevado y reiterativo puede darse el caso de que su salud sea realmente deficiente y precisa cuidados médicos a fondo; pero también puede darse la circuns-

tancia de ser un hombre de baja calidad humana y sin voluntad como trabajador que aprovecha la menor circunstancia propicia para dejar el trabajo y practicar el absentismo; existen, también, en menor escala, los trabajadores conocedores de la picaresca del absentismo, los cuales tienen calculada cada incidencia propicia para aprovecharla con cargo a la Seguridad Social y al incremento de costos de la Empresa.

Pero hay, ciertamente, un gran número de trabajadores conscientes y responsables que hacen honor a las obligaciones contractuales y solamente dejan de acudir al trabajo cuando su estado de salud realmente les obliga a quedarse en casa. El absentismo de estos trabajadores alcanza generalmente como máximo el 3 % de promedio anual.

En la vida del hombre o mujer que trabaja inciden circunstancias sociales o personales que no pueden eludirse: una boda, un nacimiento, una defunción, una enfermedad grave de un familiar, un cambio de domicilio, una declaración como testigo en juicio, atender un cargo público o sindical, etc.

Sin embargo el caso más corriente de absentismo es por causa de enfermedad común o profesional. Se puede afirmar que más del 50 % del absentismo es debido a enfermedad corriente por la cual debe guardarse cama o reposo en el domicilio, o, en otro caso, como consecuencia de intervención quirúrgica. En el primer supuesto el médico del asegurado extiende la baja con cuyo documento el trabajador queda exento de cualquier responsabilidad con respecto a su ausencia laboral; en el segundo caso es el médico especialista que justifica la necesidad de la intervención quirúrgica del asegurado el cual es internado en una clínica, o, simplemente, tratándose de una pequeña intervención, sigue en su propio domicilio, siempre con cargo del Seguro Obligatorio de Enfermedad.

Cuando se trata de accidente de trabajo el paciente es atendido, con todas sus consecuencias físicas y económicas, por el Seguro de Accidentes de Trabajo. En este supuesto si, además, se da el caso de muerte o pérdida parcial o total de algún miembro, el trabajador o sus deudos, según se trate del segundo o primer caso, perciben una indemnización cuantificada en unas tablas aprobadas por el correspondiente Ministerio.

Tratándose el caso de Maternidad, la paciente, además de la atención médica y clínica, dispone de un tiempo de reposo anterior y posterior al hecho, en cuya circunstancia la trabajadora está ausente del trabajo amparada legalmente por las disposiciones laborales en vigor.

Todos estos casos son reglamentados por las legislaciones de la Seguridad Social o Accidentes de Trabajo en toda el área de los países civilizados. La justicia social exige esta asistencia y esta aportación, ya que se trata del derecho de cada trabajador a vivir de su trabajo con toda su familia y a ser asistido en todos y en cada uno de los casos indicados; y no solamente ser atendido, sino, incluso, a seguir percibiendo la parte de salario que permita al trabajador y su familia continuar atendiendo su economía como si trabajara.

Las leyes se promulgaron con el loable fin de atender la justicia social más estricta, pero en la práctica ¿resulta siempre así?

Analicemos y comentemos con objetividad y realismo su parte aplicativa y llegaremos a la conclusión que una parte muy importante de bajas por enfermedad e incluso alguna baja por accidente no responden a una verdadera justificación.

¿Cómo es posible que esto suceda? La industria textil y la minería, como casos concretos, tienen estadísticas elocuentísimas al respecto.

Un promedio de absentismo entre el 15 y el 30 por ciento son normales en estas industrias, con la salvedad de que, si en la industria textil inciden en unas plantillas con preponderancia femenina en la minería incide sobre mano de obra totalmente masculina.

Esta enorme carga sobre los costes industriales por pérdida de producción, plantillas excesivas y sobre coste de la Seguridad Social por subsidios indebidamente satisfechos, ayudan en gran manera, a la inflación que incide sobre la economía. Por esto hay que luchar para que las leyes sociales sean cada día más justas, pero, al mismo tiempo, esto nos obliga a disciplinar a sus beneficiarios eliminando los abusos que la encarecen y mixtifican.

Se dice que si los trabajadores encontrasen mayores estímulos humanos, una mejor convivencia y más positiva integración en la empresa, el absentismo laboral se reduciría. Pero en realidad las empresas que han procurado que el trabajador percibiera, durante su baja, un complemento voluntario hasta su salario real, son las que mayor absentismo padecen. Ésta es la triste realidad.

El Presidente de la Empresa "HUNOSA" en el tercer trimestre del año 1973 hizo una denuncia pública del absentismo en carta dirigida a los 24.000 obreros de la empresa en la que ponía de manifiesto la preocupación del Consejo, de la dirección técnica, y de todo el personal respon-

sable por el hecho creciente del absentismo en la Sociedad que perturbaba la producción y la vida económica de la misma.

A esta voz tan caracterizada se vienen uniendo otras muchas y Entidades no menos responsables e inquietas ante un problema que cada año incide en un incremento de un 3 a un 4 por ciento como mínimo sobre las economías.

En una editorial de la "Revista Textil" hay un párrafo que es interesante reproducir: "Todos estamos convencidos de que el absentismo laboral se puede acentuar conforme vaya disminuyendo la sensación de necesidades vitales por parte del trabajador; es un fenómeno sociológico que se extiende por todos los países que han conseguido o están consiguiendo un grado de desarrollo económico-social que les acerca a un nivel de bienestar aceptable. La contrapartida ha de estar en la conciencia del trabajador, en el sentido de que, a esa disminución de sus propias necesidades vitales, debe corresponder un ánimo o disposición de conseguir para la empresa que trabaja un máximo de desarrollo en sus procesos productivos, porque otra cosa es quedar para el mañana en pleno desamparo, tanto el empresario como el trabajador. Pero la intervención de factores exógenos, ajenos a la empresa y al trabajador, pueden inducir a lo que en términos sociales podría denominarse como agravio relativo y, entonces, puede provocarse, sin quererlo, una disociación o divorcio entre los intereses de las dos partes: la empresarial y la trabajadora, olvidando que ambos son factores esenciales y de primer orden en el desarrollo económico de cada país".

Podríamos concluir que la incidencia del absentismo en las empresas produce un caos en la organización del trabajo y como consecuencia en la producción y como otra consecuencia en los costos de la empresa y en los precios del consumidor ya que su repercusión es técnicamente lógica y consecuente. ¿Cómo puede una empresa procurar una eficaz y máxima productividad sin atajar y concluir, asimismo, con el absentismo injustificable?

Por motivos de absentismo sigue destacando, en primer lugar, la "enfermedad", pasando al segundo lugar "accidentes de trabajo", pero sólo con un 8 por ciento, seguido de "motivos personales y familiares", "maternidad", y "otros".

Estas cifras deben ser incrementadas por las prestaciones económicas de la Seguridad Social a cada hora de trabajo perdida por el trabajador en baja y las cotizaciones empresariales correspondientes.

Sumados todos y cada uno de los factores en su cuantificación económica, resulta una cifra de cientos de miles de millones que ayuda a la inflación cada vez creciente y reduce el poder adquisitivo de las monedas.

Para obtener un comentario muy singular, que nos ayudará a situar la cuestión que nos ocupa en sus justos términos de trascendencia mundial, permitid que debidamente seleccionado sobre este tema, cite la valiosa información aportada por la Presidencia de esta Real Corporación, correspondiente a la revista "VISIÓN", de mayo de 1974, en artículo de M. VADE: "A través de toda Europa, los asalariados toman el hábito de ausentarse del lugar de trabajo cuando les place. Este absentismo (10 % del promedio del personal ocupado) tiene efectos infinitamente más serios que las huelgas. Por lo tanto, no parece que se dé a este fenómeno la atención que requiere.

Crisis económica, energética y política: los periódicos europeos han dedicado grandes titulares a estos síntomas de la enfermedad de nuestra sociedad.

Al propio tiempo, una de las grandes plagas de la industria, el absentismo, ha pasado a segundo plano.

Las cifras se han deformado a menudo, y una "radiografía" general y precisa del mal es muy difícil de realizar. Mientras tanto, el análisis de los distintos puntos de infección conduce a un diagnóstico inquietante.

— En Suecia se prevé para 1975 un absentismo de 400.000 asalariados por día, contra 110.000 en 1960 y 179.000 en 1969.

— En los Países Bajos, se ha estimado recientemente en 136 millones de francos franceses la pérdida diaria registrada por el comercio y la industria como consecuencia de las "enfermedades". Y la tasa de crecimiento del absentismo es regular: en 1961 representaba un 4,9 % del total de las horas de trabajo; en 1963, un 6 %; en 1969, un 7,6 % y un 10 en 1973.

— En la Alemania Federal, la tasa de absentismo ha subido del 4 % en 1966, a 11 % en 1972. En la fábrica de Wolkswagen de Wolfsburg, por ejemplo, el 19 de octubre de 1973, 11.800 asalariados sobre un total de 109.300 estaban enfermos, es decir, cerca del 11 %.

— En Italia, el aumento es todavía más ostensible: del 5 % en 1966 al 15 % en 1972. En cuatro años el absentismo se ha duplicado en la empresa Olivetti.

— Es difícil obtener cifras exactas y recientes de la Gran Bretaña, como consecuencia de la reducción de la semana de trabajo, desde fines de 1973 hasta principios de 1974, por causa de la huelga de los mineros. No obstante, se estima que en 1973, la tasa del absentismo fue del 8 al 10 %.

— Por último, en Francia, no existen estadísticas. Pero un estudio efectuado por la Unión de las Industrias Metalúrgicas y Mineras en 1971 anticipa una tasa del 7,9 %. Otro estudio realizado por la Casa Berliet demuestra que la tasa es del 10,5 % antes y después de las vacaciones, estimándose la tasa de absentismo general entre el 7 y el 8 %.

La mayor parte de las indicadas cifras se refieren a las "ausencias por causa de enfermedad". El estudio de BERLIET clasifica las causas de la siguiente forma: enfermedad, 62 %, conveniencias personales, 16 %, nacimientos, fallecimientos y matrimonios, 4 %.

No obstante, la mayor parte de los expertos estiman que: *a*) las ausencias de corta duración sin justificar son probablemente superiores a las justificadas; *b*) un fuerte porcentaje de las "enfermedades" son, sorprendentemente, benignas.

Ello es completamente seguro en toda Europa, como lo ha probado una inspección médica realizada por la Casa Romeo en Milán. De un total de 242 asalariados que estaban "demasiado enfermos para acudir al trabajo", el examen demostró que 59 de ellos sufrían ligeras indisposiciones que les permitían acudir al trabajo, 93 gozaban de una perfecta salud.

Las ausencias las facilita el hecho de que la seguridad social de los países europeos proporcionan en general a los asalariados la posibilidad de percibir sus jornales estén o no presentes en el trabajo. Los médicos de las regiones industriales entretienen a menudo el malestar. Raros son aquellos que rehúsan una suspensión del trabajo al obrero que se queja de dolor de cabeza o de la espalda, de ardores estomacales o de reumatismo. Ello explica el número de "enfermos" que asisten a un partido de fútbol entre semana, que salen los fines de semana, que siguen una carrera, etc.

Esta "preferencia por los asuetos más importantes", para utilizar el eufemismo que la mayor parte de los sicólogos industriales emplean, se manifiesta en ocasión de presentar los sindicatos reivindicaciones para lograr el acortamiento de los horarios de trabajo y la ampliación de las vacaciones. Las direcciones empresariales rehúsan, generalmente, tales demandas, pero

son vencidos desde otro plano por la iniciativa de los asalariados tomándose pequeños permisos cuando lo estiman conveniente.

Sea lo que fuere, las consecuencias del absentismo voluntario o involuntario son considerables. En particular, las ausencias cuestan mucho más caro que las huelgas. En Gran Bretaña, donde las huelgas son numerosas, de 6 a 8 millones de jornadas laborales se pierden en los "malos" años sociales (por ejemplo, en 1969). Compárense con los 300 millones perdidos en 1970 por el absentismo, según la estimación hecha por la F.B.I. (Federación de Industrias Británicas). Si duplicamos esta última cifra añadiendo, cual sugieren los expertos, las ausencias no justificadas, se llega a la conclusión de que por cada día perdido por las huelgas, se pierden cien por el absentismo.

Algunas empresas, mientras tanto (como Volvo y Saab Scania en Suecia, Fiat y Olivetti en Italia, Dunlop en Gran Bretaña, Philips en Holanda, Berliet en Francia y Volkswagen en Alemania) se han preocupado y se preocupan todavía de las causas del mal y sus remedios.

Ocho grandes factores de ausencia injustificada pueden ser determinados.

De entrada, indudablemente, las *condiciones de trabajo* constituyen un elemento esencial. El calor, la polución de la atmósfera y, sobre todo, el ruido, pueden sobrepasar los niveles normales de tolerancia, que varían de uno a otro asalariado. Tales condiciones subsisten todavía en Europa. Las primas para trabajos penosos son consideradas invariablemente por los asalariados como una parte integrante del salario y no como una compensación para soportar tales condiciones.

La *monotonía* del trabajo es un evidente segundo factor. Inmerso en las delicias del trabajo en cadena o de la rutina burocrática, el asalariado tiende a evadirse. La tasa del absentismo de los trabajadores es muy superior a los de los oficinistas. En 1973, las tasas fueron las siguientes en las empresas alemanas: Volkswagen: 4,1 % para los empleados y 8,2 % para los obreros. Volvo: 4 % para los primeros y 9 % para los segundos. Bayer: 3,8 % y 7,7 %. Henkel: 3,45 % y 7,7 %.

La *dimensión* de la empresa es primordial. El trabajo es menos variado en las grandes empresas; los asalariados tienen un menor sentimiento de "dependencia" y el patrono está lejos. Un estudio francés ha demostrado recientemente que la tasa de absentismo gira alrededor del 4 % en las empresas que emplean menos de 20 personas y de 8 % en las de más de 1.000.

La cuarta motivación es la *remuneración*. Tal como lo prueba el estudio efectuado por la Casa Berliet, va al absentismo no tan sólo porque no está satisfecho con el salario que gana. El estudio establece la comparación entre dos sistemas salariales: la remuneración sobre una base horaria y la que se calcula de acuerdo con un sistema de primas colectivas. Contrariamente a una opinión corrientemente admitida, los asalariados pagados sobre una base a tanto alzado tienen una tasa de absentismo inferior a la de los que los perciben sobre base horaria: 7,9 % para los primeros y 8,8 % para los segundos.

Existen numerosos ejemplos de asalariados que trabajan en el exterior durante sus ausencias. Un dirigente británico descubrió que tres de sus asalariados eran asimismo conductores de taxi; su abstención era rotativa.

Esta cooperación entre los asalariados corre el riesgo de transformarse en "salvaje". Los cooperadores pueden marcar entre sí; los "clubs de horas suplementarias" se crean; un grupo de asalariados arregla su ausencia de tal forma que la empresa solicite de los demás horas extraordinarias para compensar aquella ausencia. Esto puede adquirir proporciones inquietantes, sobre todo teniendo en cuenta que la dirección en general ejerce escasos controles.

Está muy extendida la debilidad en los *controles de ausencia* por parte de las direcciones y de las administraciones. Es cierto que los sistemas de la seguridad social europeos favorecen el absentismo. En Suecia, por ejemplo, se ha reformado el sistema suprimiéndose la obligación de presentar un certificado médico para los tres primeros días de enfermedad: el absentismo de corta duración ha aumentado considerablemente. No existe, mientras tanto, ninguna determinación del coste de tal elemento.

Mas la dirección médica de la Compañía de Teléfonos de Nueva York ha escrito, recientemente, a propósito del absentismo en los Estados Unidos: "Un buen control de las ausencias puede economizar a la industria americana cinco millones de dólares por año". Y los expertos opinan que una tal economía podría ser comparable en Europa.

Esta falta de control, de hecho, refuerza la séptima gran causa del mal, que es, simplemente, el *deseo de asuetos más importantes*. Se evidencia con motivo de fiestas o vacaciones, cuando la gente va "de bodas", o bien cuando se produce en medio de la semana una importante manifestación deportiva (fútbol o carreras). Simplemente se le denomina "la enfermedad del lunes".

Raras veces se ha comprobado. En la Volskwagen, en el transcurso de una semana del mes de octubre de 1973, el porcentaje de absentismo fue el siguiente: lunes, 9,4 %; martes, 9,8 %; miércoles, 10,8 %. En la empresa Bayer, la tasa más elevada corresponde al lunes.

El último factor, difícil de definir, es la *actitud de la gerencia*. Los dirigentes están habituados a preparar sus planes de producción teniendo en cuenta un absentismo de 10 por 100. El absentismo entra a menudo en sus previsiones, y prevén en consecuencia su reflejo presupuestario en base de personal interino. Raros son los que registran y analizan las ausencias y el personal es perfectamente consciente de ello y juzga a menudo como "muy tolerante" a la gerencia.

Todos los elementos anteriormente mencionados no pueden echarse sobre las espaldas del elemento patronal; pero puede criticársele en la parte más seria: la de no tomar medidas suficientemente eficaces para remediarlo. Mientras tanto, ciertas empresas realizan diversos esfuerzos susceptibles de señalar el camino y de estimular a los demás.

Las experiencias de equipos móviles en la empresa Volvo y su nueva nave de montaje de Kalmar (una inversión de 90 millones de francos franceses), donde los obreros se distribuyen en grupos de 10 a 25, constituyen ya un ejemplo clásico. "El absentismo ya no aumenta en la actualidad", ha dicho LARS ANDERSON, de aquella firma sueca (si bien debe observarse que había alcanzado el 15 %). "Y ello — añade — sobre todo gracias a las inversiones realizadas a fin de mejorar las condiciones de trabajo, gracias a una mejor organización de su trabajo (en grupo) y gracias a la delegación de responsabilidades.

La séptima causa — los deseos en ciertos momentos de asuetos fuera de los períodos normales de libertad y de la "enfermedad del lunes" — ha sido grandemente atenuada en sus efectos en numerosas empresas por la adopción de horarios flexibles. En la empresa Messerschmidt-Bölkow-Blohm, por ejemplo, después que el sistema conocido con el nombre de *Gleitzeit* (horario movible) se introdujo en 1967, el absentismo de corta duración se ha reducido en más del 50 por 100.

Un resultado todavía más limpio lo ha obtenido la empresa Bergerat Monnoyeur, de Francia, donde las medidas tomadas en la división de contabilidad e informática redujeron el absentismo en un 75 por 100.

Tales resultados son moneda corriente con los esquemas de horarios flexibles, que practican en la actualidad por lo menos 2.000 empresas

europeas (con un total aproximado de un millón de asalariados). Pero ello no constituye todavía un remedio total.

Puede irse todavía más lejos inspirándose en los remedios propuestos en 1971 por la Organización de Empresarios Holandeses.

Con referencia a la salud, dicha organización recomienda, de entrada: *a*) asegurarse de que toda persona a contratar sea revisada médicamente; *b*) repetirlas periódicamente; *c*) seguir la evolución del ausente por enfermedad.

Tales medidas son de gran importancia, toda vez que permiten aislar los casos de "absentismo" "evitable". Se puede citar por ejemplo lo que se ha hecho en la empresa Stoomspinnerij Twenthe, gran industria del ramo del algodón en Holanda. Sufría una falta de mano de obra y de absentismo: en abril de 1971, decide llevar a la práctica un plan de acción.

Se admitió que los asalariados decidieran por sí mismos si estaban enfermos o no, pudiendo consultar al médico de la empresa si lo estimasen oportuno. "Esta responsabilidad que les fue confiada es capital", explica el director del personal del Twenthe, Jan ter Brugge. "Ha disminuido muchísimo el sentimiento de inseguridad que sufrían los trabajadores. Pero es necesario que sea apoyada por el contacto personal con un colega."

En el caso de Twenthe, un *vertrouwensman* (una especie de hombre de confianza) fue designado, teniendo una cierta experiencia médica y en quien la gerencia y los asalariados tuviesen igualmente confianza. Se le confió la misión de mantener contacto permanente con los enfermos.

"El absentismo de corta duración ha bajado enormemente después de dichas medidas" ha dicho JAN TER BUGGE. "Debían terminar en abril de este año, pero hemos decidido mantenerlas definitivas, porque han reducido el absentismo y asimismo han mejorado el estado de espíritu en el trabajo."

Muchísimas empresas siguen con gran atención la experiencia llevada a cabo por la casa Twenthe, lo que está muy bien. Pero no todo lo que podía hacerse se ha hecho; muchas de entre ellas se contentan con asistir al progreso del absentismo, pero sin actuar, y ya sabemos que no es bastante con mantener los ojos abiertos.

PRECISIONES SOBRE LA INCIDENCIA DE LA FISCALIDAD EN LA REDISTRIBUCIÓN DE RENTAS

Magín Pont Mestres

1. *Mito y realidad*

Generalmente, en el tema de la redistribución de rentas, en su conexión con la fiscalidad, se parte siempre del supuesto de que los tributos, por sí mismos, constituyen un excelente medio para coadyuvar a esa redistribución, al menos en el marco de los sistemas económicos, llamados de economía de mercado. Sin embargo, tal punto de partida a modo de verdad incontrovertible, puede inducir a error. La creencia de que en la fiscalidad se halla una especie de panacea redistributiva, es cuestión que merece ser considerada con alguna atención, sobre todo a la vista de los sistemas tributarios vigentes. Moverse en el exclusivo ámbito de la teoría y de la especulación abstracta, puede ser camino inadecuado para alcanzar conclusiones válidas, es decir, refrendadas por la realidad.

Puede, en efecto, existir bastante de mito y poco de realidad en esa arraigada creencia de la bondad de los sistemas tributarios que existen y se aplican — no por tanto de los sistemas tributarios ideales —, en orden a constituir excelente medio para eliminar o al menos reducir los efectos que genera la dinámica de los sistemas económicos de mercado, conforme a su lógica interna. Ello no significa, que la fiscalidad no pueda constituir y utilizarse como instrumento al servicio de esta finalidad, pero una cosa es su capacidad de ser útil, y otra que real y efectivamente lo consiga.

En torno a esa diferencia es donde, precisamente, deseo efectuar algunas reflexiones y consideraciones, que van a constituir el objeto de este apunte.

Se parte, a menudo, del supuesto de que la imposición directa permi-

te alcanzar cotas de redistribución superiores a la imposición indirecta, presupuesto éste, que dista de erigirse en dogma, por cuanto el concepto de tributo directo y de indirecto, no acaba de perfilarse con la concreción necesaria para que pueda afirmarse, de modo rotundo, que su comportamiento práctico responde al que en estricta teoría se le atribuye. Para nadie es un secreto que, en ocasiones, los tributos directos individualizados así conceptualmente, tienen, de hecho, comportamiento similar a los indirectos, como consecuencia de los mecanismos económicos que operan en el seno de los sistemas de mercado, y, a la inversa, que impuestos considerados indirectos, tienen, sin embargo, comportamiento efectivo similar a los directos. Así las cosas, aparece ya un primer problema que conviene destacar puesto que si el sistema tributario se orienta hacia una acentuación de la imposición directa, en detrimento de la indirecta, para buscar en ello una mayor redistribución de rentas, puede suceder, no obstante, que el resultado que se alcance sea contrairo al anhelado y deseado.

Dada la existencia de esa posibilidad, parece mejor partir del supuesto de que la fiscalidad puede constituir útil instrumento redistribuidor de rentas, que es cosa distinta a dar sentado que siempre cumple esta función y cometido. Habrá de depender, por tanto, del acierto en la concepción de esa fiscalidad, y de la bondad del ordenamiento jurídico, en conexión con la propia realidad del sistema económico, que la posibilidad se convierta en realidad. No puede olvidarse, al respecto, que el propio sistema económico de mercado, capitalista o de economía libre, llámese como se quiera, o sea la organización económica que tiene como motor propulsor la iniciativa privada, cabe que se presente en formas varias y se manifieste con estructuras diversas. Si prevalece, por ejemplo, la actividad monopolista dentro de un marco de pocas y grandes empresas, el planteamiento ha de ser diferente de si apenas se aprecian situaciones monopolísticas y prevalece el principio de competencia auspiciado por el número de empresas escasamente influyentes por separado en la formación de los precios de mercado. En otros términos: una cosa es que las cuotas tributarias sean soportadas por las personas en las que jurídicamente inciden a tenor de la legalidad vigente en cada momento, y otra que dichas cuotas se incorporen al coste de producción y en definitiva, se repercutan. En este segundo supuesto, cabe que sólo algo similar a un espejismo permita aceptar que la fiscalidad directa constituye medio idóneo para la redistribución

de rentas, toda vez que esa imposición tributaria teóricamente directa, puede convertirse de hecho, en indirecta, y, consecuentemente desdibujar la significación redistributiva del sistema tributario.

Algo similar sucede, también, cuando un impecable sistema tributario, concebido con rigor y desarrollado jurídicamente con acierto, tropieza con dificultades en la esfera aplicativa, por generalización del fraude.

Y no es solamente la dificultad en aseverar que el tributo se comporta en la práctica, según su naturaleza indica, sino que, también, los alternativos objetivos que de la fiscalidad se aspira conseguir, tales como estabilidad y desarrollo económico, pueden influir en que la función redistributiva quede, de hecho, marginada aunque en teoría el sistema tributario aspire a conseguirlo. Por ello, parece conveniente dedicar alguna atención al propio sistema económico de mercado, para después conectarlo con la fiscalidad.

2. *La propensión de los sistemas económicos de economía libre al arremolinamiento de riqueza*

Los factores de producción, trabajo y capital, que operan en las unidades económicas, si bien parece deberían partir de una situación de igualdad en cuanto a la retribución que les corresponde según su respectiva función, resulta, sin embargo, que no siempre es así. Se aprecia, al respecto, una especie de atracción del factor capital hacia las rentas producidas, en detrimento de la retribución del trabajo. La propia realidad cuida de ponerlo en evidencia a través de grandes acumulaciones de riqueza en manos de unos pocos, constitutivas de fabulosas fortunas, frente al infortunio de una pobreza más o menos desesperante. Cierto, que en estas consideraciones no puede marginarse la significación que tiene la actitud de cada persona, así como su propensión al ahorro o al consumo. Los ejemplos de la cigarra y la hormiga lo ilustran suficientemente, pero lo que está por ver, es si estas distintas propensiones son causa exclusiva de las grandes diferencias que se aprecian en la distribución de la riqueza económica.

Si se deja actuar libremente los mecanismos que pone en marcha la propia lógica interna del sistema de economías de mercado, resulta inevitable apreciar algún dominio del factor capital sobre el factor trabajo, de suerte que por escasa que sea la laxitud con que lo contemple la organización política, el capital se acrecienta con celeridad, mientras el trabajo

percibe retribuciones acotadas dentro de coordenadas perfectamente definidas y limitadas.

Para rectificar esta propensión, que, en algún grado, pone en evidencia la existencia de contradicciones en la propia lógica interna del sistema económico de mercado, toda vez que si se estima apto como fórmula de actividad económica en el marco de la convivencia, no debería generar injusticias en el disfrute de los bienes producidos, se utiliza a menudo y se entiende que constituye excelente procedimiento corrector, la fiscalidad. Esto significa que la redistribución de rentas, a través de este instrumento, ha de llevarse a cabo coactivamente, con lo que se desiste de que sean los propios factores de la producción, capital y trabajo, los que armoniosamente procuren dirimir la cuestión para alcanzar conclusiones justas que hagan innecesaria la intervención de instrumentos correctores o rectificadores.

Si bien se mira, desde un ángulo estrictamente económico el comportamiento de uno y otro factor nada tiene de extraño, pues lo que ambos pretenden es alcanzar las mayores cotas retributivas posibles, ávidos de disponer de crecientes recursos materiales que les permitan incrementar el bienestar, como si éste dependiera exclusivamente de la acumulación de riqueza económica. Precisamente, la ausencia de una auténtica concepción cristiana de la vida, constituye poderoso obstáculo para que esos sistemas económicos se desarrollen conforme sería de desear. Con una concepción auténticamente cristiana, sería apenas necesario acudir a medidas coactivas e imperativas para evitar arremolinamientos de riqueza que, como ya ha sido dicho, producen, a la vez, y en abierto contraste, situaciones de pobreza desesperante.

3. *Premisas para la elaboración del sistema fiscal*

Por supuesto que, desde una perspectiva estrictamente legal, el sistema tributario puede ser justo, al margen de que ello signifique, en orden a valoraciones de la propia colectividad, que dicho sistema tributario responda a las exigencias que la propia comunidad política demanda. El sistema tributario puede centrar su atención, exclusivamente, en la necesidad de obtener ingresos con los que atender la financiación del coste de producción de servicios públicos indivisibles, servicios que la propia colectividad ha seleccionado merced a las decisiones adoptadas por los órganos políticos representativos. Dentro de este horizonte, cabe concebir un sistema tributario sin más aspiraciones que éstas, lo que no significa que deje de

ser justo. Por el contrario, el sistema tributario puede tener otros objetivos, si la propia colectividad cuida de precisarlos.

Significa esto, que los criterios que inspiran la delimitación de sectores impositivos y la estructuración de los sistemas tributarios, vienen determinados por valoraciones políticas previas, que la propia comunidad, en su dinámico convivir establece. Claro es que se trata siempre de organizaciones políticas en las que prevalece la ideología del Estado de Derecho, pues en lo concerniente a concepciones políticas absolutistas, el planteamiento es otro, y queda fuera de estas notas.

Sabido es que, en nuestro tiempo, al sistema tributario se le atribuyen funciones cuales son, obtención de ingresos con los que financiar el coste de producción de servicios públicos indivisibles, medio para la estabilidad y el desarrollo económico, y, redistribución de rentas. En la concepción de los sistemas tributarios actuales y en los propios principios constitucionales en que estos sistemas se inspiran, aparecen perfectamente dibujados estos objetivos. Sin embargo, la dificultad estriba en combinarlos óptimamente. Las desviaciones respecto a las previsiones son frecuentes.

De partida, la concepción del sistema tributario, máxime en el supuesto que pretenda alcanzarse los tres objetivos en óptima combinación, debe conectarse muy íntimamente con la realidad sobre la que ha de operar. Me asiste la firme convicción de que, la concepción y estructuración de los sistemas tributarios no puede hacerse exclusivamente teniendo en cuenta esquemas teóricos de supuesta validez universal capaces de operar sobre cualquier medio, sino que la realidad concreta en la que ha de incidir el sistema, debe colocarse en lugar destacado.

Un sistema tributario de imposición directa, que haya de operar sobre una realidad socieconómica monopolística, parece poco adecuado para cumplir objetivos redistributivos. Por el contrario, si ha de desplegar su eficacia sobre una realidad manifiestamente competitiva, la cosa cambia. Quiere decirse con ello que ha de analizarse muy exhaustivamente la realidad, conocerla en su entraña, individualizar los mecanismos que imperan en el seno de la misma, determinar la operatoria de la formación de precios y de márgenes comerciales, precisar las inflaciones de costes que puedan producirse para, en definitiva, llegar a conocer la exacta influencia de cada factor en la conformación de la realidad.

En lo concerniente a la función redistributiva de rentas, sólo si se lleva a cabo un minucioso y detenido estudio de esa realidad, se profundiza en

la misma, se penetra en su interioridad y se conocen perfectamente sus mecanismos así como las fuerzas dominantes, puede emprenderse, con alguna posibilidad de éxito, la elaboración de un sistema tributario que, de acuerdo con los objetivos que se fijen, consiga incidir sobre esa realidad, corrigiéndola al modo previsto.

De donde, un sistema tributario, no es bueno o malo "per se", sino que su mayor o menor bondad, depende de la capacidad del propio sistema tributario para incidir en la realidad sobre la que ha de operar. La contrastación empírica, es, por tanto, obligada.

4. *Estructuración del sistema tributario*

Sólo después que el estudio de la realidad socio-económica haya sido realizado, cabe, en rigor, emprender la tarea de elaborar y estructurar un sistema tributario capaz de aplicarse con las mínimas garantías exigibles. No caben dogmas preconcebidos. Una cosa es que en el marco estricto de la abstracción el sistema tributario se conciba idealmente, y otra que haya necesidad de conectarlo con la realidad si se quiere que, del maridaje resultante, surja algo realmente útil y efectivo.

Quiere decirse con ello, que partir de la base de que la imposición directa, por ejemplo, tiene mayor capacidad redistributiva de rentas que los impuestos sobre el gasto y consumo, es algo que aun siendo cierto en abstracto, puede no verificarse en una realidad concreta. En rigor, importa menos la conceptuación teórica de las figuras tributarias que se creen, que su eficacia práctica. Si la fiscalidad indirecta, en razón a los mecanismos que operan sobre la realidad, se transmuta en directa, habrá de ser tenido muy en cuenta, e igualmente el supuesto inverso.

La estructuración del sistema tributario ha de hacerse, en definitiva, en función de la realidad socio-económica sobre la que deba actuar.

5. *Incidencia positiva y negativa*

En vía ejemplificativa piénsese, sino, en la influencia y efectos que pueden producir determinadas medidas tributarias con fines extrafiscales de equilibrio y desarrollo económico. De todos es conocida la utilización de exenciones y desgravaciones como aliciente para determinados fines, tales como autoinversión de empresas, fomento del ahorro, afanes de reactivación, etcétera. Cuando esas exenciones, desgravaciones, reducciones y

deducciones se utilizan con miras extrafiscales, cabe en lo posible que se comporten de modo opuesto al deseado desde la perspectiva redistributiva. Tales exenciones, no pretenden perfeccionar el sistema tributario sino utilizar el mismo para objetivos que, si no tienen por qué ser contradictorios, pueden, no obstante, llegar a serlo, aun cuando dentro del sistema se siga hablando de afanes redistributivos, que, en rigor quedan marginados o al menos relegados a secundario plano.

De ahí, que la incidencia de la fiscalidad en la política redistributiva de rentas, pueda ser lo mismo positiva que negativa, por más que se procure, en abstracto, la utilización del sistema tributario como medio corrector de desigualdades económicas, pues, conseguirlo o no depende menos de enunciados generales, que de acertada concepción y correcta aplicación del sistema a la realidad concreta. El tema, ciertamente, es vidrioso y de difícil reconducción a coordenadas que permitan ver con perfecta claridad. Pero es obvio, que al amparo de determinados objetivos, aun propugnando redistribución de rentas a través del sistema tributario, lo que se consigue es dificultarlo, al actuar el sistema no como instrumento idóneo y útil para el objetivo redistributivo, sino prácticamente como medio a través del que se dificulta aquella redistribución.

De similar manera, la proliferación del fraude puede desvirtuar la bondad del sistema tributario por más que en su concepción haya prevalecido la idea de la función redistributiva. La inaplicación del sistema, aunque sea parcialmente, puede producir efectos contrarios a los esperados.

6. *Conclusión*

Parece del mayor interés, tomar en consideración la posibilidad de que la fiscalidad, en su dimensión aplicativa, pueda no ser instrumento adecuado para fines redistributivos, y que, por el contrario, induzca a mayor acumulación de riqueza para unos, en detrimento de otros. Ello no significa, por supuesto, negar la utilidad de la fiscalidad para los indicados fines, sino simplemente subrayar la significación que tienen determinadas medidas y la relevancia que posee la estructuración de un sistema tributario tras previo conocimiento de la realidad.

Esto es importante destacarlo, sobre todo en unos momentos en que parece darse ya por descontado y por seguro, que siempre la fiscalidad constituye ayuda para el logro de objetivos redistributivos. Ahí hay, o puede haber, mucho de sofisma y poco de verdad, ya que no es la fisca-

lidad "in genere" la que produce redistribución de rentas, sino el empeño que se ponga en que este objetivo se logre en razón de sus principios inspiradores y de las valoraciones políticas que prevalezcan. No se olvide que bajo la capa de una fiscalidad al servicio de la redistribución de rentas, puede esconderse un sistema tributario que, en rigor, dificulte y perturbe tal redistribución.

Decir cuanto antecede como esbozo de un tema, que, como el de la redistribución de rentas, tiene tan profunda enjundia y actualizado interés, parece oportuno, sobre todo en el marco del amplio temario que se trata en estas Jornadas de Estudio.

En el comienzo de una nueva era económica, puede ser sumamente útil, por cuanto, cara al futuro se hace necesario y hasta resulta indispensable someter la fiscalidad a profunda revisión para que pueda cumplir los objetivos que la sociedad le demande entre los que, la función redistributiva de rentas, ocupará, sin duda, lugar cimero.

LA FORMACIÓN DEL EMPRESARIO: SU INCIDENCIA EN EL CONTEXTO ECONÓMICO-SOCIAL FUTURO

MARIANO CAPELLA SAN AGUSTÍN

Si algún tema puede resultar hoy apasionante para el estudioso de las cuestiones socieconómicas, ninguno tanto como el elegido por la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras para estas jornadas de Estudios: "Perspectivas de la Economía Mundial: el comienzo de una nueva era económica".

Nos encontramos inmersos en un mundo que evoluciona, que cambia, en todos los sentidos, con una velocidad desconocida, insospechada y casi incontrolable. Tal vez lo fáctico ha desbordado el campo sacrosanto de las ideas. Tal vez sea esta cuestión primordial en un supuesto de interacción posibilidades-deseos, que busca hacerse operativo en pos de la configuración, nunca desinteresada, del futuro.

Pues bien, la empresa, el empresario, en este nuestro mundo socio-económico son columna, eje, pivote, motor y célula viva. Entonces parece obligado pararse a meditar sobre que es hoy la empresa, qué significan ella y el hombre, el empresario. ¿Cuál será su evolución en el próximo futuro? ¿Cómo se desearía esa evolución? ¿En que ámbito económico-social se llevará a efecto y cómo contribuirá a configurar éste? y pasando a un terreno más pragmático: ¿Cabe de algún modo preparar al empresario, al director de empresas para enfrentarse a estas cuestiones?

Se trata de evitar que las técnicas marchen por delante de las ideas, grave paradoja que se achaca a nuestros días.

De aquí la elección de "La formación del empresario: su incidencia en el contexto económico-social futuro" como tema de este trabajo, de estas notas, sería mejor decir, ya que su amplitud es tal que podría justificar por sí solo unas jornadas de estudio.

Probablemente bastaría con lo expuesto para destacar lo más importante: recordar la incidencia y trascendencia de la formación del empresario en la estructura y funcionalidad de la sociedad. Aquí y ahora, solamente cabe arañar la superficie de estas cuestiones.

El papel a desempeñar por el director de empresas, su preparación para estas tareas, constituyen temas que se hallan en primer plano de la actualidad en todos los países, cualquiera que sea su ideología política y sus esquemas y planteamientos económico-sociales.

Asegurar un elevado grado de eficiencia en su labor, mentalizarlo con respecto al cambio, a la evolución deseada, o inevitable, encauzando su actuación, son necesidades a las cuales se hace necesario proveer.

Evolución histórica

Hasta bien avanzados los años 60, en Europa todavía era válida la afirmación de Fayol en 1916. "Administrar es a la vez prever, organizar, encomendar, coordinar y controlar".

La dirección de la empresa se articula en varias facetas:

— Conocimiento de los hechos y comparación con la previsión efectuada.
— Elección de fines.
— Organización de los medios.
— Estructura, delegación de autoridad, descentralización.
— Problemas humanos, selección, formación, motivación.
— Control y mantenimiento de la autoridad.

La filosofía última radica en el culto al beneficio. Éste mide la eficacia. Su maxificación implica consideraciones de riesgo y de mantenimiento de permanencia en el tiempo. La evolución adoptiva se hace precisa y posible en un contexto, dominado por unas condiciones de cierta estabilidad. La organización busca fundamentalmente "economías de escala", sin considerar la interacción con el entorno.

Pero en estos años, las empresas se hacen mayores, más complejas. Los mercados se ensanchan, se produce la "revolución del ordenador". El producto no es ya el centro, la razón de ser de la empresa, pasando este papel al mercado, al "servicio al cliente". Se produce lo que se espera vender, no al revés. La innovación asume una nueva importancia. En re-

sumen el entorno ha cambiado y ha cambiado con inusitada rapidez. La empresa y su dirección deben cambiar también si han de cumplir su papel.

El ordenador posibilita manjear operativamente una gran cantidad de información. En cierto modo los problemas rutinarios dejan de ser problemas para el hombre. Cabe la "gestión por excepción".

Los modelos matemáticos, las técnicas de simulación, la investigación operativa, ahorran tiempo, tanteos y trompicones en la marcha empresarial. Es posible soñar sueños cuantitativos si se nos permite la expresión.

Cabe una prospección del entorno hasta el momento muy difícil de realizar. La decisión se ha de buscar en el futuro más que en el presente.

El profesor JARS afirma: "no se puede dirigir el pasado ni tampoco el presente que es un instante transitorio y fugaz. Sólo el porvenir es susceptible ser dirigido".

La creatividad, la innovación se hacen imprescindibles, la utilización de unos medios concebidos estáticamente, se torna dinámica. Los fines determinan los medios, no a la inversa. En caso de dificultades la empresa debe ser capaz de readaptar sus medios y dispositivos a la nueva realidad y eso a pesar de las rigideces institucionales existentes en muchos países.

Las estructuras se desarrollan ya no sólo por funciones, sino preponderantemente, por fines, por objetivos. Se han denominado a veces estructuras cruzadas, en "matriz".

El hombre ha de adquirir otro relieve. La dirección participativa por objetivos, entraña una concepción diferente. La promoción, la formación permanente se hacen premisas necesarias.

Cabe ahora un desenvolvimiento empresarial basado en la planificación, no sólo en el aprendizaje. Tal vez en el aprendizaje planificado.

En resumen, la empresa intenta prever su futuro pero no un futuro de cariz determinista, sino un porvenir querido, escogido por ella dentro de un entorno, que ella modifica en cierto sentido y que al mismo tiempo la condiciona.

¿Acaso los hábitos de consumo actuales no son una consecuencia de la política de las grandes empresas? y estas empresas gigantes, a su vez, ¿no son respuesta obligada al entorno económico, social y político de nuestros días?

Posteriormente el reto, el desafío se hace más intenso, ya no basta la consideración de la eficacia económica. El impacto de la sociedad, de sus ideas, se vuelve más y más sutil y trascendente. Satisfechas sus necesidades

primarias el hombre se siente más y más persona pensante y desea satisfacciones más y más sofisticadas, más y más espirituales.

Es el momento de considerar el ámbito ecológico, los conflictos entre los intereses económicos de la empresa y los intereses socio-políticos de la comunidad. Los aspectos humanos de calidad de vida, de realización humana, de coste social pasan a primer plano. En el campo interno y en el externo nacen problemas derivados no sólo de "qué debe hacerse", sino de "cómo" debe de ser hecho. Consideraciones morales, de dignidad, de coste social juegan su papel paralelamente a la simple eficacia económica, o al menos, deben jugarlo y en ese camino la empresa varía, debe variar, pues se ha modificado el contexto y se han producido fuerzas y tensiones diferentes.

La tecnología del "management", como manifiesta IGOR ANSOFF, profesor de la Universidad de Vanderbilt, es muy reciente.

Como siempre sucede, en sus comienzos buscaba soluciones únicas, exclusivamente ellas correctas frente a un problema planteado. En otros términos, se rendía culto al óptimo, al máximo, a lo perfecto. Pero los modelos eran muy simplificados, abarcaban facetas muy específicas de un conjunto complejo y a veces las soluciones óptimas eran incompatibles entre sí y olvidaban por otra parte, la existencia de incertidumbres de muy difícil control.

En una segunda etapa se pasa del estudio de las similitudes, a la consideración de las diferencias.

En este punto son importantes las aportaciones de CHANDLER, *Strategie and Structure* y de LAWRENCE y LORSCH, *Organization and Environment,* subrayando la importancia del entorno sobre la estructura.

Se ha pasado de la consideración interna de la organización con un elevado grado de inercia al entronque de aquella con el medio en que se desenvuelve.

Diversos tipos de relación entre la empresa y el mundo exterior constituyen distintas "estrategias" posibles, en terminología de CHANDLER.

Estas estrategias imponen determinados tipos de comportamiento interno, que se resuelven adaptando la "estructura" a aquellas estrategias.

Al fin y al cabo los componentes fundamentales de una estructura, que son:

a) Los principios de organización.
b) Las tareas a realizar.
c) Las roles a asumir.
d) Los vínculos entre tareas y roles.

han sido afectados por el cambio actual.

Los principios de organización superan ya la rigidez que dimanaba de la búsqueda de unas economías de escala. Junto a las tareas individuales, surge la idea de una tarea colectiva en cierto modo unitaria y con individualidad propia.

La dicotomía entre directores y ejecutantes con sus funciones de autoridad, decisión y responsabilidad por un lado y por la otra parte de sujección, tiende a ser superada por la mutua asociación a tareas antes jerárquicamente separadas.

Las relaciones entre papeles a desempeñar y tareas a ejecutar también cambian en el sentido de poner el énfasis en los vínculos de información y cooperación, más que en los de simple autoridad.

La relación estrategia-estructura opera en ambos sentidos. El conjunto de empresas modela el entorno y éste influye en la empresa.

De aquí que la futura estructura empresarial deberá estudiarse en este contexto de interacción continuada.

Entonces la empresa presentará, deberá presentar siguiendo a ANSOFF unas capacidades:

1) *Capacidad de reacción estratégica*

Viabilidad y rentabilidad deben mantenerse ante los cambios económicos, políticos y sociales.

Condicionantes de esa capacidad serán { creatividad, receptividad a las nuevas ideas, adaptación.

2) *Capacidad de reacción competitiva*

Exige:

Organización capaz de obtener el máximo de sus posibilidades ante concurrencia y cambios clientela. Conocimiento y acción mercado.

3) *Capacidad de reacción eficaz*

Producir al más bajo precio, en las mejores condiciones. Estudio costes, incluso administrativos y comerciales, control.

4) *Capacidad de reacción estructural*

Organización capaz de adaptarse a los cambios del tipo de reacción ante lo externo. Precisa un inventario de recursos y potencial de la empresa y su movilidad y un ambiente abierto a los cambios de responsabilidad y reparto de los recursos.

Actualmente y con consideraciones no exclusivamente económicas son precisas además otras capacidades.

5) *Capacidad de reacción de comportamiento*

Exige que la empresa tenga en cuenta objetivos no económicos, aspiraciones y deseos de sus colaboradores individuales. La propia realización de las personas.

6) *Capacidad de reacción ante su imagen frente a la Sociedad*

Exige que la empresa sea capaz de relaciones satisfactorias con los distintos componentes del entorno: políticos, sociales, mundo de las ideas.

Cada vez es mayor la interacción y puede incluso depender de ella la pervivencia empresarial. Temas ecológicos, sociales, calidad de vida y otros similares cada vez alcanzarán mayor trascendencia.

7) *Capacidad de reacción política interna*

Aseguración de poderes en la empresa ante las distintas fases de desarrollo industrial y social.

La estructura concebida en función de sólo erigencias económicas ha de contar cada vez más con otros elementos. La congestión y problemas similares se hallan posiblemente a la vuelta de la esquina.

Con todo ello se pretende que las estructuras en lugar de seguir a la estrategia, busquen anticiparse a las necesidades de las estrategias futuras. Esto es importante y decisivo.

Históricamente la capacidad de reacción ha ido siendo más elevada en cuanto a extensión e intensidad al pasar de una organización funcional a otra de tipo divisional y posteriormente a las de tipo cruzado, de matriz.

Tal vez el futuro radique en la ampliación de un estructura con un poder único de reacción dominante a otras múltiples estructuras, de organización "multi-cultura", en terminología de ANSOFF, cada una de ellas con su organización propia, sus valores, sus sistemas y sus participantes, sus tareas y sus roles.

Se renuncia en parte a las ventajas de la uniformidad sustituyéndolas por la múltiple capacidad de reacción. Ello implica un nuevo management, un "management de integración" que garantice la comunidad e interacción. En esta pluralidad, cada estructura simple reacciona con mayor prontitud y eficacia a un determinado estímulo y entre todos cubren todos los frentes.

Esto en definitiva no es un descubrimiento, es simplemente la implantación en la empresa de un entramado normal en el mundo actual.

Podría caerse en el error de pensar que todo esto no son sino elucubraciones más o menos científicas, futurología muy poco vinculada a una realidad pragmática, pero de que eso no es así, dan fe algunos hechos altamente significativos.

Así, la Conferencia que anualmente celebra la E.F.M.D. (European Foundation for management Development) que agrupa a los más prestigiosos Centros de formación en Europa, ha escogido como tema de discusión para la que celebrará en Manchester el próximo mes de junio el de "Responsabilidad social de la empresa y efectividad económica". Como manifiesta el Boletín de la misma de diciembre de 1974, podrían llegar a invertirse los términos y hablar de "Responsabilidad económica de la empresa y efectividad social". Hoy se pueden disociarse lo económico y lo social. Ha recogido hasta el momento estudios monográficos y opiniones autorizadas de catorce países sobre la posición del ámbito empresarial, las empresas y el grado de introducción en los programas de formación de los Centros de cada uno de ellos, de cuestiones tan ligadas a los objetivos de la empresa como son:

— La participación de los trabajadores a nivel de Dirección General.

— La participación de los trabajadores a nivel de organización de taller o de grupo de trabajo.

— La remodelación de tareas para mejora de la satisfacción en el trabajo.

— La contabilidad social y la auditoría social.

— El consumerismo.

— La eliminación de la discriminación en el empleo.

— La adaptación libre y automática de las plantillas de personal a las necesidades del empleo.

— El efecto de las operaciones de la empresa en el entorno físico.

— La formación y la educación de los jóvenes.

No cabe duda de que en cada uno de estos campos cabe esperar en la nueva era económica enfoques diferentes y en algunos casos abiertamente opuestos a los que la empresa ha sostenido tradicionalmente o que mantiene en la actualidad.

Por otra parte es la misma estructura empresarial la que incluso de manera oficial viene, aunque indicativamente, cambiada en algunos de sus fundamentales aspectos.

En este terreno podríamos situar el informe que sobre la reforma de la empresa fue entregado el 7 de febrero pasado al presidente GISCARD D'ESTAING por el comité de estudios presidido por el ex ministro PIERRE SUDREAU, el cual contiene más de setenta propuestas para adecuar la legislación a las transformaciones experimentadas por la sociedad en relación con la empresa. Este informe será objeto de una discusión a nivel nacional al final de la cual el Gobierno Francés podrá sacar sus propias conclusiones y presentar al Parlamento uno o más concretos proyectos de ley.

Entre las propuestas más interesantes citamos:

— La elaboración anual de un Balance social construido en base a datos particulares que vienen definidos como "indicadores sociales" y que permitan la valoración de la estructura de la empresa en su aspecto humano. Se sugiere el establecimiento, incluso en la planificación a largo plazo, de objetivos específicos para la mejora de las condiciones de trabajo que si son obtenidos supondrán una mejora en el citado Balance social.

— El reconocimiento de la libertad del trabajador a opinar sobre el contenido de su trabajo.

— La promoción de la medicina del trabajo y un nuevo papel para el médico de empresa.

— La ubicación de los Centros de decisión a los niveles más próximos a los ejecutivos.

— La amplia difusión de la información en el interior de la empresa.

— La participación obrera en el control de la gestión.

— La caducidad de los altos puestos directivos de la empresa (los presidentes y directores generales no podrían ejercer más de tres mandatos de tres años de duración cada uno).

— La paulatina extensión de la participación de los trabajadores en los beneficios de la empresa.

— El establecimiento a nivel sectorial de mecanismos de ayuda para las empresas del sector que pasen por momentos de dificultad.

— La creación de un organismo de asistencia que podría llegar a la intervención directa en empresas con dificultades, estableciendo planes de saneamiento económico.

— El reforzamiento de las organizaciones de consumidores, financiándolas a través de un porcentaje de los gastos publicitarios.

Los citados, no son sólo ejemplos escogidos con mayor o menor fortuna, de una evolución que se está produciendo tanto en el marco de actuación de la empresa como en su misma estructura interna.

Los Centros especializados en la formación de directivos tienen la obligación de detectar con la antelación suficiente tales cambios, integrando su tratamiento en los programas de enseñanzas que impartan.

Éste, junto con la actualización permanente de los métodos pedagógicos y de las nuevas técnicas de gestión que forzosamente generará la nueva era económica, se constituye en los objetivos fundamentales y a la vez en la justificación social de las Escuelas especializadas.

Una grave responsabilidad muy difícilmente atendible en instituciones tipo Universidad Clásica, por lo que precisa el interés, la mentalización y el esfuerzo de todos en el ámbito personal e institucional.

LA FUNCIÓN DE LAS EMPRESAS MULTINACIONALES EN EL DESARROLLO Y LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA

Francisco Granell Trías

Las empresas mutinacionales están mejor equipadas ideológicamente para aceptar el mundialismo geocentrista que los mismos Estados nacionales; pues mientras hay fusiones entre dichas multinacionales, los Estados difícilmente soportan las renuncias de soberanía que implican uniones entre ellos cuando se trata de ir más allá de la creación de una mera zona de libre cambio o una simple unión aduanera.

Por ello, como ha sido señalado por Howard Pearlmutter, la gran movilidad en las decisiones de inversión de tales grandes empresas y su influencia en las relaciones políticas entre Estados, hacen que las multinacionales deban ser consideradas, hoy en día, como un auténtico actor en las relaciones internacionales, al mismo nivel, e incluso superior por su propia potencia financiera, que los estados-nación en su concepción clásica, en función de la asimetría de poder de la que ya habló Perroux al referirse a los efectos de dominación entre grandes multinacionales y pequeños países.

Según los estudios de las Naciones Unidas la producción internacional efectuada por las multinacionales en plantas que no sean las del país de origen supera ya el volumen del comercio internacional.

Creo, en esta disyuntiva, que el tema de las multinacionales es obligado en estas sesiones organizadas por la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras sobre "Perspectivas de la Economía Mundial: el comienzo de una nueva era" y, es por esto que haré una serie de disquisiciones sobre su actualidad y futuro en la economía internacional.

Repasaré, primero, la delimitación del fenómeno; veré, después, los

factores explicativos de la expansión de las multinacionales; me detendré, a continuación, en la posición actual de las multinacionales, para concluir con una breve referencia a la discusión entablada en torno a los efectos de estas entidades sobre el desarrollo. Todo ello me permitirá hacer algunas predicciones sobre el futuro de las multinacionales.

Quiero dejar constancia, aunque en el desarrollo de la charla será un aspecto que pasaré por alto, que los aspectos políticos que hay que considerar en relación a las multinacionales son incluso más importantes que los económicos que suponen. Vaya pues mi disculpa para aquellos que hubieran querido oír un análisis político de la manipulación de poder mundial que realizan ciertas multinacionales aprovechando la fuerza que les confiere su potencia económica.

1) *La delimitación del fenómeno*

El fenómeno de las empresas multinacionales no es nuevo, pues ya existían empresas con actividades en varios países hace siglos, pero sólo últimamente he venido siendo analizado por una abundante y un tanto desorientada bibliografía.

Existen divergencias terminológicas importantes que no han podido hasta ahora ser superadas; ni siquiera existen criterios estrictos de definición sobre la verdadera multinacionalidad o internacionalidad de un firma: reparto de competencias entre accionistas de una pluralidad de países, composición del consejo de administración, nacionalidad de sus ejecutivos, número de países donde hay puntos de venta, situación fiscal, actividades en cada país, etc.

Técnicamente las inversiones internacionales que vienen efectuándose por las empresas multinacionales son de diferente tipo a las tradicionalmente aceptadas por el Fondo Monetario Internacional como inversiones directas, pues, en muchos casos, hay trasiegos mínimos de capitales entre fronteras, y los ligámenes de una multinacional con sus filiales radican en la cesión de patentes, control de precios, utilización de equipos, etc.

Se puede decir, en este sentido, que falta una teoría sobre los movimientos internacionales directos de capitales en la línea en que, en su día, autores como Nurkse, Ohlin o Iversen, definieron la teoría de los movimientos de capitales de cartera. Es más, se podría decir, que las empresas multinacionales deben ser estudiadas fundamentalmente según criterios

de la teoría de la organización monopolística y oligopolítica, y con criterios mixtos macro- y microeconómicos.

El análisis de las empresas multinacionales abre, por otra parte, nuevos campos de estudio a la teoría del comercio internacional, que si hasta ahora se había pensado para transacciones entre firmas independientes, debe partir ahora de la base de que una parte de las transacciones comerciales, la difusión tecnológica, la negociación colectiva transnacional de salarios y otros asepectos conexos, se definen precisamente en base a acuerdos entre empresas ligadas.

Estas ideas permiten decir que las empresas multinacionales constituyen actualmente el único fenómeno que comporta una auténtica mezcla de los cuatro aspectos fundamentales en que se ha basado la internacionalización de la economía de los últimos años: el crecimiento del comercio, o lo que es lo mismo, el movimiento de bienes entre fronteras, el movimiento de personas a través del turismo y las migraciones de técnicos y personal no cualificado, los movimientos de capitales en su concepción más amplia y los movimientos de ideas, o sea, la difusión internacional de la tecnología.

2) *Los factores explicativos de la expansión de las multinacionales*

Diversos aspectos han potenciado el desarrollo espectacular que las inversiones internacionales y las empresas multinacionales han experimentado en los últimos años. Se sabe que, hasta la Primera Guerra Mundial, las inversiones internacionales posibilitaron el desarrollo de países tales como Estados Unidos o Australia, pero después roto el patrón oro, y abolido el predominio de Gran Bretaña en la esfera mundial, las inversiones internacionales han languidecido hasta el predominio de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

Además de la posición norteamericana han hecho también reactivar las inversiones interacionales las posibilidades abiertas por el Plan Marshall, la liberalización operada en el plano de los pagos internacionales a través del Fondo Monetario Internacional y la OCDE, y la liberalización comercial generada en el seno del GATT.

Aspectos extra-institucionales han venido a sumarse a estos factores promotores de la ampliación y extensión de las multinacionales. Los avances tecnológicos más importantes han sido controlados por las grandes

organizaciones que, asimismo, han trabajado a fondo en la diferenciación de productos en que se basa en parte la competencia imperfecta. La rapidez de maduración de los productos, en el sentido enunciado por RAYMOND VERNON, ha posibilitado que las fuerzas centrífugas de las grandes empresas multinacionales llevaran al extranjero actividades productivas cuando la demanda podía ser mundial.

En la propia organización de las empresas se ha pasado de la antigua concepción de una planta instalada en una ciudad abasteciendo del producto obtenido por un solo proceso productivo a una región, a la elaboración de numerosos productos en numerosas plantas a través de lo que se ha venido a denominar el multi-proceso horizontal. Ello, unido con el auge internacionalizador de la economía, búsqueda de materias primas, trabas al comercio directo que ha tenido que ser suplido por procesos de inversiones, en la línea de lo que HOBERT MUNDELL ha denominado el proceso sustitutivo entre inversión y comercialización, y otros más, han actuado como factores básicos del proceso de expansión de las multinacionales.

3) *La posición actual de las multinacionales*

En la actualidad las multinacionales tienen gran prepotencia económica, si se compara con la de numerosos países, y ello ha dado lugar a que el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas haya empezado a trabajar desde marzo de este año en la elaboración del primer código de conducta, especie de reglamento internacional, al que deberán atenerse las empresas transnacionales de los países miembros de la Organización de las Naciones Unidas. Sin embargo, esta aproximación se avera como no excesivamente realista, pues la diferente poblemática de las empresas y de los países en su situación hace difícil que cualquier iniciativa de un patrón uniforme pueda ser acetable para todos.

Las grandes empresas multinacionales son en su mayoría norteamericanas, pero los grandes grupos europeos y japoneses han empezado, también, a ocupar posiciones importantes dentro de la división internacional de la producción.

En 1974 se han producido cambios, además, en lo que se suele denominar "ranking" de las grandes multinacionales, asistiéndose a una escalada importante de las empresas petroleras a los lugares de honor desplazando a las multinacionales de otros sectores. Así, tras 20 años en que la

General Motors figuraba como la primera gran empresa transnacional, en 1974 la Exxon Corporation ha pasado al primer lugar, y ello da mucho que pensar en relación a la pérdida de poder de las empresas del sector del automóvil a costa de otros sectores, aunque, en el caso concreto del petróleo, las continuas presiones de nacionalización en muchos países productores hacen temer que el futuro de las empresas multinacionales será el de unidades de gestión técnicas, sin que el contenido de la propiedad de las firmas juegue un papel tan relevante como hasta ahora. En esta línea, podría decirse que la experiencia de las que se han denominado las empresas transideológicas entre Oriente y Occidente, desarrolladas desde 1970, podría marcar una pauta importante que habría de tenerse muy en cuenta.

He aquí ahora de las doce empresas más destacadas y su posición en el "ranking" anterior y al cierre de 1974:

LAS GRANDES EMPRESAS NORTEAMERICANAS EN 1974

Ordinal 1974		Ordinal 1973	Volumen ventas millones $ USA
1	Exxon Corp.	2	42.061
2	General Motors	1	31.550
3	Ford Motor	3	23.621
4	Texaco	6	23.255
5	Mobil Oil	7	18.929
6	Standard Oil California	11	17.191
7	Gulf Oil	10	16.458
8	General Electric	5	13.413
9	IBM	8	12.673
10	ITT	9	11.154
11	Chrysler	4	10.971
12	U. S. Steel	13	9.186

Fuente: Fortune, mayo 1975.

Hoy en día, el fenómeno de las empresas multinacionales fundamentalmente es el de las inversiones entre países ricos y no sólo el antiguo

movimiento de capitales de países desarrollados hacia países subdesarrollados para movilizar inversiones coloniales de exportación de materias primas. Ahora, y al margen del poder del petróleo, las grandes multinacionales producen en el mercado local o para la exportación, y sólo en países con alta renta encontramos mercados apropiados para el desarrollo de sus actividades.

En este debate no hay acuerdo sobre si la empresa multinacional corresponde a la expresión máxima de la concentración capitalista e imperialista como han afirmado MAGDOFF y SWEEZY, o si corresponde a la simple diferencia de tasas de crecimiento producida por la mayor eficiencia de las multinacionales a la que se ha referido DUNNING. La polémica doctrinal imperialismo-supercapitalismo que subyace, en el plano político, a todo el debate técnico-económico, es evidente.

4) *La discusión sobre sus efectos sobre el desarrollo*

Evidentemente, dentro de este contexto de discusión, es imposible que haya un acuerdo global sobre si el impacto de las multinacionales sobre la economía y la sociedad de cada uno de los países es positivo o negativo. Cuando autores, como HOROWITZ, hablan del fantasma anti-comunista y del "American way of life", y otros, como HARRY JOHNSON, se refieren simplemente a que por su misma naturaleza la empresa multinacional debe maximizar sus propios beneficios sin atenerse a consideraciones sociales respecto al país en que actúa. Se comprende que KINDLEBERGER se haya referido a que desde la pura aceptación pasiva respecto a las multinacionales, que se producía en otras épocas se haya pasado a la aceptación activa en base a políticas de atracción de inversiones o a políticas de rechazo activo, impidiendo la entrada de multinacionales o nacionalizando las empresas.

De esta manera, la discusión técnico-económica contemporánea sobre si la empresa multinacional crea desarrollo o fricciones dentro de los Estados o entre éstos, y si las empresas nacionales contribuyen a una difusión del bienestar, una redistribución del poder monetario, una acentuación de los desequilibrios monetarios internacionales, contribuyen o no positivamente al desarrollo complementando el ahorro local, cubriendo déficits de la balanza de pagos, mejorando la tecnología, generando empleos o llenando la brecha directivos de empresa, queda en un plano muy secundario ante los planteamientos radicales nacionalistas o sindicalistas en que la dialéctica

se centra más en aspectos políticos, sociales y culturales que en aspectos puramente económicos.

Así se explica que los recientes estudios de la ONU, la Organización Internacional del Trabajo, el Banco Mundial o la propia CEE, no hayan servido para calmar las tensiones y que la búsqueda de nuevas fórmulas de cooperación entre multinacionales y Estados acapare muchos esfuerzos.

5) *El futuro de las multinacionales*

No puedo acabar esta intervención sin referirme a las incógnitas que gravitan sobre el peso futuro de las multinacionales en la economía mundial. Hay quienes consideran que la época dorada de las multinacionales ha pasado debido a las presiones nacionalistas que se están produciendo; y autores como POLK o SERVAN SCHREIBER, piensan que el año 2000 la mitad del Producto mundial bruto será controlado por las 200 o 300 primeras grandes empresas multinacionales. El abismo entre ambas posturas difícilmente puede salvarse, más si cabe, porque la objetividad resulta imposible en este campo, como igualmente resulta en otros numerosos campos de análisis de las ciencias sociales.

Hoy, decía al principio, la producción internacionalizada de las empresas supera al comercio mundial, y no es fácil que las multinacionales pierdan su peso internacional mientras cuenten con el apoyo de sus países-sede.

Es posible que las multinacionales sean socializadas, más controladas, o que deban someter su gestión a determinadas cortapisas nacionales o, aún, internacionales, pero, incluso así, su función técnico-económica es insustituible y lo será cada vez más en el futuro de las relaciones económicas internacionales, pues la difusión de capitales y técnicas que permiten no puede, hoy por hoy, ser asumida por los estados-nación cargados de prejuicios nacionalistas.

INFLACIÓN Y LAS DECISIONES FINANCIERAS EN LA EMPRESA

SANTIAGO GARCÍA ECHEVARRÍA

El problema de la inflación, y de aquí en adelante vamos a hablar principalmente de inestabilidad, domina actualmente el mundo económico y financiero, por no decir incluso hasta el político.

La situación de los últimos meses se encuentra caracterizada por una amplia y compleja situación de inestabilidad y el fenómeno de inflación salta a un primer plano como uno de los componentes más importantes de esta inestabilidad. La inestabilidad ciertamente no solamente se debe al componente inflación, hay otros componentes como las materias primas, pero la estabilidad del valor monetario, salta ya, en los últimos meses en casi todos los países centroeuropeos al primer rango de los objetivos del país. El problema de la fijación de prioridades o preferencias entre los objetivos de estabilidad monetaria, pleno empleo, equilibrio de la balanza de pagos, crecimiento económico, y justa política de rentas se ha planteado en particular en Alemania, Francia, Suiza y en casi todos los países industriales en torno al problema de que hay que buscar una estabilidad monetaria y ello de forma preferente sobre otros objetivos, aunque no siempre se haga explícito por motivos políticos.

La importancia de la inestabilidad del valor monetario no se debe, como normalmente se arguye, sólo a que provoca injusticias en la distribución patrimonial y de rentas, como de hecho es, sino que además de su incidencia en la allegación de recursos, la inestabilidad del valor monetario lleva también a poner en peligro el sistema político-económico, quiere decir, a plazo medio y largo que ningún sistema económico en régimen de economía de mercado, e incluso me atrevería a incluir también determinadas economías dirigidas centralmente, pueden soportar una inestabilidad en el

sistema monetario. Ningún sistema puede ser estable, por lo tanto, si no logra y garantiza el valor monetario, como la unidad de medida de todos sus procesos económicos.

Últimamente se ha podido oír y leer frecuentemente tópicos como "hay que acostumbrase a vivir con la inflación", y enseguida se recurre al caso empírico de ciertos países que también viven con el 180 % de inflación o el caso "típico" que ahora está muy de moda del Brasil en las comparaciones de este tipo. No es mi intención entrar aquí en tales discusiones ya que no creo que tengan validez alguna para nuestros efectos ni para justificar tópicos de este tipo.

Aquí vamos a centrarnos en el análisis sobre a qué se debe o cuáles son las causas fundamentales de la inflación. La inflación se debe a comportamientos de los distintos individuos o grupos de individuos que toman decisiones. Y ¿dónde las toman? Las toman dentro de tres grupos: Por una parte tenemos las economías domésticas, es decir, los que toman decisiones en cuanto a la consecución de recursos, ingresos y en cuanto a la utilización de los mismos, consumo e inversión, ahorro; en segundo lugar, tenemos a los comportamientos de los individuos que actúan en la empresa privada, las empresas, y el tercer grupo es el propio sector público. Es decir, el análisis de la inflación habría que centrarlo en el análisis de los comportamientos de estos tres grupos. Aquí no vamos a analizar los tres grupos, vamos a analizar solamente uno de ellos, el empresarial; la problemática de los comportamientos de las unidades domésticas, de por qué ahorran o no ahorran, por qué consumen o no consumen, por qué obtienen unas rentas u otras, es otro problema aparte y lo mismo ocurre con respecto al sector público.

Además nos vamos a preguntar primeramente, cómo influye la inflación en las decisiones que tienen que tomar los responsables en la empresa, y cómo deben configurar estos responsables sus decisiones teniendo en cuenta los estados de inestabilidad en los propios sistemas económicos. En segundo lugar vamos a ver cuáles son los instrumentos de que puede disponer un empresario para "adaptarse" en sus decisiones a un estado exterior en el cual, en principio, parece que no puede influir y vamos a comentarlos, hasta qué punto esos instrumentos son útiles o llevan, por el contrario, a una situación peor. De los instrumentos más discutidos en estos momentos es la introducción de cláusulas índices, o indización, lo que quiere decir, corregir las unidades monetarias, que como saben ustedes

en todo país es un valor nominalista, una peseta es una peseta, y que se corrigen por un índice. Se habla del índice de coste de vida como uno de los índices de que se dispone. Se trata de buscar cuál es el valor real de los procesos económicos y financieros, es decir, vamos a ver si el instrumento de indización de los componentes empresariales tiene validez; un segundo instrumento es la posibilidad del control administrativo, es decir, fijación de precios o congelación de precios y salarios. Este problema no lo vamos a tocar aquí, pero sí vamos a señalar que solamente es un instrumento de validez a muy corto plazo y la experiencia española y de otros países de los últimos meses ha demostrado su reducido valor a estos efectos. En tercer lugar tenemos las medidas de políticas monetaria y fiscal.

Vamos a concentrarnos aquí en primer término en el análisis de las consecuencias de la inflación. De forma previa quiero exponer cuál es mi enjuiciamiento personal sobre las consecuencias de la inflación.

En un proceso inflacionista, cuyas consecuencias no se limitan al campo económico sino que entran de lleno en todo el campo de la Sociedad, se observa, en primer lugar, que la política de configuración del patrimonio financiero se pone en peligro si se mantienen tasas de inflación superiores a los tipos de interés a largo plazo. La consecuencia importante, lo vemos todos los días, es la huida a los bienes materiales, la inversión de los ahorros en bienes que en muchos de los casos nunca se hubieran comprado si no hubiera sido por ese miedo a perder el dinero y, por lo tanto, los patrimonios financieros de los individuos o bien de las empresas se encuentran en peligro, se encuentran ante una disminución de su valor.

En segundo lugar la inflación desvirtúa la función del tipo de interés, es decir, el interés como fuente de ingresos para el propietario del capital, e incluso como factor de coste para el que lo utiliza, queda totalmente desvirtuado. Como regla intuitiva se puede señalar que en el momento en el que el tipo de interés no llega a cubrir la posible depreciación del dinero, tenemos los intereses negativos, quiere decir, que el que presta el dinero pierde dinero, no solamente no percibe un precio por sus servicios, y el que lo recibe diríamos percibe una remuneración que no tiene que ver nada en absoluto con la gestión que está haciendo con ese dinero.

En tercer lugar tenemos el problema de que el mantenimiento y consolidación del poder adquisitivo se empeora, sobre todo, para aquellos sectores débiles de la Sociedad, es decir, donde más afecta el problema de Política Social.

En cuarto lugar se produce una distorsión unilateral del ahorro patrimonial, quiere decir, que lo que llevaría en situaciones de estabilidad monetaria a decisiones más o menos racionales pasa al campo de decisiones irracionales y en el momento en que no se garantiza el valor real del préstamo o del dinero que se cede, no se llega a tomar decisiones de ahorro. El problema que se presenta a todo aquel que quiere configurar un patrimonio reducido es ¿qué hago con el dinero que tengo ahorrado? ¿compro acciones? ¿compro un piso? ¿qué es lo que hago?

En quinto lugar la función del tipo de interés deja de plantearse en términos válidos y pasa a una medición desvirtuada de las decisiones en las unidades económicas, fundamentalmente el problema de coste que antes hemos mencionado. La inflación influye además en los comportamientos no sólo económicos, sino sobre todo invita a que los grupos de la sociedad fuertemente egoístas, es decir, más especulativos, tengan mayor cabida en las decisiones económicas; esto es, el componente especulativo, sustituye al componente de búsqueda de los resultados más o menos aceptados.

En sexto lugar la concepción de aceptar un proceso inflacionista, esto es, cuando se renuncia al objetivo de estabilidad implica que el crecimiento y plena ocupación del país, se pone muy seriamente en peligro; en esto no quiero insistir más que remitiéndome a la experiencia de los últimos meses. No sólo en España, sino en casi todos los países, todo proceso inflacionista que se haya incrementado fuertemente ha llevado a que no pueda plantearse el objetivo de pleno emplo, sino el problema del paro se produce en todos los países europeos con inflación, además del problema de crecimiento económico, hablándose ya de tasa de crecimiento negativo. A mi entender, es un consecuencia de no haber alcanzado una cierta estabilidad en la unidad monetaria.

En séptimo lugar, y esto creo que es uno de los aspectos más importantes, más tarde o más temprano lleva a medidas dirigistas, es decir, es el proceso ideal para abandonar una economía de mercado competitiva, donde los individuos puedan dar aquella parte más interesante de su capacidad y pasar a economías dirigidas; esta evolución se ha destacado fundamentalmente en la reunión de Zurich del Verein für Socialpolitik en septiembre. En este Congreso se han marcado dos tendencias: La de economía de mercado y la de economía centralista o economía de tipo socialista. Los dos grupos se están diferenciando fuertemente y para unos, para los de

economía de mercado, o se va a una estabilidad monetaria o vamos a perder las posibilidades de seguir viviendo en una economía de mercado libre; para los defensores de un orden centralista con tendencia socialista lo que ven es que la única solución para acabar con el proceso de inestabilidad es llegar a una actuación dirigista empezando por la nacionalización de la banca y siguiendo por otros campos de actividad, y por último — es quizás el punto que más nos interesará — es que con respecto a la empresa, la inflación, provoca una alteración en la unidad de medida de la gestión.

Los empresarios saben perfectamente que, ciertos niveles de gestión en la empresa, por ejemplo, a nivel de fabricación, cuando se está muy cerca de las funciones técnicas, se pueden medir por unidades físicas, toneladas transportadas, toneladas producidas, etc., es decir, por medidas de productividad; pero en el momento en el que se sube en la jerarquía de la empresa, se abandona la pura función técnica y se pasa a medirle a un jefe de departamento o a un jefe de división, siempre en unidades monetarias, es decir, se multiplica la medida física por un precio. Este precio está sometido no sólo a la variación de la oferta y la demanda, sino por la alteración en la unidad monetaria, por lo que me está falsificando los datos que se necesitan para la dirección. Éste es quizás uno de los problemas más graves que nos plantea, sobre todo en la empresa española que tiene en estos momentos que adaptarse a los métodos modernos de dirección. Mi posición previa es la de rechazo total de mantener un proceso inflacionista fuerte como condición previa para una estabilidad de cualquier sistema en el mundo occidental.

Al plantearnos el problema empresarial de la estabilidad del valor monetario, lo vamos a plantear en base a tres preguntas claves:

En primer lugar, ¿influye la inflación en las decisiones empresariales? quiero decir, cuando se toman decisiones en la empresa, ¿se considera la situación de estabilidad o de inestabilidad monetaria? para preguntarnos luego y ¿en qué decisiones es donde verdaderamente influye?

En segundo lugar vamos a preguntarnos ¿si los comportamientos de los responsables de la empresa, yo no estoy hablando de un solo, sino de los responsables de la empresa, influyen, por ser parte, en que exista o no exista estabilidad monetaria? por ejemplo, su actuación sobre los precios de venta.

Y en tercer lugar, si la empresa puede ser o no indiferente al proceso inflacionista en el cual se encuentra.

Vamos a analizar en primer término los objetivos empresariales. Todo empresario tiene uno o varios objetivos con distintas preferencias; el problema que se puede plantear es si ¿tiene la empresa como objetivo la estabilidad monetaria?, y si la empresa persiguiese el objetivo de estabilidad monetaria ¿quién es el responsable? Del objetivo de producción ya sabemos quién es, lo mismo del objetivo de ventas y del objetivo de compras, del objetivo de personal y del objetivo de rentabilidad, pero ¿hay alguien que sea responsable del objetivo de estabilidad?

Para ello vamos a partir de una breve exposición sobre lo que entendemos por empresa. Entendemos siempre por empresa un sistema social, abierto, con distintas jerarquías, con distintos niveles, en los cuales distintos hombres toman decisiones, esto es, tenemos una interpretación pluralista de la empresa como sistema abierto. Dentro de esta interpretación lo que en la empresa no son elucubraciones de ningún otro tipo que no sean más que aquellas que van al análisis de la toma de decisiones; incluso toda teoría, todo planteamiento teórico con respecto a la empresa, debe ayudar a aclarar, a mejorar las decisiones. La empresa tiene básicamente cuatro niveles o dimensiones: tiene una *dimensión física,* una dimensión real, que es, por ejemplo, aprovisionar de factores de producción, dotar con equipos a la empresa, producir, almacenar y vender, es decir, lo que físicamente pasa por una empresa, tiene también una *dimensión formal* o monetaria, o más abstracta, que es todo el campo de la financiación, de los resultados, desde la contabilidad al balance y las estadísticas y el problema de valoración; tiene también una *dimensión social,* en cuanto a lo que directamente colaboran en ese proceso y tiene un dimensión que vamos a llamarla *informativa* refiriéndonos fundamentalmente a los equipos directivos y entiendo el impacto de los equipos directivos en la dimensión informativa. Para tomar decisiones necesita el directivo información y necesita que esa información sea la más adecuada para la decisión que vaya a tomar y que sea al mismo tiempo una información válida, real, del fenómeno que está representando. Tenemos pues un dimensión de los bienes reales desde las materias primas a la mano de obra y los equipos, que producen, almacenan y venden y una dimensión abstracta, una dimensión que recoge el mismo fenómeno expresado en unidades monetarias. Con este planteamiento vamos a ver en dónde o en qué campos debemos de considerar el efecto inflacionista, en dónde tienen incidencia y en cuáles no los tienen.

Se habla últimamente de que dentro del proceso de inflación existe una incidencia empresarial, esto es, se le achaca al empresario que está actuando contribuyendo a que exista una inestabilidad monetaria. Se afirma que el empresario, por otra parte, acepta de forma pasiva las variaciones de precio de los factores de producción. En principio acepta los costes de los factores de producción. Por otra parte, contribuye también porque lo que hace es intervenir de forma activa en la variación de los precios, quiere decir, pasivamente acepta las variaciones y activamente impone las variaciones de los precios. En este sentido se habla de la responsabilidad empresarial dentro del proceso de inflación.

Veamos esta actuación o interpretación de la empresa en un plano analítico. Cuando ha habido coyuntura alta y se produce un alza en los precios de coste la empresa puede transmitir ese alza de los precios de coste al precio de venta, su margen de beneficio, que es su objetivo, más o menos se ve defendido y, por lo tanto, es una situación soportable o admisible. El problema se plantea cuando ese margen se ve reducido, o cuando los volúmenes de producción no se pueden colocar, o cuando esa empresa no está en condiciones de imponer una política de precios, es decir, existe o un mercado de recesión, o existe una competencia que no se lo permite. Lo que sucede es que hay empresas que pueden transmitir los costes por su posición en el mercado y hay otras que no pueden. La inflación lo que produce, ya dentro de su proceso, es desvirtuar el proceso de competencia, es decir, si una empresa por motivos financieros, por motivos de monopolio administrativo, por motivos de aranceles puede imponer unos precios y otras empresas no los pueden imponer, independientemente de que actúen de una forma económica o no, se está desvirtuando el proceso de competencia dentro de la economía de mercado y, por lo tanto, no está dicho *a priori* de que aquellas empresas con mayor capacidad productiva, con mejores situaciones productivas, con mejor equipo, pueda verdaderamente imponerse en el mercado puesto que depende de factores distintos a la propia actividad empresarial.

El objetivo de estabilidad es en realidad, dentro de la empresa, un objetivo de rango supremo; el problema está en si este objetivo la empresa lo esgrime por esgrimir, quiere decir, si el empresario habla de estabilidad porque sí pero lo único que le interesa es ver como defiende la situación en cuanto a resultados, o si ciertamente el empresario está convencido de que tiene que imponer o tiene que coayudar a que se resuelva el pro-

blema de la inestabilidad monetaria. En primer lugar vamos a partir del hecho de que el problema de estabilidad monetaria, por lo que atañe al empresario, es un objetivo de la Alta Dirección, un objetivo de las más altas esferas dentro de la empresa; no es un objetivo de los distintos componentes de la empresa. Lo que implica que cuando tenemos una variación de precios se debe a dos componentes, o varía el precio porque ha habido una mayor oferta y demanda y, por lo tanto, ha habido una variación neta o pura del precio, o ha habido una variación del precio debido a una alteración del valor monetario, la peseta vale menos el producto vale más. Si consiguiésemos separar la variación de precio de esos dos componentes de una forma más o menos exacta, podríamos seguir operando en la empresa, esto es, cuando se hacen los planes de ventas para los próximos 5 años, y se trabaja con los precios actuales se fija cuál va a ser la política de precios en los próximos 5 años, considerando las situaciones de mercado, se establece una posible variación de esos precios. Pero si además hay que introducir la incertidumbre en el precio, incertidumbre sobre como se mide el precio, quiere decir, las variaciones y oscilaciones monetarias, me encuentro con dos tipos de incertidumbre que me hace casi imposible cualquier actuación planificadora. Se puede responsabilizar al jefe de ventas o al director de marketing o comercial que él es el responsable del plan de ventas de los próximos 5 años, 3 años, o 2 años, la responsabilidad de la venta de determinados volúmenes de unidades físicas y de la obtención de unos ingresos; lo que no se le puede responsabilizar al director de marketing es de lo que se vende hoy a 5 pesetas, se venda el año que viene a 10, pero de esas 5 adicionales no se debe a que conseguimos más dinero por el producto o a su gestión personal, sino que antes lo que valía 5, por variaciones del dinero, vale ahora a 10. Por lo tanto, no es un problema o un objetivo de la dirección de marketing, sino que es un problema que se plantea a nivel de la Alta Dirección.

Veamos a continuación los distintos sectores de la empresa:

a) En aprovisionamientos el responsable actúa, lo hemos visto en los últimos meses en todas las empresas de forma que como van a subir los precios de determinadas materias primas, compra todo lo que puede, almacena todo lo que puede, e incluso a coste de la liquidez que tenían. Naturalmente que se han realizado cálculos en el sentido de que si hoy compro a 5 y dentro de 30 días vale a 7, significa un buen negocio el de comprar

toda la materia prima, o todo el papel para el trabajo, etc., que depositándolo en el Banco. La actuación del jefe de aprovisionamiento ha sido, a un plazo muy corto, la de acumular mercancía en el mercado contribuyendo a una alteración de precio, a la inestabilidad. Muchas de las empresas están muy arrepentidas de haber actuado en esta línea, ya que tres meses después no tenían liquidez. No han conseguido diríamos una contribución a la estabilidad. De todas maneras, la incidencia del comportamiento del jefe de aprovisionamiento es muy pequeña en cuanto pueda afectar a la inestabilidad, ya que se refiere a un período de 3 o 4 meses.

b) El responsable de producción en realidad puede contribuir muy poco a la estabilidad o inestabilidad, mayores o menores almacenes intermedios y, en realidad en sus decisiones no tiene cabida el objetivo de estabilidad

c) En cuanto a los equipos, las decisiones sobre inversiones normalmente son decisiones a largo plazo. Lo que domina a la hora de elegir inversiones hoy es si el proceso tecnológico es bueno o malo, es decir, la técnica domina fundamentalmente sobre muchas decisiones económicas; quizás aquí en materia de inversiones más que las inversiones nuevas las que se ven afectadas fuertemente son las inversiones de racionalización.

d) En cuanto a ventas, lo principal del jefe de ventas es realizar unas ventas, garantizar los niveles de ventas y conseguir unos volúmenes de ingresos.

Todos estos sectores en realidad tienen muy poco cabida para el objetivo de la estabilidad y si lo afecta lo es en una medida relativamente reducida pero donde verdaderamente está el problema empresarial es en el circuito formal, en el circuito financiero. ¿Cuáles son las decisiones financieras? El problema dentro de la empresa en cuanto al objetivo de estabilidad debe buscarse en el comportamiento del responsable financiero o de ahí para arriba, puesto que en ellos está la actuación en un sentido u otro de adaptar la empresa a esa situación. Por lo tanto, lo que debemos considerar son dos grandes campos en los cuales va a influir la inflación:

a) En las decisiones de información, quiere decir, en el valor que tengan los sistemas informativos, balance, cuentas de resultados, información de costes, información de cálculo de costes para pedidos, información estadística, etc.

b) De las decisiones de tipo financiero que son las que fundamental-

mente nos van a interesar. Tenemos que tanto en el campo financiero como en el campo de la información no puedo seguir operando con unidades físicas de producto, sino que se actúa considerando el precio. En los sistemas de información, en la información hacia dentro y hacia fuera de la empresa, para tomar decisiones dentro y fuera de la empresa, así como las decisiones financieras, se basan en el principio nominalista. Este principio nominalista indica que una peseta es siempre una peseta y mientras no se tenga otra unidad de medida se calcula con esa unidad monetaria. Esta premisa no es válida a la hora de contemplar la realidad empresarial, es decir, la toma de decisiones financieras y, por lo tanto, los demás sectores en cuanto utilizo el sistema de información con valores nominales, lleva a error en cuanto a la unidad de medida que estoy tomando, falsifica la situación, lo que puede implicar una gestión equivocada y, sobre todo, que es lo más grave, me evita, me prohíbe, la utilización de técnicas modernas de gestión. Toda técnica moderna de gestión, como una dirección por objetivos, una descentralización de la empresa, etc., tiene que basarse en un sistema de información centralizado, y lo fundamental de todo sistema de información para los altos niveles empresariales es que la unidad en que se mide sea válida, es decir, que no varía en el tiempo. Si se utiliza la unidad monetaria en inflación, lo que está variando es el sector formal, quiere decir, autonomamente de lo que realmente sucede en la empresa, está variando las unidades de medida y, por lo tanto, está falsificando la realidad empresarial. Se puede llegar a la siguiente conclusión: Si dentro de la empresa se consigue distinguir entre la variación de la unidad monetaria, en el precio de la mano de la obra, en el precio de los productos, en el precio de los gastos de ventas, de lo que se debe a una variación propia del producto, o a una variación de la productividad o a una variación de los rendimientos de los equipos técnicos y aquellas variaciones que se deben al valor monetario, o sea, a la variación de la unidad en que mido, que es un aspecto formal, se podría planificar. El problema radica en que se tienen muchas dificultades para separar estos dos componentes que no siempre van parejos; no se producen las variaciones de la unidad monetaria en el mismo momento por lo que respecta a la nómina que lo afecta a la materia prima, o lo que respecta a los productos vendidos; existe siempre un período de tiempo, un desfase en el tiempo, a veces considerable.

El proceso de inflación lleva siempre a una serie de posibilidades y desventajas, no nos engañemos, hay situaciones en las que a una empresa

le beneficia el que exista inflación; hay, sin embargo, desventajas que se le producen al existir un proceso de inflación, sobre todo, con los procesos de inflación permanente y con una magnitud fuerte. (Hablamos de inestabilidad cuando hay unas variaciones superiores al 8-10 %.) Dejando a parte la discusión sobre si los índices utilizados son el instrumento adecuado para medir, lo cierto es que no tenemos otro mejor y que por lo tanto se opera con los índices de precios y coste de vida. Se debe plantear el problema de inestabilidad cuando se superan las cifras del 10 % de forma constante. La incidencia de esta variación es tan grande que falsifica cualquier información que está dando bajo el principio nominalista y está falsificando las decisiones de tipo financiero.

Además el desarrollo de una mentalidad inflacionista, y esto es lo importante dentro de la empresa, lleva a un empeoramiento de la conciencia de costes, esto es, en el momento en el que no se pueden realizar los cálculos de costes, — para la empresa que tenga un sistema de costes adecuado, que son muy pocas — en unidades de medida que sean constantes, se tiene que esos costes no son válidos, no son reflejo de esa realidad y, por lo tanto, se abandona. Incluso en muchas empresas en las que aún no se había empezado a introducir el cálculo de costes, el cálculo racional del coste, sirva como base para la toma de decisiones, se retrase esta introducción, lo que incide en una pérdida de control en las decisiones y en la medición de estas decisiones en la empresa.

En tercer lugar la inflación en la empresa induce a un endeudamiento, quiere decir, que la empresa empeora su situación en la relación medios propios/medios ajenos; todo el mundo lo sabe, que si alguien da un crédito se toma en seguida, sobre todo si el crédito es al 5 o al 6 %; en cualquier caso implica siempre ganar algo. La tendencia actual es a un endeudamiento y vamos a ver cuáles son las consecuencias del mismo al delimitar fuertemente las espectativas de crecimiento, incrementándose los riesgos, no sólo del negocio, sino los riesgos también financieros. Lo que significa que tenemos en períodos inflacionistas el hecho de que se están produciendo unas nuevas estructuras financieras totalmente distintas a los correspondientes períodos de estabilidad. Así, mientras que las empresas americanas, éstos son datos provisionales, tienen una relación de medios propios con respecto a medios ajenos del 124, quiere decir, cada 100 pesetas ajenas tiene 124 propias, las empresas centroeuropeas se encuentran aproximadamente con el 40, quiere decir, el endeudamiento de las empresas euro-

peas es enorme, con lo cual, una empresa americana puede en cualquier momento crecer más porque no tiene problema para conseguir créditos adicionales; una empresa europea tiene grandes problemas con grados de endeudamiento de este tipo.

En cuarto lugar, el proceso de inflación nos plantea problemas en la interpretación de las cuentas que presenta la empresa. El problema que se plantea fundamentalmente es que la empresa presenta una información falsa, y no es lo malo que es cara al exterior, sino también para su interior, y sobre todo para todos sus cálculos económicos de inversión o de costes o de cualquier planteamiento de actuación interno datos que no son reales, que son ficticios, que son erróneos o falsos.

La discusión sobre la indicación, quiere decir, la corrección de los valores con el índice de coste de vida o con el índice de precios u otros índices para actualizar; para hacer válido pues el sistema de información de un balance o de cualquier otro dato le aplicamos unos coeficientes, multiplicamos y tenemos ya la "realidad".

En quinto lugar, como consecuencia de la inflación se producen beneficios anómalos, es decir, no son beneficios del negocio como tal, sino que son beneficios — algunos dirán pero son beneficios — anómalos, no ordinarios, que se darían en períodos de estabilidad.

En sexto lugar, se debe tener en cuenta que toda decisión empresarial está orientada al futuro, es decir, cuando se decide algo en una empresa sus consecuencias son inciertas, la actividad industrial, normalmente corresponde a un futuro a largo plazo, quiere decir, que el horizonte económico que un empresario debe considerar cuando decide una inversión tiene que ser de al menos de 5 años o cuando no más. Si se actúa en un plano de estabilidad monetaria se plantea el problema de la incertidumbre sobre qué es lo que va a pasar con el producto que se va a producir o con los equipos que se compran, existe un riesgo, un riesgo real del negocio, un riesgo de esos equipos, un riesgo de esos productos. Pero si además de este riesgo se tiene el problema de predecir si la evolución de la moneda va a variar de tal forma que en cuanto venda esos productos se pueden absorber las variaciones de precios de los factores, se plantea una segunda incertidumbre, se tiene un doble riesgo que correr no solamente el del negocio, sino un riesgo en el cual difícilmente se puede influir. La consecuencia de todo esto es que las técnicas tales como la planificación económica de la empresa no se pueden utilizar y sobre todo no se plantea en muchos casos ni su

introducción. Todo cálculo económico en inestabilidad es diríamos casi imposible.

Y, por último, lo que se tiene es para la empresa una consecuencia notable para obtener información interperíodos, es decir, no puede comparar los resultados de este año con los resultados del año pasado. La información sobre el aumento de los beneficios de las empresas españolas con respecto al año anterior del 9,15, no tiene mucho valor si se compara con la pérdida del valor monetario. Lo cual no quiere decir que hemos perdido, ya que no se puede hacer esta afirmación *a priori* sino que se tendría que analizar componente por componente, corrigiendo sus valores, lo cual es imposible. Unos sectores habrán aumentado el 20 % realmente, quiere decir, han conseguido mayor productividad, mejores precios, etc., mientras que en otros sectores toda esa variación ha sido una pura transformación formal, una pura variación de las unidades de medida.

Ante esta situación las soluciones que se ofrecen a la empresa son tres:

Indizar en primer lugar. El problema de la indización, la introducción de índices que me permitan corregir el principio nominalista, quiere decir, el que una peseta hoy no es lo mismo que una peseta dentro de 1 año, una peseta dentro de 2 años, una peseta dentro de 3 años. Esta actuación constituye uno de los errores principales que se pueden hacer.

Hay otro medio que es el de los precios administrados, quiere decir, el control de los precios. No quiero tocar este problema de política económica, pero sí quiero señalar que las soluciones de controles de precios administrativos, salvo casos muy específicos por motivos coyunturales o por motivos de arranque de un sector o por motivos internacionales, obliga a una intervención estatal, no es ninguna solución para una economía de mercado, puesto que es un elemento extraño a la misma y sólo puede tener un valor a corto plazo. Incluso la congelación de salarios ha tenido que ser abandonada aquí y en casi todos los demás países puesto que no ha dado resultados porque la realidad va por un lado y la ficción va por otro.

En tercer lugar son las medidas político-monetarias, que todo el mundo las está sufriendo en este momento. No es éste el lugar para tratar este tema.

Volvamos al problema de la indización. Hay que tener cuidado de que no se trata sólo de indización con respecto al sistema de información de dentro de la empresa, sino también cara al exterior, quiere decir, que, por un ejemplo, cuando se pide un préstamo se incluyen las famosas cláusulas

oro que se trataron en la literatura en épocas anteriores o se corrige la deuda con el índice de coste de vida o precios al mayor lo que quiere decir, que si se introducen cláusulas de este tipo en el activo y pasivo en cuanto se es acreedor y deudor se tendrá que analizar si este sistema contribuye a la estabilidad, o al contrario, fomenta la inestabilidad. A este respecto hay dos teorías claramente opuestas. Por una parte está todo el grupo de expertos alemanes y parte del gobierno que se oponen totalmente a la inclusión de la indización e incluso la legislación del Banco Central Alemán prohíbe el que en ningún contexto de préstamo de cualquier tipo existan cláusulas de indización, o sea, legalmente prohibido; ha sido curioso que los defensores de la economía de mercado centroeuropea, sobre todo los alemanes y austríacos han argumentado que sería interesante hacer la experiencia de que el Banco Central Alemán, se refiere también Suizo y al Austríaco anulen esta cláusula y que el que quiera un crédito que no solamente negocie el plazo, sino que negocie también el tipo de interés y la cláusula de indización. Las autoridades monetarias se oponen a la introducción de estos componentes porque llevaría a una indización en cadena de toda la economía lo que llevaría casi a la imposibilidad del funcionamiento de una economía de mercado. Existen países que han introducido tales índices pero véase dónde lo han introducido; lo han introducido fundamentalmente en materia de retiros, seguros, salarios, pero normalmente en ninguno de los campos diríamos de la actividad mercantil; para este grupo el automatismo que supone el introducir en el proceso económico índices llevaría siempre a acelerar los procesos de inflación, quiere decir, cuando se introducen índices se lleva a anticipar la inflación en las decisiones que se toman tanto en las economías empresariales como en las economías domésticas y estatales. Para este grupo de expertos se trata en realidad con la introducción de índices el acelerar los procesos de inflación. Esta afirmación general sobre los índices lleva a considerar los siguientes aspectos: En realidad, las cláusulas índices perjudican o bien dificultan la formación de precios y, por lo tanto, la fijación de contratos; en segundo lugar, existe el peligro de una manipulación de los índices y, en tercer lugar, no protegen contra la fijación anticipada de los precios, sino que anticipan los precios normalmente y que esta inclinación no lleva, como se supone siempre, a que la gente no se endeude más. Las empresas al soportar la incertidumbre de que no solamente hay que pagar el 7 % por ejemplo de interés, sino que además la deuda es cada vez mayor, no va a

llegar a una mejora del endeudamiento sino que al contrario lleva a una situación de mayor incertidumbre. Además la indización de los depósitos de ahorro crearía grandes problemas técnicos y normalmente sería muy difícilmente su realización porque llevaría a la indización en cadena.

Frente a este grupo está el grupo, sobre todo de la línea monetarista con GIERSCH al frente que han hecho ya varios trabajos defendiendo la introducción de la indización; éste es el grupo fundamentalmente monetarista, quiere decir, que ven en el campo de la manipulación monetaria la solución a los procesos de inflación. Este grupo considera que el individuo pueda acomodarse a la inflación, y que aunque si bien la indización no es la receta para solucionar la inflación, lo que sí puede, sin embargo, es coadyuvar a que el individuo en sus decisiones no se acomode tan fácilmente a la alta inflación, sino que contemple que las consecuencias de las decisiones llevan en un proceso inflacionista a un mayor endeudamiento. Ven fundamentalmente que si se introducen cláusulas de indización se va a facilitar el realizar contratos a largo plazo, ya que el que presta dinero no tiene inconveniente en prestarlo a 10 años siempre y cuando tenga al cederlo, cierta garantía de que en su día, cuando se le devuelvan, va a percibir un equivalente a lo que hoy podría hacer con ese dinero. Si no se introducen cláusulas de indización todas las decisiones serán cada vez a más corto plazo. Lo que se plantea es el problema de solucionar los contratos de a largo plazo. En los contratos de trabajo, en todos los aspectos de mano de obra, la introducción de unos índices que regulen automáticamente los salarios, como tienen algunos países, no lleva más que, o pretende, mantener el poder adquisitivo. Este grupo teórico defiende la introducción de los índices en este campo porque considera que es la única forma de mantener el poder adquisitivo del que percibe una renta, un salario. Por el contrario, el otro grupo opuesto señala que en el momento en que se incluyan esos índices, va a ser muy difícil distinguir en los aumentos, lo que se debe a la corrección de la unidad monetaria y lo que se debe a la situación de poder o de negociación o de incremento real dentro del valor de estos contratos.

En tercer lugar, los contratos financieros suponen el mantenimiento de los valores y en cualquiera de estos casos lo que tenemos es que la problemática la podemos emplazar a la fijación de los índices. Un banco, a la hora de actuar como pasivo o activo, tiene que fijar índices, el problema radica en la aceptación de índices.

El segundo problema que se plantea en términos de si ese índice o la indicación como tal nos va a dar una información real en todo el proceso empresarial, esto es, que las cifras que nos dan las unidades monetarias reflejan la realidad de ese producto, de esa producción, de esa empresa y que en los contratos financieros esté verdaderamente regulado el que el empresario no tome dinero para hacer un negocio y que el beneficio en realidad no lo tiene en el negocio, sino que el beneficio lo tiene en que como va a devolver menos le queda un resto, quiere decir, no falsificar las situaciones en que se encuentra. La Banca en centroeuropa se opone totalmente a una indización en todos los países y también los Bancos Centrales, remitiéndose que el Estado, cuando haga una emisión, introduzca él, el primero, una cláusula de indización. Hay algunos intentos de este tipo y en realidad lo que se ha hecho últimamente es que el estado Alemán, por un ejemplo, ha hecho emisiones de deuda pública o de ferrocarriles o de correos con un tipo de interés del 10 y del 11 %. Teniendo en cuenta que en Alemania no van a llegar a esta tasa de inflación y considerando que el Estado, o cualquier institución estatal que hace un año emitía empréstitos a 12 años, se ha visto en la necesidad de reducir, en los nuevos empréstitos, a plazos de 5 años la amortización y además aumentar el tipo de interés del 6 o 7 % que pagaba al 10 % e incluso hasta un 11 %, significa, que el que coloca el dinero en deuda o en valores estatales tiene un 10 % y nada más lo vincula a 5 años. Precisamente el grupo defensor de la indización señala que el Estado en el que tiene que ir marcando el camino, que no se trata de que la indización cure la inflación, sino que se trata de obligar a que los individuos que toman las decisiones en un sistema de inestabilidad, pasen a tomarlas en un sistema por indización, que sería algo así como una "cuasi-estabilidad", esto es, el modificarle los valores nominales tiene que tomar decisiones como si el sistema fuese estable.

Pasemos ahora al problema de la financiación en la empresa en épocas de inflación. Mientras que en la parte del activo, y esto lo hemos visto en cuanto a las decisiones del empresario en materia de compras, en materia de producción, en materia de ventas, lo que se presenta es un problema de modificación de precios y el problema del diferente valor de la unidad monetaria; sin embargo donde tenemos fundamentalmente el problema de la inflación es en el campo del pasivo. En la financiación se mantiene el valor nominal y no existe ninguna variación puesto que se devuelve ese

valor siempre y cuando no se tengan cláusulas de otro tipo. Cuando hablamos de estructuras financieras hablamos de la relación entre capital ajeno y capital propio de una empresa. Sin duda, a la empresa le interesa siempre tomar capital ajeno cuando el negocio que hace con ese capital lo coloca de tal manera que la rentabilidad sea superior al tipo de interés que paga. El capital propio no tiene solamente su rentabilidad sino que tiene además lo que le aporta el haberse endeudado. Por consiguiente posee un gran papel en la empresa el que esta estructura o relación de endeudamiento sea mayor o menor tanto a efectos de rentabilidad como de riesgo. En las estructuras de financiación tenemos que analizar cuáles son los comportamientos de los que ceden capital a la empresa como accionistas y los que ceden capital a la empresa como acreedores, quiere decir, cómo actúa el accionista cuando la empresa le pide el dinero para invertir y cómo actúa el banquero, el obligacionista, etc., cuando la empresa le pide dinero para invertir. Aquí tenemos dos tipos de teorías totalmente encontradas. Los unos que dicen, que cuanto mayor endeudamiento consiga una empresa mejor, incluso un poco la regla que está dominando en nuestro país, endéudate todo lo que puedas. Los otros señalan los peligros que implican un fuerte endeudamiento.

El capital propio sirve para dos cosas, para comprar los bienes de inversión, para financiar el activo, el negocio, y sirve también como garantía para poder endeudarse. Un prestamista estará dispuesto a ceder dinero si cree que verdaderamente está garantizada su devolución; el capital propio es el que le garantiza en realidad el riesgo al capital ajeno. Este riesgo financiero, por lo tanto, tiene dos facetas en el capital propio. En cuanto al capital ajeno, el que cede este capital busca que se le devuelva y se le pague el tipo de interés convenido, pero busca que se le devuelva no un capital que no es el equivalente al que él ha cedido, sino el capital que a él permite adquirir los mismos bienes que podía adquirir cuando él lo cedió. Si consideramos, dentro de un proceso inflacionista, la situación del accionista al que se le pide dinero, y vemos — y esto lo estamos viendo en los últimos meses — que el accionista no ve en la acción una garantía para la pérdida del valor patrimonial (España ha sido una excepción hasta hace unos meses, de que la Bolsa ha estado muy alta, mientras que en todos los países europeos, sobre todo Alemania, Suiza, Austria, la Bolsa había bajado ya), que no le interesa al inversor comprar acciones, porque la acción no le garantiza, mediante el percibo del dividendo, una garantía de

que su pérdida de valor patrimonial esté cubierta. Además se encuentra la empresa en la situación de que cuando necesita capital, al no tener al accionista que le venga a cubrir esas necesidades de capital, tampoco puede endeudarse adicionalmente porque el que le presta el dinero, en primer lugar, no tiene una garantía del capital propio suficiente y, en segundo lugar, la empresa no le garantiza el que le va a devolver el mismo dinero en el plazo en el cual se señala esta devolución. Con lo cual una empresa en situación inflacionista se encuentra ante una situación financiera difícil para asegurar un crecimiento de esta empresa.

La incertidumbre sobre la disponibilidad de capital es enorme puesto que no solamente es difícil la ampliación del capital — y me refiero a ampliaciones de capital reales, es decir, no las ampliaciones de capital gratuitas —, porque en realidad lo que se está haciendo en España es frecuentemente repartirse la diferencia del valor monetario. Se reparten unos títulos que no tienen una contrapartida en la empresa puesto que son los mismos bienes muebles e inmuebles que tienen una mayor cifra de valor monetario pero no tienen ningún equivalente real. La empresa, por tanto, en situaciones inflacionistas, tropieza en primer lugar, con dificultades para aumentar la base del capital propio, porque el inversor no puede ver en la acción una garantía contra la pérdida de su valor patrimonial como consecuencia del proceso inflacionista y, en segundo lugar, por el mayor coste, puesto que el prestamista si le presta dinero a la empresa se lo presta a mayor tipo de interés y se lo presta a un menor plazo. Esto es, se le acorta el plazo de vencimiento con lo cual se ha pasado a los sistemas de financiación a corto plazo, es decir, financiaciones que tenían que durar 8 años se están financiando cada 6 meses lo cual, en un momento concreto de crisis, puede implicar serias dificultades a la empresa.

Podemos resumir los puntos de la situación financiera de la empresa en procesos de inflación de la siguiente manera:

En primer lugar, hay una necesidad de fortalecer la base de capital propio por aportaciones reales y no por simples ampliaciones gratuitas, quiere decir, una empresa en período inflacionista o favorece el capital propio o su debilidad financiera va a ser cada vez mayor. El problema está en plantearse cómo atraer al inversor. No hay más que una manera, estabilidad monetaria, de tal manera que se mantenga el patrimonio, la masa

patrimonial invertida. Sobre todo véanse cuáles han sido las consecuencias en los últimos meses para el inversor pequeño que había empezado en España a comprar o a invertir a través de fondos u otras entidades a invertir su dinero en acciones.

En segundo lugar las empresas necesitan ofrecer atractivos para nuevo capital que les permita mejorar su estructura.

En tercer lugar lo que no podemos hacer es comparar estructuras financieras de un país a otro; ciertamente las empresas americanas tienen un poder financiero enorme puesto que su estructura financiera les asegura un crecimiento potencial enorme. El problema de cuál debe ser la estructura financiera de un país está en función no solamente de sus medios financieros, sino también de sus estructuras económicas, por lo tanto una comparación entre países no siempre es la información más adecuada.

Para concluir este planteamiento quisiera realizar una serie de planteamientos muy breves y que son los siguientes:

En primer lugar, la empresa en la toma de sus decisiones tiene que considerar el medio en que se mueve; dentro de la empresa el objetivo de estabilidad no es tan fundamental como los objetivos dentro de cada uno de los sectores funcionales, sino que normalmente se encuentra en el campo financiero, en el campo de la gestión directiva, en el campo de la información hacia dentro y hacia fuera de la empresa y, por lo tanto, es un objetivo de punto de vista de Alta Dirección.

En segundo lugar, la inflación le produce ventajas y desventajas a la empresa; a largo plazo y a medio plazo le va a producir más desventajas que ventajas; las ventajas generalmente son de tipo especulativo y entonces lo que va a llevar es a comportamientos dentro de la empresa de actividades más especulativas.

En tercer lugar, los procesos inflacionistas desplazan al cálculo económico totalmente, reducen el horizonte económico, planteándose las decisiones de a corto plazo, rentabilidad a corto plazo, etc.; el largo plazo no entra ya ni en sus cálculos y, por lo tanto, lo que provoca es la introducción de técnicas de gestión modernas.

En cuarto lugar, el principio de valor nominal, es un principio en el cual descansan todos los sistemas económicos en la Sociedad del mundo occidental, es decir, se trata de un principio básico en todos nuestros comportamientos y, por lo tanto, se necesita una relativa y continuada estabilidad.

En quinto lugar, lo que tenemos es que todas las cuentas de la empresa, todos los sistemas de información, descansan en el principio del valor nominal, las técnicas que se han desarrollado, sobre todo empresas asesoras, de introducir coeficientes para variar el valor de los stocks o para variar el valor de los inmuebles o para variar el valor de las instalaciones, no dejan de ser meros instrumentos que pueden tratar de acercarse a la cifra real, pero que considerando que dentro de la empresa los campos son muy heterogéneos y que, por tanto, la incidencia de la variación monetaria en cada uno de ellos no se produce al mismo tiempo sino en distintos períodos, se puede llegar al final a tener valores erróneos o no representativos de la realidad. Con las modificaciones un balance puede llegar también a ser un torso que no tiene más justificación que las decisiones que se hayan tomado en materia de índice. El problema fundamental que se presenta es que se nos escapa el cálculo económico, esto es, las decisiones internas en la empresa no van, en cuanto que se tienen que tomar a base de una información que no es válida, pero es que además, el que tiene que enjuiciar desde fuera la empresa no se fía para nada de esas cuentas. No tienen los de fuera una información viable y, por lo tanto, dificulta las relaciones económicas.

Como se ha señalado, sin embargo, la principal incidencia de la inflación recae sobre todo en la financiación. El empeoramiento del grado de endeudamiento en una empresa, y no nos equivoquemos, en la empresa española es muy grave, tenemos que nos va a frenar seriamente el crecimiento, quiere decir, el crecimiento de la empresa va a ser muy limitado — naturalmente cuando la empresa entre en un sistema competitivo no nacional sino internacional —. Esto es, en el momento en que tengamos que enfrentarnos con sistemas económicos con otras estructuras financieras que tienen un potencial de crecimiento grande tendremos que nosotros no podremos seguir invirtiendo y ellos, sin embargo, tienen una gran capacidad de inversión.

La solución que se puede plantear es la siguiente: Los métodos de indización sólo tienen, si se aplica, un valor muy parcial, no van a eliminar ni mucho menos la inflación, pudiérase que frene en determinados campos la actividad económica y puede llevar a una recesión económica. Por otra parte, la aplicación de índices dentro de la empresa tendría que ser en campos muy homogéneos y, por lo tanto, podría darse de que quizá en stocks o en productos determinados, materias primas o en inmuebles,

podamos buscar una nueva valoración, pero lo normal es que nos encontremos con un estado de cuentas que al final es totalmente heterogéneo. La única posibilidad que se ofrece es que los índices frenen el que se tomen decisiones de tipo especulativo, esto es, frenen la capacidad especulativa en cuanto que se trata de buscar la equivalencia a un sistema estable. Ello implicaría que, aquellas decisiones económicas que no se tornarían en un sistema monetario estable, el que no se tomen tampoco cuando esté indizado. Si los índices fuesen reflejo de la realidad del proceso inflacionista podría aceptarse esta técnica, pero como no se tienen se tropieza con serias dificultades; la técnica de indización en materia bancaria es muy difícil, los Bancos se resisten, y repito lo que he señalado antes, que los defensores de la economía de mercado ven como posibilidad para salvar esta situación el que se deje aplicar la indización en los préstamos. Creo que llevaría a un freno enorme de la actividad económica. La afirmación general por una gran mayoría de los economistas y, sobre todo, de los campos empresariales es que no queda más remedio que volver a sistemas más estables; el problema está en que no se puede volver a sistemas estables de golpe. Esto es, el paso de unos comportamientos a otros, de una inflación a una estabilización inmediata puede llevar a un caos económico. La única solución es que en un plazo medio, lo más corto posible, volvamos a unos estados de cierta estabilidad, quiere decir, ir introduciendo unos procesos de estabilización que en unos países, como se está viendo en Alemania, va muy rápido. Ciertamente la velocidad de este proceso está en función de sus estructuras económicas, financieras, sociales y políticas, ya que las estructuras financieras y las reacciones de todo el sistema económico y político permiten esa restructuración a pasos más avanzados. Otros países como Francia tienen más dificultades, no digamos Inglaterra, Italia y España que tendrán que volver también a ese estado, a esa situación de estabilización en un período de tiempo que sea lo más breve posible. El arte está en ver cómo se conjuga y da preferencia a la estabilidad del sistema, porque repito lo que he dicho al principio, no está en juego solo y a veces lo creemos que es así, el que la peseta valga más o menos, sino que el problema es que peligra el que los sistemas económicos del mundo occidental pueden funcionar, porque la base es el principio nominal. En una situación de inestabilidad monetaria, la empresa, en ningún sistema, va a poder buscar técnicas adecuadas para una gestión si la unidad de medida no puede controlarla, puesto que lo que le lleva es a reducir su horizonte,

a incrementar su incertidumbre y al mismo tiempo a renunciar al cálculo económico que es a lo que quizá estábamos empezando a acostumbrarnos en la empresa española.

BIBLIOGRAFÍA

ROTHSCHILD, K. W. y SCHMAHL, H. J.: *Beschleunigter Geldwertschwund. Ursachen und Konsequenzen,* Hamburgo, 1973.

OECD: *Indexation des Valeurs a Revenu Fixe,* París, 1973.

BORCHARDT, K.: *Struckturwirkungen des Inflationsprozesses,* Berlín, 1972.

LUTZ, F. A.: *Zins und Inflation,* Tübingen, 1973.

ARNDT, E.: *Währungsstabilität und Lohnpolitik,* Tübingen, 1973.

VAUBEL, R. y AHNEFELD, A.: *Indexklauseln auf dem Index?,* Kiel, 1974.

GEIGER, H.: *Die Sparer in der Inflation,* en "FAZ", del 30 de octubre de 1974.

ROEPER, H.: *Inflation-Volksbetrug schon im Altertum,* en "FAZ", del 9 de noviembre de 1974.

SIEVERT, O.: *Einbau von Indexklauseln-Letzte Rettung oder Kapitulation vor der Inflation,* en "Saarbrücker Zeitung", del 21 de mayo de 1974.

DERTINGER, C.: *Bundesbank: Inflation hat die Sparer 40 Milliarden gekostet,* en "Die Welt", del 16 de mayo de 1974.

RUEFF, J.: *La inflación puede evitarse,* en "ABC", del 29 de septiembre de 1974.

GEMPER, B. B.: *Probleme der Nominalwertrechnung bei inflatorischer Geldentwertung,* Köln, 1972.

GIERSCH, H.: *Die letzte Chance,* en "Wirtschauftwoche", del 15 de marzo de 1974.

GIERSCH, H.: *Indexklauseln und Inflationsbekämpfung,* Kiel, octubre 1973.

GIERSCH, H.: *Nach Längerem Nachdenken...,* en "Wirtschaftswoche", del 11 de enero de 1974.

ALLEKOTTE, H.: *Hier irrte Herbert Giersch,* en "Wirtschaftwoche", del 21 de diciembre de 1973.

LA INFLACIÓN Y LA EVOLUCIÓN TECNOLÓGICA EN LA GESTIÓN DE LA EMPRESA

CARLOS CUBILLO VALVERDE

El modelo clásico o convencional de gestión venía condicionado esencialmente por estas notas características:

— Estabilidad en los precios; y
— Lento desarrollo tecnológico.

Fijémonos bien que hablo de lento desarrollo y no de estancamiento tecnológico. Esto último no se ha producido desde que se inició la *primera* revolución industrial que tuvo lugar en el siglo pasado. A partir de entonces el desarrollo tecnológico no se ha detenido, aunque la intensidad del mismo haya adquirido su máxima expresión hace sólo algunos lustros.

Con la aplicación del modelo clásico o convencional el empresario gestionaba su empresa, es decir, formulaba sus programas y tomaba sus decisiones apoyándose en las dos notas indicadas. No se presentaban problemas singulares, puesto que existía una perfecta correlación *cuantitativa* y *cualitativa* entre los factores consumidos en el proceso de la producción y la reposición de los mismos. Los equipos amortizados se sustituían por otros nuevos con idénticas características físicas o cuando menos tecnológicas a las que tenían los antiguos; y lo mismo sucedía en cuanto al circulante. En términos monetarios la correlación se cumplía también en virtud de la igualdad del coste histórico y el valor de reposición. Cualquier desviación que produjera el modelo tenía poca significación y se corregía con algunas medidas previstas en él y fácilmente aplicables.

Pero el modelo clásico o convencional hoy está invalidado. Las notas dominantes del mundo económico actual han variado sustancialmente. La estabilidad en los precios no es más que un puro recuerdo. La investiga-

ción científica se ha acentuado extraordinariamente en los últimos lustros y ha originado, como acabamos de decir, un desarrollo tecnológico rapidísimo que se inscribe en el contexto de la empresa.

De aquí que el modelo moderno de gestión habrá de apoyarse necesariamente sobre estos dos condicionamientos:

— Fuertes tensiones inflacionistas; y
— Acelerada evolución tecnológica.

La inflación produce sus efectos sobre toda la comunidad nacional; se inserta en el modo de vivir material y aun espiritual de todos y cada uno de los estamentos que componen dicha comunidad. La inflación se inscribe también en el dominio de la empresa, penetra en su propia sustancia y está presente en sus actividades actuales y en sus proyectos futuros.

Simplificando en cierto modo la materia podemos decir que la inflación actúa directamente sobre los costes de la empresa, planteando una problemática específica que se manifiesta con toda su fuerza cuando se contempla la reposición. Desde el punto de vista del análisis, esta problemática presenta dos vertientes. En una se sitúan las inversiones permanentes, es decir, los activos fijos constituidos generalmente por equipos cuya vida útil al servicio de la producción comprende, al menos como principio, un período dilatado de tiempo. En la otra vertiente se sitúan los bienes del circulante, sobre el cual se proyectan igualmente los efectos de la inflación.

El hecho de aplicar en período inflacionario el modelo convencional de gestión origina inevitablemente la llamada *deflación de costes* causante a su vez de una fenomenología típica que adquiere su máximo exponente al cifrar, medir o cuantificar determinadas magnitudes económicas, tales como la renta de la empresa, el dividendo que ésta distribuye y el impuesto que debe satisfacer. Se abre de este modo un proceso de descapitalización de la unidad productiva gravemente nocivo para ella y para la comunidad nacional.

Durante este proceso la empresa pierde sustancia, su patrimonio se merma en términos reales y su propia capacidad para financiar sus programas se ve reducida cuando no extinguida o agotada. La mera pervivencia de la empresa le exige la aplicación de fórmulas artificiales e incompatibles con una gestión moderna. Estas fórmulas son de sobra conocidas. Consisten principalmente en acudir de modo abusivo al mercado de capitales en demanda de dinero, bien por vía de crédito, bien por vía de aportaciones

de los socios, como suplemento precario de la carencia de financiación interna que es la consecuencia global del impacto inflacionistas no corregido a su tiempo. La utilización de las fórmulas indicadas acelera el proceso de descapitalización, por el hecho de empeorar la estructura financiera de la empresa con su evidente repercusión en el coste de la producción. De este modo la empresa queda incapacitada para competir en el mercado, se convierte más bien en un lastre, en un peso muerto, valga la expresión, de la economía nacional. Es cierto que puede pervivir más o menos tiempo, pero siempre apoyada sobre bases inconsistentes creadas artificialmente (subvenciones directas e indirectas, privilegios fiscales o de otra índole, etc.) que se intentan justificar por motivaciones diversas y de manera especial por razones sociales y laborales.

La carencia de una financiación interna razonablemente adecuada en el conjunto de las unidades productivas genera fuertes tensiones en el mercado de capitales porque rompe el equilibrio deseable entre oferta y demanda. La falta de liquidez del mismo presiona además con fuerza suficiente y determina la instrumentación de una expansión adicional de la masa monetaria condicionando incluso la decisión de la autoridad económica y la propia actuación del Banco emisor.

En España tenemos desgraciadamente suficiente experiencia sobre estos problemas, porque nuestras empresas — vistas en términos globales y salvando desde luego las excepciones — disponen de cuotas de financiación interna pequeñas, insuficientes, situadas a un nivel inferior a la media correspondiente a los países de la C.E.E.

Creo que no es oportuno en esta exposición presentar datos y estadísticas comparativas para justificar lo que acabo de indicar. Máxime que estos materiales son bien conocidos, puesto que se publican con relativa frecuencia en revistas especializadas y aun en la prensa de información general. Por otra parte, me atrevería a decir que los hombres de empresa a los que especialmente ahora me dirijo han sufrido en sus propias carnes la experiencia de un mercado de capitales muy estrecho en liquidez.

No es mi deseo insistir sobre la inflación en cuanto condicionante de un modelo moderno de gestión. Pienso que todos estamos totalmente convencidos de ello. Además, el tema ha sido harto estudiado durante los últimos años y en lo esencial las conclusiones se presentan con plena unanimidad. A nivel teórico está muy clara la necesidad de gestionar la empresa en armonía con la problemática planteada por la inflación. La unanimidad

quiebra solamente cuando el análisis se proyecta en relación a los medios más convenientes para llevar a cabo dicha gestión, así como al modo de instrumentar éstos.

Pero si esto sucede a nivel teórico la cuestión presenta otra imagen cuando se examina el campo de las realizaciones concretas y el más específico de la evolución legislativa. Sobre estos particulares voy a exponer unas breves reflexiones antes de cerrar la materia.

En primer lugar es un hecho perfectamente constatado por la experiencia que no siempre los empresarios poseen ideas muy claras sobre el significado de gestionar la empresa bajo un modelo que tome en cuenta los efectos de la inflación. Es cierto que los empresarios conocen — ¿cómo no? — que están insertados en un contexto caótico dominado por fuertes tensiones que elevan los precios de los factores. Al reponer los equipos éstos cuestan más unidades monetarias que las que se habían previsto. Lo mismo sucede con la reposición del circulante. Las reivindicaciones salariales presionan cada día con mayor fuerza. El tipo real de interés alcanza niveles insospechados. Los impuestos suben también. Todo esto lo viven, lo ven, lo palpan los empresarios. Pero en muchos casos se limitan a utilizar medidas puramente intuitivas, en lugar de aplicar inteligentemente un modelo moderno de gestión.

En segundo lugar hay que considerar que este modelo exige un replanteamiento del marco jurídico en el que se inscribe la empresa. Estamos ahora en un área muy amplia que contiene elementos muy variados de gran interés. Tales son, por citar algunos, la fiscalidad, las relaciones laborales, el crédito en sus vertientes oficial y privada, etc. No pretendo examinar todos y cada uno de estos elementos porque no sería posible dentro del tiempo de que dispongo. Pero anticipo que antes de dar por terminado este trabajo formularé algunas ideas sobre mi propio criterio con respecto a la revisión que precisa nuestra fiscalidad para que se convierta en un instrumento de colaboración con el modelo moderno de gestión.

Por último, deseo referirme a un punto especial de máxima actualidad. La inflación — presente en todos los países, aunque con intensidad distinta, desde que terminó la segunda guerra mundial — se ha visto reforzada en los últimos años con la introducción de nuevos elementos. Me refiero en concreto a la llamada crisis del petróleo como fuente de energía y a las alteraciones del mercado de primeras materias cuyas bases tradicionales se están removiendo. Es obvio razonar que estos nuevos elementos

contienen sus características propias y diferenciales que deben ser estudiadas para formular su valoración más exacta en la vertiente del modelo de gestión.

* * *

En el orden cronológico la revisión del modelo clásico o convencional de gestión vino impuesto en primer lugar por la inflación. Como ya indiqué más arriba, la estabilidad de los precios es una de las notas que condicionan dicho modelo, el cual carece de aptitud para ser aplicado en una economía inflacionaria. Pero este enfoque del problema hoy es insuficiente. La revisión apuntada no puede apoyarse exclusivamente en factores monetarios. Ha de sustentarse también en factores de naturaleza real y especialmente en los efectos de la investigación científica sobre la evolución tecnológica de la producción.

La experiencia de los últimos lustros prueba claramente la frecuencia de sustituir equipos por causas distintas a su envejecimiento físico o material. Estas causas son más bien, si se me permite la expresión, de *orden espiritual,* es decir, debidas a que los equipos han perdido su valor funcional, su valor para la explotación y, por tanto, su valor económico; unas veces por puras modificaciones de los procesos tecnológicos, otras por cambios de primeras materias, y algunas, en fin, por desviaciones de la demanda hacia nuevos productos con abandono de los antiguos. Es la *obsolescencia,* que nace y evoluciona con el desarrollo, el elemento que envejece los equipos y los declara sin aptitud en el marco de la producción moderna.

Esta experiencia nos permite deducir que la reposición no se limita a la acción y a los efectos de sustituir un equipo físicamente envejecido por otro nuevo, aunque de las mismas características técnicas y económicas que el primero. La reposición tiene una significación mucho más amplia; es, sobre todo, una aptitud, una vocación, una decisión irreversible del empresario moderno para mantener día a día, en cada momento, o sea de modo permanente la capacidad funcional óptima de la empresa.

Estas breves ideas nos permiten deducir que hoy sería incompleto, y, por tanto, ineficaz plantear la revisión del modelo clásico de gestión considerando únicamente los factores monetarios, es decir, la problemática de la inflación. La visión moderna de la reposición — insistimos — comprende la sustitución de estructuras, el cambio de localizaciones, la alte-

ración de dimensiones e incluso la modificación total o parcial de la actividad tradicional de la empresa. Más que las máquinas, más que los equipos, lo que se envejecen son las estructuras, las organizaciones, los procesos tecnológicos y también las mentes de quienes deben tomar las decisiones.

La introducción de factores no monetarios en el moderno modelo de gestión ha enriquecido extraordinariamente el campo de investigación del mismo, al incrementarse el número de variables que intervienen en su problemática. Puesto que no se trata tan sólo — repetimos — de facilitar a los órganos de decisión los instrumentos capaces de cifrar monetariamente precios futuros de costes de producción *cualitativamente* conocidos, sino de prever, de profetizar la evolución científica y tecnológica, la conformación futura del mercado en un mañana más o menos próximo y el impacto que producirá todo ello en el contexto concreto de la empresa.

Indiqué al principio que el modelo moderno de gestión tiene que apoyarse necesariamente en la inflación y en el rápido progreso tecnológico.

Pues bien, los efectos de la inflación sobre la empresa han sido muy estudiados como también las medidas adecuadas para neutralizarlos. Yo diría que a nivel teórico no existe hoy problema pendiente de solución. Es cierto, no obstante, que el juicio de valor tiene que ser distinto cuando se considera la materia desde el punto de vista de las realizaciones concretas. Lo cual es debido — como señalé antes —, por una parte, a que no siempre los empresarios poseen ideas muy claras para gestionar la empresa bajo un modelo que tome en cuenta las tensiones inflacionistas; y, por otra, a la resistencia que opone el marco jurídico para introducir en él un cierto número de modificaciones con sentido realista, es decir, que acepten los hechos tal y como son.

Por el contrario, los efectos de la evolución tecnológica sobre la empresa forman un área riquísima de posibilidades todavía no investigadas en muy buena parte. El progreso científico tan acelerado que viene operando en nuestros días lleva consigo paralelamente una rápida innovación tecnológica cuya repercusión debe preverse en el marco de una gestión moderna. Todo hace pensar razonablemente que este moviminto científico y tecnológico no se detendrá ya.

La gestión moderna que invocamos se integra, pues, en un dominio futurista en el que no cabe el determinismo histórico propio del modelo convencional. Los elementos determinantes del pasado — deducidos por las relaciones e interrelaciones establecidas entre los hechos históricos —

cuenta muy poco en la formulación de programas en términos de previsión. Es el futuro y sólo el futuro el que se impone y el que hay que *adivinar* para eliminar incertidumbres y conseguir que la empresa tenga el porvenir deseado.

Precisamente ahora nos encontramos inmersos en un problema muy específico que afecta a la humanidad entera. Me refiero — ya por segunda vez — a la llamada crisis del petróleo y a su impacto en la economía mundial. A consecuencia de esta crisis los países más avanzados científicamente han intensificado sus esfuerzos dirigidos a la búsqueda de nuevas fuentes de energía. Los resultados parece que son esperanzadores pensando en un futuro relativamente próximo. Cuando esto se confirme y salga del laboratorio para tener su aplicación en la producción, es evidente la transformación que tal hecho implicará en la estructura tecnológica de la empresa. Pensemos también que la energía producida por centrales nucleares construidas hace tan sólo un par de lustros o aún menos se incluye actualmente en la clasificación energética convencional. Esto nos dará una idea de la rapidez con que viene actuando la innovación tecnológica.

¿Cuál será, pues, el futuro de la energía? ¿Cuáles serán los costes energéticos de la empresa? ¿Cómo influirán las futuras fuentes de energía sobre la estructura tecnológica de la empresa? Estas y otras preguntas parecidas que no formulamos por brevedad, estarán, sin duda, en la mente de ciertos empresarios a la hora de sus decisiones.

Estas reflexiones sobre la energía podrían extenderse a sectores distintos sometidos igualmente a las presiones de la innovación tecnológica.

Queda claro también que una gestión moderna precisa disponer de toda la información posible sobre la evolución de la investigación científica y su correspondiente aplicación tecnológica. Puesto que sólo así podrá llevarse a cabo la revisión permanente de las previsiones formuladas para que éstas continúen inscritas en ese dominio futurista al que antes me he referido. Creo que aquí, precisamente en esta parcela específica de la información, hay una buena tarea pendiente de realizar por el Estado y otras entidades públicas, por universidades y demás centros científicos, así como por las empresas — sobre todo las más importantes —, debiendo existir entre unos y otros la colaboración más estrecha.

Pienso que lo expuesto es suficiente para cumplir el objetivo — muy simple, por cierto —, que me había propuesto. He intentado demostrar que si la inflación continúa siendo importante para el modelo moderno

de gestión, la innovación tecnológica, como consecuencia lógica del desarrollo científico puro, es por su rango y hoy por hoy el primer condicionante de dicho modelo.

Atribuyo a la innovación tecnológica el primer puesto; y esta prioridad obedece a las razones cuyo esquema he dibujado en los párrafos anteriores. O sea, por su importancia para el porvenir y la expansión de la empresa; porque forma un área de investigación con parcelas aún inexploradas — lo cual, a mi juicio, es siempre tentador para el estudioso —, y en fin, porque el planteamiento y la solución de los problemas que contiene la innovación tecnológica obliga ineludiblemente a penetrar en ese futuro cuyo conocimiento es, sin duda, la mayor aspiración que actualmente tiene la humanidad.

* * *

En España se ha hecho un gran esfuerzo recientemente para modernizar los equipos y la estructura tecnológica de la empresa. Pero no podemos decir lo mismo en materia de gestión, en la cual y en mi opinión existe todavía mucha tarea pendiente.

En los párrafos precedentes llamé la atención sobre el hecho de que la aplicación del modelo moderno de gestión exigía, por un lado, la mentalidad adecuada de los empresarios, y, por otro, la revisión del marco jurídico en el que se inscribe la empresa. Anticipe también que antes de cerrar el presente trabajo dedicaría algún espacio a tratar de este segundo punto en su específica parcela fiscal. En las líneas que siguen intentaré, pues, cumplir el aludido compromiso.

La idea central de mi punto de vista consiste en que la fiscalidad de la empresa no debe obstaculizar la aplicación del modelo moderno de gestión. Por el contrario, debe ser instrumento de colaboración con este modelo al que en todo caso habrá de fomentar.

Pensemos, por otra parte, que una fiscalidad moderna, es decir, una fiscalidad que impulse el desarrollo de la empresa no implica de suyo aminorar el rendimiento del impuesto. Es más; considero que este rendimiento evolucionaría positivamente hasta un punto ahora insospechado.

Con empresas pobres el presupuesto público será exiguo; con empresas potentes el presupuesto público será desahogado. Para mí esto es un axioma según la definición tradicional, o sea, como verdad evidente por sí misma que no requiere demostración.

Creo, por consiguiente, que bajo estas premisas es como debe plantearse la revisión de la fiscalidad si deseamos sinceramente llegar a un sistema lógico y coherente que facilite la expansión de la empresa. Conviene advertir que la tarea es urgente y que en ella están empeñados los países miembros de la C.E.E. Nosotros no podemos, no debemos, permitir que nuestra nación pierda el último autobús.

En una vertiente más concreta voy a citar algunas de las modificaciones importantes que, a mi juicio, está pidiendo nuestro Impuesto sobre Sociedades para su inserción en el dominio de la evolución moderna de la fiscalidad.

Establecer normas claras y precisas que resuelvan razonablemente y con visión de futuro el problema de las valoraciones; suprimir o cuando menos aminorar la tributación de las plusvalías monetarias; evitar la doble imposición económica, siempre nociva, que se produce en los supuestos de relaciones intersocietarias; impulsar a las empresas para que practiquen unas amortizaciones realistas inspiradas en puros principios de gestión, en lugar de los métodos *forfatarios* hoy en uso; fomentar la expansión de nuestras unidades productivas en el exterior, mediante la creación de filiales, como premisa necesaria para culminar nuestro desarrollo, instituyendo para ello un régimen tributario que permita deducir las pérdidas extranjeras de los beneficios de la matriz; romper definitivamente con un molde tan rígido como es la separación de resultados entre ejercicios, y, en fin, aplicar el método contable para determinar la base imponible de todas las sociedades; son otras tantas cuestiones que deben ser revisadas sin demoras si queremos que se cumpla el objetivo más arriba expresado.

En el marco de la modernización de la fiscalidad hay que aludir también a esa forma de concentración empresarial en que consiste el grupo de sociedades. Es ya la hora de que esta unidad económica se institucionalice como unidad tributaria o sujeto del impuesto. Con independencia de las realizaciones que puedan llevarse a cabo en el campo del derecho comercial, la fiscalidad debe introducir pronto la noción del beneficio consolidado como magnitud que soporte la liquidación del impuesto. En este contexto, hay que advertir además la necesidad que tenemos en España de que se *clarifique* la información económica y financiera de los grupos de sociedades, tanto para conocer la estructura, el funcionamiento y la significación sectorial de los mismos como para depurar las cifras de nuestra contabilidad nacional.

Igualmente la fiscalidad deberá fomentar la investigación científica y tecnológica que se lleve a cabo en el seno de la empresa o que se realice bajo forma de cooperación o colaboración, estableciendo para ello fórmulas adecuadas que faciliten con flexibilidad la amortización por el sujeto pasivo de los gastos efectuados a tal efecto.

En fin, las propias rectificaciones de los programas que son necesarias en el dominio de la gestión moderna para que éstos se ajusten a la evolución tecnológica, habrán de ser contemplados — en cuanto tengan su repercusión en la cuenta de resultados — por esa revisión de la fiscalidad que venimos invocando.

* * *

No conviene terminar la exposición sin aludir a la regularización de balances como medida progresiva que insertamos en la gestión. Abriendo brecha en las normas comunes, esta medida permite ahora precisamente y por segunda vez — la primera lo fue en 1964 — que las empresas actualicen los valores contables de sus activos fijos para corregir los efectos de la inflación. Los objetivos de la regularización de balances son varios: facilitar una imagen más realista de la empresa, permitir mayores amortizaciones separándose del coste histórico y apuntando a la reposición y potenciar en general el proceso de financiación interna de las unidades productivas.

Si meditamos sobre los efectos producidos por nuestras tasas de inflación de los dos últimos años (sólo en 1964 se elevó a casi el 18 por 100 en términos oficiales), creo que muchos expertos considerarán que la medida ha sido acertada. Por mi parte así lo pienso.

Pero la cuestión sobre la cual deseo llamar la atención en este lugar se refiere a si la regularización de balances debe perder al carácter de medida temporal y excepcional para convertirse en permanente con su inclusión en las normas de la legislación común.

Sobre este particular debo decir que aunque por algunos círculos se señalan ciertas notas negativas a la regularización de balances (incompatibilidad en el marco presupuestario, supuesto desorden contable por el hecho de alterarse las valoraciones, etc.), otros en cambio se muestran decididos partidarios de ella, llegando a posturas muy radicalizadas cuando afirman que la actualización de los valores contables debe autorizarse de modo permanente y como facultad de las empresas para ser ejercitada en

armonía con la depreciación experimentada por la moneda en cada período de tiempo.

Personalmente me adhiero a esta última idea, porque entiendo que, en definitiva, medidas de este tipo bien elaboradas son las que ayudan y animan a la empresa para que lleve a cabo una gestión moderna.

Nuestra regularización de balances actual es el cauce utilizado por la autoridad económica para introducir la aplicación del Plan General de Contabilidad, texto que hemos de valorar también como un avance muy positivo en el marco de nuestros deseos de modernizar la gestión de la empresa española.

El perfeccionamiento de nuestra información económica que va a suponer el mencionado Plan cubrirá lagunas importantes cuya existencia es incompatible con un país como España que muestra su vocación por el desarrollo. Este perfeccionamiento es indispensable a nivel de empresa y a nivel nacional.

El órgano de decisión de la unidad productiva precisa hoy más que nunca disponer de una información *integral*, la cual se estructura en dos vertientes: una corresponde al dominio de la evolución científica y tecnológica de la que antes me ocupé; y, otra, a las magnitudes económicas. Con esta información *integral* quedan eliminados o cuando menos reducidos los riesgos inherentes a toda elección y sobre todo cuando las opciones o alternativas se inscriben, como es el caso, en el futuro.

Todo avance, todo progreso en materia de información significa, pues, perfeccionar también el modelo moderno de gestión, así como facilitar su aplicación. Creo, por tanto, que el Plan General de Contabilidad publicado recientemente tiene ante sí unos objetivos amplios y ambiciosos que cumplir. En mi opinión, bien merece la pena que nuestros empresarios y nuestra autoridad económica reflexionen serenamente sobre las posibilidades de dicho texto.

Acabo ya mi exposición. Sólo quiero añadir que la búsqueda de soluciones óptimas para los problemas apuntados requiere necesariamente una colaboración cada día más íntima, sin ninguna clase de reservas, entre los hombres de empresa, los expertos a su servicio, los estudiosos y los técnicos de la Administración. Yo así lo pienso y lo manifiesto, puesto que estoy plenamente convencido de ello. El Plan General de Contabilidad al que acabo de aludir es una buena prueba de dicha colaboración.

LA EROSIÓN MONETARIA EN LA ECONOMÍA DE LA EMPRESA

RICARDO PIQUÉ BATLLE

La problemática de la inflación y el futuro de la Economía Mundial han constituido la base de las Jornadas de Estudios que hoy clausuramos. En ellas se han abordado distintos aspectos de la temática general en sus vertientes macro y microeconómico, correspondiendo ahora a quien tiene el honor de dirigirles la palabra, estudiar, dentro del contexto de la economía de la empresa, las consecuencias derivadas de la erosión monetaria, tema que procuraré desarrollar con la brevedad que el poco tiempo disponible exige.

Ha poco, una revista internacional, *Visión,* publicaba un enjundioso artículo debido a la pluma del prestigioso economista Stephen Hugh-Jones, intitulado "La inflación, el monstruo que devora a la empresa", en el que denunciaba la existencia en el mundo actual de una hiper-inflación que calificaba como "un animal netamente distinto a la inflación modesta y confortable que hemos conocido hasta hace poco y que venía favoreciendo el desarrollo económico, porque ahora no se da tan sólo la problemática evidente del rápido incremento de los costes, de los salarios, de los intereses y de los aprovisionamientos, sino que hoy la inflación es, además de elevada, fuertemente variable en el tiempo y afecta a los productos de base, a los sectores industriales y a los países todos de forma imprevisible, característica esta última que dificulta todavía más si cabe la vida de la empresa, llenando al empresario de hondas preocupaciones.

Pero donde las lamentaciones adquieren su tono más vivo es en lo tocante a la liquidez financiera, toda vez que ciertos Gobiernos, para luchar contra la inflación, han incrementado la presión fiscal, como en Francia y en Gran Bretaña, mientras que muchos otros países han acudido

a la restricción crediticia provocando un coste exorbitado del crédito, con las consiguientes consecuencias en la economía de la empresa, sobre todo en las más pequeñas:

Mas al lado de la falta de liquidez a que se refiere el mencionado articulista, pesan sobre la economía empresaria las consecuencias directas del aumento de los costes, tal como he venido señalando a lo largo de los últimos cuarenta y cinco años a través de artículos, conferencias y libros especializados, con distintas manifestaciones que creo necesario destacar una vez más estudiando de paso los medios que pueden conducir a paliar los estragos de la erosión monetaria que tanto nos preocupa.

Por de pronto señalemos que la falta de liquidez financiera incide en el capítulo del realizable del activo, es decir, en las existencias en almacén, bajo dos aspectos: el de las materias primas y el de los productos terminados. En momentos de grave recesión como la que sufrimos en estos momentos, surge la carencia de determinadas materias primas y la necesidad para muchas empresas de acumular algunas de ellas no con fines especulativos, es decir, en espera paciente del incremento substancial de sus precios, sino a fin de garantizar la continuidad de su producción y, con ella, la posibilidad de, por lo menos, cubrir el peso muerto de sus gastos generales. Desgraciadamente, la medida tiene su secuela representada por el coste de la financiación de tales existencias y por la inmovilización de recursos que pueden agravar mayormente la posición del capital circulante ya de por sí precaria por las circunstancias concurrentes.

En este orden de ideas y por otra parte, es público y notorio que no pocas empresas allende nuestras fronteras mantienen una política de agotamiento al máximo de sus stocks de materias primas; como lo es asimismo que a algunas de ellas tal agotamiento les ha venido forzado precisamente por la falta de liquidez.

No podemos negar que el problema no tiene fácil solución, porque si en determinadas circunstancias o precisas posiciones empresariales sea aconsejable el mantenimiento de especiales stocks de materias primas, sin ánimo de especulación que está reñida con la buena gestión de la empresa, en otros ocurrirá todo lo contrario, por lo que, coordinando las distintas necesidades concurrentes, se impone un riguroso control permanente de las existencias de materias primas, manteniéndolas en los mínimos indispensables habida cuenta de las exigencias de la producción y de las posibilidades de tesorería.

En cuanto al segundo aspecto, al de los productos acabados o terminados, no olvidemos que la recesión trae consigo la disminución de la demanda y, con ella, la acumulación de los stocks con nueva incidencia en la liquidez financiera y el consiguiente coste de la inmovilización prácticamente imposible de evitar a menos de suspender el proceso productivo no siempre factible en las actuales circunstancias.

Otro aspecto en el que incide la problemática de la liquidez lo constituye, indudablemente, la inversión en activo inmovilizado, porque las necesidades del momento obligan no pocas veces a suspender los programas cuidadosa y hábilmente preparados para afrontar el previsible desarrollo económico de la empresa y su posición en el mercado. El trastrueque del orden normal de las cosas obliga a reconsiderar las posibilidades del futuro, el coste de las nuevas inversiones y, sobre todo, la incidencia de los gastos financieros, cuya importancia puede modificar substancialmente las previsiones de rentabilidad de los nuevos proyectos.

Mas todo lo expuesto, con ser mucho, no cubre ciertamente la totalidad del problema, ya que si bien la cuestión de la liquidez financiera ocupa el primer plano como órgano motor del complejo empresarial, al margen de la misma coexisten otros, tal como dije anteriormente, que dejan su impronta en el contexto patrimonial minándolo silenciosamente en su esencia. Me refiero a la incidencia de la inflación en los activos exigibles, realizables e inmovilizados.

En cuanto al primero de ellos — los exigibles — por tratarse de saldos pagaderos en moneda constante, aparentemente no deberían presentar problema alguno, porque las diferencias derivadas de la erosión monetaria pueden quedar en parte — y, a veces, en su totalidad — compensadas en cierto modo con las correspondientes al pasivo exigible por terceros. Pero ello ocurre raras veces y hemos de tomar tal posibilidad como una excepción más que como una norma.

En momentos como los presentes, de falta de liquidez, es muy corriente el aplazamiento de los pagos por parte de los clientes mediante renovaciones que en el mejor de los casos llevan aparejadas la adición de los gastos incurridos en la negociación y retorno del primitivo efecto; pero se olvida comúnmente que tales renovaciones o aplazamientos suponen automáticamente una quita en el valor concertado para la transacción correspondiente, puesto que cuando el proceso inflacionista ha iniciado su desarrollo, cada día es menor el valor adquisitivo de la moneda, y, en conse-

cuencia, los saldos pendientes de cobro tendrán para el acreedor menos valor efectivo cuanto más tarde se liquiden. Que ello es así podemos verificarlo contemplando tan sólo los índices generales del coste de la vida, o de precios al por mayor, que facilita periódicamente el Instituto Nacional de Estadística, entre nosotros, que nos indican una depreciación para los primeros del 8,3 por 100 para el año 1972 sobre los de 1971, del 14,2 por 100 para el año 1973 sobre los de 1972, y el 17,89 por 100 para el 1974 sobre los de 1973, en cifras referidas al 31 de diciembre de cada año.

De lo expuesto se desprende que la admisión del aplazamiento de pago puede suponer no sólo el coste bancario de la renovación, sino que, también, el inherente a los intereses liquidables para el período demorado, y asimismo la pérdida de valor adquisitivo sufrido por los medios de pago, con todo lo cual el beneficio esperado de la operación puede desaparecer íntegramente e, incluso, surgir una pérdida sobre el coste de aquélla en forma de descapitalización del patrimonio empresario, constatado en el momento de practicar la reposición de lo vendido. No basta, por tanto, cargar los gastos incurridos incluso con la adición de los intereses normales, pues la experiencia nos ha enseñado en estos últimos años que la tasa de depreciación es muy superior a los tipos de interés corrientes en el mercado financiero.

Vayamos ahora a considerar los efectos de la inflación sobre los activos realizables y, consecuentemente, sobre la determinación de los resultados de la explotación del negocio, así como su incidencia en el patrimonio empresario.

Como sabemos, la determinación de los resultados de la empresa al cierre de un ejercicio descansa principalmente en la valoración de las existencias remanentes en aquella fecha. Y también sabemos que el sistema tradicional de valoración, durante muchos años, ha sido el que tiene por base el coste histórico o precio de adquisición, procedimiento perfectamente válido mientras no se introdujo en los precios la carcoma de la inflación monetaria.

Con la introducción de la oscilación monetaria en los precios, hizo su aparición el procedimiento recogido en el artículo 104 de nuestra Ley sobre Sociedades Anónimas, por el que "las materias primas y mercaderías serán valoradas por el precio de adquisición o de cotización en el mercado, si éste fuese inferior a aquél", procedimiento que la actual redacción del artículo 39 del Código de Comercio ha sustituido por la siguiente decla-

ración: "Sin perjuicio de lo establecido por leyes especiales, las partidas del balance se valorarán con arreglo a criterios objetivos que garanticen los intereses de terceros y siguiendo los principios que exige una ordenada y prudente gestión de la empresa", añadiendo que "habrá de mantenerse una continuidad en los criterios de valoración, que no podrán ser variados sin causa razonada que deberá expresarse, en su caso, en el propio libro de Inventarios y Balances".

Cuál pueda ser lo establecido por leyes especiales, tan sólo podemos hallarlo en los Criterios de Valoración contenidos en la cuarta parte del Plan General de Contabilidad aprobados por Decreto 530/1973, de 22 de febrero, ratificado por el apartado *a*) del artículo 20 del Decreto-Ley 12/1973, de 30 de noviembre, sobre Medidas Coyunturales de Política Económica y reiterados en el Plan de Contabilidad para las Pequeñas y Medianas Empresas aprobado por Decreto 2.822/1974, de 20 de julio, que establecen taxativamente que "para la valoración de los bienes comprendidos en el Grupo 3 (Existencias) se aplicará el precio de adquisición, o el de mercado, si éste fuese menor", admitiendo asimismo la adopción, con carácter general, del sistema de precio promedio ponderado, pero completando su normativa con la afirmación de que "los métodos FIFO, LIFO u otro análogo son aceptables como criterios valorativos y pueden adoptarse si la empresa los considera más convenientes para su gestión".

Hemos de reconocer que, pese a la existencia del artículo 37 de la Cuarta Directriz de las Comunidades Europeas sobre Cuentas anuales de las Sociedades de Capitales, del 10 de noviembre de 1971 y del 187 del Estatuto de la Sociedad Anónima Europea inserto en el "Journal Officiel" del 7 de agosto de 1974, que admite asimismo los mencionados métodos, su aplicación no está todavía generalizada y se están adoptando, principalmente en Europa otros destinados a combatir la inflación.

En momentos de erosión monetaria, la valoración de las existencias por los procedimientos tradicionales no proporciona resultados fiables, toda vez que la continua alza de los precios, de hecho, conduce a una contabilización de valores cuya heterogeneidad incide en la determinación de aquéllos, no alcanzándose el principal objetivo de la evalución de los inventarios, que no es otro que la correcta determinación de los resultados a través de un proceso de acoplamiento de costes e ingresos adecuado.

En cambio, con la utilización del método LIFO — plenamente aceptado por nuestra legislación, cual hemos señalado anteriormente — se con-

sigue un notable acercamiento a la realidad, toda vez que la valoración (*Last-in-first-out*, o última entrada-primera salida) se practica bajo el principio de que el coste de los productos vendidos o fabricados durante el ejercicio equivale al satisfecho por la empresa para las últimas adquisiciones. De esta forma, se aplica el coste más moderno o de reposición a los productos consumidos, calculándose el inventario remanente o de cierre en base del más antiguo, que suele ser el más bajo, eliminándose de esta forma el peligro de que los resultados se vean directamente influenciados con la adición de beneficios futuros sobre operaciones no consumadas todavía, falseando por tanto su realidad y provocando el castigo de una sobrepresión tributaria realmente injusta.

Si la aplicación del método LIFO es aconsejable en momentos de inflación monetaria para defenderse de la determinación de beneficios inexistentes, el FIFO, que es su antítesis, es recomendable principalmente cuando, superada la crisis, comienza la recuperación hasta alcanzar de nuevo la estabilización del precio de las cosas.

No obstante, la evaluación del Inventario por el método LIFO no supone en modo alguno que la totalidad de los activos sujetos a los embates de la depreciación monetaria hayan alcanzado su debida corrección, puesto que nos quedan los inmovilizados para los que tradicional y fiscalmente se mantiene su coste histórico, salvo autorizaciones especiales tales como la regularización española de 1964, puesta de nuevo en vigor por el Decreto-Ley 12/1973, de 30 de noviembre, ya mencionado, que va a permitir su actualización en base del balance cerrado después del día 30 de junio de 1974 y no más tarde del 31 de diciembre del año en curso, pero con coeficientes correctores que tan sólo alcanzan al año 1973.

Desgraciadamente, y pese a todos los pronósticos, la inflación sigue su carrera y todo hace prever que a menos que surja alguna solución que hoy por hoy no se vislumbra, va a seguir imperando con mayor o menor intensidad en la economía del futuro. Si ello es así, los bienes inmovilizados del activo seguirán contabilizándose a precio de coste histórico o, a lo sumo, actualizado hasta 1973, y su amortización, calculada sobre tal base en ningún momento podrá producir la debida compensación, en unidades monetarias, de la depreciación física correspondiente y menos aún lograr el fondo necesario para su sustitución o renovación. Que ello es así lo adveran los índices de precios que hemos revelado anteriormente y a los que me remito para la mejor comprensión de lo expuesto.

Un método adecuado sería la periódica actualización de los valores inmovilizados a fin de que su amortización respondiera a la realidad de cada momento. Es la problemática que se planteó la Comisión Central de Planificación Contable redactora del Plan General de Contabilidad en su Introducción al mismo y que plasmó en los siguientes términos: "La Comisión se ha planteado el problema de los efectos de la inflación sobre el patrimonio de la empresa; y aunque estima — por todo lo apuntado — que tal problema no puede ni debe resolverlo el modelo contable del Plan, ello no es obstáculo para que por la Autoridad económica se habiliten, sea con carácter temporal, sea con carácter permanente, las medidas más adecuadas para eliminar los referidos efectos."

Mientras las regularizaciones se autoricen por etapas de diez años, el problema es realmente insoluble a menos que en el intervalo se dicte una disposición legal permitiendo basar las cuotas de amortización sobre los precios de reposición o sustitución, única forma en que los costes industriales reflejarían su verdadero contenido y el patrimonio empresario dejaría de descapitalizarse.

Para evitar tales efectos, en Gran Bretaña se ha puesto en práctica recientemente, según el autor del artículo citado, un sistema que responde a la denominación de contabilidad de la inflación que obedece a un principio muy simple, consistente en convertir todos los valores del activo realizable e inmovilizado a precios de adquisición actual en lugar de reflejar, cual hasta ahora, costes históricos. La conversión de uno a otro sistema se practica de acuerdo con el índice de precios al por menor entre la fecha de adquisición y la del balance, obteniéndose los siguientes resultados:

1.° Las amortizaciones son más elevadas porque se calculan en base del valor revalorizado del activo fijo.

2.° Se eliminan los beneficios sobre el mayor valor de las existencias, toda vez que el inventario de entrada se evalúa por el mismo coste unitario que el de cierre.

3.° Las empresas con mayor endeudamiento salen ganando, mientras que las acreedoras pierden, porque al circulante no le afecta revaluación de clase alguna, y

4.° Existe una ligera ganancia sobre las ventas y una pérdida más débil sobre las compras, fiel reflejo de la inflación entre el momento en que tales operaciones fueron realizadas y el del cierre del ejercicio.

Procedimientos parecidos al adoptado por la Gran Bretaña son seguidos por multitud de empresas, incluso con carácter privado, en los países en que fiscalmente no son aquéllos admitidos; pero los expertos contables ingleses, la CBI y la Bolsa se han puesto de acuerdo a fin de que todas las sociedades publiquen, además de los datos relativos al balance preparado por el sistema tradicional, los correspondientes a la incidencia de la inflación sobre el mismo.

LA REVALORIZACIÓN DE LOS INTERESES DE LAS INVERSIONES ANTIGUAS

PEDRO VOLTES BOU

Uno de los problemas que plantea, sobre todo a los inversionistas modestos, el fenómeno general de la desvalorización monetaria es el desmerecimiento de los rendimientos que extraen de inversiones antiguas de renta fija. En diversos sectores — como la propiedad urbana — el legislador se ha hecho eco de aquel conflicto y ha ido disponiendo reiteradamente que las utilidades fuesen actualizadas según diversos coeficientes. El hecho de que (a diferencia de otros países) tales coeficientes hayan sido establecidos en España sobre el único hecho de la antigüedad de la inversión, es un testimonio más que subraya y acentúa el peso del tiempo sobre las rentas reales cuando éstas están presididas por un tipo de interés fijo.

En la práctica, el mercado de capitales ha reaccionado contra este problema anticipándose a las decisiones del legislador y llegando hasta cerca de los límites de contratación de créditos y tráfico de valores: Nos referimos a los variados alicientes introducidos en los últimos años en las emisiones de valores de renta fija, tanto atribuyéndoles un interés más alto de lo que era usual, como proporcionándoles una convertibilidad por acciones, como, en suma, acelerando la amortización de los mismos, de modo que la deuda esté viva menos tiempo y haya menos ocasión de que la inflación la erosione.

Antes de seguir adelante, conviene poner atención en que las costumbres del día de hoy en la emisión de obligaciones son sustancialmente diferentes de las seguidas hasta hace pocos años, y que este hecho señala una divisoria entre lo que podríamos llamar obligaciones antiguas y obligaciones emitidas en fecha reciente.

Este hecho basta para suscitar en el seno de la misma empresa y en la cartera a renta fija del mismo propietario dos situaciones radicalmente distintas, cuya diferencia pugna con la equidad y crea graves confusiones y anomalías en la contratación. En efecto, para moverse con seguridad y claridad en ésta es preciso en el día de hoy conocer, además de los atributos usuales de cualquier emisión, las particularidades con que ésta fue formulada, los privilegios de que fueron dotados los títulos en su día, etcétera.

Si esto es así por lo que toca a la operativa contemporánea, todavía es mayor la falta de equidad de que resultan víctimas dos sectores de inversionistas acreedores a protección: 1) los ahorradores modestos que en cierta fecha remota creyeron poder crearse un patrimonio suficiente de reserva y de renta, sin poder prever el rápido desmerecimiento de su utilidad, 2) las entidades cívicas, benéficas, culturales, etcétera, obligadas muchas veces por el legislador y otras por la costumbre, a invertir su patrimonio en valores de renta fija, los cuales en el día de hoy en múltiples casos con un rendimiento puramente simbólico, tal como sucede en abundantes casos de fundaciones, becas, obras pías, premios y demás, que se ven obligados a manejar cifras que en día de hoy, resultan risibles por su exigüidad. No puede pasarse por alto el caso de establecimientos como las Cajas de Ahorros obligadas legislativamente a inversiones de esta especie, que en el día de hoy dan provechos muy inferiores a los del tráfico corriente.

Aun cuando provisionalmente no se pueden ofrecer cifras concretas al respecto, parece imaginable que la corrección de esta falta de equilibrio entre inversiones antiguas e inversiones actuales no plantea un problema de dimensiones colosales. En primer término, el hecho de que las inversiones estén presididas por una fecha concreta, permitiría aplicarles probablemente unos coeficientes revalorizadores semejantes a los aplicados a la propiedad urbana.

En segundo lugar, muy frecuentemente las entidades que tienen emitidos valores antiguos de renta fija han emitido más tarde sea obligaciones de más alto interés u obligaciones dotadas de alicientes adicionales, como la indicada convertibilidad, etc. Puede pensarse, por tanto, en una conversión de unos títulos por otros y sería difícil que una entidad mercantil que trabaja globalmente con pesetas del año 1975 pueda argumentar con fundamento contra que sus deudas sean convertidas también a pesetas del

año 1975, sea: *a*) por conversión del nominal, o *b*) por conversión del interés. Cabría incluso pensar en una cancelación pronta de las deudas anteriores a cierta fecha y su transformación en emisiones actualizadas, operación que el Estado ha efectuado en reiteradas ocasiones, siquiera fuera entonces para recortar el volumen de sus deudas, pero que también es concebible sin que se practique tal reducción.

Serían tantas las ventajas que el inversionista extraería de esta conversión actualizadora, que cabe imaginar que no le doliese proporcionar al Estado el aliciente de un tributo moderado sobre la misma, lo cual daría al erario un ingreso inesperado y extraordinario, y acallaría la objeción contra un supuesto beneficio privado creado por esta revalorización de títulos.

LA REGULARIZACIÓN DE BALANCES Y EL PLAN GENERAL DE CONTABILIDAD

ANTONIO NOGUERO SALINAS

PREÁMBULO

Entre las medidas coyunturales de Política Económica del Decreto-ley 12/1973, de 30 de noviembre se encuentra la que se deduce de la redacción de su artículo 20 según el cual se restablece la vigencia de la Ley sobre Regularización de Balances según su Texto refundido, aprobado por el Decreto 1.985/1964, de 2 de julio, con las modificaciones que se indican.

A los efectos de este estudio, la modificación que nos interesa es la contenida en el apartado *a*) de dicho artículo.

Se refiere al compromiso de aplicación del Plan General de Contabilidad, aprobado por el Decreto 530/1973, de 22 de febrero, por las empresas que quieran obtener los beneficios de la citada Ley de Regularización de Balances.

Se establece, así, una relación directa entre Regularización y Plan Contable.

Esta relación es de la mayor importancia ya que posibilita a las empresas:

A) Por las operaciones de la Regularización:

1. Neutralizar los efectos negativos de la depreciación monetaria mediante la modificación de los valores de los elementos patrimoniales de la empresa.
2. Hacer sinceras las contabilidades empresariales que carecieran de esta característica.

B) Por la aplicación del Plan General de Contabilidad:

Tecnificar dichas contabilidades.

Antes de continuar nos parece importante destacar el sentido actual atribuido a la contabilidad. Por esta razón nos permitimos exponer, como inciso, lo siguiente:

Superadas las etapas en las cuales se consideraba que la finalidad de la contabilidad se refería exclusivamente a algún aspecto particular (responsabilidad de los gestores, garantía frente a terceros, proyección fiscal, etc.), en el momento presente existe unanimidad, entre los distintos tratadistas, en cuanto a que los fines de la contabilidad son múltiples. El grado de desarrollo de la actividad económica, las técnicas cada vez más complejas de la producción, la creciente competitividad comercial, etc., son algunas de las circunstancias determinantes de un paralelo desarrollo de las doctrinas que han contribuido de una manera decisiva a una ampliación del campo de tal materia.

Se ha llegado a la conclusión de la existencia de un fin amplio de la contabilidad, comprensivo de toda una amplia gama de aspectos derivados de las relaciones que un ente económico mantiene con el entorneo que le rodea, pero que, a su vez, tiene muy en cuenta la utilidad que debe reportar la contabilidad a su propio sujeto económico. Esta visión amplia contempla el aspecto más importante, prácticamente resumen de todos, que debe considerar la contabilidad. Se puede identificar con su finalidad general, que es:

La información.

Esta información, para que sea verdaderamente útil debe reunir las características esenciales siguientes:

1.ª Seguridad.
2.ª Oportunidad.

En todo caso debe entenderse que la característica primera, seguridad, comporta el que la información sea

a) Clara.
b) Completa.

c) Veraz.
d) Sistematizada.

En cuanto a la segunda característica, oportunidad, implica el disponer de la información en el momento preciso.

La información, por perfecta que sea, recibida con retraso perderá gran parte de su utilidad o resultará completamente inútil.

Es importante indicar los ámbitos interesados en tal información.

Éstos son:

1. El de la propia empresa o ente económico.
2. El del entorno en que la empresa o ente económico se halle inmerso.

A su vez la información puede referirse:

1.° A los hechos económicos acaecidos.
2.° A los hechos económicos de acaecimiento supuesto, pero previsible dentro de cierto grado de probabilidad.

¿Para qué es necesaria la información que la contabilidad nos puede proporcionar?

La respuesta ha sido diferente en cada una de las épocas. Actualmente se considera como finalidad principal de la información el que sirva para la toma de decisiones por los órganos encargados de la gestión económica de los entes correspondientes. Evidentemente, pasaron los tiempos aquellos en los cuales tales decisiones eran adoptadas de una manera intuitiva, y solamente "a posteriori" los estados informativos contables demostraban el acierto o desacierto de tales decisiones.

En la actualidad se considera fundamental que la contabilidad suministre a los gestores de entes conómicos una información clara, completa, rápida y segura que permita realizar todo un plan de actuaciones con un fundamento racional en orden a tener las máximas garantías de éxito en la gestión a realizar.

Además de las circunstancias anteriormente indicadas, referidas a la evolución que la actividad económica ha experimentado en nuestro tiempo, ha constituido un factor importante en la evolución del pensamiento contable el hecho de los extraordinarios medios materiales modernos de que se dispone para poder hacer operativos los nuevos criterios. En efecto, el desarrollo de la Economía, de la Estadística y los logros técnicos que

suponen la aparición de los ordenadores electrónicos, han contribuido, de manera definitiva, a posibilitar la utilización de estudios técnicos sobre la economía en el campo práctico de la gestión de los entes económicos.

Se ha producido una feliz conjunción de grandes avances en el campo teórico de las disciplinas que tienen relación con la contabilidad, y en el campo teórico de esta misma materia, con los grandes avances técnicos que suponen los medios indicados.

Pero éstos, al propio tiempo que posibilitan la elaboración y sistematización de una información más amplia, clara, completa, exacta y rápida, en una palabra una información operativa, comportan una servidumbre cual es la necesidad ineludible de una precisa organización, un análisis previo de los procesos de todo tipo, previos a la entrada en acción de los ordenadores electrónicos, sin perjuicio de utilizar éstos para tal labor previa.

Estas consideraciones nos permiten apreciar la importancia de las posibilidades, anteriormente indicadas, que se ofrecen por la Regularización de Balances y por la aplicación del Plan General de Contabilidad.

En la normativa de la Regularización, inserta en el cuadro de una política contable, se contempla esencialmente la problemática de la valoración de los elementos patrimoniales de la empresa.

El Plan de Contabilidad dedica a dicha temática la mayor atención.

Este breve trabajo tiene por objeto destacar la trascendencia de dicha problemática valorativa y como se configura en España su solución en el momento actual.

I. Aspecto general de la problemática valorativa en el plan

1. *Fundamento esencial de las valoraciones en el Plan General de Contabilidad.*

Si en cualquier tarea valorativa, sea o no empresarial, es imprencindible el establecimiento de una noción fundamental orientadora de la misma, cuando se trata de la normalización contable de los sujetos económicos denominados "empresas", la materia adquiere excepcional importancia.

Un Plan de contabilidad sólo adquiere la categoría de tal, si contiene en su texto un tratamiento completo y adecuado de los criterios de valoración que lo informan.

Aunque pueda parecer obvio, hay que observar que, en definitiva, la información económica se traduce en unidades monetarias.

Ello exige el paso de la cuantificación en unidades físicas, también necesaria e interesante, a la cuantificación en una moneda determinada.

Tal paso constituye la tarea valorativa. Su importancia y dificultad son evidentes.

Entre las posibles alternativas en cuanto a la adopción de la noción básica de los criterios de valoración, el Plan español se decide por la noción de coste histórico.

En el número cinco del texto de la Introducción al Plan se contienen las razones de tal decisión.

La más importante es la que expresa que el coste histórico constituye una realidad objetiva.

Esta característica es de extraordinario interés pues dota de solidez al sistema.

La información económica que se obtiene aplicando el Plan General de Contabilidad tiene un sentido concreto e inequívoco.

Por estar fundamentada, en cuanto a las valoraciones, en la citada "noción del coste histórico", tal información es la expresión de los costes históricos correspondientes a cada una de las diferentes fechas de las operaciones realizadas y reflejadas en la contabilidad.

Los datos de dicha información son indubitables e incuestionables y en ello reside su mayor interés.

2. *Problemática consiguiente.*

En el apartado precedente hemos indicado los aspectos positivos del fundamento valorativo adoptado en el Plan General de Contabilidad.

Ahora analizaremos la problemática que presenta.

En una situación de estabilidad monetaria, las valoraciones basadas en la "noción de coste histórico" tienen las ventajas indicadas y ningún inconveniente.

En ausencia del fenómeno de la depreciación monetaria el fundamento valorativo indicado se considera plenamente adecuado.

Los problemas surgen, y, consecuentemente, las críticas a tal fundamento, cuando aparece el citado fenómeno.

La depreciación monetaria supone una alteración de la unidad de medida que es la moneda y ello produce efectos negativos en la información económica elaborada en base del fundamento valorativo mencionado.

Dichos efectos se manifiestan esencialmente en el documento contable denominado Balance ya que:

a) Por ser éste la expresión de agregaciones correspondientes a fechas diferentes, la alteración del valor de la unidad monetaria origina que resulte una agregación heterogénea.

b) Dicho documento no representa, el valor de la empresa en la fecha del mismo, sino que expresa el coste histórico de los activos y pasivos en las diferentes fechas de su adscripción a la empresa.

c) Como consecuencia de *b*), ocurre:

1.° La imagen de la empresa, según tal balance, no corresponde a la realidad de la fecha del mismo.

2.° La función de la amortización de los bienes de activo no puede cumplir plenamente su finalidad.

Vemos, pues, que por causa de la depreciación monetaria la adopción de la "noción del coste histórico" como base valorativa plantea un buen número de problemas.

En el propio Plan se reconoce este hecho y su importancia ya que, en el número cinco de su Introducción, se expresa textualmente lo siguiente:

"Un tercer grupo de sugerencias, aunque aceptaban buena parte de las líneas básicas del modelo convencional, pretendían sustituir la noción del coste histórico por la de valor de reposición. El tema es importantísimo y ha sido objeto de numerosos análisis en los últimos lustros. Está claro que la inflación actúa negativamente sobre el patrimonio de la empresa cuando ésta se gestiona bajo el modelo contable convencional. En un nivel puramente especulativo la Comisión no hubiera tenido inconveniente en proponer la citada sustitución.

Pero en el terreno de las realidades concretas es preciso tener en cuenta — como ya se ha indicado más arriba — que el Plan se subordina a nuestro régimen jurídico vigente, condicionado por la noción de los valores históricos. Por otra parte, la evolución europea sobre esta materia no ha sobrepasado, el menos hasta ahora, de los límites señalados por algunos propósitos y por determinadas recomendaciones.

Con ser esto de por sí suficiente para explicar y justificar el porqué el Plan se desarrolla bajo la noción indicada, la Comisión considera de interés exponer todavía otra razón como soporte importante de los valores

históricos. Es cierto, repetimos, que en un nivel puramente especulativo la tesis de la reposición es aceptable. Esto es evidente y así hay que reconocerlo. Pero la cuestión se presenta con otras notas cuando se trata de cifrar, de expresar en cantidades concretas, las variables que condicionan la solución del problema, el cual se inscribe necesariamente en el contexto de las distintas hipótesis que pueden cumplirse en un momento específico y que corresponde generalmente al futuro. Por ello, un modelo contable basado en la reposición carecería, sin duda, de realidad objetiva.

Es preferible, pues, aun con sus inconvenientes, situarse del lado de los valores históricos. En éstos concurre una nota positiva de extraordinario interés, cual es la de dotar de solidez al sistema. Los valores históricos se cifran por la transacción y cuando ésta se produce, o sea, en el mismo momento en que constituyen una realidad objetiva.

La Comisión se ha planteado el problema de los efectos de la inflación sobre el patrimonio de la empresa; y aunque estima — por todo lo apuntado — que tal problema no puede ni debe resolverlo el modelo contable del Plan, ello no es obstáculo para que por la Autoridad económica se habiliten, sea con carácter temporal, sea con carácter permanente, las medidas más adecuadas para eliminar los referidos efectos. Sobre esta base se formulan determinadas recomendaciones incluidas más adelante.

Las condiciones actuales, en las cuales se aprecia que la inflación no sólo no desaparece ni remite, sino que parece tener un carácter de permanencia, hacen apreciar en mayor grado la importancia del último párrafo del texto que se acaba de transcribir.

Por él vemos que la solución de los problemas que la inflación plantea a las Empresas, se remite por el Plan al tipo de medidas, compatibles con él que, en su caso, considere más adecuadas la Autoridad económica.

II. Aspecto general de la presente regularización de balances

1. *Consideraciones previas.*

De cuanto antecede se deduce que, en las condiciones actuales de la economía, que se desarrolla en un marco inflacionista, los aspectos valorativos del Plan General de Contabilidad Español, necesitan de alguna medida complementaria, según ya se prevé en el texto reseñado de su Introducción.

Inmediatamente se plantea el tema de determinar qué medida o medidas serán las más adecuadas y, también, el carácter temporal o permanente de las mismas.

Lógicamente las medidas tienen que ser suficientes para solucionar los aspectos negativos ya analizados en el punto 2 del apartado I precedente.

En este sentido parece evidente que la corrección del coste histórico mediante un coeficiente que represente la depreciación de la moneda en cada período solucionará los problemas apuntados.

En cuanto a si las medidas deben tener carácter temporal o permanente dependerá de lo que razonablemente se espere del futuro en cuanto a la posibilidad de llegar a una situación de estabilidad monetaria.

En la presente coyuntura, la Autoridad económica ha decidido restablecer la vigencia de la Ley sobre Regularización de Balances según su Texto refundido de 2 de julio de 1964.

Así resulta de lo dispuesto en el art. 20 del Decreto-ley 12/1973, de 30 de noviembre.

La normativa cuya vigencia se restablece, se caracteriza por ser:

a) Correctora del coste histórico, considerando fundamentalmente la depreciación monetaria.

b) Temporal, puesto que surge como una de las "medidas coyunturales" establecidas en el citado Decreto-ley.

2. *Sentido de la Regularización establecida por el art. 20 del Decreto-ley 12/1973, de 30 de noviembre.*

La normativa para la nueva regularización trata de permitir solucionar la problemática analizada.

Es decir, la que se deriva de los efectos de la inflación, pérdida del valor del dinero, sobre los patrimonios empresariales, cuando se ha utilizado la noción de coste histórico con fundamento básico de su valoración.

Para posibilitar las operaciones correspondientes, el legislador, ha tenido que remover los obstáculos que harían onerosa la actualización de valores.

Especialmente se remueve el obstáculo fiscal, mediante la supresión de toda imposición que pudiera derivarse del reflejo contable de dicha actualización.

La normativa comentada tiene mayor amplitud pues posibilita, mediante una amplia amnistía, la sinceridad contable en el sentido de permitir el lucimiento en cuentas de bienes que no constasen en ellas debiendo

haber figurado. Mas este aspecto es ajeno al enfoque de este trabajo, razón por la cual no es de interés insistir en él.

Volviendo al tema central, la presente regularización de Balances permite la actualización de los costes históricos reflejados en la contabilidad.

¿En qué medida se permite tal actualización?

En general, la normativa está muy en la línea de considerar exclusivamente la depreciación monetaria. Para los bienes más representativos y, en la mayor parte de los casos, de mayor importe, existe el límite máximo de valoración que resulta de la aplicación de unos coeficientes multiplicadores sobre los costes históricos correspondientes.

Tales coeficientes, obtenidos tras laboriosos cálculos, son el reflejo de la depreciación de la moneda en cada uno de los períodos de tiempo respectivos.

Por ello, la corrección del coste histórico, por la aplicación de dichos coeficientes, tiene la característica de ser exclusivamente monetaria.

Esto permite afirmar que los nuevos valores que resulten de la regularización, cuando se apliquen coeficientes, quedan corregidos del pernicioso efecto de la depreciación del dinero.

La interpretación de los nuevos valores debe hacerse considerando que son la expresión de un coste histórico corregido exclusivamente en cuanto a tal depreciación. En ningún caso pueden entenderse como valores actuales de los bienes, salvo cuando ha tenido que aplicarse el límite preceptivo del "valor real actual" contenido en la normativa de la regularización.

Entre las normas de valoración contenidas en tal normativa existen algunas en las cuales no son de aplicación los coeficientes ya que se dispone que se considere el cambio de la divisa, por causas de contratación o expresión en moneda extranjera de determinados bienes, o bien, la cotización bursátil, caso de los valores mobiliarios que tengan tal cotización. Además puede resultar de aplicación la norma valorativa denominada por la Ley "de valor teórico según Balance".

En estos casos la regularización pierde, en parte, su característica de correctora de la depreciación monetaria, pues tales criterios valorativos vienen influenciados por factores diversos.

A pesar de esto, en tales supuestos, el componente, generalmente más importante cuantitativamente, suele ser monetario. Ello permite afirmar, con la matización indicada, que el sentido general de la presente regularización entraña una corrección o ajuste del coste histórico de tipo monetario.

3. *Complementariedad de la Regularización respecto del Plan General de Contabilidad.*

Del análisis realizado hasta el momento encontramos:

a) El Plan, basa sus valoraciones en la noción de coste histórico.

b) En un marco inflacionista, como el actual, el Plan necesita, a efectos de tales valoraciones, de alguna medida complementaria.

Acabamos de indicar que tal medida complementaria es la Regularización de Balances, según decisión de la Autoridad económica.

En esta línea de razonamiento podemos indicar lo siguiente.

El Plan mantiene su fundamento básico valorativo con las ventajas ya indicadas, especialmente la de su absoluta objetividad.

La Regularización permite solucionar el efecto negativo de la inflación.

Si, en un futuro, se llegase a una estabilización, el Plan no tendría necesidad de Regularización alguna.

Por ello, la Regularización suele considerarse, tal es el caso actual, como una medida típicamente coyuntural. O sea, no necesaria habitualmente.

Queda, pues, bien claro el carácter de complementariedad de la Regularización respecto del Plan contable.

III. Conclusiones

1. *Oportunidad de la relación "Regularización — Plan General de Contabilidad".*

En la normativa de la nueva regularización se dispone que las empresas que deseen disfrutar de sus beneficios deberán comprometerse voluntariamente a la aplicación del Plan General de Contabilidad.

La normativa de la Regularización se inserta en el cuadro de una política contable.

El Plan General de Contabilidad tiene también tal proyección.

En definitiva se trata de solucionar toda la problemática de la ordenación contable de la empresa, con la importantísima finalidad de perfeccionar su información económica.

Esta información debe ser abundante, clara y sistematizada, pues sólo así resultará útil para que las decisiones empresariales tengan un fundamento adecuado.

A su vez, tal información permitirá perfeccionar la determinación de las grandes magnitudes, con la consiguiente utilidad en las decisiones de la Autoridad económica en el campo de la macroeconomía.

En la regularización anterior no se obtuvieron todos los frutos posibles por no existir un Plan contable. Las empresas situaron los importes de sus activos en cifras próximas a la realidad y, las que aplicaron el art. 13 de la Ley correctamente, solucionaron su problema de sinceridad contable.

Con ello su información económica resultó mejorada.

Pero tal información continuó, en general, falta de sistemática y de homogeneidad.

La utilidad de la regularización pasada, aun siendo importante, no fue total. Puede decirse que quedó a medio camino.

En el momento actual la relación Plan contable-Regularización permitirá cumplir la totalidad de los objetivos de la política contable.

La información de las empresas que regularicen, por aplicar, subsiguientemente, el Plan, tendrán todas las notas positivas en orden a su plena utilidad tanto a nivel microeconómico como para su utilización en la macroeconomía.

Por todo ello, se puede afirmar que la relación indicada entre el Plan General de Contabilidad y la Regularización, es de gran interés y de la mayor oportunidad por responder a las exigencias de la política contable cuya trascendencia en la política económica general no es necesario resaltar por ser de una evidencia absoluta.

2. *La inflación en 1974 y 1975.*

Al analizar la presente Regularización de Balances, hemos indicado que se inserta en el conjunto de medidas coyunturales de Política Económica del Decreto-ley 12/1973, de 30 de noviembre.

Ello implica una consideración de transitoriedad del fenómeno inflacionario. Es decir, se estima que la inflación estaba próxima a su desaparición o, al menos, a su atenuación, quedando en límites pequeños que pudieran ser tolerables y sin influencia importante en las empresas.

La realidad nos demuestra que ello no es así. La inflación continúa con tasas elevadas.

Ante esta situación parece necesario un estudio serio para encontrar los medios de que la información económica no resulte perjudicada en los aspectos comentados al principio.

En algunos países se trata de solucionar el problema mediante la denominada "regularización permanente".

Esta medida implica la consideración de aspectos muy importantes cuales son, entre otros, su alcance en cuanto a bienes a regularizar, coeficientes, repercusión en el propio proceso inflacionario, etc.

En España tanto la regularización de 1964 como la actual constituyen unas experiencias primarias que, aunque importantes, representan un primer paso en el tratamiento de materia tan difícil.

Por ello, en este trabajo solamente queremos destacar:

1.° La importancia del tema.
2.° La necesidad de estudios profundos sobre el mismo.
3.° La urgencia en la adopción de medidas adecuadas.

Evidentemente, el óptimo sería poder eliminar la inflación, pero dado que esto no se presume fundadamente que sea posible, al menos a medio plazo, no parece aventurado afirmar lo indicado de la necesidad y urgencia de los estudios y medidas referidos.

3. *La información económica futura en España.*

Gracias a la relación que se ha establecido entre la Regularización de Balances y el Plan General de Contabilidad, éste será aplicado por unas 20.000 empresas.

Aunque numéricamente puede parecer una cifra moderada, debe tenerse en cuenta que en dicho número están incluidas las empresas más importantes.

Ello quiere decir que se producirá un perfeccionamiento y tecnificación de las contabilidades de las unidades económicas de mayor peso específico en el contexto económico nacional.

La sistematización de la estructura contable que representa el Plan posibilita el aprovechamiento integral de la información económica empresarial.

Especialmente importante es la homogeneidad de la información. Solamente así resulta ésta comparable y agregable.

Pues bien, dicha homogeneidad se logra por la aplicación del Plan.

En el aspecto conceptual, gracias a las denominaciones uniformes de las cuentas.

En cuanto a la identidad de su contenido, gracias a las definiciones contables que concretan con claridad tal aspecto.

La homogeneidad en la expresión cuantitativa de los indicados conceptos se alcanza gracias a los criterios de valoración.

La comparabilidad de la información económica de las empresas es de gran importancia hoy día para los análisis interempresariales.

La agregabilidad de dicha información permitirá el perfeccionamiento de la Contabilidad Nacional.

Este aspecto es trascendental ya que la Autoridad económica al disponer de datos macroeconómicos más abundantes y perfectos podrá programar mejores planes de actuación.

La publicación de éstos, con oportunidad, permitirá a las empresas tener una información fundamental para programar sus propios planes.

En estas sencillas consideraciones encontramos la importancia de la interrelación existente entre la macro- y la microeconomía, y la trascendencia que tiene la seguridad y la rapidez en la información. La aceleración de la vida económica actual exige estas características en la información.

Afortunadamente los medios modernos disponibles, debidamente utilizados, permiten alcanzar altas velocidades en el tratamiento de la información, dotando a ésta de las características indicadas.

EPÍLOGO

ESTRATEGIAS ANTE EL FUTURO

ANTONIO VERDÚ SANTURDE

¿Empieza una nueva era?

Los trascendentales cambios que estamos viviendo en las últimas décadas han sufrido recientemente una aguda intensificación que puede alterar el rumbo del mundo. La famosa crisis del petróleo ha sido sólo el exponente o anticipación de otras crisis más profundas que se vienen gestando hace años en el ámbito de la colectividad humana y en sus relaciones con el medio natural. Prueba evidente es el hecho de que en el espacio de unos meses han tenido lugar — además de numerosas reuniones al más alto nivel internacional para tratar de resolver los graves problemas de la energía — numerosos debates de magnitud mundial sobre la población (Conferencia de Bucarest), la alimentación (Conferencia de Roma), la explotación del mar (Conferencia de Caracas), etc., y ha sido publicado el alarmante informe titulado "La Humanidad en la encrucijada", como prolongación del trabajo del M. I. T. "Los límites del crecimiento", conteniendo una llamada a todos los pueblos del planeta para que tomen conciencia de unas expectativas verdaderamente inquietantes.

Partiendo de estas realidades nos proponemos analizar si efectivamente estamos asistiendo al nacimiento de una nueva era y, en el caso de que así sea, esbozar los caminos a seguir para evitar el trauma o convulsión que este salto pueda ocasionar.

Para calibrar hasta qué punto nuestra generación está viviendo uno de esos momentos claves en los que la historia toma un nuevo rumbo, empecemos por mencionar algunos de los modernos fenómenos destacados

por los investigadores del devenir social. Entre ellos encontramos la desviación de la cultura hacia un mayor carácter sensualista, pragmático, utilitario y hedonista; el rápido avance de los conocimientos científicos y técnicos; la institucionalización de las transformaciones, especialmente en lo que se refiere a investigación, desarrollo, innovación y difusión; la creciente opulencia y ocio; la congestión urbana y el establecimiento de megalópolis; la pérdida de significación de las ocupaciones primarias y secundarias; la proliferación nuclear cada vez mayor; el excesivo dominio estatal con supercentralización absorbente y engañosa; la amenaza de que se pueda hacer mal uso de las nuevas tecnologías y el peligro de que aparezcan grandes conmociones; la falta de una clara conciencia respecto a los límites de nuestra capacidad para enfrentarnos con el desarrollo económico y para controlar los elementos internos y externos y sus interdependencias. La dificultad de que nuestra cultura y organización se adapten a tal progreso en un período de tiempo suficientemente corto puede llegar a constituir un importante problema. Las tensiones del sistema internacional quizá no puedan solucionarse mediante acuerdos diplomáticos. Se teme que la técnica en su desarrollo propicie la existencia de controles sociales agobiantes y que todo ello pueda llegar a afectar a las condiciones naturales, ambientales, psicobiológicas y morales en grado tal que los hombres comiencen a deshumanizarse.

En el orden económico han hecho su aparición fenómenos tan trascendentales como los siguientes:

— Enormes volúmenes de producción en serie.
— Concentración de empresas y empresas multinacionales.
— Generalización de la Seguridad Social.
— Acelerada evolución de las técnicas y creciente obsolescencia.
— Proliferación de organismos supranacionales.
— Gran interdependencia y mundialización de la economía.
— Rápidas comunicaciones masivas.
— Eficaces sistemas de política fiscal y contabilidad nacional.
— Intensa movilidad de ideas, personas, productos y capitales.
— Aparición de apremiantes problemas ecológicos como son la escasez de espacio, la destrucción del paisaje, la contaminación del aire y del agua, los ruidos y aglomeraciones.

Este cúmulo de circunstancias han sido consideradas sintomáticas de una profunda mutación, hasta el extremo de inspirar en los intelectuales frases tan rotundas como las siguientes:

— Vivimos una revolución tan radical que el único cambio comparable es el que se produjo con el paso del paleolítico al neolítico.
— En la actualidad viven más científicos que los habidos durante todos los tiempos de la historia.
— El ritmo se ha acelerado tanto que escapa a nuestra imaginación y sólo las exageraciones parecen verdad.
— La producción se ha duplicado en menos de veinte años, la capacidad de comunicación se ha centuplicado y casi todos los procedimientos hoy empleados fueron ideados dentro del presente siglo.
— No está lejano el día en que se verá lo invisible y se descubrirá lo indescubrible.
— Harán falta más personas para concebir los procesos futuros que para realizar los presentes.
— Todas las instituciones han sido revisadas en los últimos años: la religión, la política, la convivencia, la educación, el orden social, el honor, el trabajo y la moral.
— El mundo de hoy es tan distinto de aquel en que nacimos como lo era éste del de Julio César.
— El hombre de hoy ha de enfrentarse en el curso de su vida con el equivalente de milenios de mutación.
— El computador significa un progreso tan radical como la invención de la escritura.

Aunque muchas de estas afirmaciones adolezcan de cierta exageración, tienen la virtud de dar el énfasis que merece al fenómeno de la modernidad, a un salto sin precedentes que está marcando a nuestra era con el sello del dinamismo. Nunca habían cambiado tantas cosas en tan poco tiempo; nunca se evolucionó con tanta rapidez.

En conclusión, sin prejuzgar la situación actual es obvio que se están produciendo rápidas transformaciones conducentes a fuertes tensiones, a situaciones límite cuya solución requerirá el concurso solidario de todos los pueblos. Si ello no se consiguiera (y ésta es hoy la tarea más apremiante) los enormes problemas que ya se ciernen sobre el mundo acarrearán, como mal menor, la aparición de unos sistemas dictatoriales para encauzar por

imposición lo que no se ha logrado por convención. En palabras del Premio Nobel de Física Dennis Gabor "nos asiste todo el derecho para sentirnos orgullosos cuando miramos hacia atrás, pero no podemos sentir lo mismo si miramos hacia delante. Estamos en una trágica situación en la que el mismo talento que hizo al mono desnudo dueño y señor de la Tierra, se está volviendo ahora contra él". Muchos pensadores contemporáneos han llegado a la conclusión de que nuestra civilización industrial libre no sobrevivirá probablemente a otra generación si no introduce sustanciales cambios institucionales y se teme que la inercia social pueda impedir una adaptación gradual llegando a un punto crítico en que por miedo al colapso, como consecuencia de las presiones internas o externas, los países libres se vean sumergidos en una especie de totalitarismo. Como destaca Toynbee los pueblos no quieren regímenes autoritarios; pero cuando llega la hecatombe, el caos, sacrifican gustosos sus libertades en aras del bienestar y la seguridad. Este sacrificio es precisamente lo que se trata de evitar haciendo que los pueblos tomen conciencia de la grave encrucijada en que nos hallamos y se dispongan a una libre, pero consciente, ordenación de nuestras acciones a escala universal.

Ha comentado recientemente Robert Jungk en una revista de economía internacional que estamos viviendo el fin de una época trastornada por el fuerte contraste entre la precisión de nuestra tecnología y la imprecisión de nuestros métodos de acción sobre la sociedad. En efecto, somos capaces de perforar montañas, desviar ríos, crear lagos, trasladarnos a la Luna, pero no sabemos cómo poner fin a las huelgas, cómo contener los precios o el desempleo, cómo dosificar la producción, canalizar las aspiraciones o frenar el crecimiento de la población.

Los futurólogos mencionan alguna de las fórmulas pendientes de descubrir por los investigadores sociales. Entre ellas destacan: ¿cómo regular los conflictos sociales y políticos sin recurrir a la fuerza y cómo transformar la agresividad en creatividad? ¿Qué nuevas instituciones y fórmulas son precisas para asegurar la democracia auténtica y la participación?

La falta de solución a estas necesidades ha provocado la afirmación de que se va perdiendo la confianza en la capacidad de los gobiernos para afrontar los grandes problemas de hoy: el hambre, el paro, la inestabilidad, la distribución de rentas, la inflación, la frustración, etc. La conclusión a que nos llevan todas estas circunstancias es evidente: hay que buscar nuevas rutas.

Para corroborar los anteriores argumentos recurriremos al reciente y magistral estudio titulado "La Humanidad en la encrucijada" donde se dice que de pronto la humanidad se encuentra a sí misma enfrentada con una multitud de crisis sin precedentes: crisis de la población, crisis del medio ambiente, crisis mundial de alimentos, crisis de energía y crsis de materias primas, entre otras. Nuevas crisis hacen su aparición en tanto las antiguas persisten, extendiendo sus efectos a todos los confines de la Tierra hasta un punto en que devienen, de hecho, crisis globales y de ámbito mundial. La intensidad de estas crisis que afectan al desarrollo del mundo y la ausencia de medidas que demuestren ser eficaces para procurar una solución, ponen en tela de juicio la validez de las premisas que durante mucho tiempo han sido los pilares básicos que orientaron la evolución de la sociedad humana. Las verdaderas soluciones son de carácter interdependiente; en su conjunto, toda la multitud de crisis existentes parece constituir un único síndrome de crisis total.

Estos nuevos planteamientos requieren la previa aclaración de algunos puntos básicos que, en nuestra opinión, podían condensarse en las siguientes preguntas cuya contestación será una buena gimnasia dialéctica para estar en forma a la hora de iniciar la preconizada reforma de las estructuras:

- ¿Es la crisis por que actualmente atraviesa la economía mundial un fenómeno coyuntural análago al habido en épocas anteriores, o es el exponente de una distorsión provocada por el nacimiento de una nueva Era?

- ¿Cuáles son los principales factores de fondo determinantes de la situación crítica que vive la economía del presente: morales, políticos, culturales, técnicos, ecológicos?

- ¿En qué aspectos tendrá que polarizarse la atención mundial de cara al futuro? ¿En el agotamiento de los recursos, la explosión demográfica, la distribución de la renta, la cooperación internacional, la investigación científica, o en algunos otros, simultánea o preferentemente?

- ¿Hacia qué tipo de estructura geopolítica debe encaminarse el planeta: comunidad universal, grandes bloques supranacionales o individualización nacional e incluso subnacional?

- ¿Qué tipo de sistema socioeconómico será más idóneo para afrontar el futuro próximo: el socialismo integrista, la democracia liberal, o un sistema intermedio?

• Ante las dos hipótesis extremas: la pesimista de una economía estancada sin crecimiento y la optimisma de un desarrollo continuo y equilibrado ¿cuál y por qué razones será la más verosímil o factible?

• Respecto a las relaciones de producción y a la empresa concretamente ¿qué perspectivas son más deseables teniendo en cuenta las actuales tendencias hacia la multinacionalidad, la concentración, la profesionalización, el automatismo y la cogestión?

• ¿Puede afirmarse, en definitiva, que está arraigando una nueva mentalidad, un nuevo humanismo, una manera distinta de plantear y afrontar la vida hasta el extremo de encontrarse el devenir histórico en un punto de inflexión análogo al que tuvo lugar a raíz de la caída del Imperio Romano, el Renacimiento o la Revolución Industrial?

Contemplando la realidad

Para tomar conciencia de los peligros a que estamos expuestos y justificar la necesidad de adoptar inmediatas medidas a nivel mundial, nada más vivo que el cuadro de la realidad misma, del que por imposibilidad de abarcarlo todo ofreceremos unas cuantas pinceladas:

— A fines de siglo la población mundial crecerá en un solo año tanto como en los primeros quince siglos de nuestra Era.
— Ya hoy, sólo la India necesitaría como consecuencia de su crecimiento de población construir 1.000 escuelas, 1.000 hospitales y 10.000 casas cada día.
— El agotamiento de muchos metales será inminente, de continuar el actual ritmo de consumo. Así, se han calculado los siguientes años de duración: plomo 10, zinc 15, estaño 18, cobre 25, níquel 30, manganeso 50 y hierro 75.
— Entretanto, el petróleo se agotará en poco más de veinte años e iguales perspectivas ofrecen otros muchos productos. Los desiertos se van extendiendo, la riqueza del mar disminuye y algunas especies animales van camino de extinguirse.
— La humanidad ha consumido sólo en la década de los 60 tanto petróleo como en los 100 años precedentes desde la perforación del primer pozo.
— Los 24.000 reactores atómicos que serán precisos en el futuro para

compensar el agotamiento de otras fuentes de energía necesitarían consumir 15 millones de kilogramos de plutonio por año, cuando una pequeña cantidad de esta sustancia contiene veneno suficiente para matar a cientos de millones de personas.

— La distribución de la producción es tan desigual que los EE.UU. con una población del 6 % de la mundial emplean el 24 % de los recursos del planeta. Si todas las personas del mundo comieran como los norteamericanos, la actual producción agrícola sólo podría alimentar a la cuarta parte de la humanidad. Por cada perro americano se gasta en alimentación tanto como el promedio de renta de la población hindú.

Existen, pues, algo más que indicios de que caminamos hacia un torbellino de peligros que pueden convertir a los próximos años en el último acto de una tragedia o en el primer acto de un nuevo resurgir. Todo dependerá de la capacidad de la humanidad para acomodarse a la naturaleza en lugar de esquilmarla, organizándose racionalmente a escala planetaria en busca de un desarrollo armónico y equilibrado; más cualitativo y menos cuantitativo. Siguiendo la argumentación de Humbert-Droz una verdadera mutación deberá operarse desde hoy mismo y durante los próximos años en los hábitos del hombre si el mundo no quiere exponerse a la catástrofe. La civilización del despilfarro ha terminado; la de la sobriedad y la recuperación acaba de comenzar y en consecuencia todo deberá ser reciclado: los metales, el vidrio, el papel y sobre todo el agua, cuyo consumo alcanzará cinco billones y medio de metros cúbicos en el año dos mil. El hombre se verá obligado a planificarlo todo sistemáticamente: nacimientos, nutrición, actividades industriales y formas de vida. Esto significa que cada día es mayor la necesidad de unos planteamientos ahora denominados orgánicos y que también pueden calificarse de integristas, estructurales, cibernéticos o de sistemas.

Las razones que actualmente se aducen en favor de esta postura es que todas las experiencias contemporáneas señalan la efectiva aparición de un sistema mundial exigiendo imperiosamente que todas las actuaciones fundamentales sean decididas dentro de un contexto global, abarcando sus múltiples facetas. Y aun más, se puede demostrar que debido al gran dinamismo del sistema universal y a la amplitud de los cambios, dichas actuaciones deberán revestir un carácter de anticipación con el fin de que

las soluciones apropiadas puedan desarrollar su efectividad antes de que las crisis ya iniciadas desplieguen por entero su amplia devastación.

Debe tenerse en cuenta que cada innovación, cada nuevo procedimiento o nuevo producto, pueden tener hondas repercusiones mediante efectos secundarios o diferidos que no se aprecian directa e inmediatamente, pero que pueden lesionar gravemente el equilibrio ecológico y social. Se ha estimado, por ejemplo, que entre la infinidad de nuevos productos creados cada año cerca de catorce mil afectan de una u otra manera al ciclo geoquímico de la vida, y recordemos los efectos secundarios de la industria atómica, los insecticidas o los plásticos, por no citar más que los casos más palpables.

D. Meadows, autor del famoso trabajo sobre "Los límites del crecimiento" pronostica que si el aumento actual de la población, industrialización, contaminación del medio ambiente, producción de alimentos y explotación de materias primas continúa invariable, en el curso de los próximos cien años se alcanzarán los límites absolutos del crecimiento sobre la Tierra. Paralelamente, se irán acentuando las tendencias hacia el predominio de un clima de transitoriedad e inestabilidad obstaculizando la construcción de unas bases firmes sobre las que sustentar la estructura social. Los valores cambiarán y perderán su anterior respetabilidad, dejando al hombre menos condicionado, aunque también más desamparado. La sociedad irá haciéndose más tolerante respecto a creencias u opiniones, pero simultáneamente irá exigiendo más de nosotros por razones de interdependencia y organización. Cada vez los hombres sabrán menos a qué atenerse, primero porque buscarán aturdidos las oportunidades de escapar a una vida demasiado programada y controlada, y en segundo lugar porque no podrán disponer de un proyecto vital duradero en un mundo dominado por la fugacidad.

Llevado esto al campo económico cabe esperar sensibles distorsiones al fallar muchas de las premisas que sustentan al actual armazón lógico de la economía. Si la economía se ocupa de problemas sociales, humanos y se va hacia una transformación de nuestra escala de valores, las resonancias llegarán a todos los rincones de la economía para la que, en definitiva, es fundamental el concepto de valor. Añadamos las previsibles variaciones en los órdenes institucional y operativo tan influyentes en la economía, y será fácil comprender las conmociones que está llamada a sufrir.

Los hechos hasta aquí mencionados justifican la presunción de que

entramos en un punto de inflexión histórica cuyas manifestaciones ya se vienen dejando sentir en diversas esferas como lo prueban los siguientes síntomas:

— *La quiebra ecológica:* polución, saturación, agotamiento, degradación del medio, hacinamiento y creciente desequilibrio biológico.
— *La ruptura ideológica:* crisis de valores éticos, sociales, políticos y económicos; han perdido fuerza los anteriores principios, postulados y dogmas.
— *La desorganización,* el desconcierto económico y las desigualdades regionales; las competencias ruinosas, el ciego afán de crecer por crecer y la falta de congruencia en el sentido y distribución del crecimiento.
— *La revolución tecnológica:* la cibernética, la energía nuclear, la electrónica, el láser, la bioquímica, las armas atómicas y otras conquistas de la técnica, que en conjunto provocarán mayores resonancias que la famosa Revolución Industrial.

Bien entendido que todos los problemas enunciados son interdependientes y por eso, aunque cabe hablar como se viene haciendo de varias crisis (la del petróleo, la universitaria, la monetaria, la religiosa o la de autoridad), lo que hay es una crisis total con varias facetas o manifestaciones. Y esto no podemos ignorarlo o minimizarlo por pereza o cobardía: hay que afrontarlo con serenidad pero con decisión, hay que aceptar el reto del futuro.

Es cierto que según se ha objetado las crisis han existido en todos los tiempos; no obstante se puede demostrar que la crisis que se avecina ahora no tiene precedentes, no se resolverá como otras por sí sola, y sus efectos pueden alcanzar una magnitud nunca imaginada.

Algunas esperanzas

Además de la perspectiva fatalista que se deduce de los datos y teorías anteriormente expuestos — todos ellos sólidamente fundados — existen otros planteamientos que aun coincidiendo en admitir el carácter crucial del presente momento histórico, ven la situación con tonos menos sombríos. Un elemental respeto a la objetividad científica nos obliga a exponer estos otros enfoques que, en cierto sentido, no contradicen sino que complementan las argumentaciones precedentes.

Sin ir más lejos quien escribe estas líneas afirmaba hace dos años en un trabajo sobre el futuro de la economía que aunque la masificada sociedad tecnológica ofrece multitud de inconvenientes, algunos incluso degradantes, también es cierto que ha sacado al hombre de la bestial dependencia de las fuerzas naturales que lo mantenían sojuzgado. Hoy, gracias a la ciencia, a la cultura, a la técnica, podemos mirar más lejos y más ancho, podemos vivir más años, podemos sufrir menos dolores, comunicarnos mejor, entendernos más. Y esto tiene un valor inconmensurable. Por eso, la renuncia al crecimiento supondría un anquilosamiento, incompatible con la condición humana. Sería la negación de la esperanza, de la ilusión de mejorar, precisamente en una época de arraigada mentalidad evolutiva y de poderío del hombre sobre su medio, un poderío que se presenta como dominio sobre el espacio y el tiempo y como configurador de los destinos del género humano, en ruta hacia una sociedad cuyos más notables rasgos serán un alto consumo de bienes superiores, siendo presumible una ampliación en la gama de variedades de los artículos y servicios producidos. En ella se elevará la formación profesional y la proyección cultural debido al mayor tiempo disponible; existirá una metódica programación de todas las funciones y el hombre se encontrará más protegido en medio de un creciente bienestar; el aumento de la población se verá frenado por fuerzas consecuentes al progreso, y los avances tecnológicos podrán compensar la escasez de recursos; la explotación de nuevas fuentes ampliarán las disponibilidades, y los avances de sistemas y organizaciones harán la vida más larga e intensa, aunque también más mecánica e inquieta; la complejidad de la vida llevará consigo una mayor matización que afectará sensiblemente a la personalidad y la intimidad; será manifiesta una progresiva mundialización suavizadora de barreras diferenciales y fomentadora de una mayor comprensión entre los pueblos.

En análogo sentido Dennis Gabor, apoyándose en el avance tecnológico (que unido a la investigación viene considerándose la panacea capaz de espectaculares progresos), sostiene que la tecnología puede incluso resolver un problema aparentemente insoluble: proporcionar una naturaleza más limpia con campos y bosques más verdes. Las nuevas cosechas resultarán tan económicas que bastará con una pequeña fracción del suelo disponible, y aun pueden esperarse mayores progresos con el desarrollo de los microorganismos del petróleo, en el mar y en depósitos, y hasta como último recurso con la síntesis de las proteínas comestibles. Con ello sería

posible reservar una zona restringida a la producción alimenticia y dejar el espacio restante para que el hombre lo transformara en parques y jardines. Finalmente admite dicho autor que la tecnología puede ofrecer a las masas comida, ropa, vivienda, viajes y entretenimientos, si bien no puede evitar ofrecerles también alguna frustración. "Sin embargo, no hemos de menospreciar a la ciencia y a la tecnología porque no puedan darnos *todo*. ¿Cambiaríamos lo engorroso de ser ricos por la pobreza del pasado cuando la vida era pobre, sórdida, brutal y corta?"

Tal esperanza en la tecnología tiene justificación pues realmente las sustancias y la energía que se han venido explotando son sólo una pequeña porción de las que encierra la Naturaleza. Lo que falta es un mayor esfuerzo investigador y más racional organización; pero las posibilidades de aprovechamiento son inmensas, según demuestra el ejemplo del mar cuya riqueza potencial es enorme, el de las aguas subterráneas, el sol, el hidrógeno, la producción llamada integrada de los minerales y la recuperación o reciclaje de las ingentes riquezas que hoy se pierden. Como caso curioso citaremos el de la roca anortosita: si supiéramos extraer económicamente el aluminio contenido en esta roca bastaría con 8 kilómetros cúbicos para igualar todos los recursos identificados de bauxita, y sólo en el este del Canadá el subsuelo formado de anortosita cubre 100.000 kilómetros cuadrados. Análoga situación ofrece las gigantescas reservas de pizarras y arenas bituminosas y tantas otras materias cuyas explotación o no se ha iniciado por falta de técnicas adecuadas o se ha limitado a un escaso número de variedades. El actual derroche de proteínas y las perspectivas para ampliar poderosamente su producción, son hechos perfectamente conocidos.

Consideración especial merece la energía porque de ella depende toda la economía moderna. Aparte de las fuentes clásicas, carbón y petróleo, y sin entrar en la gran esperanza representada por la energía solar, tenemos la energía nuclear de la que numerosos científicos afirman que además de ser perfectamente posible evitar todos sus temidos perjuicios, ofrece un consolador porvenir pues se ha dicho que sólo el uranio que cada año vierten los ríos en el mar supera la cantidad que podría consumir una población mundial varias veces superior a la presente y plenamente industrializada. Hay esperanzas, por tanto, de que la civilización industrial no llegue a su fin por falta de energía. Pero además, existe la posibilidad del hidrógeno, el elemento más simple e inagotable, cuya combustión es una

perfecta fuente de energía que al quemarse no produce desperdicios ni contaminación.

Expresión de tal estado de cosas han sido las conclusiones del conocido economista Colin Clark quien en unas recientes declaraciones sostuvo, entre otras cosas, que según los datos por él analizados no es cierto que no se pueda aumentar la capacidad de producción de alimentos y, además, "en el mundo existen yacimientos que no están explotados de los que se podría obtener una producción cien mil veces superior a la actual. Y si estas minas no se explotan es en razón de los intereses de las compañías. De todas maneras si en algún momento escaseara algún mineral podría economizarse su uso mediante avanzadas tecnologías de reciclaje". Por otro lado, "la contaminación puede ser totalmente superada mediante la adopción de técnicas correctas en las empresas contaminantes. Lo que ocurre es que esto supone unos gastos y los gobiernos no quieren adoptar de forma clara una política drástica en este aspecto. Es decir, la solución ya existe, ahora sólo hace falta que se aplique". En cuanto a la falta de espacio para ocio y recreo "podría resolverse, ya que se está estudiando por varios científicos la posibilidad de crear unos satélites que darían vueltas alrededor de la tierra y en el que habitarían hombres, con lo que se aumentaría el espacio vital".

En análogo sentido considera Lerena Guinea que no se han cumplido las negras profecías ni se ha alcanzado el máximo crecimiento porque aún es deconocido el poder de la tecnología cuando se le impulsa en determinada dirección. Su capacidad de encontrar sustitutivos o productos sintéticos, o de explotar recursos antes no explotados parece gigantesca. Por otro lado, "no se conocen exactamente los recursos mundiales. La escasez de algunos metales puede desaparecer con el hallazgo de nuevos yacimientos, ciertamente cada vez más difícil, pero posibles en un mundo que no conoce todavía exactamente la cuantía de sus recursos". Respecto a la agricultura, la producción podrá mejorar cuando sea superado el defectuoso funcionamiento del sistema de mercados. A esto hay que agregar el lastre de "una demanda distorsionada y que no responde a las verdaderas necesidades de la humanidad".

Más ecléctica es la postura de Preston Cloud expuestas en un artículo del que se hace eco el profesor Iparraguirre en el cual enumera unos postulados bastante difundidos, pero que en realidad son simples hipótesis, a saber:

— la esperanza en una disponibilidad de energía barata y prácticamente inagotable, derivada de fuentes nucleares
— la teoría de que los recursos minerales representan económicamente una parte decreciente del valor del PNB
— la estraña y peligrosa noción de que la cantidad de un recurso disponible es una función exponencial inversa de su concentración, o que la disponibilidad de los metales está asegurada, aunque en minerales de menor grado de concentración
— la hipótesis crucial del control de la población
— el concepto de las posibilidades tecnológicas del futuro
— la fe ingenua de que si todo lo demás falla el mar acudirá a satisfacer nuestras necesidades.

Es decir, nos movemos sobre hipótesis y es difícil llegar a una coincidencia de opiniones porque la economía del futuro está sustentada sobre tres bases inciertas: la verdadera cantidad de riquezas que contiene el planeta, la capacidad de la técnica para explotarlas y la actitud de los humanos ante las nuevas situaciones. Creemos, no obstante, que hay algunos objetivos ciertos, casi podría decirse incontrovertibles, y en ellos debemos centrar preferentemente nuestra atención.

Armonización del crecimiento

Sea cual fuere la opinión personal de cada ecólogo, sociólogo, filósofo y político, lo evidente es que existe una biosfera y una tecnosfera, que la realidad vital está sometida a unas reglas, unos principios evidenciados a través de un ecosistema, un tecnosistema y un sociosistema íntimamente acoplados, y por ello el crecimiento, la evolución de la humanidad tiene que dejar de ser espontánea, desordenada, inconexa, dispersa e indiferenciada para convertirse en un crecimiento orgánico, lo cual implica la diferenciación y esto significa articulación, coherencia, estructuración. Hay que empezar a comprender que el mundo es un complejo organismo vivo, actualmente enfermo por no haberse tenido en cuenta que todo, minerales, plantas, animales y microorganismos componen una función encadenada donde hasta lo más nocivo es parte necesaria del mecanismo biológico. Según las más modernas corrientes la fragilidad del entramado de la vida, de los delicados nexos que entrelazan a las especies integrando sus vínculos dinámicos, ponen fatalmente en relación a los reinos animado e inanimado

en los procesos naturales. Se ha dicho que cuando el hombre impone sus propios designios a la Naturaleza está interfiriendo el proceso de selección natural, y los efectos a largo plazo de tal intervención son impredecibles. En la búsqueda de beneficios a corto plazo estamos introduciendo gran número de sustancias químicas dentro del ecosistema sin la verificación adecuada. Las consecuencias pueden ser irreversibles, generales y graves pues incontables organismos vivos, incluidos los propios seres humanos, pueden resultar afectados.

Ahora bien, este encadenamiento que presupone el reconocimiento de que todo depende de todo, es compatible con la admisión de la diversidad sin cuyo reconocimiento caeremos en la utopía de suponer la existencia de unos límites comunes a todo el sistema, cuando lo cierto es que las distintas partes del mismo se ven afectadas por límites distintos, en diferentes momentos, dependiendo las distorsiones que experimente el sistema en su conjunto de la deficiente sincronización entre los varios elementos integrantes.

Por eso se empieza a propugnar la construcción de un plan maestro encauzado al crecimiento orgánico para lograr un desarrollo del mundo que esté basado en la asignación global de la totalidad de los recursos finitos, lo cual supone la creación de un sistema económico mundial nuevo.

Entre las razones que justifican una planificación universal están muchos de los rasgos que por impulso propio ha ido tomando la estructura real de la economía, como son:

— el decisivo papel de la tecnología que exige continuos y crecientes esfuerzos combinados
— la escasez hasta el límite del agotamiento de muchas materias primas
— las fuertes sacudidas de los precios ante las oscilaciones de la producción, la especulación y el crédito
— la fluctuante variación de una imperfecta demanda sometida a los caprichos de la masa consumidora
— los daños que el mantenimiento de una irracional producción están ocasionando al medio natural.

Estos problemas, así como los de control de la población, la redistribución de localizaciones, la continuidad del suministro energético, la conservación del equilibrio ecológico y otros muchos más, sólo pueden ser correctamente planteados y satisfactoriamente resueltos con una proyección

mundial. En el informe para las Naciones Unidas elaborado por Bárbara Ward y René Dubos se destaca cómo "nuestro parentesco e historia, nuestro sentido de participación en la cultura y el progreso, nuestras tradiciones y nuestras creencias, todas son cosas preciosas que enriquecen al mundo con la variedad de grados y función requeridos por todo el ecosistema vital. Pero nos ha faltado una comprensión más general de la unidad. Nuestros profetas la han buscado, nuestros poetas la han soñado. Pero es sólo en nuestro tiempo cuando los astrónomos, físicos, geólogos, químicos, biólogos, antropólogos, etnólogos y arqueólogos se han unido con el fin de producir un solo testimonio de avanzada ciencia para decirnos que, en cada alfabeto de nuestra existencia, en verdad pertenecemos a un solo sistema, movido por una sola energía, que manifiesta una unidad fundamental bajo todas sus variaciones y depende, para su subsistencia, del equilibrio y de la salud de todo el sistema".

En las precedentes argumentaciones se presupone, como es obvio, que además de los condicionamientos o limitaciones impuestos por el medio natural del que el hombre obtiene los recursos para vivir, existen unos límites puramente humanos, llamados internos, que determinan las posibilidades de acción. Y si es importante que el hombre respete las leyes de la naturaleza física, tanto más lo será que respete sus propias limitaciones. Ésta es una cuestión que si bien la mencionamos de pasada porque hunde sus raíces más allá de las fronteras de la economía, es fundamental en todo planteamiento encauzado a la búsqueda de soluciones para la crisis actual. La significación de la misma ya fue recogida por el famoso Aurelio Peccei cuando señaló que "el hombre se ha dedicado con tanta intensidad a construir sistemas artificiales, cada vez más amplios y más complejos, que controlarlos se ha convertido para él en un problema difícil; de ahí que haya perdido un cierto sentido de cuál es su destino y, al mismo tiempo, de su comunión con la Naturaleza y con lo trascendente. Nadie puede afirmarlo con seguridad y sin embargo, el deterioro psíquico y social evidente sobre todo en las grandes aglomeraciones urbanas, nos avisan de que quizá esos límites internos han sido rebasados, y de que es posible que nuestras mentes y nuestros sistemas nerviosos no sean capaces de aguantar más sobrecarga".

Para resumir lo dicho hasta aquí haremos una recopilación del más profundo y documentado estudio de estos problemas efectuado recientemente bajo los auspicios del Club de Roma. De él extraemos las siguientes proposiciones:

— Las crisis actuales no son pasajeras, sino que reflejan más bien una tendencia persistente, inherente a las pautas históricas de desarrollo.
— La solución de tales crisis sólo podrá tener lugar dentro de un contexto global, con un reconocimiento explícito y total del hecho de la aparición de un sistema mundial, y sobre una base a largo plazo. Esto requerirá, entre otros cambios, un nuevo orden económico mundial y un sistema global de asignación de los recursos.
— Nada podrá solucionarse utilizando medios tradicionales que se limiten a un aspecto aislado del sistema mundial. Lo que en verdad se precisa es una completa integración de todos los estratos que componen la evolución del mundo.
— Dentro del entramado necesario para la adopción de decisiones debería existir una clara conciencia de lo inútil que resulta un nacionalismo estrecho. Los temas de carácter global sólo mediante una acción concertada a escala también global pueden ser resueltos.
— Desechada la hipótesis del absurdo colectivo, la humanidad habrá de enfrentarse a la prueba más tremenda de su historia: la necesidad de un cambio en la relación entre el hombre y la Naturaleza y la aparición de una nueva concepción de la humanidad en tanto que sistema global viviente. Si la preparación para un tipo de evolución como la descrita fracasa, la competencia entre naciones y entre regiones se hará, con toda seguridad, cada vez mayor, lo que quizá conduzca a una polarización hacia lo militar progresivamente más acusada y a que crezca la probabilidad de que la balanza se desnivele hacia una guerra nuclear mundial que equivaldría al suicidio de la humanidad. Por todo ello, no existe una tarea más urgente en aras de la consecución de la paz, que ayudar a que el rumbo del sistema mundial discurra por la senda del crecimiento orgánico, a través de las diversas etapas de su evolución, mediante la cooperación, en lugar de hacerlo mediante el enfrentamiento.
— Está demostrado analíticamente que en la mayor parte de los casos la cooperación es igualmente beneficiosa para todos los participantes.
— Debe desarrollarse una nueva ética de los recursos materiales que dé como resultado un estilo de vida compatible con la era de escasez que se avecina. Ello exigirá una nueva tecnología de producción que esté basada en una mínima utilización de los recursos y en la longevidad de los productos obtenidos, más bien que en procesos cuyo

fundamento consista en maximizar la producción. Habría que sentirse orgulloso de ahorrar y de conservar más bien que de gastar y de tirar.

— Debe desarrollarse una actitud hacia la naturaleza que se base en la idea de armonía más bien que en la de conquista. Sólo de este modo podrá el hombre poner en práctica lo que en teoría ha aceptado ya, esto es, que el hombre forma parte integrante de la naturaleza.

— Si se quiere que la especie humana sobreviva, el hombre ha de desarrollar un sentido de identificación con las generaciones futuras y estar dispuesto a renunciar a obtener beneficios para sí mismo a cambio de obtenerlos para aquéllas. Si cada generación trata de obtener el máximo de prosperidad para sí misma, la especie del *Homo Sapiens* será todo lo próspera que se quiera, pero estará sentenciada irremisiblemente a muerte.

De estos postulados se deduce que ha llegado la hora de abandonar el economicismo a ultranza para introducir en la ecuación social del bienestar otros factores extraeconómicos hasta ahora marginados por la insaciable obcecación consumista. Pero incluso planteado el problema en el terreno puramente económico debe tenerse en cuenta que aunque el óptimo de economicidad queda definido por el principio de "máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo" es evidente que entre ambos objetivos existirá siempre una cierta relación técnica. Debemos pues elegir una de estas dos opciones: o un determinado rendimiento (nivel de bienestar) logrado con el menor esfuerzo, o un cierto esfuerzo (empleo de medios) para obtener de él los máximos rendimientos posibles. Lo insostenible es querer continuar elevando el consumo indefinidamente al ritmo de los últimos lustros, cueste lo que cueste. Hay que poner un límite razonable al crecimiento para no tener luego que retroceder; no podemos pretender que cada quince o veinte años se duplique la producción. Pero sí podemos aspirar a que en el mundo desaparezca el hambre, a que haya armonía y se disipe el fantasma de las catástrofes y depresiones que habrán de llegar fatalmente si no cambiamos de actitud y nos organizamos racionalmente a nivel mundial.

Como conclusión, podemos esbozar tres premisas de las que habrá de partir cualquier estrategia proyectada al futuro:

— la crisis actual, al tener profundas raíces ecológicas, antropológicas

y sociales requiere soluciones también profundas en evitación de catastróficas secuencias irreversibles
— el único medio de evitar este peligro es pasar del anárquico crecimiento desenfrenado al crecimiento orgánico resultante de acciones conjuntas, adecuadamente diversificadas por áreas o regiones
— la rapidez con que los problemas se van acumulando hace necesario tomar medidas con carácter inmediato, por ejemplo, respecto a la explosión demográfica, la explotación de los recursos no renovables y la contaminación.

Por todas estas razones va arraigando la idea de que la interconexión mundial, y dentro de ella la creciente interdependencia recíproca, ha producido una nueva dimensión de la política: ya no puede darse ningún aislamiento a la antigua usanza. Y aun más, se está difundiendo el convencimiento de que no es posible lograr una sólida restauración de las condiciones del mundo y de las perspectivas de la humanidad si no es a través de una cooperación de ámbito mundial, dentro de un planteamiento integral y con una proyección de futuro. Con la particularidad de que el coste en términos económicos y políticos, e incluso en sufrimientos humanos, que se derivarían de los retrasos en la implantación de esta nueva orientación, sería sencillamente aterrador. Los minuciosos análisis cibernéticos de un gran número de posibilidades (escenarios) llevados a cabo por Mesarovic y Pestel conducen a la conclusión de que cada vez van siendo menores las oportunidades que la humanidad tiene a su alcance para evitar la catástrofe, por lo que las demoras en llevar a la práctica tales oportunidades son, en sentido literal, mortíferas.

Medidas más apremiantes

Entre las estrategias para superar los males que hoy aquejan al mundo y que ofrecen una angustiosa perspectiva, destacaremos los siguientes:

- *Reducción del consumo* habida cuenta que existe un elevado derroche o exceso de consumo de alimentos, utensilios y servicios que apenas contribuyen a la felicidad, deshumanizan, provocan alienación y hastío creando una insatisfacción que conduce a la búsqueda de compensaciones afirmadoras de la personalidad, quedando convertido el

proceso producción-consumo-bienestar en un círculo vicioso de frustraciones.

Hemos de combatir los consumos superfluos (ostentación, demostración, imitación, lujo) que absorben importantes recursos sin aumentar realmente el bienestar ni mejorar la calidad de vida. Lo peculiar de nuestra época no es la escasez (pues siempre la hubo) sino el agotamiento, el despilfarro, la obsolescencia prematura, y también los desequilibrios y los agudos conflictos.

La abundancia disfrutada por los países ricos y soñada por los pobres no debe convertirse en un compromiso o una obsesión que absorba y desvíe las aspiraciones humanas, sino únicamente en el mero instrumento para alcanzar un tipo de vida más amplio, completo y profundo. Hay que cambiar las estructuras del gasto, del consumo, de la demanda y esto conlleva un cambio en la estructura sociocultural.

- *Supresión de las deseconomías* y excesivos costes sociales, entendiendo por deseconomías todos los daños, perjuicios o secuelas negativas que origina el proceso de producción y muchos de los cuales serían evitables combinando una adecuada concienciación de las empresas con una reglamentación que redujese las enormes pérdidas resultantes de numerosas explotaciones depredadoras o nocivas para el bienestar de la colectividad a largo plazo.

  Respecto a los costes sociales, unos contabilizados o explícitos y otros no contabilizados o encubiertos, constituyen un tema apasionante por cuanto son soportados por toda la sociedad en proporciones que van alcanzando cotas sencillamente asombrosas. Pero no profundizaremos en este tema por encontrarnos en este momento terminando un estudio sobre el mismo que pronto será difundido.

  Ambos fenómenos se hallan vinculados a un elemento tan esencial de cara al futuro como es el patrimonio común, los bienes públicos, el capital nacional que en sus múltiples variedades, incluido el factor humano y cultural, serán la clave de la supervivencia de las nuevas generaciones.

- *Óptimo aprovechamiento*. La falta de estímulos, de auténtica competencia, o la despreocupación por el agotamiento han sido causa de un gran abandono en orden a la obtención de los máximos rendi-

mientos de las materias empleadas. Los bajos costes de las materias primas no incitaban suficientemente a la investigación y aplicación técnica de métodos más perfeccionados para el aprovechamiento de los recursos. Las pérdidas habidas en la extracción, transformación, almacenaje, transporte y distribución han sido en ocasiones enormes. A ello hay que agregar el escaso esfuerzo por buscar sustitutivos o nuevas aplicaciones, y el excesivo esfuerzo por encontrar formas de presentación incitantes o medios de publicidad convincentes. Por otro lado, los bajos precios inducían a un consumo desenfrenado porque lo barato es derrochado alegremente, sin tenerse en cuenta que tal abuso presente puede conducir a un encareciminto e incluso agotamiento en el futuro; por eso, aunque parezca un contrasentido económico, para mantener un elevado nivel de vida los productos, y especialmente las materias primas, no deben ser muy baratos. Ejemplos de esta irracionalidad nos lo ofrecen en abundancia las frecuentes pérdidas de materia y energía, muchas evitables como es el caso del derroche de vitaminas en la alimentación con productos animales o el hecho de que, según ponen de manifiesto estudios publicados recientemente, en la actualidad sólo se aprovecha el 35 % del petróleo contenido en los yacimientos. Además, la mitad de la energía primaria se pierde al ser transformada en electricidad o quemada directamente, escapándose a la atmósfera en forma de calor lo cual, por otro lado, contribuye a la contaminación. Las mayores pérdidas se dan en los automóviles con el 75 a 90 %, las centrales eléctricas clásicas con un 65 % y en las nucleares es aún mayor. Hay que agregar las enormes pérdidas que se producen en el transporte a lo largo de las líneas eléctricas. Teniendo en cuenta todos estos factores se ha calculado que una bombilla, por ejemplo, sólo utiliza el 4 % de la energía contenida en el combustible empleado por la central generadora.

- *Continuidad en la producción*. Esto supone programar el uso de los recursos para evitar catastróficos estrangulamientos o cortes bruscos, mediante paulatinas adaptaciones y renovaciones. Ha de tenerse en cuenta que las obligadas sustituciones futuras no serán fáciles ni elásticas, ofreciendo dificultades técnicas y económicas que entorpecerán su implantación. Hay pues que preverlas y regularlas entre

todos los países en una estrecha colaboración sin la cual no se conseguirá eficacia en los resultados.

Valga de ejemplo una vez más el caso de la energía. Hasta la revolución industrial las únicas energías utilizadas eran la humana, la animal y las del viento y el agua, todas ellas renovables. Ahora llevamos muchas décadas aprovechando la energía solar acumulada durante milenios en las masas de algunos minerales yacentes en la corteza terrestre; pero esta explotación no puede ser ilimitada y habrá de ser sustituida por el aprovechamiento directo, no agotable y siempre renovable, de la energía del sol o del hidrógeno, lo cual supone una gigantesca inversión muy diseminada que requerirá el concurso de todos los países de globo, ocasionando una profunda mutación en la estructura territorial y en las pautas de localización.

- *Conservación del medio ambiente.* Es uno de los problemas más debatidos de hoy, y respecto al cual nada mejor podemos decir que extraer de entre los 23 principios consignados por la Declaración sobre el Medio Ambiente Humano, las siguientes proposiciones:

— Los recursos naturales de la Tierra, incluyendo el aire, el agua, la tierra firme, la flora y la fauna y, especialmente, los ecosistemas naturales, deben ser salvaguardados y restaurados para el beneficio común, mediante una cuidadosa planificación y dirección según cada caso.
— Los recursos no renovables deben utilizarse de tal modo que queden a salvo de todo peligro de agotamiento futuro.
— El desarrollo económico y social es esencial para asegurar al hombre un ambiente vital y laboral favorable y para crear sobre la Tierra las condiciones necesarias para mejorar la calidad de la vida.
— Hay que replantear la planificación económica y social para asegurarse de que los programas de desarrollo sean compatibles con la necesidad de proteger y mejorar el medio ambiente.
— Las políticas demográficas que no perjudiquen a los derechos humanos básicos y que los Gobiernos respectivos consideren adecuadas, deberían aplicarse en aquellas regiones en las que el índice de crecimiento de la población pueda tener efectos negativos.
— La ciencia y la tecnología deberán promoverse y aplicarse a la identificación, evitación y control de los riesgos ecológicos y a la resolu-

ción de los problemas ambientales, para contribuir el desarrollo económico y social.

— Los Estados habrán de cooperar en el ulterior desarrollo del Derecho Internacional referente a la obligación y compensación de perjuicios que puedan causarse por actividades que se realicen bajo su jurisdicción al medio ambiente de zonas que se hallen más allá de sus fronteras.

— Es urgente la colaboración a través de acuerdos internacionales o de cualquier otro modo para evitar, eliminar o reducir y controlar eficazmente los efectos negativos sobre el medio ambiente.

En resumen, el hombre tiene el derecho fundamental a unas condiciones de vida adecuadas, en un medio ambiente de una calidad que permita una vida de dignidad y bienestar, y debe asumir la solemne responsabilidad de proteger y mejorar el medio natural para las generaciones presentes y futuras.

Conclusiones

Después de este recorrido por los aspectos más destacados de la encrucijada económica por que atraviesa la humanidad, es obligado llegar a la conclusión de que es urgente adoptar medidas bien fundamentadas, convincentes, armonizadas y eficaces para salir del embrollo en que estamos entrando. Hay que abandonar prejuicios y parcialismos, hay que coordinar y aunque nos sepa mal porque coarta algunas hermosas libertades, hay que programar; ahora bien, procurando que la programación no pase de ser canalizadora, reguladora como se ha expresado muy gráficamente con el símil de la ordenación del tráfico: cada uno circula por la carretera que quiere y cuando quiere, aunque de acuerdo con unas reglas que hacen posible el mejor aprovechamiento de las vías con el menor riesgo de los usuarios. Pero primero hay que construir las carreteras, primero hay que establecer las bases de una política común a escala mundial que conduzca — según se recoge en el informe redactado por Bárbara Ward y René Dubos — hacia un conocimiento más profundo y más ampliamente compartido de nuestro medio natural, hacia un nuevo sentido de asociación y participación en nuestras economías y políticas internas, y hacia una efectiva integración que supere a las limitadas alianzas tradicionales entre los distintos pueblos. Esto presupone la creación de una tupida red mun-

dial para el intercambio sistemático de conocimientos y experiencias. Los progresos de la ciencia han dado sólidas bases para una apreciación nueva de la unidad, la interdependencia y la vulnerabilidad de la condición humana, y también para descifrar no la separación sino la interconexión de las cosas materiales. La naturaleza tiene tantas facetas inestables, impredecibles y violentas, que los hombres necesitan conjuntar toda la inteligencia y voluntad que poseen para averiguar la forma de disfrutar sus inmensas riquezas. Pero la advertencia permanece. Fuerzas de tan tremenda magnitud requieren para su aplicación de la mayor sabiduría, solidaridad y respeto humano.

Si el hombre continua permitiendo que su conducta sea dominada por el separatismo, el antagonismo y la avaricia, destruirá los precarios equilibrios de su ambiente cosmológico. Y si alguna vez fueran destruidos éstos, su vida habrá terminado.

Ante tales perspectivas está justificada la postura defendida por la Organización "*Friends of the earth*" a raíz de la Conferencia de Estocolmo, cuando propugna una nueva orientación del curso de la historia, un cambio social gracias al cual los hombres de buena voluntad, convencidos de que ése es el único modo de resolver la situación, estén dispuestos a vivir de acuerdo con los términos de la Tierra. La historia no supone una gran ayuda a la hora de decidir cómo llevar a cabo dicho cambio, ya que nunca se había producido un momento como éste en el que el destino de la humanidad depende de lo que hagamos en los próximos años, pues si ahora fallamos ya no habrá solución dentro de un siglo. Nuestra supervivencia depende de que todos nos demos cuenta de la urgencia de renunciar a algunas de nuestras libertades menos importantes con el fin de mantener otras libertades más apremiantes. Ha llegado el momento de desechar utópicos derechos incompatibles con la compleja vida moderna, necesitada de una sistemática programación, y desechar también absurdos prejuicios sociales que fomentan la irracionalidad económica como el de considerar pobre no a quien carezca de lo necesario para vivir sino a aquel cuyo nivel de vida está por debajo de lo que cierta sociedad considera normal. El tan ambicionado desarrollo deberá ser, en definitiva, evolución hacia lo equilibrado, lo congruente y racionalmente posible; no puede ser un mero crecimiento, no puede ser el aumento del producto bruto a cualquier precio, es decir, aún a costa de mermar la calidad de la vida o las riquezas naturales, o de lesionar la justa distribución de la renta. Habrá de consistir en

aspirar a *ser* más que a *tener;* en conseguir el bien ser antes que el bienestar.

Estamos todos comprometidos en una misma aventura: la de sobrevivir en condiciones humanas. Y esto está por encima de todo prejuicio, egoísmo o partidismo; esto nos obliga a aceptar una solidaridad que por desgracia no ha empezado a vislumbrarse hasta que nuestro progreso material amenaza con desembocar en un callejón sin salida.

Si ahora para terminar tuviésemos que hacer un diagnóstico sintético, concluiríamos diciendo que gran parte de los males que se avecinan podían quedar resueltos incrustando en todas las mentes algo tan simple y al mismo tiempo tan difícil como es la *responsabilidad*. La principal razón de que proliferen las políticas oportunistas, demagógicas, imperialistas o mezquinas que impiden un entendimiento entre todos los pueblos con objetiva visión de futuro, es sencillamente la falta de responsabilidad por parte de ambiciosos dirigentes. La causa de que grupos minoritarios exaltados o individuos obsesionados consigan provocar conmociones disolventes generadoras de actitudes antisociales, es la carencia de un mínimo sentido de la responsabilidad. La apatía, indiferencia o indolencia popular que hacen navegar multitud de proyectos beneficiosos para la colectividad como un todo, es debida simplemente a la ausencia de la necesaria responsabilidad comunitaria. Y finalmente, la culpa de que los tremendos peligros que se ciernen sobre la humanidad puedan algún día hacer imprescindible la implantación de rígidos procedimientos totalitarios, la tendrá la falta de responsabilidad, porque en un mundo cada día más complicado e interdependiente la libertad sólo podrá mantenerse al precio de una mayor responsabilidad.

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

Anales de la Academia de Ciencias Económico-Financieras, tomo I (Cursos de 1943-44; 1944-45; 1945-46; 1946-47), 1952.

Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, tomo V (Curso de 1957-58), 1958.

Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, tomo VI (Curso de 1958-59), 1960.

Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, tomo VII (Cursos de 1959-60 y 1960-61), 1966.

Anales de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, tomo XI (Curso de 1968-1969), 1972.

Preocupación actual por una política de familia y relación con la política económica (Discurso por el Excmo. Sr. Pedro Gual Villalbí), 1945.

Política fiscal (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Alberto de Cereceda y de Soto), 1948.

Ciencias Económicas y Política Económica (Discurso de ingreso del Académico correspondiente para Bélgica, Mr. Henry de Lovinfosse), 1949.

Balmes, economista (Discurso de ingreso del académico numerario Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar), 1949.

La obtención y fijación de costes, factor determinante de los resultados (Conferencia por el Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1951.

La productividad en los negocios (Texto de las Conferencias del VI Ciclo pronunciadas en el Curso de 1950-51 por los Académicos numerarios Ilmos. Sres. Don Jaime Vicens Carrió, Don José Gardó Sanjuán, Don José M.ª Vicens Corominas, Don Juan Casas Taulet y Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1952.

Hacendística de Corporaciones Locales (Discurso por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1951.

La Contabilidad y la política económica (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Antonio Goxens Duch), 1954.

El capital, como elemento económico-financiero de la empresa (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent), 1954.

Las amortizaciones y el Fisco (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Alfredo Prados Suárez), 1954.

El gravísimo problema de la vivienda (Discurso de ingreso del académico numerario, Ilmo. Sr. Don Luis Bañares Manso), 1954.

El comercio exterior y sus obstáculos, con especial referencia a los Aranceles de Aduanas (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Manuel Fuentes Irurozqui), 1955.

Lo económico y lo extraeconómico en la vida de los pueblos (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Dr. Don Román Perpiñá Grau), 1956.

En torno a un neo-capitalismo (Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Curso de 1957-58 por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1957.

Nuevas tendencias hacia la unidad económica de Europa (Conferencia por el Excmo. Sr. Don Manuel Fuentes Irurozqui), 1958.

Análisis y pronóstico de la coyuntura (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Antonio Goxens Duch), 1960.

Lo social y lo económico en la empresa agrícola (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Ricardo Torres Sánchez), 1960.

Inflación y moneda (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Dr. Don Cristóbal Massó Escofet, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Rafael Gay de Montellá), 1960.

Modificaciones sustantivas en el Impuesto de Derechos Reales (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Don José M.ª Sáinz de Vicuña y García-Prieto, y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Fernández Fernández), 1960.

Repercusión de la depreciación monetaria en los seguros mercantiles y sociales y forma de paliarla con la mayor eficacia posible (Conferencia por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Lasheras-Sanz), 1960.

Un nuevo Balance. Contribución al estudio de la financiación empresaria (Conferencia por el Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1960.

El torbellino económico universal (Discurso de ingreso del académico numerario Excmo. Sr. Dr. Don Félix Escalas Chamení, y contestación por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1960.

Contribución de las Ciencias Económicas y Financieras a la solución del problema de la vivienda (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Federico Blanco Trías), 1961.

¿Crisis de la Econometría, o crisis de la Economía Política? (Discurso de ingreso del académico correspondiente para Italia, Prof. Dr. Don Ferdinando di Fenizio), 1961.

La empresa ante su futura proyección económica y social (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent), 1962.

Política y Economía (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Manuel Fraga Iribarne), 1962.

El empresario español ante el despegue de la economía (Discurso de apertura del Curso de 1962-63, por el Presidente perpetuo de la Corporación, Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1963.

Función social de la inversión mobiliaria (Discurso de ingreso del académico numerario, Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán, y contestación por el Excmo. Sr. Don Ricardo Piqué Batlle), 1965.

La integración económica europea y la posición de España (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Lucas Beltrán), Tecnos, 1966.

Los precios agrícolas (Discurso de ingreso del académico correspondiente Ilmo. Sr. Dr. Don Carlos Cavero Beyard), 1966.

Contenido y enseñanzas de un siglo de historia barcelonesa (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Voltes Bou, y contestación por el Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1966.

La información económica en la Ley de Sociedades Anónimas (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Don Enrique Fernández Peña), 1966.

Bicentenario del inicio de la industrialización de España (Texto de las conferencias pronunciadas en el XXII ciclo extraordinario del curso de 1966-1967, por el Excmo. Sr. Don Gregorio López Bravo de Castro, Ministro de Industria; Ilmo. Sr. Don Pedro Voltes Bou; Ilmo. Sr. Don Ramón Vilá de la Riva; Excmo. Sr. Don Narciso de Carreras Guiteras; Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent, e Ilmo. Sr. Don Rodolfo Martín Villa, Director General de Industrias Textiles, Alimentarias y Diversas), 1967.

Ahorro y desarrollo económico (Conferencia por el Ilmo. Sr. Dr. Don Roberto García Cairó), 1967.

Dinámica estructural y desarrollo económico (Discurso de ingreso del Académico Numerario Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Roberto García Cairó), 1967.

La integración económica Iberoamericana (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don José Miguel Ruiz Morales), 1968.

Los valores humanos del desarrollo (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Don Luis Gómez de Aranda), 1969.

La inaplazable reforma de la Empresa (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Luis Bañares Manso), 1970.

El mercado monetario y el mercado financiero internacional (Conferencia por el Ilmo. Sr. Don Juan Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1970.

Coordinación entre política fiscal y monetaria a la luz de la Ley Alemana de Estabilización y Desarrollo (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Excmo. Sr. Dr. Don Hermann J. Abs), 1970.

La reforma de la Empresa (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Rodríguez Robles), 1970.

El honor al trabajo (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Rodríguez-Ponga y Ruiz de Salazar), 1971.

La rentabilidad de la Empresa y el Hombre (Discurso de ingreso del académico numerario Ilmo. Sr. Don José Cervera y Bardera, y contestación por el Ilmo. Sr. Don Luis Prat Torrent), 1972.

El punto de vista económico-estructural de Johan Åkerman (Discurso de ingreso

del académico de número, Ilmo. Sr. Dr. Don Luis Pérez Pardo, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde), 1972.

La política económica regional (Discurso de ingreso del académico de número Excmo. Sr. Don Andrés Ribera Rovira, y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Berini Giménez), 1973.

El entorno socio-económico de la Empresa multinacional (Discurso inaugural del Curso de 1972-73, por el académico de número Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1973.

Posibilidades y limitaciones de la Empresa Pública (Discurso de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. Dr. Don Juan José Perulles Bassas, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Lluch y Capdevila), 1973.

Decisiones económicas y Estructuras de organización del Sector público (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Don José Ferrer Bonsoms), 1973.

Programa mundial del empleo (Discurso de ingreso del Académico de número Ilmo. Sr. Don Joaquín Forn Costa, y contestación por el Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1973.

Un funcionario de Hacienda del siglo XIX: José López-Juana Pinilla (Discurso de ingreso del académico correspondiente Excmo. Sr. Dr. Don Juan Francisco Martí Basterrechea), 1973.

Comportamiento de los Fondos de Inversión Mobiliaria, en la crisis bursátil del año 1970 (Discurso inaugural del Curso de 1970-1971, por el académico de número, Ilmo. Sr. Don Juan de Arteaga y Piet, Marqués de la Vega-Inclán), 1973.

La autonomía municipal: su base económico-financiera (Discurso de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. Dr. Don Juan Ignacio Bermejo y Gironés, y contestación por el Excmo. Sr. Don Joaquín Buxó-Dulce de Abaigar, Marqués de Castell-Florite), 1973.

En torno a la capacidad económica como criterio constitucional de justicia tributaria en los Estados contemporáneos (Discurso de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. Dr. Magín Pont Mestres, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Verdú Santurde), 1974.

La administración de bienes en el proceso (Discurso de ingreso del académico de número Excmo. Sr. Dr. Don Miguel Fenech Navarro, y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro Lluch y Capdevila), 1974.

El control crítico de la gestión económica (Discurso de ingreso del académico correspondiente, Ilmo. Sr. Dr. Don Emilio Soldevilla García), 1975.

Consideraciones entorno a la inversión (Discurso de ingreso del académico de número, Ilmo. Sr. Don José Manuel de la Torre y de Miguel y contestación por el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Goxens Duch), 1975.

La crisis del petróleo (1973 a 2073) (Discurso de ingreso del académico de número, Ilmo. Sr. Dr. Don Ramón Trías Fargas y contestación por el Ilmo. Sr. Don José Berini Giménez), 1975.